

# Quédate

con mi

# Alma

**Yanira García**



*Las señales  
existen 1*



Bookit

# Quédate con mi Alma

Yanira García



*Las señales  
existen 1*



Bookit

Quédate  
con mi alma

*Quédate*  
*con mí*

*Alma*

*Las señales existen vol.1*

Yanira García



Bookit

1.<sup>a</sup> edición: Julio 2017

Copyright

© Yanira García 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-09-8

ISBN Serie las señales existen: 978-84-17160-15-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

En enero hablamos sobre mi afición a la lectura y me dijiste que por qué no me planteaba escribir un libro. Te confesé que lo había hecho, pero que no sabía cuál era el rumbo que tomarían esas trescientas páginas.

Fue todo muy rápido y no pudimos hablar de nuevo sobre toda esta nueva aventura. Te fuiste, pero sé, que te habrías alegrado tanto por mí, como si de cumplir tus sueños se tratase.

Este libro va por ti. Porque mi sueño se cumple, y tú formas parte de él.

Para Lolo, puede que no estés, pero estás.

Siente la magia de Quédate con mi alma, y escucha las canciones más sentidas de Alma y Jaime.

Puedes buscar la lista en Spotify con el nombre: Quédate con mi alma, ¡no te lo pierdas!



«Pero te quise, y te quiero,  
aunque estemos destinados a no ser».

*Julio Cortázar*



## *Agradecimientos*

Cuando comencé a escribir la historia que está en tus manos, no creí jamás que terminara escribiendo estas líneas. Es cierto, que hay muchas personas a las que agradecer, pero el simple hecho de encontrarme en este lugar, poniendo nombre a cada una de ellas, me hace sentir feliz.

Primero quiero dar las gracias a mi verdadero «comando», porque sin esa noche de mayo, en casa de María —mi manola—, mientras cenábamos, las tres sentadas hablando de nuestras cosas, no estaría aquí hoy. Ellas bien saben que, en mi cabeza, rondaba la idea de una historia, pero fue esa noche, cuando les dije abiertamente «quiero hacer esto», y Desi me respondió «pues hazlo», cuando todo comenzó a tomar forma y sentido. Nunca dos palabras habían tenido tanto poder sobre mí. Por eso, por aparecer en mi vida para darle sentido, por ser, por estar y por aguantarme día tras día desde hace años, ellas, María y Desi, son las primeras. Porque las quiero infinito.

Por supuesto, a Roberto, mi pareja, que desde el minuto uno me dijo que sí, que lo hiciera, que adelante. Siempre sabe marcar el ritmo de mis pasos, calmar mis ansias y tranquilizar mi mente. Porque sin él, probablemente no sería quien soy hoy. Estaría absolutamente incompleta. Te quiero.

A mis lectores beta, todas y cada una de ellas.

A Mada, que me enviaba miles de WhatsApp para contarme lo que le parecía cada capítulo, porque me anima constantemente y se declara mi fan número uno. Eres especial para mí, aunque no lo diga en voz alta.

A Ana, que siempre me anima a dejarme llevar. Ver el vaso medio lleno, siempre ha sido tu lema. Jamás olvidaré esa llamada dónde me decías «no pensé que escribieras así». Por eso y por todo lo demás. Gracias.

A Ruth Clapes, la cual me dijo —y cito textualmente—, «que este no era un libro para hipertensos». Gracias por leerme, por escribirme y por vivir el libro tan intensamente.

Gracias Mati, fuiste de las últimas en enterarte, pero el «cuenta conmigo» lo tuve desde que finalicé mi historia. No compartimos sangre, pero sabes que eres como una madre para mí.

A Guaci, mi descubrimiento del año. Estudiamos juntas, pero pasamos desapercibidas la una para la otra. La vida nos volvió a unir hace escasos meses y espero, que esta vez sea para siempre. Esta aventura es también tuya, lo sé. Gracias por decirme que escribo con el corazón, porque es así como lo

hago.

También quiero agradecer a Ruth Cruz, esa «super mami» que está dispuesta a leer y llorar en un parking de Carrefour con mi manuscrito en sus manos. Te compraré miles de pañuelos si hace falta, porque quiero que sigas llorando con mis historias y riendo con mis locuras. Que el «Yanira Style» no salga de tu vida jamás.

A LXL editorial, por cumplir mi sueño, por apostar por mí y por hacer esto posible.

Y, por último, y no menos importante, a ti, que estás leyendo estas páginas, en las que hay mucho de mí. Gracias por darme la oportunidad, espero que este sea el primero de muchos.

## *Prólogo*

*Junio 2010*

Aquí me encuentro, ya me veis, recorriendo estos pasillos del aeropuerto en dirección a mi puerta de embarque. Allí me reuniré con los dos compañeros que, al igual que yo, deben viajar a Málaga para realizar el curso de formación que para mi jefe es de vital importancia.

Trabajo en una multinacional textil como directora de contabilidad. Nuestra marca, hoy en día, ha logrado ascender por lo que nos hemos expandido por toda la península; actualmente contamos con veintiséis delegaciones repartidas por todo el territorio y, para garantizar el éxito, acudimos habitualmente —más de lo que me gustaría, siendo sincera— a varios cursos formativos y convenciones con el resto de equipos, básicamente para lograr que trabajemos todos en la misma línea. El director ejecutivo de la empresa, en ese sentido, está bastante involucrado; tiene una filosofía muy marcada, pues él cree que, si el equipo se siente valorado e implicado en todos los procesos y se invierte en ellos, será mucho más eficiente y, siendo sincera, no le quito razón. Por esto y por todos los procedimientos que hay detrás, somos hoy una de las multinacionales de renombre y el número de ventas que tenemos desbanca a muchas otras industrias que intentan hacerse un hueco en el mercado.

Héctor y Álex me esperan junto a sus maletas de mano, impecablemente vestidos, como siempre. Al verme llegar corriendo sobre mis altos tacones Gucci, emiten una risa burlona que yo no tardo en borrar con mi cara de mala leche. Se me ha hecho tarde en parte por su culpa, ya que no dejaron bien cerrado el asiento contable de la caja de ayer y tuve que empezar de nuevo.

Me coloco mis cascos e inmediatamente comienza a sonar «California Gurls», de Katy Perry y Snoop Dogg. Adoro esta canción, me transmite una energía increíble. Saco mi iPad del bolso y compruebo que todo esté perfectamente organizado para nuestra llegada y sin duda así es, más teniendo en cuenta que soy una maniática del orden y necesito tener todo controlado y organizado para funcionar bien. ¿Qué voy a hacer? ¡Es un defecto de fábrica!

Llegamos a Novotel Málaga, un hotel situado en las afueras de la ciudad y cerca del aeropuerto, sobre las nueve de la noche, por lo que prácticamente me da tiempo a dejar las cosas, bajar a cenar algo con Héctor y Álex y poco más. Estoy realmente agotada, podéis imaginaros; ha sido un día de locos y,

para mi desgracia, no parece que me espere una semana mucho mejor.

Suena mi despertador a las siete de la mañana, desconecto la alarma de mi iPhone3 y la sustituyo por música: Shakira comienza a sonar con su «Waka Waka», que es la canción oficial del Mundial 2010 que este año se celebra en Sudáfrica y ahora es lo que está pegando fuerte. No puedo evitarlo, me encanta esta canción.

*No duele el golpe, no existe el miedo,  
quítate el polvo, ponte de pie y vuelves al ruedo.*

Termino bailando y cantando por la habitación como una loca, ¡otro defecto de fábrica!

Bajo a desayunar enfundada en un pantalón negro de vestir, una blusa verde botella que acentúa mis curvas y, por supuesto, unas sandalias negras de Jimmy Choo que muestran mi perfecta pedicura francesa. Soy bastante meticulosa a la hora de arreglarme, me gusta vestir bien, ¿para qué engañarme? Me he maquillado muy suavemente, un poco de brillo de labios y una fina raya en los ojos, y no puede faltar mi máscara de pestañas; sin ella no podría vivir. Cojo mi cartera de trabajo donde llevo mi portátil y mi bloc de notas y bajo directamente al restaurante. Nuevamente me esperan allí mis compañeros y hablamos bastante poco; no es que sea borde, es que no me apetece nada este viaje y tampoco la compañía, hubiera preferido venir sola. Es el primer viaje que hago como directora contable, puesto que, hasta hace un mes, ocupaba el cargo de contable, ni más ni menos; pero Vicky se jubiló y decidieron que, al ser yo su mano derecha y llevar tanto tiempo trabajando en Vintex, tenía suficientes conocimientos como para hacerme cargo de un equipo de trabajo y de las responsabilidades que conlleva. Soy bastante implacable en cuanto al trabajo se refiere, así que no es que me haya ganado la simpatía de todo el equipo, pero los que han trabajado conmigo día a día saben que es mi máscara allí dentro, simplemente por esa... llamémosla *obsesión* que tengo de tener todo controlado y de que todo salga a la perfección. Fuera de Vintex SA, soy yo misma: Alma.

Empezamos sobre las nueve de la mañana en la sala de congresos del hotel, preparados todos para un curso intensivo de Gestión Financiera Aplicada al Marco Textil, y más detalladamente, al programa con el que trabajamos en la empresa. El curso tendrá una duración de cuatro días (con pinta de que se harán interminables), pero tendremos las tardes libres para desconectar; bien visto, serían unas medio vacaciones pagadas. Hay que ver el

lado bueno de las cosas, como dirían mis locas amigas, claro que ellas están locas de verdad y no disimulan. ¿Y yo? Pues yo soy yo.

Nos encontramos todos ya sentados y el ponente ha empezado cuando, de repente, se abre la puerta y entra un hombre como un torbellino, supongo que debido a que llega tarde y está interrumpiendo la exposición. Levanto la vista, está buscando un sitio donde poder sentarse y es en ese momento en el que nuestras miradas se cruzan; nos observamos unos segundos, que perfectamente podrían ser minutos porque no puedo apartar mi mirada de la suya. Es él quien rompe el contacto visual un momento mientras dice:

—Disculpen la interrupción, pero he pillado atasco y no he podido llegar antes —explica a los presentes—. Lo siento —dice, esta vez con su vista fija en mí.

¡Oh, joder!, esa voz... ¡me acaba de poner los pelos de punta!

Él toma asiento y prosigue la ponencia. «¿Qué acaba de pasar? ¿Qué leches es esto?», pienso mientras vuelvo a fijar la atención en lo que están explicando —sin ningún resultado, para ser sincera—, porque no aparto de mi cabeza esos ojos verdes que me han hecho quedarme completamente desubicada.

## Capítulo 1

Terminada la primera jornada, bajamos todos a almorzar al restaurante del hotel y me siento en la mesa junto a Héctor y Álex y varias personas de otras delegaciones a las que conocía de cuando acudía con Vicky. Cerca de mí se sienta Verónica, la directora de contabilidad de la delegación de Vigo y no puedo disimular el rechazo que siento por ella; siempre tan correcta, tan bien vestida, perfumada y maquillada, lo que se dice una Barbie total y, aunque os suene a envidia, no es eso: es simplemente que me cae pesada, no puedo con la gente que se cree mejor que tú. Como dirían mis *perras satas*, al final cagamos todos por el mismo sitio. Me sale una sonrisa al pensar en que Mar y Érika estuvieran aquí; seguro que le harían algún tipo de maldad para ponerla en un aprieto, a ver si en una de estas le explota alguna teta postiza de esas que tiene y que le habrán costado igual de caras que los labios. En fin, que como no somos santo de nuestra devoción ninguna de las dos, deja un asiento libre entre ella y yo que es ocupado rápidamente. Mientras, yo sigo hablando con el resto de comensales sin prestar mayor atención hasta que percibo un olor tan sublime que no puedo evitar girar la cabeza para ver de dónde procede y... ¡Ahí está! Volvemos a conectar nuestras miradas y yo vuelvo a dejar de respirar, de escuchar y de sentir porque no puedo apartar mis ojos de los suyos, que se tornan cada vez más verdes fruto de la expectación. Álex me toca la mano para traerme de vuelta.

—Alma, ¿estás escuchando lo que te estoy diciendo?

—Per... Perdona, Álex —baluceo—. Estaba distraída pensando en un asiento contable del que esta mañana me habló por teléfono Aitana, cuando llamé a la oficina para saber cómo iba todo —miento descaradamente. Espero que no me haya pillado, aunque por su sonrisa opino que no ha creído ni una sola palabra de mi discurso perfectamente elaborado.

Álex retoma la conversación con otro chico de Vigo y yo vuelvo a girar mi mirada a la derecha, donde se encuentra él y, por lo que veo, sigue mirándome fijamente.

—Hola, soy Jaime —comienza a decir mientras me tiende su mano—. Jaime Alcántara, director contable de Valencia y auditor externo.

Mierda, ¿ha dicho auditor? Es decir, que trabajaremos juntos en determinadas cosas, puesto que pertenecemos a la zona sur de la península.

—Hola —atino a decir—, yo soy Alma Flores, directora contable de

Tenerife. —Abre los ojos y puedo ver la sorpresa reflejada en ellos ante mi presentación.

—¿Y Vicky? Yo trabajé con ella hace unos meses, cuando elaboramos las pautas fiscales y contables de la región sur.

—Vicky se ha jubilado y como yo era la que trabajaba con ella directamente, han decidido que ocupe su cargo. —Sonrío al ver cómo sus ojos se tornan más curiosos, si cabe.

—Perdona, no me malinterpretes, pero no sabía nada de este cambio y como siempre he trabajado con ella me ha sorprendido... gratamente —me dice así, sin más.

Mi cara de póker debe ser un poema por cómo me mira, seguramente estaré colorada; no sé qué me pasa con este hombre, pero me deja sin aliento.

El almuerzo se desarrolla de manera normal y seguimos intercambiando pequeños comentarios, básicamente laborales.

Una vez terminamos decido irme a la habitación a ponerme el bikini, bajar a la piscina y pasar la tarde allí; juega la selección española y a mí el fútbol no me gusta para nada, así que decido emplear mi tiempo en intentar broncear mi piel, que ya es blanca de por sí: al comienzo del verano estoy, lo que se dice, translúcida.

Me coloco en una hamaca cercana a la piscina, saco mis cascos y conecto la música; inmediatamente empieza a sonar «We no speak americano» de Yolanda Be Cool. Me pongo crema, saco un libro y me dejo llevar por la tarde, me relajo y me desconecto de todo. Ensimismada estoy cuando me suena el teléfono. Observo la llamada y veo que es de Juan, mi marido; supongo que querrá saber cómo me ha ido el primer día y comentarme la hora de llegada de su vuelo. Hemos decidido que, ya que estoy estos cuatro días aquí y el curso termina al final de la semana, el volará el viernes por la tarde y pasaremos el fin de semana juntos aquí, en Málaga, por hacer algo diferente y salir de la rutina.

Llevo un rato escuchando música, relajada en la hamaca, cuando veo que comienza a llegar gente a la piscina; parece que el partido ha terminado porque esto hace un rato estaba vacío y ahora está empezando a llenarse. Me incorporo y veo un grupo que se avecina: son parte de los compañeros que esta mañana han estado en la formación, encabezada, sin duda, por Verónica. No puedo negarlo, la tía tiene un cuerpo espectacular (mi maldad interna aflora y automáticamente pienso que mucho dinero le ha costado), y veo cómo

se van acomodando. El último en llegar es Jaime, que se coloca cerca de donde estoy yo. Me mira, sonrío y yo le devuelvo la sonrisa; menos mal que llevo las gafas de sol y no ve el repaso que le estoy echando. No había tenido oportunidad de observarlo detalladamente, ¡es guapo, el cabrón!, y es aquí cuando descubro que mis amigas me están pegando sus expresiones que para nada son las que diría alguien como yo. No es muy alto, medirá un metro setenta y cinco, aproximadamente, piel clara y perfecta, vello rubio (en la cabeza, porque veo que de cuello para abajo no tiene; «lo que puedo ver», apunta mi malvada interna), musculoso, pero no excesivamente, se ve que es una persona deportista: torso marcado, culo de infarto, ya sabéis, de esos con los que dan ganas de pecar y pecar. Tiene unos ojos verdes con tintes color miel, preciosos, la mandíbula cuadrada, unos labios carnosos y sonrosados acompañados de una sonrisa pícaro. Veo cómo se coloca al borde de la piscina y, con un perfecto impulso, se sumerge de cabeza y comienza a nadar de un lado al otro, lo que reafirma mi teoría de que este hombre es deportista. Tengo que apartar la vista de él porque se va a dar cuenta de que estoy analizándolo en exceso y no es cuestión de ser pillado in fraganti.

Me coloco al borde de la piscina e inmediatamente me ve y se acerca con su brazada correcta. Distingo perfectamente una mirada juguetona y, antes de que pueda reaccionar, estoy completamente empapada. ¡Me ha salpicado sin pena ninguna! Mi cara de asombro le debe de haber hecho mucha gracia porque noto cómo sonrío, canalla, parece que es bastante pillo. Terminó sonriendo yo también y, ya puesta, me zambullo.

—¿Está fría? —me pregunta sonriendo.

—Nooooo, pero hubiera preferido ir a mi ritmo, me cuesta bastante meterme en el agua —le respondo.

—¿Ves? Yo, en realidad lo he hecho por tu bien, para ayudarte a pasar el proceso mejor. —Vuelve a reír, pero esta vez con más ímpetu y yo le salpico en señal de venganza.

—¿Cuántos años llevas en Vintex SA? —me pregunta.

—Pues exactamente llevo cinco años; cuando terminé la carrera empecé a trabajar aquí, y aquí sigo. ¿Y tú?

—Yo llevo siete: dos años estuve en la delegación de Vigo y cinco en Valencia. Hace un mes que me nombraron auditor externo y ese es uno de los principales motivos por los que estoy aquí, porque a este curso asisten todos los directores contables y así puedo conocerlos. Una de mis funciones será la



de visitar las delegaciones y comprobar que realmente se cumplen todas las normativas y protocolos. Soy bastante meticuloso a la hora de trabajar. —«¿A qué me suena eso?», pienso yo—. ¿Qué tal las cosas por Tenerife?

—Bien, muy bien en realidad. Por ahora tengo todo bajo control, aunque me consideren la bruja de la oficina; como ves, no se mueren por pasar tiempo conmigo —le digo con mi vista fija en otro grupo de personas que están frente a nosotros.

—Si lo dices porque todos estén con Verónica, ni caso. Ella es lo que ves, no hay nada debajo y te lo digo yo, que trabajé dos años con ella en Vigo. Es buena en su trabajo, no te lo voy a negar, pero no es como tú —susurra.

—¿Y cómo soy yo? —le pico—. Si se puede saber, porque no me conoces y yo tampoco te conozco a ti —le dejo caer.

—Pues eres una mujer sencilla, directa, organizada, risueña, bastante segura y... preciosa.

—¿Y esas conclusiones las has sacado por...? —Espera, espera, ¿ha dicho preciosa o he empezado a alucinar fruto del combinado sin alcohol que he tomado?

—Pues fácil, señorita Flores. En el almuerzo he podido comprobar cómo hablabas con todos de igual manera y considerabas compañeros a Álex y Héctor; teniendo en cuenta que tú eres su superior, los aconsejabas en los caminos a seguir para poder aspirar a más y reforzabas los puntos flojos que tenían tras la formación de hoy. He visto cómo organizabas tu maletín de trabajo y colocabas el portátil alineado de tal manera que pudieras meter el cargador perfectamente. Tu paso ha sido firme a pesar de ir subida en unos zapatos que deben estar prohibidos por la OMS y he visto lo risueña que eres cuando te he salpicado con agua y me has respondido de la misma manera... Y en cuanto a lo atractiva que eres, no hay más que verte.

Mi boca forma una «o» perfecta y veo cómo sonrío. Es un presuntuoso, sabe el efecto que ha tenido en mí y el sinvergüenza se ríe de lado y más muda me deja. No sé, sinceramente, qué contestar, así que decido seguir su ejemplo y ponerme a nadar dejándolo plantado allí. Una vez me canso, paso por su lado y le digo sin ningún miramiento:

—Por cierto, señora Flores, por favor, señor Alcántara.

Ahora es él quien tiene una «o» formada de manera perfecta. Jaque mate, pequeño.

## Capítulo 2

Cenamos en el restaurante del hotel, prácticamente no cruzamos palabra, pero no dejamos de conectar las miradas desde la distancia. Esta vez se sienta en otra mesa mientras yo sigo ocupando mi sitio habitual. Una vez terminamos, cada uno se dirige hasta su habitación; nos espera una semana dura.

Jueves. Vuelve a sonar mi despertador y me activo instantáneamente: me meto en la ducha, me lavo el pelo y me enjabono el cuerpo. No sé por qué, pero me viene su mirada a la mente y un escalofrío me recorre entera; aparto esa mirada e intento seguir con mi labor. Me seco el pelo y me lo dejo suelto —¡me encanta cómo me queda!—, me maquillo suavemente como los otros días, me pongo un pitillo vaquero con el vuelto doblado hacia arriba, una camisa negra de cuello Mao que meto por dentro del pantalón para realzar mi cintura y unos *peep toes* negros, a juego con mi bolso negro de Carolina Herrera, y bajo directa a desayunar con el resto de compañeros. Nada más entrar en el comedor lo veo, sentado con Verónica, tomando café. Nos saludamos con un movimiento de cabeza y sigo mi camino. Espero, sinceramente, que no se haya dado cuenta de mi disgusto al verlo sentado con esa, pero no lo puedo evitar: ¡me pone de mal humor!

Volvemos a tener libre la tarde y decidimos salir a hacer unas compras por el centro. Lo típico: detalles para llevar a la familia y caprichos personales para quien los quiera, como yo, que me gusta más comprar que a un bobo una tiza y sonrío al recordar las expresiones de mis locas.

—¿Por qué sonríes, Flores? —me pregunta Jaime.

—Por nada especial, estaba recordando un comentario que suelen hacer unas amigas.

—Oye, ¿vas a ir al centro?

—Sí, tenía pensado dedicar la tarde a eso, a ver qué se cuece por aquí —le respondo.

—¿Te apetece que vayamos juntos? Yo quería comprar algún detalle para no aparecer en casa con las manos vacías; no me vendría mal un consejo de mujer.

—¿Un consejo de mujer exactamente para qué? —pregunto con curiosidad.

—Pues para elegir el regalo, por supuesto.

—Venga, vale, pero si me invitas a tomar algo; no pretenderás tenerme toda la tarde de compras, caminando y a secas.

—Hecho. —Sonríe y a mí se me caen las bragas. ¿Se puede saber cómo consigue tener este efecto en mí?

Nos subimos en su coche, un Volkswagen Polo gris oscuro, sencillo, y nos dirigimos hacia el centro; aparcamos cerca de la avenida de la Aurora y nos bajamos. Es una zona bastante transitada y con muchos comercios y espacios de compras, así que nos viene perfecto para el plan que tenemos previsto.

Recorremos varias tiendas, se para frente a Intimissimi y me mira. «No me jodas, no me jodas, no pretenderá...». No me da tiempo a seguir con mis elucubraciones porque interrumpe mis pensamientos.

—¿Entramos?

—Bu... Bueno, sí, vale, pero no sé exactamente qué regalo pretendes encontrar ahí dentro.

—Fácil. Pues algo que me guste —me responde.

—Sí, vale. —Me río—. ¿No serás de esos a los que les gusta ponerse ropa interior femenina, verdad? —Llegados a este punto ya estoy medio descojonada porque me lo estoy imaginando con un *culotte* negro de lo más mono.

Me mira con cara de «¿estás loca o qué te pasa?».

—Por supuesto que no. Es para Nancy.

No puede ser...

—Siempre que viajo suelo llevarle un regalo a mi mujer —continúa explicándome.

—Ah, vale —respondo intentando evitar que se dé cuenta de cómo me ha cambiado el gesto.

La verdad es que en ningún momento se me pasó por la cabeza que estuviera casado; también es verdad que no pregunté, básicamente porque la energía que nos rodeaba al estar juntos me hacía rechazar cualquier pensamiento acerca de esto. No sé por qué, pero estoy desubicada. ¡Joder!, yo también estoy casada, pero es que esa conexión, ese aura extraña que nos envuelve cada vez que estamos cerca... Sí, definitivamente ha sido un momento raro y más rara me he quedado yo ante esta revelación. Céntrate, Alma, por favor, céntrate y deja de pensar tonterías que no llevan a ninguna parte. En realidad, quiero pensar que es bueno, yo soy una mujer casada y, por lo que veo, él es un hombre casado —o comprometido, que a los efectos es lo mismo—, así que punto pelota.

—¿Te gusta este? —me pregunta ajeno a todas mis cavilaciones.

Me muestra un conjunto de lencería de encaje con estampado de leopardo. ¿Pero qué coño...?

—¿Será una broma, no? —le respondo yo ahora con cara de «¿estás loco o qué?»—. ¿Es que tu mujer es una leona?

—Más quisiera yo...

Coloca el conjunto donde estaba y se da la vuelta para continuar el recorrido por la tienda. En ese momento, se le acerca una dependienta que lo mira con cara de loba; esta sí que es una leona, amigo. Veo cómo ella intenta aconsejarle sobre gustos y formas, encajes y copas, y él asiente educadamente.

—Jaime, mira, este me parece perfecto. Desconozco la talla de tu mujer, pero me parece un conjunto sencillo a la par que elegante.

—Es perfecto, me gusta —sentencia.

Me observa y se le oscurece la mirada; desecho estos pensamientos y sigo mirando, por si veo algo que me guste a mí. Terminó comprando un conjunto negro monísimo de encaje del que Jaime no pierde detalle, todo sea dicho.

Paseamos por la calle Larios en busca de un sitio donde tomar algo. La verdad es que hace muchísimo calor en Málaga y eso que estamos en junio; no quiero pensar en lo que serán los meses fuertes en esta ciudad.

Yo tengo bastante suerte porque en Tenerife tenemos un clima muy bueno todo el año. No es como cree la gente, que hace sol y estamos en cholas<sup>1</sup> desde que comienza el año hasta que termina, pero es verdad que desde abril hasta noviembre estamos en camiseta y, si fuera necesario, apenas una rebeca por la noche. Lo que nos caracteriza, sin duda, son los microclimas que hay, porque puedes pasar en quince minutos del calor de la zona de Santa Cruz al frío de la zona norte: es como si pasaras del verano a Mordor en cero coma...

Nos sentamos en una terraza y yo pido una Coca-Cola mientras él pide una cerveza.

—Luego no me digas que no puedes conducir —le digo señalando su cerveza.

—¿Envidia, Flores?

—Pues la verdad es que no.

—¿Eres siempre así de responsable?

—Bueno, no es por responsabilidad, es más bien cuestión de gustos; cada cual disfruta como le apetece.

—A veces hay que soltarse la melena —me contesta mientras mi malvada

interna vuelve a aflorar y se pregunta si me está diciendo las cosas con doble intención o simplemente es lo que me gustaría que fuera. «Está casado, Alma», apunta mi conciencia mientras mi malvada agacha la cabeza.

Simplemente asiento, me pongo las gafas de sol y veo cómo deambula la gente.

Regresamos al hotel, donde hemos quedado con varios compañeros para salir a cenar fuera. Tenemos incluidas las cenas dentro de la estancia, pero preferimos salir; es la última noche que estaremos de curso y nos vendrá bien desconectar.

Ya en la habitación, decido ponerme un vestido blanco bastante vaporoso y unas sencillas cholas de tiras color *camel* sin tacón —raro en mí, sí, lo sé—, y un bolso tipo bandolera de Purificación García, a juego con las cholas. Ya vestida y maquillada, bajo a la recepción a esperar a que llegue el resto de compañeros.

Jaime es el primero en hacer acto de presencia. Va vestido con un pantalón vaquero oscuro y una camisa de vestir azul claro, remangada. La verdad es que no puedo negar que está muy guapo; parece que todo lo que se pone le sienta como un guante, para desgracia de mis ojos y de mi cuerpo, que no deja de reaccionar ante el suyo. ¡Joder, Alma, que estáis comprometidos los dos! Se acerca a mí mientras me recorre con su mirada; parece ser que para él tampoco soy invisible. «Punto para mí», me dice mi malvada interna. Una vez reunidos todos nos dirigimos al coche de Jaime, puesto que el resto hemos venido en avión o en tren.

Decidimos ir de tapas por los distintos locales que hay en la zona. El tapeo aquí es genial y vamos de local en local, comiendo y bebiendo vino, cañas y sangría, ¡de esto no falta! Creo que llegamos a un punto en el que todos estamos muy achispados y terminamos contando historias y riéndonos de unos y otros por la cantidad de anécdotas que tenemos, a cada cual más graciosa.

Cuando terminamos de cenar decidimos ir a tomar la última a un local que parece que está de moda en la zona; ya que estamos no nos vamos a ir sin ver la noche malagueña. Pedimos un par de copas y seguimos hablando. Los compañeros que han venido con nosotros se dispersan por la pista; sin duda alguna querrán ver si pillan cacho, ya que están por aquí. Nos quedamos sentados en unos sillones que hay en una zona apartada, allí se puede hablar con más tranquilidad.

—Y bueno, cuéntame, ¿cuánto tiempo llevas casado? —le pregunto porque

ya no puedo más y mi curiosidad necesita ser alimentada cual culebra.

Mi pregunta le toma de improviso y le sorprende, porque clava sus ojos en los míos y veo que los tiene abiertos por culpa del asombro.

—¿Qué pasa? ¿Es un tema tabú o es que no esperabas que te lo preguntara? Es normal, piénsalo: me llevas a una tienda de ropa interior a comprar un regalo para Nancy... No, no, mejor dicho, para ayudarte a elegir un regalo para Nancy y ¿pensabas que no te iba a hacer ninguna pregunta al respecto? —Me da que esto también es fruto de que he bebido algo más de lo normal; si no, probablemente no habría sacado el tema, lo habría pensado, pero no habría dicho ni mu, claro está.

—¿Quieres que te hable de mi mujer? —pregunta directamente.

—Bueno, de ella no. Me gustaría saber tu historia... y ya puestos, si ella está dentro de la ecuación, pues sí. —Sonrío, porque sigue con cara de «esto no puede estar pasando».

—A ver... Pues llevo con Nancy seis años, de los cuales llevamos casados cuatro. La conocí al poco de entrar a trabajar en Vintex SA, en un viaje que hice a Valencia para ver a mi familia; yo en esa época estaba en Vigo, trabajando. Me la encontré en un local durante las fallas, ella se tropezó, chocó contra mí y yo la sujeté para que no se cayera; me invitó a tomar una copa y una cosa llevó a la otra y bueno, mira, aquí estoy: casado. —Tras esto da un sorbo a su copa y ojea el local, evitando por completo mirarme.

No sé por qué, pero noto cierto pesar en sus ojos, como si no quisiera contarme todo, como si solo quisiera decir lo que es políticamente correcto, como si él mismo fuera políticamente correcto.

—¿No has tenido hijos? —Tarda en mirarme y en contestar; por un momento dudo de si me ha escuchado o no.

—No —responde finalmente—. Nancy no quiere hijos, siempre me dice que no pondría en riesgo su figura por algo que ella no desea.

—¿Pero tú quieres? —«Directa al grano, Alma», pienso.

—¿Yo? —Parece meditar la respuesta—. Bueno, sí, claro, siempre he querido, pero no puedo hacer nada ante esto: no puedes obligar a alguien a hacer lo que no quiere.

Noto que es bastante parco a la hora de hablar de este tema.

—¿Eres feliz, Jaime?

Ahora sí que me mira con cara de *shock*; se revuelve en el sitio y no sabe qué hacer ante esto. Su mirada ha cambiado, pero no puedo descifrar lo que

me quieren decir sus ojos.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Y aquí me quedo, sentada y sola. Me termino la copa de vino de un trago y me levanto para acercarme a la barra y pedir otra; de alguna manera tendré que superar la estupidez que acabo de hacer. Tenía que haberme callado, pero no, como siempre, me puede mi curiosidad y más si es sobre él; no puedo negarlo, quería saber más y no se me ha ocurrido otra idea que empezar por la parte más truculenta de la historia. Ya me vale, joder.

Cuando regresa parece como si nada hubiera pasado; ha tardado un poco en volver, pero noto cómo ha vuelto la calma a su mirada. Se acerca y me lleva a la pista de baile mientras suena «If we ever meet again», de Timbaland y Katy Perry. Bailamos y nos dejamos llevar por la música, baila muy bien y nos acoplamos genial el uno al otro. No puedo evitar escuchar la letra de la canción y parece que él hace lo mismo porque no dejamos de mirarnos a los ojos mientras seguimos el ritmo.

*I'll never be the same*, (Nunca volveré a ser la misma)

*if we ever meet again* (si nos volvemos a encontrar)

*Won't let you get away*, (No te dejaré ir)

*if we ever meet again* (si nos volvemos a encontrar)

*This free fall's, got me so* (Esta caída me tiene tan...)

*Kiss me all night*, (Bésame toda la noche)

*Don't ever let me go* (Nunca me dejes ir)

*I'll never be the same* (Nunca volveré a ser la misma)

*if we ever meet again* (si nos volvemos a encontrar)

Otra vez esa magia, otra vez ese aura, otra vez esa electricidad nos rodea y no podemos escapar de ella, no podemos apartar los ojos el uno del otro, no podemos evitar sentirnos, no podemos evitar estar solos aquí, no hay nadie a nuestro alrededor, estamos solos, él, yo y nuestras miradas. Nuestros cuerpos se sienten y se necesitan. Somos perfectamente conscientes de lo que estamos sintiendo. Hemos dejado de movernos y estamos parados en el centro de la pista; rodeados, sí, pero solos. Nos miramos fijamente sin apartarnos; su mirada se ha tornado más oscura, noto su pecho subir y bajar acelerado, comienza a acercarse mientras yo sigo inmóvil, mis pies se han quedado clavados en el sitio. Su mano se acerca peligrosamente a mi cadera y justo en el momento en que su piel entra en contacto con mi vestido, aparece uno de los chicos con los que hemos venido y coge a Jaime, le dice algo al oído y él

aparta la vista de mí y me dice que ahora vuelve.

Se esfumó, toda la magia se acaba de reducir a cenizas. Mientras veo cómo se aleja noto el rastro de calor que ha dejado en mi piel su contacto. Debo estar ruborizada porque siento que ese calor se ha expandido por mi cuerpo.

Veo cómo se va en dirección a los lavabos nuevamente y yo me dirijo a nuestra mesa, donde me espera mi copa de vino.

Los compañeros piden un par de copas más y yo decido parar y beber agua, porque si continúo mañana estaré fatal, ya no solo el cansancio por la hora, sino que tendré que sumarle una resaca brutal. Jaime se suma a la petición y toma otra copa mientras seguimos hablando; volvemos a estar todos juntos.

Sobre las cinco de la mañana decidimos regresar al hotel, puesto que ya no podemos más. Me toca conducir porque la menos perjudicada soy yo, ya que paré de beber hace unas horas; el resto está fatal. Jaime, aún medio entero pero piripi también, va delante conmigo porque yo no sé ni a dónde dirigirme; mejor no fiarse de mí porque podemos terminar en Cádiz.

Una vez en el hotel, cada uno va en dirección a su habitación a dormir la mona, evidentemente, para qué engañarnos.

Jaime y yo nos quedamos en la planta dos, yo ni siquiera lo sabía; en el ala de no fumadores, a pesar de que él sí es fumador.

—¿Cómo es que te quedas en esta ala del hotel si tú eres fumador?

—No me gusta el olor a humo en las habitaciones, soy bastante maniático en ese sentido. Me gusta el olor a limpio, por eso siempre elijo el ala de no fumador, aunque yo sí lo sea.

—¿Por qué no dejas de fumar? —le pregunto y ahí está nuevamente mi vena curiosa, esa vena innecesaria muchas veces, para qué negarlo...

—Quizá algún día...

—Bueno, esta es mi habitación, aquí me quedo.

—¿Me invitas a pasar y tomamos la última?

Nuestras miradas están conectadas nuevamente; me veo reflejada en esos ojos verdes, esos ojos que me transmiten una calma que no había sentido nunca, una seguridad que no tenía. Tengo que juntar las piernas para poder calmar el calor que tengo entre ellas. ¿Qué demonios es esto? No puedo evitar imaginar lo que pasaría si le dejo entrar. Me encantaría, lo sé, es lo que llevo queriendo desde que lo vi entrar en la sala de congresos; este hombre puede



conmigo, me transporta y me aleja de todo lo que me rodea, me convierte en alguien muy distinto a mí, en alguien que verdaderamente quiero ser, pero no puedo, mi conciencia sale a flote en ese instante para recordarme que soy una mujer casada y que debo ser consecuente con esos principios, aunque no quiera, aunque quiera dormir junto a él (y digo «dormir» cuando lo que quiero realmente es comérmelo entero).

—Mejor que no, Jaime, estoy cansada y tú has bebido mucho. Buenas noches.

Le doy un beso en la mejilla, entro y cierro sin mirar atrás, no vaya a ser que cambie de opinión y mande a mi conciencia a freír espárragos.

Oigo sus «buenas noches» en un susurro, seguido, posteriormente, de sus pasos. Me acuesto vestida y me preparo para no pegar ojo en lo que queda de noche. No puedo. No quiero. Quiero estar con él.

<sup>1</sup> Palabra canaria que significa 'sandalia, alpargata, calzado de playa'.

## Capítulo 3

### Jaime

¿Eres feliz? Esa pregunta que me ha hecho en el *pub* no deja de rondar mi cabeza. Evidentemente, llevo seis años con Nancy, pero no he podido evitar sentirme raro desde el primer momento en que mi mirada se cruzó con la de Alma en esa sala de congresos, como si hubiera estado toda la vida buscando sentirme así, sentirme como cuando mis ojos y los suyos se encontraron.

Cuando la vi en la piscina pensé que me derretía allí mismo; es preciosa con mayúsculas. Tuve que meterme en el agua para evitar que mi cuerpo hablara por sí mismo. Verla tumbada en la hamaca con un bikini azul cielo y pequeños tribales fucsias y esas braguitas tan pequeñas en contacto con una piel tan perfecta, blanca y limpia, sin imperfecciones y libre de vello, era algo que mi cuerpo no podía soportar, así que hice lo único que pude hacer: refrescarme. Rubia, ojos marrones, labios carnosos, delgada, un metro sesenta y cinco de altura, curvas perfectas y culo de infarto, para qué negarlo, si es que no puedo describir mejor ese cuerpo que ansío tocar. Ni siquiera con Nancy sentí esto. Alma desprende belleza por todos los poros y cuando hablas con ella es como si la conocieras de toda la vida; me da la sensación de que es capaz de ver en mí y leerme a la perfección.

Casada. Está casada.

Maldita sea, joder, ¿qué coño me pasa con Alma? Soy un hombre casado y ella es una mujer casada y aun así no he podido apartarme de ella, no he podido dejar de tener pensamientos impuros en estos cuatro días y sus respectivas noches. ¿Por qué no te conocí hace seis malditos años, Alma? ¿Por qué ahora? Es un quiero y no puedo.

Encima, si el destino no me lo había puesto suficientemente jodido, la veo nada más llegar a la recepción con ese vestido blanco que le sienta como un guante y parece un ángel; puedo ver sus largas piernas, torneadas, su piel brillante y el inicio de unos pechos donde quiero perderme. Estuve a punto de tener que cambiar la dirección y dirigirme al baño, no voy a negarlo, despierta a la fiera que tengo dentro, me saca los instintos más básicos, esos instintos que no afloraban desde hacía mucho.

Luego, al recorrer este pasillo con ella, no pude evitar tener ganas de pasar más tiempo a su lado, de querer entrar en esa habitación y sentirla cerca de mí, sentirla por completo, devorarla como si ella fuera *Caperucita blanca*

y yo el lobo más feroz de los feroces; menos mal que ella puso freno porque si realmente me llega a dejar entrar, no sé si habría podido parar. Tampoco sé si habría querido parar.

Ahora me encuentro tumbado en la cama y más culpable que nunca. La he cagado, sí, he metido la pata hasta el fondo. «Menos mal que lo único que he metido ha sido la pata», me recuerda mi conciencia. Quiero pensar que todo esto lo he hecho producto de las copas que me he tomado, pero creo que me estoy mintiendo, porque lo único en lo que he pensado es en ella. Mañana me voy, no sé si la volveré a ver, supongo que sí porque soy el nuevo auditor, pero ¿cuándo será? Son veintiséis delegaciones y pasaré mucho tiempo en cada una y otro tanto en Valencia. Tendré que disculparme, sin duda, pero ¿cómo? Achacaré todo al alcohol y haré borrón y cuenta nueva o será mejor hacer como si nada de esto hubiera pasado y simular que tenía una cogorza brutal, de esas que salen en las pelis, como en *Resacón en Las Vegas*, pero sin tatuaje en el culo y con una propuesta indecente.

Sí, definitivamente no sacaré el tema, esperaré a ver qué sucede, dejaré pasar esto y me haré el loco.

Y es en estos pensamientos en los que paso el resto de horas que faltan para el amanecer y salir de aquí, olvidar todo lo que ha pasado y borrar esas curvas de mi mente y esos ojos de mi alma.

No he pegado ojo. Después de una ducha y de preparar la maleta, decido bajar a la recepción y hacer el *check out*, subir las maletas a mi coche e irme. Pongo el coche en marcha y activo la radio; suena «Como un idiota», de Funambulista, ¿es una señal? El karma lo llaman, si no me equivoco.

Cojo la salida A92. Me quedan más de siete horas de trayecto y, cuanto antes salga, antes podré descansar. No he parado de pensar y elucubrar y me encuentro realmente cansado; si a eso añadimos el recorrido que me queda por delante, no es que me espere un día bueno, básicamente será una basura y no tengo siquiera ganas de llegar a casa.

Suena mi teléfono cuando ya llevo una hora aproximada de viaje y veo que es ella quien me llama. En estos momentos no sé si alegrarme o no de haber intercambiado los números hace varios días. ¿Respondo? ¿No respondo? Tengo que contestar, ella no ha hecho nada malo, ella no es la culpable de ser increíble.

—¿Sí? —respondo más seco de lo que pretendía.

—¿Jaime? ¿Te has ido?

—Sí. Perdona, Alma, no he querido molestarte cuando me he ido; era temprano, me esperan más de siete horas en la carretera y he preferido salir con tiempo.

Silencio al otro lado, parece que está pensando algo o valorando si realmente es cierto lo que le he dicho o es una excusa barata.

—Pensé que ibas a despedirte de mí antes de salir. No será por lo de anoche, ¿no?

Este es el momento: o hago como si nada hubiera pasado o le echo cojones al asunto y doy la cara.

—Alma..., no, no es por lo de anoche. —Decido echarle valor, sí, es lo mejor.

—Jaime, yo voy a hacer como si lo de anoche no hubiera sucedido. Me has caído genial y nos llevamos bien, lo de anoche no tuvo importancia; además, habías bebido y probablemente no era la razón quien hablaba. Quiero que sigamos manteniendo el contacto y siendo amigos, por encima de todo.

Me ha quitado un peso de encima, sin duda; quizá no hablara mi razón, pero tampoco hablaba mi polla, realmente solo verbalicé algo que deseaba decir desde el primer día que la vi.

—Alma, gracias, porque me sentía fatal. No sabía cómo te lo ibas a tomar ni qué ibas a pensar de mí. Yo estoy casado y tú también. —Decido que ser sincero es buena opción en este momento.

—En serio, olvídalo, pensemos que esto no ha sucedido y dejémoslo de lado. Seremos buenos amigos.

—Vale —digo sin más y la oigo suspirar al otro lado del auricular, como si también se hubiera quitado un peso de encima o como si se sintiera decepcionada porque esperaba más. Ojalá pudiéramos darnos más ambos—. Bueno, debo dejarte, Alma, aún me queda mucho camino y quiero conducir con calma.

—Ten cuidado en la carretera, por favor, y avísame cuando llegues.

—OK. Un beso, Alma, ya hablaremos.

—Un beso, Jaime, cuídate.

Oigo cómo corta la llamada y yo por fin respiro con calma. Pongo el intermitente a la derecha y paro mi coche en el arcén, me siento más tranquilo tras haber hablado con ella. Esa mujer aún no lo sabe y probablemente no lo sepa nunca, pero no dejo de repetir la única palabra que me ha rondado la cabeza estos cuatro días: princesa. Alma Flores, eres y siempre serás mi

princesa.

Paro el motor y por fin puedo dormir.

## *Capítulo 4*

*Julio 2015*

Me casé en septiembre de 2008, cuando solo tenía veintiséis años y aún creía que el mundo era mío y que podría conseguir todo lo que quisiera. Conocía a Juan de toda la vida; vivíamos en el mismo pueblo y, además, teníamos la misma edad. Más bien creo que nuestra boda simplemente fue algo que todo el mundo esperaba y, a día de hoy, realmente no sé si era amor o costumbre. En realidad sí que lo tengo claro, pero decirlo abiertamente duele, duele haber perdido tantos años y luchar por algo que estaba muerto antes de empezar.

Nuestra relación comenzó cuando teníamos diecisiete años. Decidimos irnos fuera a estudiar Administración y Dirección de Empresas y dar un paso más, yéndonos a vivir juntos aprovechando la coyuntura; demasiado pronto, sí, lo sé. Ingenua de mí, ¿qué le voy a hacer? También creo que, al final, todas las vivencias y todas las experiencias forman parte de lo que eres hoy y te ayudan a saber qué es lo que no quieres ser. Dicen que las personas son los únicos animales que tropiezan dos veces con la misma piedra y así me sucedió a mí. No habrá una tercera. Lo tengo demasiado claro. Ya no soy la que era, ahora soy mejor, ahora soy quien quiero ser.

Durante todo el tiempo que permanecimos estudiando fuera, estuvimos separados, un año, aproximadamente; era la precuela que anunciaba que segundas partes nunca fueron buenas. Es más, yo sentía que realmente no me llenaba. Fijaos hasta qué punto, que durante un tiempo estuve loca por un amigo suyo que estudiaba en la misma facultad que nosotros y, a pesar de las señales que me enviaba el destino, volví con él, y no solo volví, sino que planeamos una boda y nos casamos. Tenía que haber salido corriendo ese día, como se me pasó por la cabeza en más de una ocasión, pero supuse que a mi madre y a mi hermana les daría un síncope y no quería más cargos de conciencia.

Nos mudamos a un piso que tenían mis padres en Santa Cruz de Tenerife y ahí hicimos nuestra vida. Él montó una oficina en un local que tenían mis padres en nuestro pueblo y abrió una gestoría, y yo me fui a trabajar como contable en Vintex SA.

Vivíamos bien, sí, por supuesto, vivíamos mejor de lo que creíamos; cómo no, si tenía a la gallina de los huevos de oro viviendo bajo el mismo techo.

Mi familia siempre ha ocupado una buena posición social, fruto de trabajar duro día a día y de que mi padre hace treinta años ya era un visionario. Se dedicaba a comprar empresas al borde de la quiebra, levantarlas y venderlas por mucho más de lo que había gastado en un principio. ¿Dime si no es brillante?

Por supuesto, Juan era consciente de todo y sus padres, es decir, mis suegros, que no eran bobos, aconsejaban a mi marido y le decían textualmente: «Aprovéchate, no seas tonto, hasta que tú logres despegar y seas igual de brillante, es una posición inmejorable». ¿Cómo sé todo esto? Pues bien, porque lamentablemente escuché una conversación una vez, mientras ellos creían que yo estaba durmiendo una siesta por una migraña que me afectaba. Migraña es lo que me daba él... Por favor, ¿cómo pude estar tan ciega?, si había señales muy claras.

Estudiamos juntos, pero el piso lo pagaba mi padre y la mayoría de los gastos también; por supuesto, como buen padre, no iba a dejar al novio de su hija en la calle. —Como buen padre mío, claro, porque sus padres bien que se desentendieron—. Luego vivimos en un piso que era de nuestra familia; vacaciones gratis, por supuesto, caprichos varios que le pagaba y hasta los seguros del coche corrían a mi cargo. Y gracias a que no tuvimos hijos porque entonces lo creo capaz de pedirme dinero a cambio de no solicitar la custodia del bebé.

Ahora lo veo todo claro, ahora, siento que estaba completamente ciega y que no todo eran flores, corazones y finales de cuento.

Hasta que nos casamos era perfecto, relativamente; nunca se opuso a nada de lo que yo proponía, al contrario, le parecía genial y aplaudía encantado todas mis ideas. A partir de que nos casamos la cosa fue muy distinta, poco a poco fue cambiando y ya no todo le parecía bien. Recuerdo perfectamente cómo me decía: «Qué ganas tengo de verte en la cocina porque ese es el lugar para las mujeres, sí, ese es tu lugar». Y claro, yo no sabía ni freír un huevo, no porque fuera *manca* en ese sentido, simplemente porque odiaba cocinar. El siguiente paso fue prohibirme utilizar la tarjeta de El Corte Inglés; encima, la tarjeta la pagaba yo y él tenía la poca vergüenza de prohibirme usarla, pero claro, Alma hacía caso porque no quería jaleos y no soportaba pensar en volver a tener otra bronca que a saber cómo terminaría esa vez. Y así podría enumerar mil cosas: prohibirme usar el agua caliente si no era en la ducha, prohibirme salir con mis amigas, prohibirme usar tacones porque eso era de

buscona... No sé cuántas cosas, porque sinceramente he querido llevar esa parte de mi vida a un baúl y tirar la llave al fondo del mar.

Amaneció triste el día, nubes negras precedían la tormenta que llegaría esa tarde. Una vez más regresaba del trabajo y Juan ya estaba en casa. Llegaba tarde porque habíamos tenido una reunión de última hora por un proyecto nuevo que habíamos cogido; una nueva apertura estaba prevista para unos meses y tenía que estar todo perfecto. Era nuestra seña de identidad: «Ningún cabo suelto», decíamos. «Todo controlado», nos repetíamos. Nada al azar, así es como debía ser. Parecía que Juan no entendía determinadas cosas de mi trabajo y tampoco le sentaba bien que yo trajera más dinero a casa. Pensamientos arcaicos, pero hacían mella.

—¿Por qué llegas tan tarde hoy? ¿Cuál es tu excusa esta vez? —soltó nada más entrar por la puerta.

—¿Excusa? Vengo de trabajar, Juan, como siempre, vamos.

—¿Insinúas que la única que trabaja en esta casa eres tú?

—Por favor, estoy cansada. Hemos tenido una reunión a última hora para preparar una nueva apertura y lo que menos me apetece es discutir.

—Quizá si hubieras llegado a casa a la hora que tenías que llegar no estaríamos teniendo esta discusión. —Noté cómo iba subiendo el tono y me di cuenta de que ya no había marcha atrás.

—En serio, Juan, déjalo. Ya he llegado, vamos a relajarnos y a pasar lo que queda de tarde con calma.

Intenté darme la vuelta para dirigirme a la habitación a dejar las cosas, pero en ese momento, me agarró fuertemente del brazo para volver a girarme y dejarme de frente a él.

—A mí no me des la espalda, niñata de mierda. ¿Te crees mejor que yo? Es eso, ¿no?

—Juan, yo no me creo mejor que nadie, simplemente acabo de llegar de trabajar y estoy cansada. Me apetece ducharme y sentarme en el sofá un rato.

—Sí, ya veo. Tú, para lo único que vales es para sentarte en el sofá porque lo que es cocinar y limpiar no es bueno para la *señorita de alta cuna*.

—Yo no me creo mejor que nadie, pero es cierto que cocinar no me gusta y lo sabes desde hace diecisiete años.

—Eres una estúpida —me soltó a bocajarro y noté cómo me empujaba.

A cámara lenta vi cómo resbalaba y caía. Impacté contra el lateral de la puerta, justo con la cerradura. Comenzó a dolerme el codo antes incluso de



chocar contra el suelo y, al caer, vi sangre.

No lo denuncié y tenía que haberlo hecho; lo que sí hice fue irme a casa de mis padres e interponer una demanda de divorcio.

Tardé varios días en ir al médico por la herida, más que nada porque no quería preguntas y pensé que cicatrizaría, pero no fue así. Tenía que haber acudido en el mismo momento, tal y como me dijo el sanitario días después, necesitaba puntos. Ahora tengo esta marca de guerra que me recuerda, día a día, lo que no quiero en mi vida, quién no quiero volver a ser.

Ya no soy aquella Alma Flores, no: ahora soy la nueva. Ahora seré todo lo que yo quiera ser y nadie me dirá lo que es mejor y lo que no lo es. No permitiré que nadie decida por mí, eso quedó en el pasado.

Adiós, pequeña.

Hola, mundo.

## Capítulo 5

Diciembre 2015

Salgo de casa con la chaqueta en la mano. No sé ni para qué la cojo, sinceramente no entiendo nada este clima: estamos a diecisiete de diciembre y hace un calor horroroso, de estos típicos de julio. Al final, es normal que digan que en Canarias estamos todo el día en bermudas y cholas; si es que, mientras toda la península está bajo una ola de frío polar, nosotros estamos aún con zapatos abiertos y camisetas sin mangas.

Me dirijo a nuestra cafetería, Au Revoir, a encontrarme con Mar y Érika, como todos los jueves desde hace unos meses. Es uno de nuestros principios de la *Constitución femenina*: vernos, mínimo, una vez por semana. Es el primer artículo y no es negociable. Fallar a esta cita está penado y el castigo será duro, no lo dudo; prefiero no arriesgar mi pelo o mis bolsos.

Entro en la cafetería y allí están mis locas amigas al fondo, en nuestra mesa, sentadas. Nada más vernos nos fundimos en un abrazo, como si hiciera tiempo que no nos vemos y hace unas horas estábamos dándole a la tecla en el grupo de WhatsApp que tenemos y que tiene como nombre Comando Perras Satas, no digo más...

—¿Qué tal el día? —me pregunta Mar.

—¿Te has decidido a contestarle algo al buenorro ese que trabaja en Valencia? —me pregunta Érika.

—A ver, ¿acabo de llegar y ya me quieres someter a un tercer grado, Érika?

—Para serte sincera, a Mar y a mí nos importa bastante poco cómo te haya ido el día, ya eso lo has contado por el grupo antes; a nosotras lo que nos gusta son los detalles morbosos. Lo que pasa es que Mar es mucho más suave a la hora de soltar las preguntas, pero yo paso. ¿A que sí, Mar? ¿A que estás de acuerdo?

—Amén —responde la aludida.

Suspiro bruscamente. Os juro que, si no las quisiera, las despellejaba vivas y si me llevaran a la cárcel, fijo que no alegraría locura transitoria, porque la locura que estas dos me provocan ya no tiene cura ninguna. Os lo juro, ¡esto no es pago!<sup>2</sup>

—Bueno, vamos a pedir y ya luego os cuento, aunque desde ya os digo que pocas novedades hay. Si queréis os hago un resumen exprés: trabajo, números,

teléfono, agenda, pipí, números y teléfono. ¡Ah! Y no, no he contestado al correo.

Levanto la mano y llamo a Alberto, el camarero, ya nos conoce lo suficiente y sabe que debe darnos unos minutos cuando nos encontramos. Se acerca a nosotras con la libretilla y el boli en la mano.

—¿Qué desean las chicas más guapas de Tenerife?

—Y de Canarias —contesta Mar.

—Pasa, Alberto, no vamos a chupártela por mucho piropo que nos lances —le suelta Érika.

—Joder, Érika, contigo no hay quien diga nada. La próxima vez os llamo amorfas, a ver si así no sueltas ninguna perla de las tuyas —le contesta Alberto.

—Perdónala, hoy no se ha tomado su medicación —contesto yo mirando directamente a Érika.

—Perdona, llevo un día de mierda y estoy a la que salto —se disculpa Érika.

—¿Me decís lo que queréis? Prometo no escupir dentro... esta vez. —Y sonrío abiertamente.

La verdad es que Alberto es guapo y no le faltan pretendientas. Siempre nos hemos llevado bien; lleva trabajando en Au Revoir dos años y solemos coincidir con él casi siempre, ya hay confianza y nos conoce.

—Pues yo quiero un barraquito —le digo.

—Yo quiero un leche y leche clarito<sup>3</sup> —pide Mar.

—Yo otro barraquito<sup>4</sup> —le dice Érika mientras ojea el teléfono.

—Bueno, ¿se puede saber qué te pasa? —le pregunto a Érika.

—Nada, solo que hoy llevo un día de mierda, no me salen bien las cosas. Hoy es de esos días en lo que es mejor quedarse en la cama.

—¿Vuelves a tener problemas con tus padres? —pregunta Mar.

—Mmm..., bueno, un poco sí, pero nada fuera de lo normal, más de lo mismo, digamos —contesta bastante seca, así que deducimos que es el momento de cambiar de tema y callarnos. Segundo principio de la *Constitución femenina*.

Nos quedamos en silencio unos segundos y escucho que, en ese momento, suena de fondo «¿No podríamos ser agua?», de Maldita Nerea.

Y necesitas decir que no a los miedos, verás, puedo enseñarte

lo que yo prefiero: unas gotitas ahí de amor del bueno.

No te preocupes, besaré primero.

Aunque me canse y vengan miles de días grises  
o mis palabras quieran rendirse ante la lluvia en el cristal  
me suena grande, los imposibles también existen,  
son los que hoy me hacen decirte que la fiesta empiece ya.

—Alma, ¿estás? —me pregunta Mar.

—Sí, perdona, estaba escuchando la canción.

—Me encanta Maldita Nerea —comenta Érika.

—Pues no te pega nada esta música —le contesta Mar como si nada.

—Bueno, no a todas nos gusta Alejandro Sanz como a ti y a esta...

Sí, definitivamente el horno no está para bollos.

—Pues resulta que me acabo de apuntar al gimnasio —suelto a bocajarro  
para calmar las aguas o las dos fieras empezarán a sacar las garras en breve.

Noto cómo las dos giran a la vez su cabeza y me observan detenidamente.  
Por lo menos he logrado captar su atención porque a Mar, como le toques a su  
Alejandro, comienza a cortar cabezas.

—La crisis de los treinta te llega tarde, ¿no crees? Te recuerdo que ya  
tienes treinta y cuatro años, amiga —me dice Érika.

—¿Estás como un queso y te apuntas a un gimnasio? Pues nada, entonces  
he perdido la esperanza —suelta Mar con un mohín de lo más infantil que me  
hace sonreír.

—A ver, no es eso, pero estoy retomando mi vida y siempre he querido  
hacer algo de deporte, por sentirme bien.

—¡No me jodas! ¡Tú lo que quieres es *mandársela*<sup>5</sup> al entrenador! O que  
él *te la mande a ti*, para ser más exactos. Ya puestos, si está bueno me apunto  
yo también, ¿no comparten todo las amigas? Mar, tú te vienes, a ver si se te  
cambia esa cara de culo que tienes últimamente; no sueltas prenda de lo que te  
pasa y nosotras no podemos estar todo el día rogándote.

¿Cómo no? Érika. Pero bien pensado, tiene razón. No en lo de enrollarme  
con el monitor, que tampoco es que me viniera mal, me recuerda mi malvada  
interna en un intento más de llevarme por el mal camino. No sabemos qué pasa  
por la cabecita de nuestra querida Mar, pero sabemos que algo le ocurre  
porque se encuentra más taciturna de lo normal. Intuyo que puede ser algo  
relacionado con algún hombre, pero no quiere contarnos y nosotras respetamos

su decisión, aunque le hagamos el tercer grado cada vez que podemos y ella suela responder diciéndonos que si no nos acordamos del artículo dos de nuestra pequeña *Constitución femenina* y ahí nos hace callar, ¡la muy perra!

—Que te den por el culo, Érika —le responde Mar, ya con cara de «te cojo y te reviento».

—Bueno, ¿pero esto qué es? Venimos a relajarnos y hablar, desconectar y desahogarnos. Si queréis os pongo una piscina de barro y os agarráis de los pelos dentro; seguro que se lo digo a Jacobo y nos da permiso. Alberto sacaría hasta palomitas. ¡Basta ya, por favor! —intento apaciguar.

Veo cómo Mar se levanta y Érika también, ponen un euro cada una — porque son más agarradas que un pasamanos—, cogen el bolso y, sin mediar palabra, me dejan allí sola. Al carajo la tarde.

Alberto se acerca con las bebidas que hemos pedido y flipa un poco al verme sola en la mesa.

—¿Se han ido las leonas? ¿Pelea de gatas?

—Ya ves, me han dejado sola. En fin, deja lo mío y cóbrate. Y perdona, Alberto, espero que el próximo jueves estén mejor los ánimos.

Me tomo mi barraquito mientras repaso el día. Hoy he recibido un correo electrónico de Jaime. No sé qué me ha pasado, pero no he tenido el valor de contestar; era de trabajo e indirectamente es mi jefe, pero hacía tiempo que no hablábamos. Antes de mi divorcio estuvimos en contacto por unos temas fiscales que no cuadraban, pero luego me fui de vacaciones. Recibimos un correo general donde decía que él estaría de vacaciones en septiembre y que en octubre se encontraría en Galicia un mes, en noviembre en Asturias y este mes en Cantabria. Supongo que de ruta. Imagino que este correo es porque en unos meses estará por Tenerife, puesto que él contacta con cada delegación cuando se aproxima una visita o porque hay un problema grave y, por suerte, esta segunda opción ahora mismo está descartada.

Llego a casa. Me compré una después de mi divorcio; no me apetecía seguir viviendo en el piso de mis padres, así que adquirí un dúplex en una zona residencial de Santa Cruz que, además, me viene genial para evitar las colas que se forman en la autopista todas las mañanas. Ya sabéis: es una isla y en hora punta todo el mundo pilla caravana para ir a trabajar.

Mi casa es preciosa, tiene una pequeña terraza situada en la parte delantera y un jardín en la parte trasera. En la planta baja se encuentra el salón, la cocina, la solana y un pequeño aseo, y en el segundo piso, mi

habitación que tiene anexo un baño y un vestidor —el sueño de las mujeres, por supuesto— y una habitación de invitados con un pequeño baño en el pasillo. Todo un lujo, una casa así. Les conté el plan a mis padres y me animaron a comprarla y ahora estoy más feliz que una perdiz.

Me quito los zapatos, suelto el bolso y saco mi iPhone para enviar un WhatsApp al comando.

Alma  
Después del desplante de esta tarde,  
más os vale invitarme la próxima vez vosotras a mí.  
*Gin-tonic*, por favor.

Mar:  
Paso. Que lo pague la vaca burra de  
tu amiga salvaje esa.

Érika:  
Lo de vaca burra se te habrá escapado, ¿no?

Alma:  
Ya está, venga, que no vale la pena discutir por tonterías.  
Todas tenemos días malos.  
Pedíos perdón y vamos de cena mañana.  
Necesito salir y desconectar de todo.  
¡¡Por favorrrrrr!!

Érika:  
Yo no pienso pedir perdón si  
Mar no retira lo de vaca burra.

Alma:  
Joder, Érika, reconoce que te  
has pasado.

Mar:  
Yo no retiro lo de vaca burra si esta  
no me pide perdón por haber dicho que  
tengo cara de culo.

Érika:  
Bueno, tenéis razón, me he pasado tres pueblos. Pero en mi defensa diré que llevo un día chungo. Perdona, Mar, a veces soy de lo que no hay, lo siento de verdad. ¡¡Pero retira lo de vaca burra o te rajo!! Mira que conozco unos rumanos... Ja, ja.

Mar:  
Yo también lo siento y retiro lo de vaca burra, pero que sepas que la próxima vez te doy una trompada. Ah, y me apunto a lo de mañana.

Alma:  
¿Veis que no costaba tanto comportarse?  
Mañana a las nueve en La Casa Encantada.

Érika:  
Vale, yo también me apunto.  
Nos vemos mañana, perras.  
Besos.

Mar:  
Hasta mañana, monas peludas.  
Besos. Os quiero.

Alma:  
Hasta mañana. Os quiero.

Lanzo el teléfono encima de la cama, cojo el pijama de Betty Boop y me meto en la ducha.

Muchas veces me siento un poco como la madre de Mar y Érika. Somos muy diferentes, pero a la vez nos complementamos. Hablamos de todo sin tapujos y decimos lo que pensamos, aunque eso a veces nos traiga algún que otro quebradero de cabeza. No imagino mi vida sin ellas.

Nos conocimos hace seis años. Al principio solo hubo cortesía entre nosotras, pero, poco a poco, la relación se ha ido consolidando hasta ser lo que somos hoy. Parecemos hermanas separadas al nacer. Las amigas son la familia que se elige y yo no he podido hacer mejor elección.

Sabemos que estaremos todas a una. Seremos las tres mosqueteras.

Salgo de la ducha y me meto en la cama.

Mañana será otro día.

<sup>2</sup> Expresión similar a «esto no se paga con dinero».

<sup>3</sup> «Bebida compuesta por leche, café y leche condensada en vaso pequeño. Se pide clarito cuando se pide con poca cantidad de café».

<sup>4</sup> Café con leche, leche condensada, licor (opcional), canela y cáscara de limón.

<sup>5</sup> Argot: Mandársela, es sinónimo de acostarse con él, querer mantener relaciones sexuales...es una expresión coloquial.

## Capítulo 6

Suena de nuevo el maldito despertador, ¡cómo odio el horrible sonido que emite! Alma, relax, en unos días será Nochebuena, luego Navidad, Fin de Año... Y así unos cuantos días de vacaciones que me van a venir de perlas.

Salto de la cama con estos pensamientos positivos, entro en la ducha y me enjabono rápidamente. Me planto delante del vestidor y decido ponerme una falda tapiz que me llega hasta las rodillas, de franjas azul marino y lila, una camisa beis y unos zapatos de salón a juego. Decido coger mi bolso Tous; me dejo el pelo suelto, brillo de labios, raya en el párpado superior y listo. Me voy pitando, ya tomaré café en la oficina.

Llego a Vintex SA, a las 7:50 y me dirijo al *office* sin pensarlo: Aitana me espera allí con un café con leche y dos de azúcar. ¡Cómo quiero a esta chica! Nota mental: subirle el sueldo.

—Buenos días, jefa, ¿qué tal estás?

—Muy bien, Aitana, ¿y tú?

—Ah, pues muy bien. He dejado encima de tu mesa el correo y ha llamado Jaime, de Valencia. Me ha dicho que necesita contactar contigo por un viaje que hay que programar.

No sé cómo no escupo el café. Aitana entorna los ojos, supongo que porque mi expresión ha cambiado y mi cuerpo se ha tensado; no dice nada y yo lo agradezco. Nota mental al cuadrado: subirle el sueldo a esta alma cándida.

Voy directa a mi despacho, entro y cierro la puerta, enciendo el ordenador y ahí está la bandeja de entrada. Hay varios correos, pero solo puedo ver uno.

De: jaimealcantara@vintex.com

Para: almaflores@vintex.com

Asunto: ¿Novedades?

Hola, Flores:

¿Cómo estás? ¿Cómo se presentan las fiestas? En familia, imagino.

¿Qué tal las cosas por la oficina? Ponme al día.

Un abrazo.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Que lo ponga al día, dice. Si él supiera la de novedades que hay en mi vida desde la última vez que nos vimos... A veces, en esos momentos de



soledad en los que con una copa de vino blanco te sientas a pensar, creo que, desde aquel día en que lo conocí, mi cuerpo ya sabía que mi matrimonio estaba muerto; simplemente seguía en pie por costumbre y no por amor, como debería ser.

Decido que debo contestarle, sobre todo porque ya no es solo este correo, sino que me ha llamado por teléfono. Profesionalidad, ante todo.

De: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

Para: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: Tantas novedades...

Buenos días, Jaime:

¿Qué tal?

Ante todo, perdona por no haberte contestado ayer, pero me lie con unas cosas de última hora y luego salí pitando de la oficina. Hace un rato me ha comentado Aitana que habías llamado por un tema de ¿un viaje? ¿No me digas que hay otra convención más? A la última no pude acudir porque estaba de vacaciones, pero me da que de esta no me libro.

En cuanto a la delegación, poco que comentar, por ahora todo bajo control. Las cuentas que llevamos están correctas. La próxima semana empezamos con el cierre de impuestos para que no se junte con las nóminas. Si quieres, te voy pasando un informe semanal para que estés al tanto de cómo va todo. Intuyo que en breve estarás por aquí.

Un saludo,

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Continúo con mis actividades diarias y después de la hora del desayuno recibo otro correo de Jaime.

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

Asunto: No veo tantas novedades entonces...

Buenos días de nuevo, señora Flores:

Intuyes bien, no sé cuándo, pero te puedo adelantar que en unos meses estaré por ahí, supongo que eso de que las rubias son tontas no va contigo porque eres más lista que el hambre, ja, ja. Si no te viene mal, pásame un informe cada quince días para ir poniéndome al día y a la hora de llegar que me pille informado, no hace falta que sea semanal.

Bueno, tema dos: en febrero habrá una nueva reunión en Málaga para todos

los directores y directoras de contabilidad. Supongo que nos veremos allí. Si no me equivoco será la semana del veintidós, pero aún hay que confirmar. Simplemente te voy avisando para que esta vez no te escaquees.

Un abrazo, Flores.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

¿Señora? No, definitivamente suena fatal eso de señora y menos con los recuerdos que eso me trae.

De: almaflores@vintex.com

Para: jaimealcantara@vintex.com

Asunto: Novedades hay, otra cosa es que quieras saberlas...

Lo de Málaga, pues ¿qué quieres que te diga? No me apetece nada, pero es trabajo, así que por mí no te preocupes que allí estaré, no te olvides de con quién hablas... Cuando haya más datos me avisas para organizarme y tranquilo, que las vacaciones las cogeré en verano, es mi época favorita.

Los informes quincenales OK, sin problema.

¡Ah! Y una última cosa: a partir de ahora, señorita Flores, si puede ser. Gracias.

Un saludo.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Pulso enviar y listo. Toma bombazo, ¡¡quédate loco, Jaime!! Me río sola, porque sé que no se espera para nada esa última frase. No sé bien si lo he hecho porque quiero que sepa que estoy de nuevo en el mercado o porque no me gusta ese señora; creo que más bien una mezcla de cada cosa. Y oye, ¡sienta bien!

Me levanto y voy a hablar con Aitana a su mesa.

—¿Café?

—Por favor —responde con esa vocecita de gatita desamparada.

—¿Una mala mañana? —le pregunto.

—Sí, bueno, un poco locura; el teléfono no ha parado de sonar, me parece que han puesto un anuncio buscando un diplomado en Relaciones Laborales para que ayude al señor Jacinto en Recursos Humanos. Claro, tú sabes, el trabajo está fatal y la gente, desde que ve algo mínimamente decente, no para hasta conseguirlo y en estas me pillan a mí en medio. Por eso, si me sacas de

aquí, aunque sean quince minutos, te pido hasta matrimonio.

—Calla, calla, que yo no me vuelvo a casar ni loca. El próximo que me busque tendrá que pasar el test antichupasangre y luego la aprobación de Mar y Érika, que son unas fieras. Vamos a por ese café, que nos lo hemos ganado.

Bajamos a la cafetería que se encuentra en la misma calle de la empresa. No es la mejor del mundo, pero el café no es malo y los Donuts están deliciosos. Camino pensando en la cara que habrá puesto Jaime al recibir el correo. Él no sabía absolutamente nada. Supongo que como todo el mundo. Muchas veces, las personas vivimos una vida y mostramos otra distinta a la galería. Es simple, como dice Juan Palomo: yo me lo guiso, yo me lo como.

—Capuchino y Donuts de chocolate —pido nada más llegar a la barra.

—Lo mismo para mí —le dice Aitana al camarero—. Joder, Alma, el camarero ese está para hacerle un traje de babas, ¿lo has visto? ¿Te has fijado en cómo te mira?

—No me interesa, Aitana, no es mi tipo y no busco nada.

—Mujer, nada serio, pero ¿un revolcón?, aunque sea... ¿Cuánto tiempo hace ya? ¿Tres años?

—Seis meses. Qué bestia eres tú también. Érika y tú seguro que os llevaríais bien.

—Que no te quepa duda —me contesta.

Saco el teléfono, ahora que acabo de acordarme, para escribir un WhatsApp en el grupo. He estado toda la mañana pendiente de otras cosas y me he olvidado por completo del comando.

Alma:

¡Buenos días! Sigue en pie lo de esta noche, ¿verdad?

Mar:

Por mí, sí. Después karaoke, ¿no?

Érika:

Bien te gusta a ti un micrófono, guarrilla.

Alma:

Estás fatal, Érika. A las nueve, ¿OK?

Érika:

OK. Besos.

Mar:

No lo sabes tú bien, perra; a ver si la

única que va a estar todo el día  
dándole vas a ser tú, ja, ja, ja. Nueve OK.

Besos.

«Estas dos siempre igual», pienso para mí mientras vuelvo a meter el iPhone en el bolso.

Volvemos a la oficina después de un descanso y cada una se dirige a su puesto de trabajo. Veo correr a Aitana en dirección al teléfono nada más dejar el bolso. Yo sigo mi camino y me meto en mi despacho; vuelvo a desbloquear la pantalla del ordenador y... ¡Ahí está!

De: jaimealcantara@vintex.com

Para: almaflores@vintex.com

Asunto: ¡¡*Ojiplático* me quedo!!

Por favor, Alma, ¿lo que leo es cierto? ¿Qué ha pasado? Yo que pensaba que vivías en el mundo multicolor del matrimonio. Ya no me interesa nada más, ahora solo quiero saberlo... todo.

Un abrazo.

Jaime Alcántara, el *ojiplático* perdido.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

¿Qué hago? ¿Contesto o no contesto? Fácil, lo voy a hacer sufrir un rato. Tampoco es que piense darle muchos detalles, pero está claro que me llevo bastante bien con él y me da esa seguridad de contarle más de mi vida. En realidad, nuestra relación es un poco fantasma, hay mucha distancia, pero es capaz con poco de atravesar los muros que tanto me ha costado levantar y de los que solo Mar y Érika conocen la puerta de entrada. Ellas no necesitan ni llamar para acceder, aunque, pensándolo bien, es mucho más normal, son mis hermanas, sin ellas mi vida no sería la misma. Pero ¿Jaime? Jaime es como un ente, no está físicamente, pero es capaz de darle a la tecla. Todo este tiempo hemos mantenido contacto, más por trabajo que por lo personal, sin embargo, no hemos dejado de escribirnos de vez en cuando, al principio por cortesía, luego por vínculo. Pienso que aquella llamada —que aún hoy en día me pregunto por qué la hice— dio el pistoletazo de salida. Estoy bastante convencida de que si no hubiera marcado su número ese viernes, probablemente hoy habría una distancia enorme. Muchas veces he querido contarle más, pero su situación y la mía son distintas y no quiero molestar.

Sé cómo somos las mujeres y que, por muy amigos que seamos, no nos

gustaría que una buena amiga de nuestro marido fuera del sexo contrario y por los pocos detalles que da Jaime de Nancy, creo que a ella le haría menos gracia que a ninguna. Fijaos si me aventuro, y quizá me equivoque, pero yo diría que a Nancy no le gusta que Jaime tenga amigos, en general, independientemente del género. Bueno, a lo que estoy, me voy a hacer un poco la dura y a contestar en otro momento (¡muajajaja!, risa malvada).

Decido poner un poco de música para seguir trabajando y porque hoy es viernes y esta noche toca fiesta parda con mis locas del moño. Activo la lista de reproducción de Spotify y comienza a sonar «Uptown Funk», de Mark Ronson y Bruno Mars. ¿Qué mejor banda sonora para un día como hoy?

Me adentro en mis actividades; tengo una reunión a la una, así que voy a preparar los puntos a desarrollar para que también a Aitana le sea más fácil hacer el acta posteriormente. Soy meticulosa hasta para eso y es que, de cada reunión de mi departamento, hacemos un acta que archivamos y así, aunque no estés presente, por el motivo que sea, siempre sabrás los puntos que se han tratado y los acuerdos a los que se han llegado. Para mí es una forma de trabajar muy eficiente, sin duda.

Me entra otro correo justo cuando me voy a levantar.

De: jaimealcantara@vintex.com

Para: almaflores@vintex.com

Asunto: Injusticia

Flores, no me puedo creer que no me hayas contestado al correo, es más, he querido pensar que estás en alguna reunión, pero mi curiosidad me ha podido y he visto que estabas en línea en el chat interno por lo que he llegado a la conclusión, y corrígeme si me equivoco, de que no quieres contestarme. Eres una bandida.

Sin abrazo te has quedado.

Jaime Alcántara, el indignado.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

De: almaflores@vintex.com

Para: jaimealcantara@vintex.com

Asunto: ¿Curiosidad?

Jaime, ¿tu madre no te enseñó que la curiosidad mató al gato?

Me voy a una reunión. Bye.

Un saludo.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Me levanto, apago el ordenador y me dirijo a la reunión con una amplia sonrisa en mi cara.

## Capítulo 7

Viernes noche en todo su esplendor, sí, señor. Enfundada en mis vaqueros Guess, una camisa lencera negra y unos tacones negros altísimos, cojo mi bolso negro de MK<sup>6</sup> y salgo de casa en dirección a La Casa Encantada, a encontrarme con Mar y Érika, rezando para que haya paz esta noche.

Llego puntual y veo que están fuera; Mar está fumando. Lo había dejado, pero últimamente lo ha vuelto a coger. Sí, definitivamente, algo pasa.

—Antes de que digáis nada: no llego tarde, llego puntual. Quizá vosotras os habéis adelantado —les suelto.

—Acabamos de llegar, no te preocupes —dice Érika.

Nos adentramos en el restaurante. Es uno de nuestros lugares favoritos, sirven un secreto ibérico delicioso y una tarta de galleta que te mueres.

—Por favor, no os lieis pidiendo comida, que estoy a dieta y no quiero pasarme de la raya —comenta Mar.

—Joder, Mar, siempre estás a dieta y no te hace falta. Estás como un queso. Yo te *la mandaba*, fíjate —suelta Érika.

—Tú porque me quieres y me ves con buenos ojos, pero la realidad es que yo no me encuentro bien así. Todo me iría mejor si no me gustara tanto mover el bigote, coño. —Y oímos cómo suspira.

—¿Qué te pasa, cariño? Sabemos que algo te ocurre y que no debemos presionarte, pero es inevitable que nos preocupemos. —Y miro a Érika, que asiente en respuesta a mi comentario—. No eres la misma desde que volviste de Ibiza.

—No me pasa nada, en serio, no sé por qué decís eso y, aunque así fuera, no me apetece hablar del tema. Hemos venido a divertirnos y a desconectar.

Y así es como termina esta conversación.

—Oye, ¿al final le contestaste el correo al maromo ese? —me pregunta Mar, un poco también para cambiar el tema, se nota a leguas.

—Pues sí, intercambiamos un par de correos y me comentó que, probablemente, en breve tendremos otro congreso en Málaga y... le solté que estoy soltera de nuevo.

—¿Se lo soltaste? ¿Cómo? —pregunta Érika.

—Pues nada, en realidad como una tontería, pero sutilmente le dije que me llamara señorita Flores. Él siempre está con ese juego de llamarme Flores o señora Flores y no sé, pero me dio por corregirle.

—Ese tío te pone *burraca*.

Veo cómo las dos me miran esperando a que lo niegue para darme pal pelo.

—Bueno, está tremendo, sin duda, pero está casado y eso ya es motivo suficiente para mantener las distancias.

—Estará casado, pero a mí me da que a él también le gustas tú y más teniendo en cuenta lo que pasó hace cinco años. Probablemente, si estuviera en un cuento con final de «fueron felices y comieron perdices» no te habría hecho esa proposición. —Mar, sin duda, dando en la tecla, como siempre.

Cómo sabe la jodida dejarme sin palabras. Yo no puedo negar que me atrae, pero no quiero pensar en si es recíproco o no, más que nada porque tampoco me interesa. Me gusta mi vida tal cual está ahora; soy libre de nuevo y me he quitado un peso de encima. Ahora solo quiero divertirme y ser yo misma, retomar esa Alma que dejé cuando tenía diecisiete años.

Ponemos dirección a nuestro centro de operaciones, nuestro karaoke; otra de las cosas que antes no hacía y que ahora sí y ¡me encanta!

Es un local pequeño, con una barra sencilla y varias mesas y sillones. Tiene al fondo un escenario dotado de varias pantallas donde se van intercalando canciones que pone el DJ y canciones que pide la gente que se sube a divertirse. Sin malos rollos y sin importar la afinación.

—*Gin-tonic* de Bombay Sapphire, ron Arehucas-cola y copa de cava Llopard —pide Mar a la camarera pechugona.

—Bueno, yo creo que será mejor que te lleves condones a Málaga, por lo que pueda pasar y eso —suelta Érika mientras la veo moverse al son de Romeo Santos y su «Propuesta indecente». Ni al pelo, vamos, ni al pelo.

—¿Qué canción elegimos? —pregunta Mar que es la encargada normalmente de rellenar el papelito para entregarlo al DJ.

—A mí me gusta la de «A quién le importa», de Fangoria. Apúntala y subes a cantarla conmigo, Mar —le digo.

—Hecho —me contesta.

Así pasamos la noche, entre copas, canciones, risas, desafinaciones y más risas. Digan lo que digan, esta es la mejor terapia del mundo. No voy a decir la más barata, porque bebemos bastante, pero lo bien que nos hace sentir no es pago.

Sábado por la mañana y... ¡¡Booomm!! Resaca máxima. La verdad es que aún me estoy riendo por las fotos que nos sacamos anoche y los vídeos que



grabamos. Subimos algunas a Facebook, pero es cierto que lo hicimos cuando aún estábamos serenas.

Decido tomarme un café y un ibuprofeno e ir al gimnasio, como toma de contacto, más bien. Me he apuntado a clases con un *personal trainer*. Me enfundo en mis *leggings* Nike, una camisa deportiva fucsia y unos tenis Nike del mismo color. Ya sabéis lo que dicen: antes muerta que sencilla, sí señor.

Toalla y botella de agua en mano, me dirijo a la recepción y pregunto por Eduardo, mi entrenador personal. La chica de la recepción me dice que está abajo, en la zona de pesas y allí me encamino.

—Hola, ¿Eduardo? —Me acerco a un moreno musculado, con pelo de punta. Camiseta de asillas y pantalón corto completan el atuendo.

—Sí, soy yo. ¿Y tú eres...?

—Alma. Estuve esta semana por aquí y me apunté; al tener turno de tarde me comentaron que debía hablar contigo para cuadrar horarios y ponernos de acuerdo para que me entrenes.

—Encantado, Alma. A mí me viene mejor entre semana, ¿te vendría bien lunes y miércoles? Si quieres algún viernes, pues también lo podemos cuadrar.

—Vale, sí, perfecto. ¿De cinco a siete?

—Hecho. Bueno, ya que estás aquí podemos empezar con algo suave para que te vayas haciendo al ritmo.

—Te advierto que yo no he hecho deporte desde el instituto y eso fue hace bastante, así que mi condición física es limitada. Además, que hoy no es uno de mis mejores días —le explico. No quiero confesarle que tengo una resaca del copón.

Me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa, más por educación que por otra cosa, la verdad.

—¿Quieres que prepare algún tipo de dieta para que sea más efectivo el resultado? Físicamente, creo que te encuentras en tu peso ideal, pero muchas veces, una alimentación sana debe acompañar al ejercicio. Te sentirás mejor, sin duda.

—Por mí, perfecto, pero no te prometo cumplirla siempre, aunque estaría bien tener unas recomendaciones alimentarias.

—Genial, una chica comprometida con la causa. Me gusta.

Después de una hora de ejercicio suave, ya no puedo con mi alma y nunca mejor dicho, es agotador. El que dijo que esto de mantenerse en forma era fácil, nos mentía, descaradamente, además, e ilusas de nosotras que decidimos

creer tremendas mentiras.

—¿Te veré este lunes?

—Sí, vendré, no creas que con lo de hoy me has asustado.

—Sin duda, te estaré esperando. —Y me guiña el ojo antes de darse la vuelta.

Mis sentidos estarán atrofiados, no digo que no, pero os juro que me ha dado la sensación de que este huevo quiere salir.

Regreso a casa y decido pegarme el resto del día vagueando. Sobre las siete recibo un WhatsApp de un número que no conozco.

Número desconocido:

Hola, Alma, soy Edu, del gimnasio.

Perdona por haberte escrito, he cogido tu número de la ficha de datos.

Quería saber si estabas bien después de lo de esta mañana.

Alma:

Sí, gracias Edu, estoy bien.

Nos vemos el lunes.

Edu gimnasio:

OK, gracias por contestar. Un beso.

Al final, mis instintos no van a estar tan desencaminados. No creo que sea norma del gimnasio hacer esto. En fin, no voy a darle más vueltas al tema.

Paso el domingo en casa, vagueando, recogiendo un poco y poniéndome al día con un libro que estoy leyendo. Lo que se dice un fin de semana tranquilo y relajado.

<sup>6</sup> Abreviatura de Michael Kors.

## Capítulo 8

Miércoles por la mañana y, por suerte, semana cortita. Mañana es Nochebuena y no trabajamos y el viernes es Navidad, con lo cual, hasta el lunes... *bye, bye* responsabilidades, *hello* comer y comer sin parar. Aun así, no puedo quejarme; me cuesta despegarme de la cama, de eso no hay duda, pero me gusta mi trabajo y lo que hago. Conecto la radio, selecciono los 40 Principales y comienzan a sonar los acordes de «Hips don't lie», de Shakira y Wyclef Jean. No hay nada como la música para arrancar el día con una sonrisa y con ánimo. Decido mandar un audio al comando, seguido de los buenos días y un corazón. Me subo encima de la cama y comienzo a saltar como una loca, estoy contenta, me he levantado muy positiva y con ganas de ver qué me deparará el día. Me sitúo delante del armario que tengo en el vestidor y comienzo a seleccionar la ropa que me pondré hoy. Falda de tubo vaquera, camisa de asillas roja y camisa vaquera encima con un par de botones desabrochados. Elijo unos tacones Guess rojos y un bolso de Bimba y Lola a juego. Me maquillo suavemente, brillo de labios y lista para salir.

Llego temprano y, como siempre, me dirijo al *office*; allí está Aitana preparando café y me ofrece uno. Añado leche y dos de azúcar y nos sentamos un rato, hasta que comience a llegar el personal y tengamos que volver a nuestros puestos.

—¿Qué tal el finde? —me pregunta.

—Pues bien. El viernes salí con las chicas y terminé un poco perjudicada; la peor fue Mar, que rompió su regla de que debe parar en el tercer ron. ¡Ah, espera! El sábado decidí ir al gimnasio por primera vez. Supuse también que habría poca gente y me sería más cómodo para hacerme con el sitio. —Noto que Aitana centra toda su atención al oír la palabra mágica *gimnasio*—. Resultó extenuante, pero lo mejor de todo fue que me dio la sensación de que el monitor me estaba tirando los trastos sutilmente; fíjate que por la tarde me escribió un WhatsApp y todo. Muy educado, sin embargo, no deja de ser un mensaje... ¿Qué opinas?

—¿Está bueno?

—¿Eso es todo lo que me piensas decir?

—No me has contestado...

—Bueno, bueno... Tampoco es que sea un dios griego, pero escapa.

—Pues déjate llevar, mujer. Estás encorsetada, siempre recta, siempre

sería. Por lo que cuentas parece que sí, que está tirándote la caña a ver qué pesca. Parece que se va a poner interesante el café de por las mañanas. — Sonríe ampliamente, tan dulce ella.

—No es que esté encorsetada, es que yo soy muy tímida para estas cosas, no sé si te acuerdas de que he estado con el mismo hombre desde los diecisiete años y todo esto de la seducción es nuevo para mí.

—Pues por eso mismo: déjate llevar y veremos qué pasa. Siempre estás a tiempo de parar si no te gusta.

—Vamos, se nos va a hacer tarde. ¿Almorzamos juntas?

—Vale, nos vemos a las dos —me dice y me lanza un beso mientras sale. Yo me quedo fregando las tazas, ya que esta semana me toca a mí.

Dejo mi bolso y enciendo el ordenador, conecto la radio y suena «Toda la noche en la calle», de Amaral; es de esas canciones que suena y no puedes dejar de tararear porque es cañera. Abro la aplicación del correo electrónico y conecto el programa de contabilidad de la empresa. Entra Aitana, que me deja encima de la mesa el acta de la reunión del viernes para que la lea y la firme y me sumerjo en eso cuando suena el teléfono. Me resulta muy raro, porque normalmente mis llamadas las filtra Aitana, pero será alguno de mis jefes, por lo que decido contestar:

—Vintex, buenos días, le atiende Alma Flores, ¿en qué puedo ayudarle?

—Vaya, vaya, qué profesionalidad, Flores.

*Mecagoentodoymás...*

—Eh, mmmm..., sí, ya ves, para eso me pagan, ¿no? —le contesto intentando recomponerme. ¡¡Joder, cómo me pone el hombre paella!! Respira, Alma, uno, dos, tres, yo respiraré, todos lo veréis, cuatro, cinco, seis, yo me calmaré.

—¿Sigues ahí?

—Ehh... Sí, sí, perdona, estaba leyendo un correo. —Uf, casi me pilla, mierda.

—Ah, sí, claro, un correo, la vieja excusa, ¿no, Flores? No esperabas que te llamara, ¿verdad? Porque claro, creías que el gato me había comido la lengua, ¿no?

Yo sí que te comía todo, pedazo de arrogante... ¡Cómo me gusta cuando se pone chulo! ¡Basta! ¡Basta ya, Alma, se acabó!

—¿No te gustó mi respuesta? —respondo juguetona.

—Déjame pensar... mmm..., no, no me gustó, estoy firmemente

convencido de que me puedes decir algo mejor.

—¿Como por ejemplo? —decido seguir el juego. En mi defensa diré que ha empezado él y se lo está buscando.

—Pues, como por ejemplo, explicarme eso de que no debo llamarte más señora —me suelta, más chulesco aún, si puede.

—¡Ah, era eso! Fíjate, ya no me acordaba.

—¿Y bien?

—Puedo hacerme aún más la dura, me gustaría verte suplicar un poco más.

Oigo unas carcajadas al otro lado del teléfono y me lo puedo imaginar: impecablemente vestido con un traje de esos que le sientan de muerte y recostado en el sillón tras su mesa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás.

¿Qué parte de *basta* no has entendido, Alma? Supongo que la parte esa en la que este tío me pone de todo menos mala y que estoy necesitada, muy, muy necesitada, para ser exactos. Al final, voy a tener que hacer caso a Érika y Mar y comprarme un utensilio de esos que proporcionan alivio inmediato sin ayuda de nadie. Nota mental: quedar con ellas, ¡ya!, para ir a por uno; visto lo visto, es urgente.

—Pero qué bandida eres, Flores, ¡me sorprendes! Yo pensaba que detrás de esa carita dulce era imposible encontrar maldad alguna y veo que estaba bastante equivocado.

—Soy como un caramelo, Jaime: me quitas el envoltorio y te sorprendería lo que puedes encontrar.

—En eso sí que no pienso rebatir: eres un verdadero caramelito.

Como dice Érika: ¡muérome! Sin palabras me ha dejado. La cosa se está poniendo interesante y yo no pienso parar; no pierdo nada y me divierte bastante esta situación que se ha creado.

—¡Qué pena que no vayas a poder quitar el envoltorio!

Otra vez silencio al otro lado. Noto su respiración acelerada y tengo la certeza de que está dejando volar la imaginación, casi, casi, igual que yo...

—Joder, Flores, esto no es bueno.

—Perdona, Jaime.

—No, no, no me entiendes.

Me doy cuenta de la dirección que está tomando la conversación y cambio radicalmente el tema, dando por zanjado el jueguito este.

—No hay mucho que contar. Básicamente, que las cosas no iban bien entre

nosotros y nos separamos.

—Bueno, a veces es lo mejor. Si no hay amor, es lo mejor que habéis podido hacer.

—Sí, ahora, vista atrás, pienso que tenía que haberlo hecho antes.

—Tengo que dejarte porque me esperan para una reunión. Hablamos pronto y prometo tener más tiempo para que me lo cuentes.

—No hay mucho que contar, pero vale, ya hablamos. Un beso, Jaime, cuídate.

—Igualmente... ¿Alma?

—¿Sí?

—Gracias, caramelo.

—¿Por?

—Por alegrarme el día.

Y cuelga.

Apoyo mis codos en la mesa y meto entre ellos la cabeza. Soy perfectamente consciente de que es un hombre casado, pero es que es energía pura lo que me une a él. No he podido evitarlo, no he podido evitar tentarlo y picarlo. No me quiero meter en algo de lo que puedo salir mal parada, pero, por otra parte, no consigo evitar dejarme llevar. Ya no es ese «déjate llevar» que me dice Aitana; es un «déjate llevar» que me pide el cuerpo y que me bloquea la razón. Es oír su voz y teletransportarme a un lugar donde soy quien quiero ser. Me desbloquea y me activa.

—¿Alma? —Entra Aitana—. Llevo un rato tocando y no respondes, ¿estás bien?

—Sí, sí, perdona, estaba metida en mi mundo.

—Solo te traía el correo. He visto que hay una notificación para lo del congreso que me comentaste, en febrero. Me da que ya es definitivo.

—Gracias, Aitana. Nos vemos en el almuerzo.

Salgo de la oficina con una gran sonrisa; estos días de descanso me van a venir estupendos.

Llego a casa y, de inmediato, me cambio y salgo con mis cosas en dirección al gimnasio. Hoy es mi tercer día, aunque espero que me vaya mejor que el primero y que el segundo, porque acabé muerta en ambos. Esto de no tener fondo más que en el armario no es bueno. Llego y encuentro a Edu con una impresionante sonrisa.

—Estaba esperándote.

—No llego tarde...

—No, no es eso, pero quería ser amable y esperarte para bajar juntos.

—Ah, vale, pues gracias. Déjame ir a llevar las cosas a la taquilla y en seguida vuelvo.

—Perfecto, no me moveré de aquí.

Es caballeroso, pero a mí hay cosas que me parecen más pastel que caballerosidad.

—¿Lista? —me dice cuando me acerco.

—Vamos.

Es bastante bueno como monitor, no hay duda, sabe lo que hace y se desenvuelve bien. Entiende a la perfección cuáles son mis límites y adapta las actividades a ello.

—Empezaremos suave y, en cuanto cojas el ritmo, iremos aumentando hasta llegar a un programa que se adapte a tu forma física. He traído también las recomendaciones alimentarias de las que hablamos; no debes cumplirlas a rajatabla, pero es cierto que lo ideal sería que dejaras los carbohidratos y las comidas con exceso de grasa. Chocolate, dulces, refrescos con gas y comidas en exceso azucaradas, a partir de ahora serán tu enemigo.

—Me quitas todo lo bueno, ¿eh?

—Todo, todo, no. —Y me vuelve a guiñar un ojo—. ¿Sales con alguien, Alma?

Muérome otra vez... Las normas de sutileza, creo que no se las han enseñado.

—Digamos que no salgo con nadie en particular —le respondo.

A ver, el chico no está mal, pero desde leguas sé que no es para nada mi tipo. Para divertirme quizá sí.

—Yo no suelo hacer este tipo de cosas, la verdad, pero ¿te gustaría salir a tomar algo un día?

—¿El alcohol no está prohibido en tu lista mágica de la tortura? —le pregunto.

—Bueno, no he dicho nada de tomar alcohol. —Y sonrío enigmáticamente—. Está prohibido si es algo habitual. Yo invito, vamos, no me rechaces.

—Vale, no me vendrá mal desconectar. Esta semana la tengo libre, así que tú dirás.

—¿Te viene bien el sábado? El domingo no trabajo, por lo que puedo trasnochar sin problema.

—Vale, sí, no me viene mal.

—Ya pensaré dónde llevarte. Esta semana te mando un WhatsApp y te digo lugar y hora. Si quieres, paso por tu casa a recogerte.

—Bueno, me lo pienso y te digo, no creas que voy a darle la dirección de mi casa a un desconocido. Aunque visto lo visto, eres capaz de ir a mi ficha a buscarla...

—¡¡Me vas conociendo!! —Y ríe a carcajadas.

Termino riendo yo también.

Llego a casa y decido mandar un mensaje al grupo.

Alma:

¿Qué estáis haciendo?

Mar:

Pintándome las uñas de los pies.

Érika:

Rascándome.

Alma:

¿Quedamos en Au Revoir en una hora?

Érika:

OK.

Mar:

Vale. Besos.



## Capítulo 9

Llegamos casi a la vez las tres al sitio y nos fundimos en un abrazo.

—¿Qué ha pasado? Hoy no es jueves —suelta Mar.

—En realidad, tengo novedades fresquitas, de esas que os gustan.

—Suelta. ¡Ya! —Érika lo dice en plan sargento.

—¡Señor, sí, señor! —Y hago el gesto de llevarme la mano a la frente en el acto de respeto que profesan los militares a sus superiores—. Primero será mejor que entremos, tengo hambre —me quejo.

Alberto se acerca, pero esta vez no dice ni mu.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Alberto? Hoy que precisamente venía en busca de mi piropo, ¿no dices nada? —Érika le hace un gesto de «me has partido el corazón», llevándose la mano al pecho.

—Hoy no estamos de muy buen humor. Nos han anunciado hace un rato que vamos a tener nuevo jefe. Parece que Jacobo ha decidido vender la cafetería y la ha cogido alguien nuevo, según comentan, un pez gordo en el mercado. Estamos todos bastante preocupados por si deciden hacer cambios en la plantilla, aunque Jacobo impuso como condición en la venta que el personal se mantuviera y que solo hubiera cambios si los decidíamos por voluntad propia, no por imposición; por lo menos durante un tiempo.

—¡No me jodas! —suelta Érika con los ojos como platos.

—¿En serio? —dice Mar casi a la par.

—Eso parece. Ya os contaré; si volvéis el jueves quizá tenga noticias frescas sobre el supuesto magnate. Esperamos que no sea un tirano. En mi caso, llevo unos cuantos años aquí y me supondría un problema buscar otra cosa; me he adaptado y encima tengo la oportunidad de ver tres pibones cada semana, aunque me rechacen siempre.

Rompemos a reír a carcajadas. Nos cae superbién este chico. Es cierto que siempre hemos venido a este sitio, desde que nos conocimos hace seis años. Lo hemos establecido como nuestro lugar de encuentro después de aquel día.

Íbamos todas a clase de baile, las tres por primera vez. Era mi intento de retomar algo de normalidad en mi aburrida vida postrabajo y pensé que sería buena opción: era eso o macramé. Mi hermana acudía a clases de salsa todos los viernes, me recomendó esa academia y decidí probar. «¿Por qué no?», dije y allí me planté.

Me situé en la parte trasera, donde pudiera pasar más desapercibida, por

supuesto, faltaría más. A ver, no es que sea muy torpe bailando, pero es que allí probablemente habría mucho nivel y yo no estaba dispuesta a ser el centro de atención y que me miraran con cara de pena; paso, así que para atrás sea dicho. Junto a mí se situó otra chica muy mona, delgada, de mi estatura aproximada, rubia como yo y con el pelo largo. Llevaba ortodoncia, me pareció mayor para eso, así que la analicé bastante; me miró y me puso cara de «¿qué coño hacemos aquí, tía?». Y me sonrió. A pesar de la ortodoncia me sosegó, su sonrisa me calmó y sentí como si nos conociéramos de siempre. Conexión, creo que lo llaman.

La clase comenzó y todos empezaron a moverse como si hubieran activado un interruptor y todo el mundo supiera cómo hacerlo y qué paso era el siguiente. Lo de la última fila fue la mejor idea que he tenido en mi vida, pero vamos, ¡de lejos!, ya os digo. En ese momento entró una chica morena, de pelo corto, colorada como un tomate, no sé si por la carrera para llegar a tiempo o por haber interrumpido la clase y ser el centro de las miradas. Se colocó a nuestro lado y verbalizó un «lo siento» sin sonido. Continuamos un rato más, pero yo seguía sin coger bien el ritmo y el profesor tampoco es que se esforzara por meternos en el club de los de *Fama, a bailar*. ¡Joder!, menudo ridículo. Miré a mi izquierda y vi a la chica rubia igual de perdida que yo; le hice un movimiento con la cabeza que pareció entender a la perfección y nos largamos a los vestuarios.

—Juro que pensé que iba a ser de otra manera —le solté nada más entrar al vestuario.

—Y yo también. Mar. —Y me tendió la mano para presentarse.

—Alma —contesté mientras me acercaba para darle dos besos, en respuesta.

Y en ese momento, un portazo nos distrajo de la conversación que estábamos entablando.

—¡Vaya puta mierda esta! Pensé que aquí se podría venir a ligar y resulta que me encuentro con un viaje del Inverso; es que hasta el profesor tiene que estar ya a punto de jubilarse. Me han timado, me han vendido gato por liebre —farfullaba sin parar—, aquí no vuelvo más. ¡A tomar por culo!

¡Madre mía, la de perlas que soltaba por la boca la chica esta! Claro, encima yo, en esa época, era como si tuviera una escoba metida por el culo, con mi perfecta vida, mi perfecto trabajo y mi perfecto matrimonio convencional.

—¿Vamos al bar que hay aquí en la esquina y tomamos algo? Necesito matar esto con algo que no sea un vaso de leche y la pastilla de la tensión, que es lo que les espera a esos carcas que hay ahí fuera. Por cierto, soy Érika.

Mar y yo nos miramos y asentimos, más por curiosidad que por otra cosa. Fuimos casualmente al Au Revoir y, desde ese día, tres chicas tan distintas establecieron ese lugar como su centro de mando y no volvieron a separarse.

—Barraquito y *croissant* de pollo —pido con la boca grande.

—Coca-Cola y otro *croissant* de pollo —pide Érika. Ella y su adicción a la Coca-Cola.

—Lo mismo que Alma.

—Marchando, chicas —nos responde servicialmente Alberto.

—Qué fuerte lo de Jacobo, no me esperaba para nada que vendiera la cafetería. Supongo que cedería el resto de lo que tiene al mismo postor —comento, porque realmente me sorprende toda esta situación.

—Pues me imagino. Jacobo lleva muchos años en el tema de la hostelería y sospecho que, si le hicieron una buena oferta, habrá aceptado. Yo lo hubiera hecho. Ahora tendrá tiempo para él y para su familia. Trabajar en este mundo es sacrificado y él siempre ha estado implicado en sus negocios, no valía para dar órdenes y vivir de los beneficios —nos explica Mar.

—Supongo que ya nos enteraremos de todo lo que pase. Preguntaremos a Alberto cuando vengamos. Por otra parte, ojalá ese tipo cumpla su palabra de respetar al personal —comenta Érika—. Bueno, zanjemos tema y escupe todo lo que nos ha traído hasta aquí, que, a ver, no tenía nada mejor que hacer y comer siempre es un aliciente, pero vamos al grano.

—Pues tengo varios temas. Resulta que esta mañana he estado coqueteando con Jaime por teléfono. Me ha llamado y una cosa ha llevado a la otra y, bueno, tonteamos; más bien yo he estado picándolo un poco.

—Define tontear —me espeta Mar, a la que la boca le llega a la mesa, de la impresión.

—A ver, no pienses nada malo, pero me ha llamado porque el viernes lo dejé con la boca abierta cuando le dije que no me llamara señora, sino señorita y supongo que quería detalles. Es más, ha llamado directamente a mi despacho sin mediar con Aitana, supongo que por si me hacía la loca de nuevo. El caso es que me ha dicho que soy una bandida, yo le he contestado que me gusta hacerlo sufrir y que me gustaría que me rogara un poco más; me ha explicado que él pensaba que yo era algo así como una santa y yo he

afirmado que soy como un caramelito —lo estoy soltando así, todo del tirón y veo las caras de pasmo de mis amigas, la boca de Érika por poco le roza el suelo—. Me ha confesado que él opina que soy un caramelito y le he dicho que es una pena que se vaya a quedar sin probarlo. —Llegado este momento, las veo hasta bizquear del shock que les estoy causando—. Al final, creo que le he pedido disculpas porque le estaba provocando y sé lo que hay. Fin.

—*¡¡Cámbate la peluca!!*<sup>7</sup> —dice Érika y se pone hasta en pie—. Alberto, por favor, cancela esas bebidas y tráenos algo más fuertito a todas, las noticias lo merecen.

—No, no quiero beber que mañana trabajo y luego tengo voz de resacosa en el programa —le dice Mar a Alberto.

—¿Trabajas en Nochebuena? —le pregunto.

—Un programa especial de Navidad, nada complicado —me responde.

Yo levanto el pulgar cuando veo que Alberto se acerca a nosotras, en señal de que mantenga lo que pedimos inicialmente y parece entenderlo, porque vuelve tras la barra y sigue preparando la comanda.

—No me puedo creer que Alma, nuestra Alma, esa que nunca se deja llevar si no va sobre seguro, haya actuado así, te juro que no te reconozco. ¡¡Me encantaaaaa!! —Y aplaude y todo, la muy perra de Mar.

Creo que notan que las miro mal, porque se callan y se vuelven a sentar.

—En fin, pues así están las cosas. Le he dicho que me había divorciado y me ha dicho que ya hablaríamos detenidamente porque tenía que irse a una reunión y poco más. Ah, bueno y que en un mes y algo tengo un nuevo congreso en Málaga.

—Lleva condones, no lo repito más, espero que me hagas caso de una jodida vez. —Érika, quién si no.

—Bueno, a ver, relax, no ha pasado nada. Yo no voy a mentiros: el hombre paella despierta mis más bajos instintos y tengo muchas ganas de comérmelo entero, peeroo... está casado y yo no soy de esas, así que estuvo bien el juego, pero tengo que ser prudente y poner freno a esto que no me lleva a nada.

—Sí, sí... Lleva condones y van dos. —Érika se descojona y terminamos riéndonos todas con sus ocurrencias.

—Bueno, ahora el tema dos. Resulta que el sábado, a pesar de mi superresaca, decidí ir al gimnasio; ya sabéis cómo soy y bueno, pensé que una primera toma de contacto un día de calma me haría sentir más segura. El caso

es que estaba mi *personal trainer* allí y lo conocí. Se llama Edu. Eduardo.

—¿Y? —preguntan a la vez Mar y Érika. Si no fueran tan distintas físicamente os juro que pensaría que son hermanas porque muchas veces me sorprenden diciendo lo mismo o planteándose las mismas preguntas o respuestas.

—Pues nada, os juro que salí de allí con la sensación de que el tío se me estaba insinuando un poco. Ese mismo sábado recibí un WhatsApp de un número desconocido y... ¡Adivinad quién era! ¡Él! Había cogido mis datos de la ficha que cumplimenté en el centro deportivo y me había escrito.

—Pues sí, chica, ese huevo quiere sal. *Japuta*, si es que vas a follar más que yo... —me suelta Érika con cara de indignación y ojos de diversión.

—El lunes fui, pero no pasó nada raro y esta tarde he vuelto y me ha invitado a salir a tomar algo.

—¿Así, sin más? Y, ¿qué le has contestado? —me pregunta Mar, que sigue teniendo la boca abierta.

—Pues le he dicho que sí; total, yo no tengo ningún plan para este sábado, así que saldremos. Quizá me sorprenda y resulta que me lo paso bien y todo.

—Ese lo que quiere es *empujarte los manises*<sup>δ</sup>. No es listo ni nada el capitán chóped. —Érika se está descojonando abiertamente con sus propias ocurrencias, a mandíbula abierta, además; es mucho, si es que esto no es pago, os lo juro.

—Bueno, pues quizá no me venga mal. Estáis todo el día diciéndome que me deje llevar, que si voy a volver a ser virgen, que tengo que empezar de nuevo, que solo he estado con Juan... Pues quizá ahora sea el momento y dejar de lado la cordura y que se instale la locura.

—Lleva condones —me dicen ambas a la par y rompen a reír a carcajadas.

—Oye, que a mí me parece genial, yo apuesto por la revolución de la mujer. Ahora somos el sexo fuerte y ellos el sexo débil —nos narra Mar, superconvencida de sus palabras—. Antes teníamos que conformarnos y no podíamos decidir, nos limitábamos a dejarnos llevar. Tocaba contarle en casa y que nuestros padres nos dieran su consentimiento y que casi nos obligaran a pasar por la vicaría. ¡Se acabó! Somos libres y capaces de elegir en el mercado de la carne masculina. Ahora decidimos y tenemos la voz cantante.

—Oye, amiga, es que, de verdad, tú elegiste la carrera de periodismo,

pero vamos, que yo te votaría como presidenta del Gobierno, tremendo discurso alentador nos has echado. Yo ahora me voy de aquí y tiro de mi chorbiagenda porque hasta cachonda me has puesto. Di que sí, ¡joder! Somos el sexo fuerte y el que diga lo contrario, ¡pues lo reventamos y listo! Uno menos donde elegir. —No puedo dejar de reír ante este comentario de Érika; aquí hay un roto para un descosido, no hay duda.

Está claro que nos complementamos. No soy consciente de en qué momento ellas se convirtieron en imprescindibles para mí. Tenemos esa capacidad de decirnos lo que necesitamos escuchar. Somos sinceras, sí, y directas también y muchas veces nos debemos unas a las otras y tenemos que decir cosas que verdaderamente no queremos escuchar y que duelen. ¡Joder, si duelen! Pero es lo que más valoramos, ser nosotras mismas. Somos diferentes y somos iguales. Bendita su amistad y benditas ellas. No, definitivamente nunca más estaremos solas. Todas para una y una para todas.

—Oye, deberíamos hacernos un tatuaje —suelta Érika.

—¿Qué tipo de tatuaje? —pregunto inocentemente.

Mar y Érika tienen tatuajes en su cuerpo, cada una tiene uno y Érika quiere hacerse uno nuevo. Pero yo no tengo y eso, hasta ahora, ha sido impensable en mi vida.

—Bueno, no sé, algo que simbolice nuestra amistad. Algo que nos simbolice a nosotras —explica Érika cada vez más emocionada.

—Podríamos hacernos un símbolo de infinito. Nuestra amistad es infinita, ¿qué os parece?

—Ayyy, a mí me gusta mucho la idea —responde Mar—. Podríamos añadirle tres corazones que nos simbolicen a nosotras tres. Cada una que se lo haga donde quiera, pero que cada vez que lo veamos sepamos lo que simboliza —termina de explicarnos.

—Pues la verdad es que me gusta mucho la idea. —Me uno a su emoción—. Yo me lo quiero hacer en la ingle, donde caerá la futura lorza y que solo lo vea quien yo quiera y cuando yo quiera —añado, ilusionada perdida ya—. Todo negro.

—Yo me lo voy a hacer en un lateral del antebrazo y los corazones rojos —nos cuenta Érika, que ahí donde la vemos ya lo visualiza en su piel.

—Yo me lo haré en uno de los costados. Aún no sé, lo de los corazones en rojo está bien, pero lo tengo que pensar. —Y vemos a Mar con la vista perdida con lo cual intuimos que se lo está imaginando en su cuerpo—. Ahí solo se

verá si yo quiero que se vea. Una vez vi un tatuaje ahí y me encantó. Listo. Decidido. Ahora solo falta elegir el estudio de tatuaje y punto —prosigue—. Lo bueno sería no dejarlo para dentro de mucho, porque cuando llegue el verano no podremos hacerlo porque tendríamos que tener la zona tapada, sin sol y sin agua salada un tiempo y vosotras sabéis que en cuanto llega el calor, las piernas se nos van solas hasta el mar.

—Sí —reímos todas—, es verdad —digo—. Qué suerte vivir aquí.

<sup>7</sup> Es una expresión que quiere decir: «me estoy quedando loca, en shock, asombrada...».

<sup>8</sup> Expresión que quiere decir «practicar sexo».

## Capítulo 10

El jueves, tal y como habíamos quedado, Edu me escribe un WhatsApp en el que me dice que nos vemos este sábado en un *pub* que está de moda en la calle la Noria y se llama Soul&Sunset. Hace poco que lo abrieron y no hemos tenido oportunidad de ir.

Las chicas me desean suerte después de haberles mandado una foto de mi vestimenta para la ocasión y Érika me pregunta si llevo condones, seguido de su «van tres y no te voy a durar toda la vida». La verdad es que no los he cogido. No voy con ese pensamiento, solo voy a dejarme llevar y a ver qué nos depara la noche y, si surge, pues ya veremos qué pasa. Yo tomo anticonceptivos orales, pero no deja de ser un desconocido.

Edu pasa a recogerme por casa; finalmente me decidí a decirle dónde vivía. Es una urbanización privada, le costaría bastante entrar sin ser invitado.

Salgo cuando llama al portal y lo encuentro esperándome en su Ford Focus negro, apoyado en el lateral y con las piernas cruzadas. Va vestido con un vaquero ajustado y una camisa azul marina remangada hasta los codos, que le marca de manera inmejorable su cuerpo esculpido. Va perfectamente peinado, con su pelo de punta. Se nota que está fuerte y resulta bastante mono. Fija sus ojos marrones en mi silueta y una leve sonrisa asoma en su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto desinhibida.

—Y tanto...

Yo llevo una minifalda negra de cuero, una camiseta de cuello de barco que muestra mi escote lo justo y necesario, también negra; una cazadora vaquera y unos tacones negros Tommy. Para finalizar el modelo he cogido un *clutch* étnico con el fondo negro de D&G. Me he pintado los labios con una barra labial de Chanel, rojo, por supuesto. Y me he perfilado los ojos con el *eyeliner* Khol, también de Chanel.

—¿Nos vamos?

—Venga, va.

Ocupamos cada uno nuestro asiento en el coche y nos dirigimos al Soul&Sunset. Él conecta la radio y empieza a sonar «El Taxi», de Osmani García y Pitbull y me dejo llevar por la música.

El lugar está pulcramente decorado en tonos blancos, negros y rojos. Todo muy minimalista. La barra es de piedra negra.

La parte de las botellas es de cristal por lo que nos vemos reflejados



cuando nos acercamos. El personal lleva pajarita roja, como detalle en una impoluta vestimenta blanca. Hay varios sillones blancos al fondo y unas mesas bajas rojas dan el toque a la zona. Las mesas altas que se distribuyen por el local tienen el pie de cristal y terminan en unas superficies negras con puntos rojos que le dan un aire artístico a la decoración; las butacas son todas de cristal. Da miedo sentarse porque parece que se van a romper. El suelo del local es de cristal también y, alternados bajo los cristales, vemos varios discos famosos de soul. Puedo distinguir los de Luther Vandross, Smokey Robinson, James Brown, Stevie Wonder, Aretha Franklin y varios más que no alcanzo a ver porque nos paramos y cogemos asiento. Es un local muy bonito y decorado muy meticulosamente. Por ahora, la cosa promete.

—¿Qué tomas?

—*Gin-tonic* de Bombay Sapphire.

—Perfecto. Voy a pedir y ahora vuelvo.

Me quedo mirando el local, embobada, y veo que todas y cada una de las mujeres —entre las que me incluyo— giran la cabeza cuando entra un hombre con un traje gris marengo que se adapta perfectamente a su cuerpo de atleta. Lleva una corbata roja y unos zapatos que se ve a leguas que son carísimos. Todas las presentes babean por ser elegidas esta noche por ese espécimen que recorre el local con una seguridad pasmosa. Es moreno, alto y corpulento. Se puede apreciar perfectamente que, bajo ese traje, debe haber un cuerpo de infarto. Se dirige a la barra y pide una copa a la camarera, que se acaba de bajar la camisa para enseñar más de lo que es moralmente aceptable. Él, ni la mira siquiera. Recoge su copa, se dirige al final del local y ocupa una mesa. Vista privilegiada desde ese lugar, sin duda.

—Ya estoy aquí —dice Edu, cuando llega a mi lado.

—Gracias —atino a responder; sigo medio distraída por la presencia de aquel hombre, dirijo la mirada hacia donde estaba sentado y ya no lo veo. ¡Qué pena!

—Cuéntame cosas de ti —me dice mirándome fijamente.

—No hay mucho que contar —respondo mientras doy un sorbo a mi copa.

—Seguro que sí, inténtalo —me replica.

—Soy directora de contabilidad de una empresa en la que llevo trabajando diez años. Empecé cuando terminé de estudiar y allí sigo. Contenta, además. Estoy divorciada y no tengo hijos. Vivo sola y poco más. Bueno, sí, tengo treinta y cuatro años.

—Suficiente. Veo que eres una mujer importante.

—Importante no diría yo. ¿Y tú? —le pregunto. Total, ha empezado él y yo soy curiosa por naturaleza.

—Pues yo tengo treinta y nueve años, llevo en el gimnasio tres, pero dedicándome a esto mucho más tiempo. No estoy casado, pero sí tengo una hija, aunque la custodia la tiene mi expareja y veo a la niña varias veces a la semana y fines de semana alternos.

—Qué difícil eso, ¿no? Quiero decir, tener un hijo y verlo tan poco.

—Sí, es complicado, pero más difícil es estar en una relación destructiva que no te lleva a ningún sitio, que solo resta y nunca suma.

—No puedo decir nada ante eso porque tienes más razón que un santo.

Pasamos el resto de la noche en un ambiente entrañable y distendido. La verdad es que lo pasamos muy bien y hablamos, en general, de todo.

—Me alegro de haber aceptado venir cuando me lo propusiste. El lugar me encanta.

—Espero que la compañía también —me dice y me guiña un ojo con aire seductor.

—Por supuesto.

Sobre la una de la mañana decidimos irnos. Caminamos en dirección a su coche y me lleva a casa. Cuando nos encontramos delante de la cancela para despedirnos hago el gesto de darle un beso en la mejilla, pero gira la cara y sus labios rozan los míos. Hace mucho tiempo que no estoy con un hombre. De hecho, en mi vida solo he estado con una persona y tiene el nombre y los apellidos plasmados en mi sentencia de divorcio.

Son unos labios cálidos, noto que su lengua roza mi labio inferior suavemente. Es una sensación agradable y siento un leve cosquilleo en mi entrepierna, que protesta porque hace mucho tiempo que no recibe atenciones por parte de nadie que no sea yo.

Entreabro mis labios y le permito el acceso. Su lengua recorre mi boca, choca contra la mía y comienzan una danza apasionada. Su mano se sitúa en mi cadera y me acerca a él y yo me dejo hacer. Noto en mi vientre una protuberancia dura.

—¿Me invitas a subir? —me pregunta cuando nos separamos a coger aire.

Lo cojo de la mano, saco las llaves del clutch y abro la pequeña puerta de la entrada. Recorremos la distancia que existe desde la cancela hasta mi puerta y entramos en casa.

—¿Quieres tomar algo?

—A ti...

—Algo que no sea yo. —Y esta vez soy yo la que le guiña el ojo mientras me doy la vuelta y me dirijo a la cocina.

Por el rabillo del ojo veo que deja su chaqueta en el sillón. Entro en la cocina y saco una botella de vino blanco del frigorífico, cojo dos copas del mueble que está encima del fregadero y las coloco en la encimera junto a la botella; en ese momento, entra en la cocina, me levanta y me coloca encima de la vitrocerámica. «Menos mal que es de las que no funciona salvo que las desbloquee», pienso para mí. Se coloca entre mis piernas y vuelve a besarme con ansias. Me desea, lo noto y no solo por el bulto de su entrepierna, que roza la mía. Retira el pelo de mi cuello y separa su boca de la mía para dirigirse a esa zona, comienza a besarme por debajo del lóbulo de la oreja.

—¡Qué bien hueles! —Su voz ronca me pone cada vez más.

Vuelve a atacar mis labios mientras su mano se posa encima de uno de mis pechos y me pellizca suavemente el pezón; gimo porque la situación me provoca una tremenda excitación. Aparta la mano y separamos las bocas mientras me quita la camisa. La prenda cae al suelo y le sigue mi sujetador de encaje. Se separa unos centímetros.

—Estás buenísima. —Veo cómo sus ojos se oscurecen y brillan de excitación.

Baja su cabeza y la dirige a uno de mis pechos mientras su mano se ocupa del otro, me los besa y me los chupa como si no hubiera un mañana. Coge el pezón entre los dientes suavemente y juguetea con él. Yo echo la cabeza atrás y gimo, perdida en el cúmulo de sensaciones que me provoca.

Se incorpora y me vuelve a besar. Yo comienzo a desabrochar los botones de su camisa y la dejo caer cuando he terminado. Tiene un torso perfecto, tal y como imaginaba. Esta bastante marcado y duro y tiene una «v» perfecta en la zona inferior.

Me baja de la vitro, coloca sus dedos en los extremos de mi falda y comienza a bajarla en un movimiento descendente que hace que me ponga más aún. Una vez que cae mi falda y me quedo solamente con un tanga negro vuelve a colocarme en la posición inicial. Se retira un poco y suelta el botón de su vaquero. Puedo notar el bulto que hay debajo.

—¿Te gusta lo que ves?

Asiento. En este momento no puedo articular palabra. El bóxer acompaña

al montón de ropa que hay en el suelo de mi cocina ahora mismo.

Levanta una de mis piernas y la apoya en el borde de mi encimera. Veo, a cámara lenta, cómo baja la cabeza, retira mi tanga hacia un lado y acerca su cabeza a esa zona que tan necesitada está. Abre mis pliegues y me da un beso. ¡¡Joderrrrrr!! Llevaba demasiado tiempo privándome de esto. Observo cómo me chupa, cómo me recorre con su lengua e introduce un dedo dentro de mí.

—Me encanta cómo sabes, nena.

Tengo la vista nublada por la excitación, pero puedo ver que se mueve. Saca un preservativo de la cartera, rompe el envoltorio con la boca y se lo coloca.

Vuelve a rodar mi tanga hacia un lado.

—¿Qué quieres?

Yo no puedo responder, estoy completamente abducida por la situación.

—Si no me dices lo que quieres, no sabré qué darte. —Ríe presuntuoso. Sabe perfectamente lo que quiero—. Quiero oírlo, Alma.

—Fóllame —atino a decir.

Y sin mediar palabra me penetra de una estocada. Vuelvo a echar la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por el placer que me está dando. Estamos sudorosos los dos, pero nos da igual.

—Joder, nena, qué bueno.

Yo sigo sin responder, solo puedo gemir ante sus acometidas. Una de sus manos la tiene apoyada en mi culo, para acercarme a él y no perder el contacto en ningún momento y la otra la lleva hasta mi clítoris, hinchado por la excitación. Comienza a trazar círculos a su alrededor mientras sigue bombeando sin piedad en mi interior.

—No puedo más —le digo muerta de pasión, hasta la voz me tiembla.

—Vamos, córrete, déjate ir.

Y da pistoletazo de salida a mi orgasmo y me corro entre gritos y gemidos que intenta acallar con sus labios. Veo que él también me sigue y oigo su voz ronca.

—¡¡Oh, Dios, joder!!

Nos desplomamos rendidos. Me abraza para no dejarme caer hacia atrás. Intentamos recuperar la normalidad de las respiraciones mientras me mira y sonrío.

—Ha sido fantástico. Mejor que fantástico diría yo. Ahora sí me vendría bien beber algo.

—¿Agua? —le pregunto medio extasiada aún.

—Por favor.

Bebemos y nos relajamos un rato más.

Comienza a recoger su ropa y a vestirse.

—¿Quieres que me quede?

—Preferiría que no —le digo y soy completamente sincera—. Gracias por lo de esta noche. —Y sonrío.

—Gracias a ti, guapa. Ha sido increíble.

—Ha estado bien —respondo.

—Te llamaré —me dice con cara de extasiado.

—No, no, ya te llamo yo, si eso. —Sonrío abiertamente recordando que es otro de nuestros principios de la *Constitución femenina* y que hace que coja las riendas de esto nuevamente.

Me da un sutil beso en los labios antes de irse.

Cierro la puerta y me voy directa a la ducha. Me pongo un pijama cómodo y me meto en la cama. Cojo el teléfono y escribo:

Alma:

He dejado de ser virgen. ¡Chin pun!

Pongo el teléfono en silencio porque estoy segura de que en cuanto Mar y Érika lo lean, me bombardearán a preguntas.

Caigo en un sueño profundo en cuestión de segundos. Probablemente, la culpa la tenga el orgasmo que he tenido hace quince minutos.

## Capítulo 11

Abro los ojos y me desperezco en la cama. Qué bueno esto de no tener horarios y de estar completamente satisfecha. Sin responsabilidades y sin compromisos. Cojo el teléfono sin levantarme de la cama y veo que hay ciento cuarenta y tres WhatsApp en el comando sin leer y uno de Edu de anoche.

Priorizo y abro el grupo, por supuesto.

Mar:

¿Qué hiciste, perra sata?

Érika:

Mar, lo sabíamos. Estaba claro.

Mar:

No te enamores...

Érika:

Qué amor ni qué niño muerto, a esta lo que le han dado es polla y de la buena. ¿No ves que ni contesta...?

Mar:

Cuentaaaaaaaaaa...

Érika:

Queremos saber los detalles más truculentos, las *pajadas* no nos interesan.

Y así, ciento treinta y siete mensajes más... Estaban debatiendo entre ellas si me habría corrido, si sería yo la que habría dado el primer paso (veo que descartaban esta opción rápidamente), si estaba depilado el fulano (y uso la palabra «fulano» tal cual Érika la suelta por la boca o la escribe con los dedos), si lo habríamos hecho varias veces, posiciones, lugares y leo a su vez cómo se imaginan el pene del susodicho. ¡¡Están fatal!!

Decido responder.

Alma:

¿Desayunamos juntas y os cuento?

Mar:

Seeeeeeee. ¿Au Revoir?

Érika:

Voy saliendo...

Alma:

Me ducho y nos vemos allí.

Me desconecto y me dirijo a la ducha. Me enjabono el pelo, que anoche no lo hice porque estaba rendida. Me visto rápidamente: vaqueros, camiseta de los Rolling Stones, mis AllStar blancas y chaqueta vaquera. Cojo una bandolera de Guess. Me hago una cola de caballo y no me maquillo.

Llego al Au Revoir y, en nuestra mesa, me encuentro a Mar y a Érika sentadas con un zumo de naranja delante.

—¿Qué pasa, perra? —me espeta Érika nada más verme. Salta de su taburete y me da un beso y un abrazo.

—Tienes buena cara —comenta socarrona Mar, que también se incorpora y me achucha.

—Buenos días, amores. ¿Cómo habéis dormido? —Y me muero de la risa preguntando, porque sé que me estoy haciendo de rogar y se están picando pero bien.

—Más horas que tú, pero dudo que más relajadas —suelta Mar mientras guarda las gafas de sol que tenía colocadas en el escote de su camisa.

—Yo dormí muy bien, para vuestra información.

—Bla, bla, bla... Paja. No nos interesa. Suelta por esa boquita sucia todos los detalles más guarros y perversos de la noche. Y cuando digo todos, quiero decir todos, sin excepción. —Pim, pam, pum, bocadillo de atún de nuestra Érika.

—Ya sabéis lo más importante. Fuimos a un local nuevo en la Noria, Soul&Sunset. Un sitio espectacular, minimalista. Tenemos que ir porque estoy convencida de que os gustará. Oye, por cierto, ¡la leche!, me acabo de acordar. Inciso. Entró un hombre en el local que os juro que sentí que se paraba el tiempo. Alto, moreno, espaldas anchas, fornido, manos grandes, culo prieto... Cualquiera diría que no lo miré, ¿no? —Me río—. El caso es que destilaba seguridad y dominación por todos los poros. Os juro que nos quedamos todas las que estábamos allí en cortocircuito, era un tiarrón en toda regla. —Veo cómo Mar se revuelve en el sitio tras oír la descripción—. Te pone, ¿no, Mar?

—Ahh..., mmm... Sí, sí. —Tímidamente contesta y hace como que se coloca bien el pelo, pero agacha la cabeza, avergonzada. No le doy mayor importancia.

—Sigo. Nos recogimos sobre la una, tampoco queríamos volvernos locos bebiendo. Hablamos un montón de todo, fue una cita cómoda. Pero como amigos. No es el tipo de hombre con el que tendría una relación y quiero

dejarlo claro antes de que empecéis a sermonearme. Me llevó a casa; yo no llevé el coche. Total, que a la hora de despedirme hice amago de darle un beso en la mejilla.

—Cómo no. Alma Flores *style* —escupe Érika.

—Pues se lanzó y me besó —prosigo haciendo caso omiso al comentario—. Al principio me quedé un poco en *shock* porque, claro, no me lo esperaba, pero luego me dejé llevar y estuvo bien. Me preguntó que si podía pasar a casa y bueno, una cosa llevó a la otra y al final terminamos montándonoslo en la cocina.

—¿En la cocina? —pregunta Mar, que ya ha vuelto a la Tierra.

—¿La tiene grande? —Perlita tras perlita, Érika.

—Está bien, sí. No sé... Estuvo bien. Yo, que he catado poco en esta vida... Pues para mí estuvo bien —les digo mirándome las uñas.

—La abstinencia se va a acabar —me espeta Érika.

—Me mandó un WhatsApp anoche y os diré que ni lo he leído.

—¿Se quedó a dormir? —Vuelve a la carga Mar, que empieza a mirarse las uñas tal y como hacía yo segundos antes, como si en ellas estuviera la fórmula mágica que resolviera el hambre en el mundo.

—No, me preguntó si quería que se quedara, pero la verdad es que no me apetecía. Nos lo pasamos bien, pero calabaza, calabaza... cada uno para su casa.

—No dejes que se quede a dormir, no es buena idea; mira que luego se engancha y no es plan. Lo mejor es que uses la técnica de la servilleta —nos cuenta Érika mientras levanta la mano para que se acerque un camarero y nos tome nota. Alberto está de tarde, así que no podremos saber cómo va el tema de la venta de la cafetería.

—¿Y cuál es esa técnica? Ilumíname —le dice Mar que ha dejado sus uñas ya y nos presta atención absoluta.

—Chica, no te voy a durar toda la vida. Técnica de la servilleta: dicese de aquella técnica en la cual usas la servilleta para lo que te hace falta y luego la tiras a la basura y, si te vuelve a hacer falta, usas una nueva.

—De verdad, Érika, te juro que a veces creo que entre las piernas tienes un pene. A veces me quedo mirando a ver si veo algo sobresalir —explica Mar mirando directamente a los ojos de Érika.

—Mira todo lo que quieras, amiga, pero ¿crees que un tío tendría las tetas que yo tengo? Naturales, amiga, naturales —le contesta sarcásticamente.



—Joder, Érika, yo quiero unas tetas como las tuyas, sin duda. Me las voy a poner igualitas —le cuento yo.

—Pues yo iré a la Texaco a ponerme aire —contesta Mar.

Y nos partimos de la risa. Nos salen las lágrimas, no podemos parar. Somos únicas.

Entre charlas desayunamos y pasamos la mañana en la cafetería. Al final nos levantamos y decidimos pasar el resto de la tarde en mi casa. No tenemos mejor plan que estar las tres juntas. Terminamos bebiendo copas hasta las tantas de la mañana y durmiendo en la misma cama, las tres. Menos mal que una de las mejores elecciones que he hecho en mi vida ha sido la de comprar una cama de dos metros. Mi subconsciente ya me decía que este tipo de situaciones se podían dar.

Abro los ojos porque el sol me llega a la cara. Estoy apretujada en una esquina y Mar me tiene pasado un brazo por la barriga y una pierna por mi cadera. ¡Joder con la petarda esta! «A tu casa llegarán y de ella te echarán», decía mi madre.

Noto que mi teléfono vibra y me levanto para cogerlo sin que las chicas se despierten. Salgo de la habitación y contesto sin mirar siquiera quién es.

—¿Sí? —Noto mi voz pastosa y mi boca seca. Anoche debí dejar de beber cava mucho antes de lo que lo hice.

—¿Flores?

*Lamadrequemeparió...*

—Sí, sí, soy yo. ¿Jaime?

—Joder, Flores, tienes voz de camionero. —Y se descojona al otro lado.

—No me hables... Anoche estuvimos bebiendo hasta las tantas y creo que se nos fue bastante de las manos.

—¿Estás acompañada? —Noto su voz recelosa.

—Sí. —Decido picarlo un poco; bueno, lo decide mi malvada interna.

—Per... Perdona, no era mi intención. —Noto cómo titubea al otro lado de la línea.

—Tengo dos pedazos de cuerpazos en mi cama. Yo me he levantado por la vibración del teléfono, no quería que se despertaran. No soy tan mala. —Me estoy descojonando literalmente al pensar en la cara que debe estar poniendo. Os juro que siento cómo ha cambiado el ambiente. Puedo percibir su seriedad y su incomodidad desde aquí.

—¿Dos? —Está estupefacto.

—Ya no me conformo con uno solo. —Y comienzo a reírme sin parar. A carcajada limpia. Menos mal que estoy en la cocina y no me pueden escuchar las chicas—. Has picado, bobo. —Vuelvo a reír a carcajadas.

—Joder, Flores. Eres una bandida. Esto no se hace, pensé en serio que estabas con dos hombres y se me había caído un mito contigo. —Suspira como si le hubieran quitado de encima un peso.

—Realmente sí que tengo dos bellezones en mi cama, pero son Mar y Érika. Mi comando.

—Esas son tus mejores amigas, ¿verdad? Creo que alguna vez me has hablado de ellas.

—Sí, son ellas; ayer tuvimos día de chicas y terminamos empujando el codo más de la cuenta. No podía dejar que se fueran así a casa y nos quedamos todas en mi habitación. ¿A qué se debe tu llamada, Jaime?

Noto el silencio al otro lado, como si estuviera pensando exactamente qué responder a mi pregunta.

—Me apetecía hablar contigo —contesta al final.

Conciso, pero con una fuerte carga.

—¿Estás solo?

—Sí, los domingos suelo salir a montar en bici por la sierra. Salimos unos colegas y yo.

Ya sabía yo que algo de deporte tenía que hacer, se notaba perfectamente la musculación de su cuerpo. Está fibroso.

—He parado en un banquito que hay aquí. Justo debajo de la montaña. Me encanta este sitio. Es árido pero precioso... Como tú. El banco está bajo la sombra de un olivo, solo, dentro del paraje. Hay pequeños arbustos por la zona, pero él es el rey, dentro de la zona escarpada. Justamente me encuentro sentado bajo su regazo y me ha apetecido llamarte. Has acudido a mi mente cuando me he sentado.

Vaya. Me deja sin palabras. Me deja sin aliento. Magia. Pura magia.

—Me alegra que me hayas llamado. Sabes que puedes hacerlo cuando quieras. Sabes que puedes contar conmigo... —Existe mucha intimidad entre nosotros en este momento.

—Te llamo menos de lo que me gustaría. —Me deja caer y oigo cómo suspira—. Debo colgar. Me esperan mis amigos en el sendero; he querido subir y hacer compañía a este olivo tan solitario.

—¿Te identificas con ese árbol, Jaime? —Joder con mis preguntitas...

De nuevo un largo silencio.

—Debo colgar, en serio. Disfruta del domingo. —Noto su voz rasgada.

—Igualmente. ¿Jaime? —pregunto antes de que cuelgue.

—¿Sí?

—No estás solo.

—Hablamos, Alma.

Y cuelga.

Yo me quedo con el teléfono en la mano sin saber bien cómo me siento. Pasan segundos, minutos... Pierdo la noción del tiempo y de lo que me rodea. Noto unos brazos cálidos que me abrazan.

—¿Qué pasa, cariño? —Es Mar.

—¿Te he despertado?

—No, estaba despierta. Bajé, pero estabas al teléfono y decidí esperar a que terminaras.

—Era Jaime —suelto sin pensar—. Me ha llamado. No sé bien el motivo. Me ha dicho que tenía ganas de hablar conmigo.

Veo cómo Mar suspira.

—Cielo, no le des más vueltas. Eres consciente de lo que hay. No te enamores, ¿vale? Prométemelo, Alma.

—Te lo prometo —contesto sin saber si será la primera promesa que incumpla en mi vida.

## Capítulo 12

Vuelta a la rutina y vuelta al trabajo. Varios días sin pasar por la oficina y la mesa se me llena de carpetas por revisar.

El director general ha convocado una reunión para hacer un balance del año. Debemos acudir todos los jefes de departamento.

—Se ha adelantado la reunión de Málaga, Alma. Finalmente se hará a finales de enero, no en febrero como estaba previsto. El auditor debe comenzar en el mes de febrero una nueva ruta y, entre las tres que tiene previstas, se encuentra Tenerife. Estará un mes con nosotros —comenta el señor Javier Alcázar—. No sabemos cuándo, pero para que tú y tu departamento os vayáis preparando. Confío en que todo esté perfecto, Alma.

—Descuide, señor Alcázar, no debe preocuparse.

Así que me queda menos de un mes para la convención. Y para volver a ver a Jaime. Decido dirigirme a mi despacho y escribirle un correo.

Para: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

De: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

Asunto: Málaga

Buenos días:

Parece que hay novedades en lo referente a Málaga. Acabo de salir de una reunión y el señor Alcázar me ha comentado en ella que se ha adelantado para la última semana de enero. ¿Ya lo sabías? También me ha dicho que Tenerife está en el *planning* de visitas del auditor, pero que aún no se había concretado la fecha. Qué putada más grande. Me toca aguantar a ese tío tan borde.

Un saludo.

Alma Flores.

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Continúo con mi trabajo y no tardo en recibir una respuesta.

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: Enero

Flores, parece que enero trae novedades fresquitas. Me he enterado esta mañana de que nos han mandado un correo a toda la directiva y me han incluido, supongo que para que organice mi agenda. También sé cuándo estará ese auditor tan ¿borde, has dicho?, por tu tierra. Yo, lamentablemente, no coincido contigo; para mí es una bellísima persona y muy guapo y apuesto,

además. Vamos, que a mí me encantaría que estuviera en mi oficina todo el día paseándose con ese culito tan prieto que tiene.

Un abrazo.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Pero ¿qué...? Será... Decido responder directamente.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: ¡Huelo a prepotencia desde aquí!

¿Ahora te van los culitos prietos de hombres? Muerta me dejas. Yo he conocido a ese auditor del que hablamos y te puedo decir que no es tan guapo y apuesto como tú dices; es, más bien, del montón bajo. Lo que sí puedo decir es que es un buen profesional. Si no hablamos antes, que tengas una buena salida y entrada de año.

Un saludo.

Alma Flores.

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Para: almaflores@vintex.com

De: jaimealcantara@vintex.com

Asunto: ¿Perdona?

Según rumores y fuentes fiables, ese tío es un yogurcito. No te digo más. Me parece a mí, señorita Flores, que hace mucho que usted no está con un hombre y ya no recuerda lo que es. Claro, que ahí, en Tenerife, solo hay mindundis y vas a comparar...

Feliz año.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: Será una broma, ¿no?

¿En serio me estás diciendo que hace mucho que no estoy con un hombre y por eso ese tal auditor me parece uno del montón? Para tu información, sí que estoy con alguien... Así que punto en boca.

Feliz año.

Un saludo.

Alma Flores.

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

No debería habérselo contado, pero tanta prepotencia y tanta chulería me ha tocado la moral. ¿Qué se cree? ¿Que yo no rehago mi vida y que decido jugar con quien a mí me apetezca? Lo que faltaba.

No tarda nada en entrar otro correo.

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: Calladito te lo tenías, ¿ehhhh? ¡Bandida!

Ya estás tardando en contarme lo que está pasando. Yo necesito alimentar mi curiosidad cada día, no sé si lo sabes.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Para: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

De: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

Asunto: Si te lo cuento sabes tú más que yo...

Una señorita no habla de esas cosas. Pero como hay confianza, solo te diré que mi *personal trainer* me invitó a cenar la semana pasada y, bueno, hasta ahí puedo contar.

Lamento no poder alimentar más tu curiosidad. Seguro que, si hablas con Verónica, ella te podrá contar mil y una historias, de esas morbosas.

Un saludo.

Alma Flores.

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: ¡¡Bandida x 2!!

Eres mala. Muy mala, Flores.

No sabía nada. Es normal, somos humanos y tenemos necesidades... Me alegro por ti.

Ahora sí que me despido.

Feliz año, Flores.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: Feliz año

Feliz año, Jaime. Pásatelo bien y no bebas mucho.

Un saludo.

Alma Flores.

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Me he quedado con un poco de mal sabor de boca, la verdad. Quizá son cosas más, debo reconocerlo, pero he sentido como si le hubiera sentado mal que le contara lo de Edu. No tengo que justificarme ante él, ni ante nadie; por eso no he querido dar mayores explicaciones en este último correo. Pero he sentido verdadera necesidad de explicarle que el entrenador no es nadie en mi vida, no representa nada más que sexo. Ni siquiera es especial, ni puedo decir que sea el mejor sexo de mi vida. Está bien mientras calme mis necesidades. No va más allá de lo puramente físico, pero con Jaime he sentido necesidad de explicarle el porqué. No lo he hecho porque dije que sería yo la que mandaría sobre mi vida y mis decisiones y que nadie debía intervenir, salvo que me dieran razones de peso para no hacerlo y, por ahora, no hay ninguna para dejar de hacer lo que hago. Al fin y al cabo soy libre, ¿no?

Salgo de la oficina y me dirijo a casa. Esta tarde tengo sesión en el *gym* y tengo que darme prisa para llegar a tiempo. Me pongo unos *leggings* tobilleros estampados en tonos azul eléctrico, fucsia y negro, una camiseta negra de asillas y mis tenis Nike fucsias. Me hago la cola de caballo, cojo la mochila y me dirijo al centro.

Edu hoy no me espera en la puerta; menos mal, porque esa actitud tampoco es que sea mucho de mi agrado y me hace sentir incómoda. Dejo mis cosas en la taquilla y me dirijo hacia donde se encuentra.

—Ya estoy aquí.

Se da la vuelta y me recorre con la mirada. Vuelve a posar sus ojos en los míos y sonrío.

—¡Cómo estás! —me suelta sin borrar esa sonrisa de su cara.

—Bien, estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—No era una pregunta, Alma, era una afirmación.

Conmigo, estas cosas no funcionan. Está claro que él cree que de esta forma me va a derretir y sería así si esas palabras salieran de otros labios,

pero de los suyos no me hacen sentir nada.

Sonrío por educación y nos dirigimos a la zona de entrenamiento.

—¿Puedo pasarme por tu casa cuando termine? —pregunta mirándome directamente, estudiando mi reacción.

—Vale, como quieras —le contesto.

Continuamos con el entrenamiento y, cuando termina la hora, me despido y cojo mis cosas. Hoy me ducharé en casa. No me apetece quedarme más tiempo aquí.

Sobre las nueve de la noche suena mi portero y me imagino quién es. Igualmente contesto.

—Soy Edu.

—Entra —digo sin más.

Tocan la puerta y abro: es él.

—Pasa —le digo.

Entra y me besa. Viene a lo que viene y a mí me parece bien. Me dejo llevar, pero hoy no estoy al cien por cien. Él parece no darse ni cuenta.

Nos dirigimos a mi habitación y nos vamos quitando la ropa por el camino. Noto sus manos recorriendo todo mi cuerpo. Baja la copa de mi sujetador y me saca un pecho y comienza a pellizcar mi pezón, que está sensible y erecto; aunque no tenga tantas ansias se ve que mi cuerpo reacciona. Baja la cabeza y comienza a chuparlo, dedicándole toda la atención que necesita. Cada vez está más duro, respondiendo a su lengua. Decide quitarme el sujetador y yo bajo su pantalón de chándal de golpe. Veo que no trae ropa interior puesta; agarro su pene y lo comienzo a mover suavemente, arriba y abajo, excitándolo aún más.

No es un pene grande. Juan estaba bastante mejor dotado que él y, además, no tengo muy claro qué sucede, pero es como si no llegara a llenar del todo su pene. Es decir, se endurece, pero no está tan duro y rígido como al que estaba acostumbrada.

Desecho esos pensamientos y continuamos con lo que estamos haciendo. Noto cómo baja su mano hacia mi pubis y pasea sus dedos por mis pliegues, abriéndolos para comprobar que estoy lista. Juguetea con mi clítoris e introduce un dedo dentro de mí y comienza a moverse cadenciosamente. Se centra en ese pequeño botón hasta que está totalmente hinchado y empapado. Sin decir nada, rasga un preservativo, se coloca entre mis piernas y me penetra de una estocada. Comienza a moverse, dentro y fuera, sin parar, fuerte, cada vez más fuerte y con más necesidad. Me gusta, no voy a negarlo, pero no noto



cosquillas. Me dejo llevar igualmente y él continúa con sus arremetidas.

—Vamos, nena, no voy a poder aguantar mucho más.

—Sigue, sigue —logro decirle.

—No puedo más...

Y siento cómo se tensa y gruñe y entiendo perfectamente lo que ha sucedido. Acaba de correrse. Detiene sus embestidas, cae sobre mí unos segundos y luego rueda hacia un lado de mi cama; se quita el preservativo, hace un nudo y lo tira al suelo. No abre los ojos. Sigo notando su respiración acelerada y me entran unas tremendas ganas de darle un puñetazo. ¿Qué acaba de pasar? No me lo puedo creer; no solo se ha corrido, sino que además no se ha preocupado de mí, de que yo termine. No me había pasado esto nunca. Vuelvo a girar la cabeza y compruebo que se ha dormido. Noto su respiración profunda y sé que ha cogido el sueño.

Me levanto, me pongo una camiseta y me dirijo al salón a buscar mi teléfono. Abro el WhatsApp, busco el comando y escribo. Necesito desahogarme.

Alma:

Vino el *personal*: resulta que acaba de follarme y se ha corrido y yo no, y no se ha preocupado de que yo termine. El tío se ha quedado dormido nada más terminar. Estoy flipando.

Érika:

Échalo a patadas ahora mismo.

Mar:

Despiértalo y exígele lo tuyo.

¿Nadie le ha explicado que uno de los principios de la *Constitución femenina* es que de «aquí no se mueve nadie hasta que yo me corra»?

Alma:

Encima, el tío ni siquiera es un *empotrador*, si casi no se le pone dura...

Érika:

¿Encima es un polla boba? Fuera pero ya.

Mar:

¿Qué dices? ¿En serio? Vaya elemento.

Alma:

¿Qué hago?

Mar:

Espera a que se despierte y dile que se vaya.  
Si pasa un rato y no se levanta, lo despiertas tú.

Érika:

No, mariconadas no, despiértalo. Patadón y a rodar. «Uy, fue sin querer», le dices cuando esté en el suelo, ¡ja, ja, ja..!

Alma:

Gracias, Érika, pero haré caso a Mar...

Érika:

¡¡Nunca me haces caso, coño,  
voy a abandonar este grupo!!

Alma:

Luego os cuento. Besos. Os quiero.

## Capítulo 13

Fin de año. Aunque no lo creáis, este ha sido un gran año para mí. Sí, es cierto que he tenido que superar situaciones que nunca consideré que tuviera que vivir, pero, por otra parte, puedo decir que es muy gratificante sentir cómo soy capaz de superarlas y, no solo eso, sino también salir inmune de ellas y ser más fuerte y valiente de lo que creía que podía ser.

Durante mucho tiempo estuve inmersa en una vida que dejaba mucho que desear. Una vida que no quería vivir y que no me hacía feliz y, aunque muchas personas creen que están en un pozo sin fondo, yo les aseguro que se puede salir. Solo tienes que levantar la cabeza y ver que, a lo lejos, existe luz; que eso azul que puedes ver es el cielo y está ahí para que tú seas capaz de creer en ti misma. Saca las uñas, agárrate fuerte y trepa con ganas, que ese pozo no podrá contigo. Cuando logres sacar la cabeza te darás cuenta de que podías haberlo hecho mucho antes. Te sentirás una guerrera nata. No debes dejar que nadie te cuente las batallas, sino que debes lucharlas por ti misma, porque el verdadero fracaso se encuentra en el desánimo y en la desgana. El éxito tiene nombre propio y es el de cada persona que se propone algo y lucha con uñas y dientes para lograrlo, para conseguir ser lo que quieres ser.

Normalmente, se dice que se debe hacer un balance del año que termina y que tienes que hacer propósitos para el nuevo. Yo hago balance del mío y, sin duda, no cambiaría nada.

Tengo una gran familia que me quiere y me apoya, con sus más y con sus menos, como todas. Tengo unas amigas verdaderas, que van a estar para mí pase lo que pase y que sacarían sus espadas por mí (o sus cuchillos jamoneros, según se mire). Siempre he dicho que nuestra amistad es como el mar: se ve el principio, pero no el final. Tengo un trabajo que me llena y me hace sentir útil. Y tengo salud, que, sin eso, no somos nada. La balanza se decanta hacia el lado bueno, sin duda alguna.

En cuanto al... ¿amor? Pues supongo que todo llega. Después de lo que me pasó hace unos días con Edu, hemos marcado un poco de distancia. Para ser exactos, la he marcado yo. Quiero aclarar que Edu no entra dentro de la categoría de amor, ni mucho menos; él está en la categoría de sexo, aunque ni siquiera pueda decir que sea el mejor sexo del mundo: es sexo, un *me pica me rasca* y tú a lo tuyo y yo a lo mío.

El caso es que se empezó a poner un poco pesado con el tema de vernos y

demás y tuve que cortar un poco. El miércoles me tocaba verlo en el *gym* e insistió en venir a casa. Yo, como comprenderéis, ganas ningunas y más después de lo que había pasado el lunes que me quedé a dos velas. Le puse una excusa barata y me fui al terminar y, para mi sorpresa, se plantó en mi casa en plan novio despechado. A mí estas cosas no se me suelen dar muy bien, la verdad; no me sale ser directa y dejar claras las cosas, básicamente porque creo que no me gusta hacer daño a nadie. Intenté ser sutil y decirle que estaba cansada y que lo nuestro era lo que era, pero creo que no lo entendió y lo descubrí cuando comenzó a mandarme mensajes que no me gustaron nada.

Yo, como buena amiga que soy, decidí enviar las capturas de pantalla a mi comando para pedir su opinión. Os podéis imaginar lo que me decían. Mar es mucho más reflexiva y, aunque es un fósforo, suele ser más la voz de mi conciencia y Érika es el fuego en estado puro. Con distintas formas y algunas palabrotas de por medio, ambas coincidían en que debía decirle claramente que yo no quería nada con él. Érika pretendía que le diera una patada en el culo, literal, sí, tal y como es ella y Mar me instaba a hablarlo en terreno neutral y sin sexo. Una cosa sí que sacamos en claro y es que no debería llevar a ningún tío a mi casa para que no se pudiera dar de nuevo este tipo de situaciones en las que alguien se planta en tu casa en busca de explicaciones que tú consideras que no debes dar porque no es nada. No significa nada.

Y así lo hice: me decidí a hablar con él y ser sincera, más aún, porque parecía que no tenía claro lo que significábamos el uno para el otro. Sexo. Un pene, una vagina, orgasmos (cosa que ya empiezo a dudar que pueda proporcionarme) y sanseacabó.

A pesar de todo, quise ser honesta y hablé con él. Edu me aseguró que estaba enamorado de mí. ¡Vamos, hombre!, ¡vosotros me diréis qué tipo de amor puede sentir alguien con dos polvos!, uno y medio para mí, una noche de copas y unas cuantas clases en el gimnasio.

Yo fui sincera y le dije que yo no sentía lo mismo por él y que tenía claro que no lo iba a sentir nunca.

Creo que no le sentó muy bien, porque no he vuelto a saber de él.

Las chicas me decían que él me quería por mi dinero, porque había estado en mi casa, había visto mi coche y había sumado. Yo no lo tenía tan claro. Sí que sabía que no estaba enamorado, pero no quería pensar que todo se basaba en intereses.

Está claro que tengo una posición social buena, pero me niego a creer que

la gente se acerque a mí por interés.

A todo esto debo sumarle que mi madre me cogió el teléfono, estuvo fisgoneando y leyó por encima lo que me decía. No sé hasta qué punto, aunque recuerdo cómo me dijo:

—Alma, ese hombre no es para ti. Haz lo que quieras, ahí no me voy a meter, pero no te enamores.

No, la señora Mara Delgado, o sea, mi madre, es sabia. Ya lo dicen: las madres saben todo y nos entienden. Siempre tendrán el consejo que necesitamos y sabrán cómo consolar nuestro pobre corazón. Poco tenía que consolarme en esta ocasión. Imagínate cómo decirle a tu madre, que es una persona chapada a la antigua, que a ese chico solo lo quieres por su polla y no por sus sentimientos. Es difícil, lo sé. Probablemente para Érika no lo es, porque cuando se lo conté me dijo algo así como:

—Dile a tu madre que lo único que quieres es correrte y que luego se vaya para su casa. Que encima es medio polla boba y no vale ni para follar bien.

Yo, evidentemente, no le pude decir eso a mi madre. No quiero tener que ir corriendo a urgencias con ella.

El resumen y fin de la historia es que hemos dejado de vernos y no quiero tener que cambiar de gimnasio, pero si veo que no podemos tener una relación normal tendré que verme obligada a hacerlo.

Vuelvo a tener que autosatisfacerme: vibrador al canto, sí, señor. ¡Viva el nivel tres!

Ahora bien, propósitos para el nuevo año. Uno solo. Ser yo misma y ser feliz con lo que haga.

Pasadas las fiestas y los compromisos varios, volvemos todos a la rutina. Está bastante cerca el viaje a Málaga y la auditoría; el departamento al completo está cargado de trabajo para poder dejar todo perfectamente cerrado. Las navidades, para nosotros, son épocas de muchos negocios, no solo por la repercusión que tenemos a nivel nacional, sino que, a nivel insular, tenemos unas ventas exorbitadas y eso se traduce en trabajo. Tengo un gran equipo trabajando conmigo por lo que no me cabe duda de que todo saldrá a la perfección. Son semanas de locura, pero lo tengo todo bajo control.

## Capítulo 14

Viajo mañana a Málaga. Esta convención solo dura un día. Es un visto y no visto, pero yo llego la tarde antes. Decido enviarle un correo a Jaime para saber si sigue en pie lo de salir a cenar la noche anterior. Supuestamente, habíamos quedado en eso la semana pasada, pero como no hemos vuelto a hablar quizá se haya despistado o haya cambiado de opinión.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: ¿Preparado?

Buenos días, Jaime:

Solo quería saber si sigue en pie la cena de mañana en Málaga. No hemos vuelto a hablar desde la semana pasada, cuando quedamos en eso. Quería confirmarlo, no vaya a ser que esté esperando y luego... plantón máximo.

Un saludo.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

No tardo mucho en recibir una respuesta a mi correo.

Para: almaflores@vintex.com

De: jaimealcantara@vintex.com

Asunto: Cena en pie

Flores, ¿cómo eres capaz de dudar de mi palabra? Te dije que íbamos a ir a cenar y por supuesto que iremos a cenar. Tengo una reserva en un sitio espectacular, estoy convencido de que te va a encantar.

Pásame los datos de tu vuelo, quiero intentar pasar a recogerte al aeropuerto. Al final hice una reserva en el mismo hotel que tú, así que te recojo y vamos para que nos dé tiempo a hacer el *check-in* y luego cena. ¿Te parece bien?

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Respondo automáticamente.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: Me apunto

¡Vale! ¡Genial! Llegaré sobre las 19:00, hora peninsular al aeropuerto. El

hotel es el mismo de la otra vez; si no me equivoco ahora es Barceló. Te escribo un WhatsApp cuando embarque para que sepas si voy en hora o no.

Nos vemos mañana. Me voy ya, que es tarde.

Un saludo.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Espero la respuesta, ya que mañana, como viajo, tengo la mañana libre y la firme intención de ir a desayunar con las chicas. No se hace de rogar.

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: Anotado. Cambio y corto.

Vale, Flores. Quedamos en eso, no te despistes, apiádate de mí que me esperan más de siete horas de carretera.

Buen vuelo. Hasta mañana.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Salgo de la oficina con una sonrisa en la cara. Me despido de Aitana, que me desea buen viaje y me pide que le traiga un regalito.

Tengo muchas ganas de verlo. Últimamente hemos hablado mucho, sobre todo por correo electrónico. Me encanta, este hombre me trae loca desde hace tiempo.

Ayer decidimos que, antes de irme de viaje, íbamos a ir a desayunar para parlotear un poco y ponernos al día de las novedades. Sé que no hay muchas porque hablamos como auténticas locas a lo largo del día, pero, a pesar de todo, cuando nos vemos no sabemos estar calladas. Es algo digno de un estudio científico. ¿Cómo es posible que, hablando como hablamos, nos veamos y sigamos teniendo cosas que decirnos? No lo sé. Quiero pensar que la amistad es eso, es más que un deseo: una necesidad.

Llego al Au Revoir la primera y tomo asiento en una de las mesas que dan a la calle. No hay mucha gente a esta hora, supongo que porque todo el mundo está trabajando. En la cafetería, en cambio, el movimiento es más frenético, la gente habla y habla y hay bastante alboroto. Me fijo en las personas que ocupan las mesas de mi alrededor; la mayoría son mujeres vestidas de ejecutivas, supongo que por la zona en la que está ubicada la cafetería.

Metida estoy en mis pensamientos cuando, a lo lejos, diviso a Mar que

viene con un vaquero y una chaqueta. Estamos en enero y ya hace frío. Trae unas botas altas. Estos días ha estado lloviendo. Se detiene en un paso de peatones que está a punto de ponerse en verde para que puedan comenzar a cruzar y se para justamente ante ella un coche espectacular: un Aston Martin V12 Vantaje S, color plata. No sé qué ha visto, os lo juro, pero noto cómo le cambia la cara y su gesto se endurece al instante. Se detiene en el sitio, como una estatua, mirando directamente hacia el coche o, más exactos, hacia el sitio que ocupa el conductor del vehículo. Una bicicleta que está a punto de pasar por su lado toca la campanilla y parece que eso es lo que la trae de vuelta y se digna a poner un pie delante de otro, agarrar su bandolera y cruzar rápidamente. Una vez llega a la otra acera, se gira de nuevo en dirección a donde estaba el Aston Martin, pero ya no hay nadie. Se recompone, coloca su pelo tras la oreja y se dirige, con paso seguro de nuevo, hacia mí.

—¿Qué ha pasado, nena? Te he visto quedarte como una muerta delante del coche —le espeto nada más llegar.

—Na... Na... Nada —me responde—. Me ha parecido ver a alguien conocido, luego me he dado cuenta de que no era quien yo pensaba y he continuado. Casi me atropella el tipo de la bici.

—Normal. Te has quedado clavada en el sitio, parecías una estatua.

—¿Érika no ha llegado? —Noto cómo intenta cambiar de tema—. Supongo que estará saliendo de los juzgados. Esta mañana ha dicho que probablemente llegaría un poco tarde, dependiendo del juez que le tocara esta vez.

—Por ahí viene la susodicha —le respondo.

Esperamos en silencio, escuchando la melodía de «Casi te rozo», de Vanesa Martín y Axel. Esta canción me recuerda a Jaime.

—Joder, me ha tocado el Cara Chancla hoy en el juzgado. ¿Os lo podéis creer? Últimamente parece que me persigue, el tío: juicio al que voy, juicio que él encabeza. ¡*Mecachisenlamarsalada!*, os juro que tengo mala suerte.

Yo abro los ojos porque comprendo que ha llegado Érika. Vuelvo a la tierra con sus palabritas porque estaba completamente inmersa en la letra de la canción.

—Qué suelta tienes la lengua tú, ¿eh? Menos mal que no hay niños por aquí. Eres no apta para menores de dieciocho, nena —le reprocha Mar.

—No te voy a decir las cosas que sé hacer con mi lengua porque juro que hasta tú te escandalizarías.

Explotamos en carcajadas; qué sería de nosotras sin estos ratitos tan



fantásticos.

—Esta tarde me voy a Málaga. Estoy nerviosa. —Suspiro y agacho la cabeza esperando que no me den mucha caña.

—Habéis quedado en ir a cenar, ¿verdad? —Es Mar la que abre la veda.

—Sí, me ha dicho que le envíe mi número de vuelo, que él me recoge. Parece que ha cogido una habitación en el mismo hotel que yo. Dejaremos las cosas en el hotel, nos prepararemos e iremos a cenar.

—¿Con qué ideas vas? —me pregunta Érika.

—Pues con ninguna especial. Pasarlo bien, sentirme a gusto y dejarme llevar.

—Sabes a lo que me refiero —me reprocha de nuevo—. Lleváis un tiempo tonteando. No os habéis dicho nada directamente, pero según nos has contado, la tensión se siente.

—A ver, a mí me gusta, no os lo puedo esconder a vosotras. Y puedo incluso pensar que yo a él le atraigo mínimamente, por las cosas que me dice, pero de ahí a pensar en algo más... No puedo. No me quiero permitir nada más porque él es un hombre casado.

—¿Y? Es obvio que está casado, pero nosotras no sabemos nada, absolutamente nada, de lo que se cuece dentro de su casa y de su vida —afirma Érika—. No conocemos su realidad, no sabemos siquiera si es feliz porque se lo preguntaste y no te contestó. ¿De verdad crees que si fuera realmente feliz no te habría contestado con un rotundo sí hace cinco putos años? Tú rechazaste su propuesta porque en ese momento estabas bien y no necesitabas nada más. Quién sabe. Vosotras me conocéis y sabéis que yo odio los prejuicios y el juzgar a las personas sin saber su verdadera situación.

Nos quedamos realmente boquiabiertas. No es que Érika no sepa hablar en serio nunca; sí que sabe, la conocemos y sabemos que debajo de su muro hay sentimientos, pero a veces nos sigue costando oírla hablar con tanta profundidad. Ella es muy hija de puta. Es una abogada temida, porque es implacable y directa. Es de esas personas que es mejor tener de amiga porque de enemiga te podría joder la vida y quién sabe...

—Yo te lo voy a volver a repetir —dice Mar—: no te enamores de él. No queremos que sufras y verte mal de nuevo. Por mucho que ya respires, no queremos verte hundida.

Yo vuelvo a agachar la cabeza porque es cierto que con Jaime me siento bien. No quiero definir nada porque no hay nada que definir.

—Mar, no me voy a enamorar. —No la miro a los ojos mientras lo digo porque no sé si creerme yo misma mis palabras.

Y dicho esto, zanjamos el tema y continuamos con nuestro desayuno. Nos despedimos al terminar y yo me dirijo a casa para prepararme y recoger mis cosas. Mar se ha ofrecido a llevarme al aeropuerto, así que viene conmigo a casa.

—¿Sabes que te lo digo por tu bien, verdad? —me pregunta mientras nos dirigimos a la ventanilla para sacar las tarjetas de embarque.

—No tienes de qué preocuparte, en serio. Te quiero mucho —le contesto con sinceridad.

Nos fundimos en un abrazo y yo me dirijo a la cola del control para pasar mi maleta de mano. Una vez dentro del avión saco el teléfono y le envío un WhatsApp a Jaime.

Alma:

Salgo en hora. ¡¡No me dejes allí tirada!!

Veo que está en línea, así que me contesta al instante.

Jaime:

Tranquila. Llámame cuando aterrices.

Buen vuelo, bandida.

Alma:

Hecho. Un beso.

Apago el móvil y saco un libro.

Allá vamos.

## Capítulo 15

Tomamos tierra a la hora prevista. Saco mi equipaje de mano y me dirijo a la puerta de salida. Paro en una cafetería y llamo a Jaime. Responde al segundo tono.

—¿Ya estás por aquí?

—Acabo de aterrizar y he parado en una cafetería a tomarme algo. Traía el estómago vacío. ¿Ya has llegado?

—No, me va a ser imposible recogerte. He salido más tarde de casa. No he podido avisarte a tiempo. Tardaré un par de horas en llegar.

—No te preocupes, cogeré un taxi. Ya nos vemos en el hotel.

—Lo siento de veras, pero me ha sido imposible. Debo colgar porque estoy conduciendo. Nos vemos en un rato.

—Hasta luego, Jaime.

Cuelgo y siento una terrible decepción.

Tomo un taxi y me dirijo al hotel.

Hago el *check-in* y subo a mi habitación. Allí dejo mis cosas en su sitio y decido meterme en el amplio baño para prepararme. Lleno la bañera, añado unas sales con aroma a flores silvestres que hay en el tocador y me sumerjo con la intención de relajarme. Tengo bastante tiempo hasta que llegue, así que me lo voy a tomar con calma. Me pongo los cascos y me meto lentamente, dejando que el calor que emana del agua me relaje los músculos. Le doy al *play* de mi lista de reproducción de Spotify y comienzan a sonar los acordes de «Pan y Mantequilla», de Efecto Pasillo. Muevo instintivamente mis hombros al son de la música y comienzo a cantar:

*Candela, un par de chupitos de ron miel y velas,  
una caja llena con mis primaveras, que vienen, que vuelan,  
solo quiero un poquito de tu vida entera,  
de tu vida entera.*

*Y yo, subo escalón a escalón,  
quiero tocar el cielo azul, el cielo azul.*

*Y tú, buscas tras cada canción, la sensación que te haga sentir,  
que te haga vivir.*

Es un grupo canario relativamente nuevo, pero que ha logrado hacerse un hueco en el panorama musical español y a mí personalmente me encanta.

*Cintura divina,*

*te comería con pan y mantequilla.*

Salgo cuando el agua comienza a estar fría y ya deja de ser un placer supremo. Me enrolló en una toalla y me dispongo a ponerme la ropa interior para plancharme el pelo.

Una vez lista, preparo mi *look* negro. Me pongo un *legging* vaquero Guess, una blusa con dos filas de piedras en el marco del cuello, unos zapatos Guess con una cinta alrededor del tobillo, una chaqueta y un bolso MK a juego: todo negro. Me pinto los labios con el color *rebel*, de Mac, máscara de pestañas y me aplico unas gotas de perfume Chance, de Chanel. Me miro en el espejo y me gusta la imagen que me devuelve. Sencilla, a la par que elegante.

Recibo un WhatsApp de Jaime que me indica que me está esperando en la recepción del hotel. Allá vamos.

Tomo el ascensor y marco la planta baja. Cuando se abren las puertas, lo primero que veo es a Jaime al fondo, de espaldas a mí. Está leyendo algo del tablón de anuncios que tiene el hotel a disposición de los turistas, supongo que para matar el tiempo. Se me seca la boca nada más verlo. No puedo evitar las reacciones de mi cuerpo ante él.

Va vestido con un vaquero oscuro, una camisa remangada en tonos azules y, colgando de uno de los brazos, una chaqueta azul marina.

Parece como si fuera consciente de que lo están observando porque se gira y nuestras miradas se cruzan. Percibo cómo el mismo escáner que le hacía yo, es al que él me somete ahora. Una vez vuelve a colocar su mirada sobre la mía noto que sonrío y esa sonrisa, natural y sincera, le llega a los ojos.

—Alma... ¿Qué tal estás? Perdona por lo de antes —me dice cuando me acerco a él.

Nos fundimos en un cálido abrazo. En sus brazos me siento bien, más que bien, diría yo.

—No te preocupes —le respondo—. En realidad, he aprovechado para darme un baño con sales, de esos que no sueles permitirte siempre.

—Vaya, veo que no has perdido el tiempo. Estás preciosa —continúa mientras me observa detenidamente, ahora que estoy más cerca.

—Tú tampoco estás mal —respondo y le guiño un ojo.

—Vamos, tengo una reserva en un sitio muy chulo que estoy seguro de que te va a encantar.

Cogemos un taxi y Jaime le da la dirección al conductor. Nos lleva a la zona donde se encuentra la Alcazaba. Para y se baja primero para ayudarme a

salir; me sostiene por la cintura y caminamos juntos en silencio. Yo no sé lo que estará pensando él; ahora yo solo puedo sentir que estoy flotando.

Llegamos al restaurante Mitik. Entramos y nos sitúan en unas mesas altas que hay en una terraza acristalada. Al fondo se puede ver la Alcazaba, monumental e imponente, perfectamente iluminada. Las luces desde abajo le dan un toque misterioso y único. Me quedo mirando fijamente: es preciosa. Rodeada de esos árboles que la abrazan en la oscuridad y la protegen. Es la reina de la noche. Es mágica.

Jaime observa cómo yo estoy en mi mundo, admirando esa preciosa estampa que, gracias a él, puedo guardar en mi recuerdo.

—Siéntate aquí.

Me cede el sitio que deja al fondo la Alcazaba y sus vistas, y él se coloca frente a mí.

—Yo me sentaré aquí para disfrutar de las mejores vistas de la noche. —Y sonrío.

Me sonrojo y agacho la cabeza porque sé que se refiere a mí. Me siento en una nube. Estoy pletórica.

—Me gustaría que me contaras cómo te encuentras después de tu separación y que me explicaras cómo ha sido todo. La verdad es que me sorprendió mucho porque, hasta donde yo sabía, erais una pareja perfecta — me dice una vez hemos pedido, mirándome directamente a los ojos. Sus ojos están más verdes que nunca y más brillantes de lo que he podido ver jamás.

—Supongo que esto te cogió por sorpresa a ti y a todos, porque tampoco es algo de lo que vaya hablando —explico mientras acaricio mi pelo—. Nuestro matrimonio no estaba bien desde hacía mucho tiempo, pero es bastante difícil tomar determinadas decisiones. Cierto es que llegué a un límite donde dije: «No puedo más, no quiero seguir así, no soy yo». Tuvimos una discusión un tanto fuerte y quizá eso fue lo que lo desencadenó todo. Ese día tomé la decisión de separarme porque, después de varias palabras fuera de tono y otros tantos improperios, me empujó y me golpeé contra la cerradura de la puerta, lo que provocó que me hiciera un corte. —Agacho la cabeza mientras pronuncio estas palabras y fijo la mirada en el sitio donde tengo la cicatriz—. El caso es que, gracias a todo esto, tuve valor y saqué las agallas que creía perdidas. Salí de allí directa a casa de mis padres e interpusé una demanda de divorcio al día siguiente.

—¿Te empujó? Quieres que lo mate, ¿verdad?

—Juan era muchas cosas que la gente creía que no era —prosigo restándole importancia al anterior comentario—. Ahora tengo esta bonita cicatriz que me recuerda la línea que no pienso volver a cruzar —y lo digo acariciándome el codo—. Yo ya no lo quería. Es decir, hubo una época en la que estuve locamente enamorada de él. En ese tiempo, él era el amor de mi vida, pero se apagó todo. No hubo un momento exacto en el que yo pueda decir «aquí dejé de quererlo»; pero estoy convencida de que el universo me mandaba señales. Ahora estoy muy bien. No te puedo decir que no me costara un poco salir adelante, pero ¿sinceramente? A veces nosotros mismos creemos que es mucho más difícil de lo que realmente es.

—¿Sabes? Yo creo en esas señales que me dices, Alma. Antes de casarme —continúa—, pero ya estando con Nancy, hubo un no sé qué con una amiga de ella, y digo «no sé qué» porque realmente no sabría definirlo. Me gustaba, me hacía sentir bien, había una conexión y nos compenetrábamos. No hubo nada físico entre nosotros, ni siquiera un beso, pero yo me sentía muy cerca de ella igualmente. Fíjate, en casa hay una foto, el día de mi boda, con ella. ¿Señales? Señales dicen, sí. Mi mejor amigo, Arturo, que casualmente era contable como tú, y nunca olvidaré sus palabras, me decía: «No te cases, Jaime, no te cases, esa mujer no es para ti. Jaime, que no te lo cuenten, vívelo». —Noto su voz quebrada y su mirada sombría ante esta confesión. Estiro mi mano y agarro la suya. Se recompone y continúa—: Murió en mayo de 2010 y te conocí en junio de ese mismo año. ¿Señales?

Cojo la copa y me la llevo a la boca; necesito volver a recuperar el aliento porque en este momento somos, más que nunca, dos corazones abiertos.

—En la universidad —retomo la conversación—, mientras estudiábamos, me pasó lo mismo que a ti con un amigo de Juan, era la misma sensación. Conectábamos, era raro, pero nos atraíamos, era mutuo, no me preguntes cómo, pero lo sabía. Una noche salimos de fiesta unos cuantos amigos, entre ellos Juan y este chico que te digo y tonteamos; yo no sé si Juan se dio cuenta o no porque nunca hablamos del tema. Hubo un momento de tensión en el que nos dimos un beso; no fue nada pasional, fue un beso sencillo pero cargado de emociones. Yo desconecté. Cuando nuestros labios se separaron y volví a la Tierra, miré a mi alrededor y sé que Juan no estaba, desapareció, pero tampoco sé dónde fue porque nunca le pregunté. Uno de los amigos que teníamos en común y que también había salido esa noche, delante de mí le dijo: «¿No hay nadie mejor que la novia de tu amigo para esto?». Esa noche

me acompañó a mi piso y ahí acabó la historia. Juan y yo también estuvimos un año separados mientras estudiábamos. Ya por esa época teníamos claro los dos que quedaba poco o nada de lo que tuvimos, pero, aun así, y no me preguntes los motivos, volvimos a estar juntos y nos casamos poco tiempo después.

—¿Señales? —me pregunta.

—Señales, sí, muy claras, además, pero no supe interpretarlas y eso me llevó directa al fracaso. Por suerte, a uno de los dos le ha ido bien. —Y sonrío mientras juego con mi pelo.

Agacha nuevamente la cabeza y suspira. Puedo notar la tensión en su cuerpo, la lucha interna que tiene. Finalmente alza la cabeza y continúa hablando:

—Yo estoy muerto, Alma. ¿Recuerdas que, hace cinco años, me preguntaste si era feliz? —Asiento porque en este momento no puedo articular palabra—. Esa pregunta me ha acompañado cinco malditos años. Cinco, ¿entiendes?

—Yo no pretendía...

—Tu sexto sentido te decía algo, ¿verdad? —Vuelvo a asentir—. Yo no estoy enamorado de Nancy, no la quiero... A veces pienso si alguna vez la quise o simplemente me dejé llevar.

—Pero si no la quieres, ¿por qué continúas así?

—Porque mi sentido de la responsabilidad no me permite dejarla. Me da pena.

—¿Pena? Con pena no se llega a ningún sitio.

Mi teléfono no para de sonar, pero no soy capaz de silenciarlo siquiera.

—Yo sé la teoría, pero, a pesar de todo, me siento responsable de ella. Está sola, sus padres fallecieron hace años y sus hermanas están lejos. Trabaja a media jornada en una *boutique* y no es que tenga solvencia para empezar de nuevo una vida. Soy todo lo que tiene y sin mí no sé si podría salir adelante en muchos aspectos. Supongo que estamos acostumbrados a esto y es lo que me toca.

—¿Ella te quiere? —Formulo la pregunta tímidamente.

—No sabría qué decirte. No lo sé. Nuestra relación no es convencional, somos una pareja más, pero que no se muestra sus sentimientos y quizá sea porque no los hay. Supongo que está cómoda conmigo y no le falta de nada.

Qué duro es oír lo que me dice. Yo soy una firme defensora del amor a

pesar de que, hasta ahora, Cupido no haya estado de mi parte. Pero sí, creo en el amor y nunca me conformaré con cariño y respeto. Buscaré a esa persona que hará que me sienta completa. No me voy a resignar nunca a tener una mitad porque yo quiero un todo. No quiero pensarlo mucho porque ahora mismo sé que esa persona está sentada frente a mí.

—¿Compartimos postre? —me pregunta.

—Por supuesto —respondo.

Y doy por hecho que el momento *confesión* ha terminado.

—Hazme un hueco a tu lado, déjame disfrutar de las vistas al máximo, retenerlas por siempre en mi mente, princesa.

Princesa...

Ruedo mi butaca hacia un lado dejando un hueco para que él pueda poner la suya cerca de mí; estamos tan cerca que nuestras manos se rozan suavemente. Es electricidad pura lo que siento, recorre cada centímetro de mi piel y me corta la respiración.

Terminamos de cenar y nos dirigimos hacia la Alcazaba dando un paseo.

—¿Cogemos un taxi para volver? —me pregunta.

—No. Hace una noche estupenda, ¿no podríamos ir paseando?

Suena a ruego más que a pregunta, pero es que quiero, no, necesito, que esta noche no acabe nunca. Hemos abierto nuestra alma ambos y nuestros fantasmas han sido compartidos.

De camino al hotel pasamos por delante de la discoteca en la que acabamos la noche hace cinco años; fuera hay un chico repartiendo *flyers* para atraer clientes y nos propone que entremos a tomar una copa.

—Venga, chicos, entrad a tomar la última, que la noche es joven. —Y sonrío abiertamente.

—Mejor no —sonríó yo también—, que Jaime ahí dentro se vuelve loco.

Jaime me mira con cara de pocos amigos, pero aguanta poco antes de reírse abiertamente. Terminamos el recorrido de la mano, compartiendo la intimidad y la cercanía, como si fuéramos una pareja más.

Me acompaña a la habitación y se despide. Mañana tenemos el congreso y no estaremos solos.

—Se me ha pasado la noche volando —le digo jugando nuevamente con mi pelo.

—Es la buena compañía, Flores.

Se acerca a darme dos besos; por un momento tiemblo al pensar que me va



a besar y me sorprendo deseando que lo haga.

—Eres la persona más sensual que he conocido. Ese pelo entre tus dedos y tu aroma... Esta noche han sido mi perdición.

¿Tu perdición? Tú sí que eres mi perdición... ¡Hice una promesa!

—Buenas noches, Jaime.

—Buenas noches, princesa.

Entro en la habitación y me apoyo en la puerta dejando que mi espalda resbale por ella.

Aún en el suelo, saco el teléfono que no ha dejado de sonar en toda la noche y veo que es mi comando. Me meo de la risa cuando veo mensajes de las locas en los que hay miles de emoticonos que indican, vulgarmente, penetraciones y gotas de agua ¡Están como cabras! Hacen apuestas sobre si es un *empotrador* o no; tamaños, posiciones, sexo oral... ¡Qué fuerte! Ya las pondré al corriente a la vuelta, que sufran un poco (muajajaja, ríe mi malvada).

Me meto en la cama y comienzo a repasar los detalles de la noche.

«Estoy muerto», recuerdo.

Para mí, está más vivo que nunca.

Cierro los ojos.

Hoy todo ha empezado.

## Capítulo 16

*Jaime*

Suena mi despertador y lo apago al instante. Debo levantarme, pero mi cuerpo no quiere obedecer las órdenes que le envía mi cerebro. He dormido, pero siento como si no lo hubiera hecho, no he descansado lo suficiente. Últimamente me pasa mucho, le doy muchas vueltas a la cabeza y pienso: «¿Qué estoy haciendo?» Y no solo por mi vida con Nancy. Desde que Alma me dijo que se había divorciado no he dejado de pensar en ello y en lo que me produce a mí. En lo que fue y no es. En lo que somos ahora, Nancy y yo. En lo que nunca fuimos. «Que no te lo cuenten, ¡vívelo!», me decía Arturo. Y yo he dejado que todo me lo cuenten, no he vivido lo que he querido vivir.

Luego se cruza por mi camino Alma, con su frescura y su vitalidad, sus ganas de vivir y de creer en que existe algo mejor en la vida. Con aspiraciones y metas. Con ganas de comerse el mundo y sin darse cuenta hace que se tambalee el mío.

Me incorporo y me voy directo a la ducha. Conecto la radio de la habitación y suena «Antología», de Shakira y termina de matarme. Más señales... ¡Las putas señales de los cojones van a acabar conmigo, joder!

Oigo cómo suena mi teléfono mientras me ducho, pero no acudo a cogerlo y decido seguir bajo el agua, escuchando la canción. Agacho la cabeza y dejo que las gotas corran por mi nuca, como si el agua fuera a llevarse todo el nudo que tengo en la mente y fuese capaz de borrar los pensamientos que me llevan directo hacia ella. Salgo de la ducha después de mucho tiempo dentro y me preparo para el día. Miro el teléfono y veo que es Alma la que me ha escrito.

Alma:

Te espero en la cafetería.

Jaime:

Lo siento, acabo de ver el mensaje.

Ya no me da tiempo.

Entro en la sala de congresos y la veo sentada en la tercera fila. No hay sitio a su lado, así que me ubico lejos de donde se encuentra. Me siento totalmente prendado de ella. Como si existiera un hilo invisible que nos une y nos atrae. Ella se gira y me observa como si se diera cuenta de que la estoy mirando y me sonrío cuando ve que, efectivamente, es así. Se recompone y vuelve a mirar hacia adelante.

Comienza la exposición y yo lo único que quiero es que termine para acercarme a ella. Realmente, lo que quiero es agarrarla del brazo, sacarla de aquí y llevarla conmigo, lejos, donde no nos molesten y donde no nos encuentren.

Me llega un mensaje, lo noto por la vibración de mi teléfono.

Es ella.

Alma:

¿Por qué fuiste anoche tan correcto?

La madre que me parió... Eso quisiera saber yo.

Jaime:

¿Cómo pretendes que intente algo si ya me rechazaste una vez?

Alma:

¿Quién dice que te iba a volver a rechazar?

¿Quién dice que no llevo cinco años arrepintiéndome de haberte rechazado...?

Me pone como una moto. Estoy desbocado por su culpa. Por su culpa y porque no follo hace meses. Me recoloco en el asiento porque estoy al borde de romper el pantalón.

Jaime:

Yo soy un hombre correcto.

Ya no me arriesgo si no sé que voy a ganar.

Alma:

Pues entonces, don Correcto, te quedarás con la duda.

Juro que me levanto y la saco de la sala, y me da igual que nos miren o lo que digan. Es mía, joder. ¡Es mi princesa!

Desconecto el teléfono porque no sé qué decirle salvo «vente conmigo a donde sea, da igual el destino, solo me importa que estés conmigo».

No me he enterado de nada de lo que han dicho porque solo tengo ojos para ella. Cuando terminamos la jornada nos levantamos, pero la llama un grupo y se acerca; yo saludo a otro grupo con prisa. Tengo que salir ya para llegar a tiempo a Valencia.

Me debo ir. Apuro el tiempo para ver si me puedo despedir de ella y, como si la estuviera invocando, me mira, pero tampoco puede dejar el grupo

porque se ha incorporado el ponente.

Le hago un leve gesto con la cabeza que entiende a la perfección.

No me puedo despedir.

La echo de menos.

## Capítulo 17

—Alma, ¿puedes venir a mi despacho? —pregunta el señor Alcázar por la otra línea.

—Sí, por supuesto. Subo en cinco minutos. Termino una cosa y voy sin falta.

—No te preocupes, estaré aquí. Termina y vente.

Llamo automáticamente a Aitana.

—Ven, porfa.

—Voy, jefa.

Toca la puerta antes de entrar.

—¿Qué pasa, jefa?

—Me acaba de llamar el señor Alcázar y quiere que suba a su despacho. Tú, que sabes todo lo que se cuece, ¿te has enterado de algo?

—¿Me estás llamando chismosa? —pregunta con los ojos como platos y mirada de gatita triste.

—Básicamente, sí. —Me parto de risa en su cara, no lo puedo evitar.

—¡Cómo me conoces! —Y se descojona ella también—. Lamento decirte que no sé nada del tema, no se rumorea nada. Imagino que será algo de última hora porque en el *office*, las de producción no han dicho nada y ya sabes que a chismosas no las gano ni yo.

—Pues nada, subiré a ver qué me cuenta. Luego te pongo al día.

—Por favor... —Y me vuelve a mirar con esa expresión de penita que hace que se te parta el alma y hasta quieras pagarle unas vacaciones. Lástima que conmigo no surta el efecto que ella desea: demasiados años trabajando juntas.

Llamo a la puerta y espero que conteste antes de pasar. Javier y yo nos llevamos bien, pero hay que ser educado y respetar los cargos, ante todo.

—Pasa, Alma, y siéntate, por favor.

Me pone nerviosa que use esas palabras tan correctas. No puedo evitar pensar que algo malo pasa, soy así por naturaleza, siempre pienso mal antes de saber lo que sucede. Sería mejor dejar que se desarrollaran los acontecimientos, así evitaría malos tragos y nervios innecesarios que no llevan a ningún sitio.

—Usted dirá, señor Alcázar.

—Te he dicho mil veces que me llames Javier, Alma, que hay confianza y

nos conocemos hace diez años ya. —Sonríe cálidamente, haciendo que me relaje al instante.

—Perdone, me resulta difícil. Es por respeto.

Y no es mentira. En realidad, Javier me hace sentir cómoda; siempre me ha tratado como a una hija y me ha ayudado muchísimo. Durante mi divorcio, cuando acudí a él para cogerme las vacaciones sin previo aviso, no tuvo problema alguno en concedérmelas y no dudó en ofrecerme ayuda en caso de necesitarla. Hace que me sienta importante.

—Te he llamado porque me han enviado un correo esta mañana para comunicarme que hay un viaje inesperado a Madrid la próxima semana para una presentación a la que solo acudirá la región sur. Será un viaje *express* de un día para darnos a conocer una nueva colección que únicamente trabajaremos los de esta zona. Ha sido todo muy precipitado y, ya que estaba yo aquí, he preferido comunicártelo en persona. Me conoces y no es mi manera de trabajar —continúa diciéndome—, pero tenemos que cumplir con nuestra parte y hay que acudir. Sabes que no te lo pediría si no fuera importante y, aunque realmente le corresponde a Susana, de producción, prefiero que seas tú la que vaya porque confío mucho más en ti. ¿Qué me dices?

—Puede contar conmigo —respondo sin dudar—. No se preocupe, que entiendo la situación perfectamente. Preferiría poder organizarlo con más tiempo, pero no hay problema. Yo me adapto.

—Muchísimas gracias, Alma. Sabía que podía contar contigo. Tendrás que volar el lunes por la tarde. La presentación será el martes por la mañana. Se hará en el Palacio de Congresos de Madrid. Volverás ese mismo día a última hora. Tienes libre el lunes para que tengas tiempo de preparar el viaje, pero el miércoles sí necesito que vengas a la oficina.

—No te preocupes. Así será, señ..., Javier.

—Así me gusta, Alma. Puedes continuar con tu trabajo. Gracias.

Vuelvo a mi sitio y acto seguido entra Aitana, con un café en la mano y todo. A falta de palomitas, buenos son cafés.

—Suelta por esa boquita que tienes, jefa. —Y me tiende mi taza, que agarro gustosa.

—Tengo que volar el lunes por la tarde a Madrid porque parece que hay una presentación importante en el Palacio de Congresos y no podemos faltar.

—¿Y por qué no va Susana? Eso le toca a ella...

—Parece que Javier prefiere que vaya yo.

—A Susana le quedan dos telediarios en esta empresa, me da; cada vez cuentan menos con ella y tampoco es que sea muy eficiente.

—A mí, realmente, me la trae al paio porque ni siquiera me cae bien. Tengo que organizarlo todo. El lunes no vengo a trabajar porque vuelo por la tarde, así que tendrás que encargarte de mi agenda y del correo, por si hubiera algo urgente. No obstante, mandaré un correo electrónico genérico para que lo sepan todos.

—Sabes que conmigo no hay problema.

—No me quedan muchos días porque ya mañana es viernes y no vengo.

—Me organizo y el resto del personal también, estoy aquí para ayudarte en lo que necesites. Yo me encargo de todo.

—Gracias, Aitana, sabía que podía contar contigo. Eres un sol.

Volvemos cada una a nuestro trabajo. Saco el teléfono y envío un mensaje a mi grupo.

Alma:

Tengo novedades fresquitas para esta tarde.

Mar:

¿Au Revoir al salir?

Érika:

Allí estaré. Os quiero.

Alma:

OK. Besos. Os quiero.

Es jueves y, como todos los jueves, quedamos después de salir de trabajar para ir a tomar algo y hablar en persona. Llego la última al local, parece que Mar y Érika han salido pronto hoy del trabajo.

—Lo siento, chicas, tuve que responder a unos correos urgentes de última hora y por eso me he retrasado —me disculpo nada más llegar.

Nos fundimos en un abrazo y nos damos un beso.

—No te preocupes, en realidad, hace poco que hemos llegado. Hoy he salido puntual de la radio y he dejado un par de cosas listas para el programa de mañana —comenta Mar.

—Yo estoy preparando un juicio, pero voy bien de tiempo, así que he salido antes y he pasado por casa a ducharme —nos dice Érika.

—Os cuento... Esta mañana, mi jefe me ha llamado a su despacho, cosa rara en él, la verdad. El caso es que he subido un poco temerosa, ya sabéis: cuando te llama el jefe puede pasar cualquier cosa —explico.

—Dudo que sea nada raro, tú eres bastante profesional y controlas a la perfección lo que haces —añade Mar.

La miro con ojitos amorosos porque es taaann buena...

—El caso es que me ha dicho que han programado una presentación el martes en el Palacio de Congresos de Madrid y quiere que sea la responsable de asistir al evento como representante de nuestra delegación. Tengo que viajar el lunes.

—¿En serio? ¿Pero tú no eres la contable? ¿Qué pintas tú en ese evento? —pregunta Érika.

—Ya, ya lo sé, no me corresponde, pero me lo ha pedido y a mí, realmente, no me importa. Solo vamos a ir los de la región sur —comento y agacho la cabeza.

—¿Va a ir Jaime? —pregunta Érika.

—¿Ahora lo llamas Jaime? Hasta hace poco era el señor Paella —le suelto intentando ponerle mala cara, pero no me sale y al final me echo a reír.

—Si al final le voy a querer y todo —me espeta y me deja boquiabierta.

—No he hablado con él, pero supongo que sí, que si es la región sur también le toca.

—Ay, nena... Te veo perdida. Estás luchando contra algo superior a ti —añade Mar.

—Estoy jodida, sí.

—¿Nos vamos de karaoke mañana? —pregunta Mar.

—¡¡Vale!! —gritamos Érika y yo a la vez.

Y así es como se rompen los momentos de tensión.

Pedimos un par de bocadillos de pollo con ensalada y unos refrescos y pasamos la tarde allí, entre risas y fiestas, ¡para variar!

Viernes. Me encantan los viernes. Este en particular será un poco duro, pero da igual. El lunes me voy a Madrid y encima, esta noche nos vamos de karaoke. ¿Qué más se puede pedir? Que nos toque la Primitiva, lo sé, pero... ¿algo más terrenal? Pues eso, viernes de karaoke.

Llego a la oficina temprano con intención de reunirme con Aitana, para dejarle varios temas que debe tener en cuenta los días que yo no esté. Entro en el despacho y lo primero que hago es enviar un correo general para avisar de que me ausentaré lunes y martes y de que cualquier cosa que necesiten tienen que hablarla con Aitana. Decido también enviar un correo a Jaime —que hace días que no hablamos— y preguntarle por el viaje.



Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com<sup>[P]</sup><sub>SEP</sub> Asunto: Madrid

Buenos días, Jaime:

¿Qué tal? No sé si te has enterado, pero ayer me dijo el señor Alcázar que el martes hay una presentación en Madrid, ¿tú lo sabías? Yo tengo que ir, me ha explicado que quiere que a ese acto acuda yo. Supongo que te veré allí, si vas... Me apetece mucho verte.

Un beso.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Llamo a Aitana y le digo que se acerque para ultimar los detalles.

—Ya estoy aquí, jefa. Toda tuya.

—He enviado el correo general, así que todo el mundo está enterado de que no estaré en la oficina ni el lunes ni el martes y saben que deben dirigirse a ti con cualquier duda que surja.

—Perfecto. No habrá problemas.

—Tenemos pendiente recibir varias facturas por las compras que ha realizado la compañía sueca de nuestras prendas. Han sido más de mil artículos vendidos, con diferentes tallajes. Asegúrate de que el lunes las recibimos. Y la cuenta de Mac Sullivan debe estar cuadrada antes de volver a adquirir su tela. Debes llamar también a Richard y explicarle que nos hemos retrasado en el pago porque no nos ha cuadrado el asiento y hasta que eso no esté resuelto, será imposible hacer su transferencia. Debemos detectar los errores antes de continuar moviendo dinero. Nosotros nunca nos retrasamos en los pagos. Eso debe estar solucionado el lunes, sin falta. Nuestra marca trabaja al día y no podemos permitirnos este tipo de errores. Ponte con eso y que Sara y Manuela lo hagan contigo. Las quiero resolviendo eso al cien por cien, ¿vale?

—Apuntado todo, jefa. No tengas dudas de que todo estará listo el lunes. Puedes irte tranquila.

—Confío en vosotros, Aitana. Nos jugamos una cuenta importante.

—Despreocúpate —me dice—. Si no hay nada más, me voy, que tengo unas cuantas llamadas que hacer antes de salir a almorzar. Buen viaje, jefa.

—Gracias, Aitana.

Le doy un beso y un abrazo y continúo a lo mío.

Veo que, durante el tiempo que he estado con Aitana, he recibido un correo

de Jaime que abro sin pensarlo.

Para: almaflores@vintex.com

De: jaimealcantara@vintex.com

Asunto: re: Madrid.

Flores, eso me han contado. Parece que tenemos que ir sin falta el martes. Yo, ahora mismo, estoy en Venecia; he tenido que encargarme de unos asuntos con un diseñador y me han mandado a mí a resolverlo. Me va a costar el divorcio porque llego el domingo a Valencia y me tengo que ir el lunes... Espero ir a recogerte esta vez, princesa. Yo también tengo muchas ganas de verte... y tocarte.

Un beso, princesa.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Para: jaimealcantara@vintex.com

De: almaflores@vintex.com

Asunto: re: re: Madrid

Llegaré nuevamente sobre las 19:00 de la tarde, hora peninsular. Te mando ubicación cuando llegue. Espero que esta vez sí puedas recogerme. Pórtate bien para que te dejen ir. Hasta el lunes.

Un beso, príncipe.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Viernes noche, por fin. Noche de chicas y de karaoke. Nuestro ritual últimamente. Me preparo para una noche inolvidable. Voy con esa afirmación en mi cabeza.

Me meto en la ducha y me preparo. Me sitúo delante del vestidor y decido ponerme un vaquero Guess, una camisa lencera negra con un buen escote en la espalda, unos tacones Guess, una chaqueta a juego y mi bolso de MK de ese mismo color. Me maquillo suavemente y salgo en dirección a casa de Mar. Hemos quedado en vernos allí para bajar juntas en un solo coche.

Alma:

Ya estoy aquí.

Érika:

Estoy llegando, cinco minutos.

Mar:

Ya bajo.

Nos colocamos en una mesa cercana al escenario y voy a pedir.

—Lo de siempre, ¿verdad? —les pregunto.

—Sí —responden al unísono.

Me acerco a la camarera y pido un ron Arehucas con cola, cava Llopard y Bombay Sapphire con tónica y vuelvo a la mesa.

—Mar, ¿qué vamos a cantar esta noche? —le pregunto porque ya la veo con el libro en la mano, eligiendo.

—Pensemos y elijamos. A mí me gusta esta —dice señalando «Beso a beso», de Los Chicanos del Sur.

—¡No me jodas! —le espeta Érika—. Es una mierda. No me gusta nada.

—¡Ay, que sí! Es superdivertida, vengaaaaa. —Y nos hace ojitos como los niños pequeños.

—Yo paso —contesta Érika—. No me vas convencer para subir a cantar eso.

—Mejor elegimos otra —le suplico yo también, porque tampoco es que me guste mucho esa canción.

En ese momento, escuchamos cómo suena «Picky», de Joey Montana y nos ponemos en pie de un salto.

—¡¡Nuestra canción!! —grita Mar.

Cantamos y bailamos esta canción como si nos fuera la vida en ello. Nos encanta. No sabemos bien de dónde ha salido, pero es escuchar esta canción y acordarnos unas de otras. Muchas veces salimos por separado y mandamos audios al grupo. Nos encanta y no paramos de bailar. Este sitio es genial, tiene muy buena música y el ambiente es agradable. Es nuestro santuario. Lo descubrimos un día gracias a Mar, que le gustan mucho los karaokes (sí, sí y no pensemos mal...) y desde entonces ahí acabamos cada vez que salimos.

—Venga, «Vivir lo nuestro», de Marc Anthony y la India, sí que sí. Esa hay que cantarla. Siempre la cantamos y hoy no puede faltar.

Tenemos coreografía de esta canción y todo. Es el himno de Mar.

—Vale. A esa subo yo contigo. —Y veo cómo se le cambia la mirada a Mar. Está emocionada.

Después de entregar el papel al DJ e identificarnos como Comando, toca esperar a que salga el nombre en la pantalla para subir.

—¿Has hablado con el señor Paella? —pregunta Érika mirándome fijamente.

—¿Vuelve a ser el señor Paella? Ayer era Jaime.

—Es Jaime, pero si lo llamo así no sería tan divertido. Veo que sacas las uñas, gatita —contesta riéndose.

—Esta mañana he hablado con él por correo. Me ha dicho que está en Venecia resolviendo unos asuntos y que le habían informado del viaje. Dice que le va a costar el divorcio si va.

—Mejor... Total, si ni siquiera la quiere. Aún no entiendo por qué sigue con esa mujer, después de todo.

Por supuesto, les conté lo que pasó en Málaga y saben los detalles. Supongo que están igual de perdidas que yo.

—Las relaciones deben basarse en amor, no en responsabilidad —afirma Mar.

—Amén —suelta Érika.

—Yo lo puedo entender, aunque me joda.

—Estás perdida ya, ¿verdad? —pregunta Mar.

No puedo contestar. Simplemente agacho la cabeza y afirmo levemente.

—Me gusta. No puedo mentiros. Me gusta mucho.

—¿Estás enamorada? —Mar continúa con su interrogatorio.

Vuelvo a agachar la cabeza sin responder.

—Joder, Alma, te dije que no te enamoraras, te lo dije desde el principio y tú ni caso, nena —prosigue.

—Déjala. Ya está. Se acabó. Es lo que hay —replica Érika—. No queremos que sufras, niña, no queremos verte mal y, lamentablemente, Jaime parece que va a traerte problemas. ¿Quieres que te diga lo que pienso?

—No seas dura —le suplica Mar.

Yo solo asiento.

—Tú sabes que nuestra amistad se basa en esto. Se basa en decirnos las cosas tal y como son, duelan o no. —Mar y yo asentimos ante esta verdad absoluta—. Pues bien, dicho esto, quiero decirte lo que pienso. A mí, Jaime me gusta. —Y me quedo muerta cuando dice esto; si no estuviera sentada me habría caído al suelo, seguro—. Yo creo que le gustas de verdad y que está encerrado en un círculo del que no sabe salir. Creo que se siente atrapado y que tiene una lucha interna entre lo que debe hacer y lo que quiere hacer. Y yo solo puedo decir que, en esta vida, o vives o sobrevives. ¿Qué elige? Y ¿qué eliges tú?

—Yo elijo vivir. Llevo sobreviviendo toda la vida y tengo claro que eso

se acabó.

—Pues ya está. Lucha por lo que quieres —puntualiza.

—Nosotras estaremos aquí para ayudarte a levantarte, si te caes —añade Mar.

—Lo que no puedes permitirte es no luchar por las cosas que quieres. Hemos hablado muchas veces de que las únicas batallas que están perdidas son las que nunca luchas.

Me levanto y me lanzo a sus brazos, seguida de Mar. Nos fundimos en un abrazo.

—No sé qué sería de mí sin vosotras.

—Te buscarías a otras —dice Érika rompiendo el momento.

—Supongo que no sería lo mismo —añade Mar.

—¡Espero que no te haga daño porque te juro que le mando a los rumanos!  
—exclama Érika, medio en broma, medio en serio.

—No queremos saber de dónde salen esos rumanos —replico.

—Sí, mejor. Te asustarías y no es plan.

Terminamos riéndonos y cantando. Las noches de chicas son, sin duda, las mejores noches del mundo. Las que más te ayudan y las que son irremplazables, porque sin ellas yo no sería la misma. Las tres mosqueteras.

## Capítulo 18

Jaime:

Buenos días, princesa.

Alma:  
Buenos días.

Jaime:

¿Qué pasaría si no voy?

Alma:  
¡¡Te mato!!  
No me hagas eso...

Jaime:

Te quiero ver ya...

¿Lo que pasa en Madrid se queda en...?

Alma:  
Lo que pasa en Madrid se queda en Madrid.

Jaime:

Pienso en ti...

Embarco a las 18:30 y estoy nerviosa, sobre todo después de estos últimos mensajes... Me muero de ganas de verlo y abrazarlo.

Alma:

Parece que salgo en hora.

Jaime:  
Hace mucho frío. Abrígate.  
Llámame cuando llegues.

Me subo al avión sin saber bien si irá a Madrid o no. Me dice que lo llame cuando llegue, pero no me garantiza que sea porque él esté allí y me vaya a recoger. No sé qué pasará. Voy sin saber, pero he decidido vivir.

El vuelo, que estaba previsto que durara dos horas y media, dura tres horas y media porque tenemos viento de frente y no se puede aterrizar. Así que nos pasamos una hora más en el avión dando vueltas.

Nada más bajar del avión me doy cuenta de que hace muchísimo frío. Tal y como me había dicho Jaime.

Saco el teléfono y le escribo.

Alma:

Dime que estás de camino, por favor.

Hace muchísimo frío.

Igual cuando llegues soy Olaf.<sup>9</sup>

Le envío mi ubicación para que pueda recogerme, aún sin haberme contestado y sin saber si está en Valencia.

Jaime:

Cinco minutos.

Respiro al saber que al final ha venido. Durante el vuelo me había escrito para decirme que estaba en camino, pero yo no podía leer nada.

Decido esperarlo fuera, por si llega y no me ve. Hace muchísimo frío. No estoy acostumbrada a este tiempo, no es el mismo frío de las islas, ni mucho menos.

Veo a lo lejos su coche, acercándose. Para donde yo estoy y se baja. Me sorprende con un beso. Se acerca seguro y coloca sus labios sobre los míos. Son suaves y cálidos. Dulces, como él. Es un simple contacto, pero a mí me hace estremecer. Me hace sentir en casa.

Me abre la puerta y me subo al coche, muerta de frío.

—Tienes las manos congeladas, princesa.

Agarra mis manos y las coloca entre las suyas, frotándolas con fuerza. No es una caricia. No me hace daño, pero noto fuerza en su agarre, como si quisiera marcarme a fuego con su piel y no soltarme jamás.

—Estaba a más de cincuenta kilómetros cuando me has escrito. Pero no quería decírtelo. He venido lo más rápido que he podido. Espero que no haya ningún radar porque me caerá una multa.

—Jaime, podías haber venido con calma. Si simplemente me hubieras avisado, yo habría esperado dentro.

Cogemos rumbo al hotel Petit Palace Cliper Gran Vía. Se encuentra en una perpendicular a la Gran Vía, cerca del Primark.

—Mira, Córdoba. —Giro la cabeza y miro el cartel que indica las direcciones a tomar—. ¿Nos vamos a Córdoba, princesa?

—Yo contigo voy a donde tú quieras.

Me mira y sonrío, canalla. Y yo me derrito. *Mecagüentodo...*

—¿Qué hacemos? Podemos ir a cenar a un sitio chulo que conozco, aunque no tengo reserva, o ir a tomar cualquier cosa por ahí.

—Yo he traído un vestido muy mono, así que, si puedo elegir, prefiero ese sitio chulo que me dices.

—Perfecto. Voy a llamar para reservar.

Paramos en un semáforo y vuelve a coger mis manos, que ya están más calientes gracias a su contacto. Me acaricia la mejilla suavemente y vuelve a llevar las manos al volante cuando el semáforo se pone en verde. Tiene los nudillos blancos de la presión que ejerce. Se está conteniendo, lo noto.

Llegamos al hotel y nos registramos. Ambos sacamos nuestros DNI y se los entregamos a la recepcionista. Saco también una tarjeta de la empresa donde aparecen mis datos y los de la empresa, para no tener que deletrearle a la empleada.

—Toma, para que no me olvides y siempre tengas mi contacto.

—Como si no trabajáramos juntos... —responde.

Le guiño un ojo mientras veo cómo él guarda la tarjeta que le acabo de entregar. Decidimos subir cada uno a nuestra habitación para ducharnos y prepararnos antes de ir a cenar.

Saco de la maleta mi vestido negro con piedras en los hombros y me voy a la ducha. Me pongo mi ropa interior verde con hilos de plata, que compré especialmente para la ocasión; unas medias negras con una raya en la parte trasera que acentúa el contorno de mis piernas y que termina en un sutil lazo y unos zapatos de tacón altísimos Guess, negros también. Aún no he terminado de vestirme cuando oigo que llaman a la puerta.

—Te espero abajo, Flores.

—No, no, espera. —Salgo corriendo hasta la puerta y abro de espaldas a él—. ¿Podrías subirme la cremallera?

Oigo cómo traga saliva y baja una de sus manos, recorriendo mi espalda hasta llegar al final de la cremallera y la sujeta, extendiendo la caricia hasta llegar al final de la misma; la otra mano la acompaña y comienza a subirla despacio, sin prisa, como si estuviera saboreando el momento. Cuando termina hace el recorrido inverso, terminando con una suave caricia en mi nuca que me hace estremecer.

—Gracias —logro pronunciar—. Ya estoy, déjame coger el pañuelo, la chaqueta y el bolso.

—Estás preciosa, Alma —dice mientras me recorre con su mirada que está cada vez más oscura, logrando que deje de ver el verde de sus ojos por un momento.

Va vestido con un pantalón vaquero oscuro, una camisa blanca y azul de cuadros pequeños y un abrigo azul también, de paño. Zapatos de vestir



marrones terminan el conjunto. Está espectacular. Me lo comería entero, sin dejar ni un trozo. Ñam, ñam.

Antes de salir me pongo unas gotas del perfume Sí, de Armani, estratégicamente colocadas.

Nos dirigimos a la parada de taxis para coger uno que nos lleve al restaurante.

El local se llama One For Two y llegamos a tiempo para nuestra reserva. La chica que nos recibe nos indica que nuestra mesa aún no está lista y nos dirige a la barra para que tomemos algo mientras esperamos. Yo decido pedir una copa de vino y Jaime una cerveza. Nos sentamos en las butacas que hay en la barra. Me ayuda a quitarme la chaqueta y me dejo puesto el pañuelo. No debería, lo sé, pero estoy bastante nerviosa, por lo que no paro de tocarlo, moverlo y jugar con el nudo.

El sitio es precioso. Muy chulo, tal y como él me había dicho. Tiene varias zonas con diferentes decoraciones. Me sorprende una pared, especialmente. Tiene un cuadrado de caliza negra en el centro, las paredes laterales están enmarcadas por pequeños troncos estratégicamente colocados y la parte superior, llena de libros alumbrados con pequeños focos. No sé si serán primeras ediciones, pero se ve que son libros antiguos. Es precioso. Cuando nos pasan a nuestra mesa observo que la zona es íntima. Tiene mesas redondas y sillas negras. Cada mesa está iluminada por una pequeña lámpara de techo redonda que emite luz amarilla y cálida, lo que proporciona un ambiente romántico y tranquilo. Estoy completamente embobada: con el sitio, con el ambiente y, sobre todo, con la compañía.

La comida es moderna, elaborada y las raciones son pequeñas. Pedimos un menú degustación para compartir y probar ambos de todo.

—Cuéntame. ¿Qué tal todo? —pregunto para entablar de nuevo una conversación.

—Pues bien. Todo igual. Ah, bueno, me había olvidado. Hace un par de semanas me compré una casita en Cullera. En la costa.

—¿Sí? Qué bueno. Se ve el poderío desde lejos. —Me río de mi propia broma.

—Ojalá. Me apetecía mucho tener una casita de verano cerca de la playa, donde desconectar y poder aislarme del estrés diario. Tuve una pequeña trifulca familiar por este tema. En principio quise poner esta casa solo a mi nombre, pero Nancy se negó en rotundo. Preferí ceder e incluirla finalmente,

porque estoy seguro de que estaría echándomelo en cara toda la vida. Ahora tengo una nueva hipoteca y una nueva carga. Ya ves...

—Piensa que lo importante, al final, es que te has comprado una casita donde querías y para lo que querías. El resto es mejor dejarlo a un lado y no darle mayor importancia. Vivir cerca del mar para mí es muy importante. Supongo que también tiene que ver el que yo viva en una isla y vea constantemente el mar desde cualquier punto en el que me encuentre. Es una gozada salir a la calle y verlo, azul e imponente. Infinito.

—Sí. Yo pienso igual. Vivo en Valencia capital y, aunque tengo el mar cerca, no es lo mismo que en tu caso. Ahora, con todo lo que viajo, estoy mucho tiempo también sin verlo. Supongo que ese es otro factor que ha influido en mi decisión de comprarme esta casa —me explica.

—Lo importante, al fin y al cabo, es que tú seas feliz con las decisiones que tomas.

Tuerce el gesto y se queda pensando, serio, mirando hacia otro lado.

—Yo, poco antes de tomar la decisión de divorciarme, pensaba: «Y si me muero mañana, ¿estoy satisfecha con lo que he hecho con mi vida? ¿Soy feliz con estar donde estoy? ¿Con ser quién soy?» Era algo que me rondaba mucho la cabeza. Luego, evidentemente, todo explotó y tomé esa decisión. Pero mientras estuve casada, me lo preguntaba y no me respondía por miedo a que mi respuesta me hiciera abrir los ojos y no estuviera preparada para enfrentarme a la realidad. Ahora, creo que tenía que haberlo hecho antes. Actualmente puedo decir que sí, que soy quien quiero ser, estoy donde quiero estar y estoy satisfecha con las decisiones que he ido tomando, a pesar de que algunas las tomara más tarde de lo que debería. ¿Qué me dices de ti, Jaime?

—Yo nunca lo he pensado, creo que no soy tan reflexivo como tú y quizá es mejor no pensarlo...

No solemos estar callados cuando estamos juntos, pero, tras esta última respuesta, se abre un silencio entre nosotros... Yo reflexionando sobre sus respuestas y él analizando mis preguntas. Paradojas de la vida, se llaman: yo tengo preguntas para las que él no tiene respuestas. Ha sido así desde hace cinco años.

—No me había acordado de decírtelo, pero me quedé con mucha pena por haberme ido de Málaga sin poder despedirme de ti —me dice, volviendo a la realidad.

—Ya ves... No pude escaparme del grupo. En realidad, la culpa es tuya

porque no viniste a desayunar conmigo y bajaste tarde, cuando ya estábamos todos dentro de la sala.

—Mañana no me pasa. Bajaremos juntos y nos sentaremos juntos.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto, ¿a estas alturas me pides permiso?

—¿Por qué fuiste tan correcto en Málaga? No me malinterpretes. Quiero decir, sabemos de sobra que existe un halo que nos envuelve cuando estamos juntos o cuando hablamos en la distancia y quizá, pensé que podría haber pasado algo en ese encuentro. —Agacho la cabeza, un poco nerviosa, porque con esta pregunta siento que me estoy lanzando a la piscina.

—Flores, ¿cómo pretendías que hiciera nada teniendo en cuenta lo que pasó hace más de cinco años entre nosotros? —pregunta mirándome fijamente.

Sus ojos verdes brillan mientras espera mi respuesta y una explicación de lo que pasó ese día.

—Ese no era el momento, Jaime. Yo ahí creía aún en mi matrimonio y que había sentimientos. No habría sido lo correcto. No hubiera sido lo que nos merecíamos.

—Yo siempre he sido una persona muy correcta y ahí me comporté como un adolescente. Me dejé llevar. Sé que me dijiste que ibas a olvidar esa noche y que seguiríamos igual, pero a mí me ha perseguido desde entonces.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

—Porque yo ahí ya sabía que no era feliz y, por un instante, quise sentir lo que es tocar el cielo. Tocarlo contigo, princesa. —Suspira y prosigue—: Luego, evidentemente, achaqué mi arranque al alcohol, en un principio, pero la realidad es que yo sabía muy bien lo que estaba haciendo.

No sé cómo, pero hemos terminado con las manos unidas y los dedos entrelazados fuertemente. Necesitados del contacto del otro.

—No me gusta que seas correcto, Jaime. Me gusta que seas libre. ¿Vas a ser libre esta noche? —suelto mientras le miro directamente a los ojos—. Te voy a contar algo. Ya sabes que tengo dos amigas que son como mi familia y el viernes salimos. Ellas saben... ¿Cómo llamarlo? Mmm..., la *historia* que ambos tenemos. En una de las conversaciones del viernes saliste tú y una de ellas me dijo que, en esta vida, o vives o sobrevives y me preguntó qué elegía yo y qué elegías tú. Yo, por supuesto, elegí vivir. ¿Y tú? Jaime, ¿qué eliges?

—Yo quiero elegir vivir, Alma, pero ya no sé cómo hacerlo. Quiero hacer lo correcto, no quiero hacer daño a nadie, pero me temo que es imposible. En

lo que a ti respecta, princesa, no sé hacerlo de otra manera. Lucho contra mí mismo a menudo, para mantenerte alejada de mis pensamientos y de mi corazón, pero no puedo.

*Aydiosmio...*

—No me alejes, Jaime. No te alejes. Lo que pasa en Madrid se queda en Madrid, ¿verdad?

Asiente.

—Lo que pasa en Madrid se queda en Madrid —afirma.

—Me gusta el Jaime correcto, pero hoy quiero que no lo seas...

Me mira intensamente y me recorre un escalofrío por el cuerpo. Me doy cuenta de que seguimos con las manos unidas y que no las hemos separado en toda la conversación. Mi otra mano está en torno al pañuelo que llevo en el cuello y que no he dejado de mover.

Pedimos un cóctel para compartir. Ambos hemos tomado vino en la cena. El cóctel que elegimos es de parchita<sup>10</sup> y está realmente delicioso. Nunca había probado nada con esta fruta; tan rico está que al acabarlo decidimos pedir otro y volver a compartir.

—¿Sabes una cosa? —me pregunta.

—Dime.

—Creo que tus amigas me caerían bien.

—Seguro. Aunque no lo creas, ellas te defienden. ¡Si hasta me han dicho que les gustas! Y no las conoces, son un hueso duro de roer. Mi comando es difícil de llevar. Somos como somos y no hay máscara. Algún día te las presentaré.

—Estoy seguro de que me gustarán tanto como yo a ellas.

—Seguro que sí.

Decidimos coger un taxi para volver al hotel porque hace mucho frío para regresar caminando; es una pena, porque el paseo de Málaga fue fantástico, pero la temperatura no es la misma.

—No encuentro mi DNI, creo que lo dejé en la habitación —me cuenta.

—No te preocupes, seguro que está en la maleta. Luego lo buscas con calma.

—¿Luego?

—Luego.

Nos subimos en el taxi y me doy cuenta de que estoy un poco mareada.

Entro yo primero y luego él.

—Qué caballeroso.

—Un hombre correcto como yo no debe perder nunca los modales.

—Ya veo ya...

¡Cómo me pone, joder! Estoy achispada, sí, pero es que, aunque estuviera sobria, me enciende en un momento y me pongo tontita en nada.

A cámara lenta veo cómo me atrae hacia él y me besa. Me besa, en mayúsculas. ¡Es el *beso*! Noto sus labios encima de los míos, cálidos y suaves. Mullidos. Su lengua recorre mi labio inferior pidiéndome permiso para entrar y yo le dejo. Abro la boca para que él explore y me haga derretir. Ya no noto frío, al contrario, siento calor. Su mano derecha sube por el exterior de mi muslo izquierdo. Comienza a ascender desde la rodilla en dirección a mi cadera, sube por debajo de mi vestido y aprieta. Es un hombre de contacto, posesivo y caliente. Lo noto por su manera de agarrar, fuerte y decidida. Grabando sus huellas en mi cuerpo a fuego. Ya, a estas alturas, yo me he hecho trizas. Me tiene completamente embrujada.

Rompe el beso cuando llegamos a la esquina de Primark, donde nos deja el taxi y él paga el trayecto. Yo boqueo como un pez, recuperando el aliento y la cordura. Me bajo y lo espero, de pie en la acera. Se acerca, canalla y seguro, me agarra firmemente por la cintura, me atrae hacia él y comienza a besarme. Apasionado, caliente, necesitado y feroz. Mete ambas manos bajo mi corto vestido y me agarra del culo, fuerte de nuevo y me apretuja contra él mientras noto en mi cadera su erección. Está tan entregado como yo, no hay duda.

Entramos en el hotel de la mano, cogemos el ascensor y subimos a nuestra planta. Paramos frente a la puerta de mi habitación y, en el instante en el que estoy sacando la tarjeta para entrar, sin saber qué pasará entre nosotros, me empuja contra la puerta y me aprisiona contra ella. Me empotra, literalmente. No logro entender cómo, siendo un hombre tan posesivo y que necesita tanto el contacto, logra ejecutar los movimientos de manera que no sean bruscos, sino que contengan la carga suficiente de erotismo para lograr que me deshaga entre sus brazos.

Mi espalda está apoyada en la puerta y sus labios vuelven a estar sobre los míos; su lengua está dentro de mi boca nuevamente y las manos en mi culo, que está aprisionado entre ellas. El vestido está en mi cintura; ha dejado de cubrir mis caderas desde el mismo instante en el que me ha empotrado contra la

puerta y yo ni siquiera sé cómo ha pasado. Es deliciosamente primitivo.

—Espera, ahora vuelvo.

Veo cómo se aleja en dirección a su habitación y yo entro en la mía rápidamente, apoyo mi espalda unos segundos contra la puerta intentando recuperar el aliento y la compostura.

Corro a mi maleta y saco un camisón transparente a juego con mi conjunto de ropa interior. Es verde y tiene en las costuras hilos de plata. Lo he traído por si acaso surgía la oportunidad. ¡Qué coño! Lo he traído porque quería volver loco a Jaime.

Me deshago de mi vestido y de las medias y me coloco nuevamente los zapatos. Oigo cómo llaman a la puerta y abro directamente. —No se me ocurre que podría ser otra persona, estoy tan abducida por el momento que ni dudo—. Me lo encuentro al otro lado y su mirada se queda prendada de mi cuerpo o, más bien, de la pequeña tela que lo recubre. Sus ojos me miran y veo claramente una pregunta que sus labios no logran formular: «Me quieres matar, ¿verdad?». Y yo espero que él sepa leer en los míos que lo que quiero es que se sienta más vivo que nunca. Da un paso decidido hacia mí, seguido de otro y otro y, sin girarse, cierra la puerta. Noto sus manos en mi cuerpo en menos de un segundo. Lo recorren con devoción y con intensidad. Fuego de nuevo.

Lo agarro por la camisa con fuerza, lo atraigo hacia mí y lo beso frenéticamente, como él ha hecho hasta ahora. Por mucha pasión que sintamos ambos, podemos percibir que, en el fondo, es más que necesidad, es un sentimiento que tiene nombre y ninguno de los dos queremos decir; preferimos que sean nuestros cuerpos los que se hablen y se expresen. Es como si nos echáramos de menos y nuestras pieles necesitaran sentirse para calmarse.

Lo arrastro hasta la cama y lo empujo. Veo cómo cae en ella y yo me siento a horcajadas sobre él mientras volvemos a unir nuestros labios, que se anhelan si no están unidos. Comienzo a desabrochar su camisa y empieza a aparecer bajo ella su blanca piel. Limpia y perfecta, como es él. No sé en qué momento desaparece mi camisón, solo sé que decora perfectamente el suelo de la habitación. Lleva sus manos a mi culo y vuelve a ejercer presión sobre él.

—Joder, Alma, ¡qué culo tan duro tienes! ¡Me estás volviendo loco! — exclama con la voz más ronca que nunca, embriagado por la pasión.

Vuelvo a besarlo. No quiero separarme de él, no quiero que hable, quiero que me adore.

Terminamos de desnudarnos mutuamente y me gira en la cama. Paso de

tener el control a ser su presa. Se sitúa entre mis piernas y me besa nuevamente. Nuestras respiraciones están aceleradas y noto mis labios hinchados por los besos tan pasionales que nos damos. Se retira un momento y veo cómo se coloca un preservativo. Yo no puedo hablar, solo respirar y dejarme llevar por la intensidad del momento.

Llevamos mucho tiempo, más de cinco años, soñando con este instante; hay desesperación en nuestros cuerpos, pero, sobre todo, hay amor. Sí, esa palabra de cuatro letras que te cambia la vida. No decimos nada, pero nuestros cuerpos lo hacen por sí solos, se entienden entre ellos y se hablan en silencio.

No dejamos de mirarnos mientras vuelve a mi centro. Entra en mí, suave, profundo, marcando cada lugar por el que pasa, cada centímetro que toca. Una vez dentro, suspiramos ambos. Yo arqueo mi espalda dejándome llevar por la pasión, por el sentimiento y el ímpetu que nos envuelve. Él jadea. Comienza a moverse y ahora sí que es pura magia. Mis manos se aferran a las sábanas con fuerza, movida por el frenesí y el deseo y él las busca y las sube, enredando nuestros dedos.

—Qué bien hueles, princesa.

No puedo contestar. Sigue con sus acometidas, cada vez más profundas y certeras y yo no dejo de gemir. Soy agua, aire y luz entre sus brazos. Noto cómo se va creando en mí un cosquilleo que hacía mucho que no sentía. Nace en los dedos de mis pies, los recorre y se une a las mariposas de mi estómago y es entonces cuando dejamos de ser dos para ser uno solo. Gemimos a la vez y explotamos al unísono. Cae sobre mí y me abraza.

Estoy en casa.

Estamos en casa.

<sup>9</sup> «Personaje de ficción que aparece en la película de Frozen. Es un muñeco de nieve»

<sup>10</sup> Maracuyá.

## Capítulo 19

Se retira de encima de mí y se coloca a un lado. Aún con los ojos cerrados y con la respiración acelerada. Puedo observar su cuerpo perfecto. Su torso marcado y sus piernas firmes. Se notan los domingos de bici.

Saco mi teléfono.

—Ven, vamos a reírnos un rato.

Abre los ojos y me mira. Sus ojos verdes me ciegan, me inundan y lo llenan todo. Lo abrazo porque me siento en una nube.

—¿Qué quieres enseñarme? —pregunta.

Abro el WhatsApp y entro en el comando.

—Mira, lee.

Veo cómo revisa los mensajes no leídos y la sonrisa se abre paso en su cara. Es una sonrisa arrebatadora. Lee atentamente y yo miro lo que lee. Érika y Mar se han dedicado a enviar mensajes subditos. Emoticonos con manos y dedos, que muestran perfectamente el símbolo de las penetraciones y agua, que no os voy a decir lo que significa porque ya lo sabéis. Mar, veo que ha escrito como si estuviera hablándole directamente a Jaime y le anima a empotrarme. Literalmente. Solo le falta hacerle la ola. Érika me dice que lo seque, literalmente, y me llama perra y algunas perlitas más de las tuyas. Nos reímos a carcajadas.

—Sí, definitivamente estas chicas me caerían bien. —Sonríe.

—No lo dudes.

—Me gustaría poder tener yo unos amigos así. —Y sonrío con tristeza.

Me doy cuenta de que realmente tiene muchas carencias.

Abrimos también nuestro WhatsApp y vemos nuestras conversaciones y las leemos juntos con cariño. Él las borra todas, es evidente. Así que ahora puede recordarlas.

—No las borres nunca. Me gustaría algún día poder leerlas, como hacemos ahora, juntos.

Yo sonrío y asiento.

Me mira intensamente y me besa de nuevo. Casto. Suave. Puro.

Vuelve a recorrer mi cuerpo.

—Has estado toda la noche jugando con este pañuelo —me dice, cuando repara en el pañuelo que está en una butaca—. Me encanta ese pañuelo, princesa.



—Si te portas bien, algún día te lo presto. —Y nos reímos ambos.

Profundiza en el beso y volvemos a dejarnos llevar por la pasión. Por el cariño que desprenden nuestras manos en el cuerpo del otro, dejando una marca imborrable.

No dormimos, pero no podríamos estar más felices.

Amanece y seguimos sin poder apartarnos uno del otro. Llevamos toda la noche entre piel y palabras.

—Hora de la ducha —le digo—. Tenemos que ir a la presentación y no podemos llegar tarde.

—¿Y si no vamos?

—¿Me lo dices tú? El hombre correcto y responsable por naturaleza. Tenemos que ir. El señor Alcázar tiene demasiadas esperanzas puestas en mí y no puedo decepcionarle. —Me hace un mohín infantil intentado que cambie de opinión—. Y punto —finalizo.

—Me voy a ir para dejar que te duches.

—De eso nada, ¡tú te vienes conmigo!

Me mira sorprendido por mi exclamación.

—¿Nunca te has duchado con tu mujer? —pregunto sorprendida a causa de la expresión que muestra su cara.

—No solemos compartir ese tipo de intimidad.

Realmente me sorprenden este tipo de cosas. A mí me encantaría poder tener estos momentos de intimidad con Jaime toda la vida.

Mierda. Estoy perdida del todo.

La ducha es enorme. Una «L» perfecta y amplia que nos proporciona espacio suficiente para ducharnos cómodamente, aunque estamos muy juntos. Tiene una alcachofa cuadrada y enorme por la que cae el agua en cascada.

Jaime se acerca al bote de jabón que he traído, coge un poco y comienza a enjabonarme. Los hombros, los brazos, la espalda... Viaja por mis curvas, venerándolas. Se para en mis pechos y los recorre con ambas manos, acunándolos entre ellas.

—Son perfectos. Como tú, princesa.

Su voz vuelve a sonar ronca. Yo cierro los ojos instintivamente, dejándome llevar por las caricias. Llevamos toda la noche sin poder apartar las manos del cuerpo del otro, pero, aun así, seguimos sintiendo la necesidad del contacto. De aprendernos y memorizarnos, porque no sabemos qué pasará mañana. Disfrutando del presente.

Coloca una pierna entre las mías y las empuja suavemente a los lados; sin apartar sus preciosos ojos verdes de los míos, me insta a que las abra. Coge más jabón y acerca su mano a mi entrepierna. Sus dedos se deslizan entre mis pliegues, abriéndolos para él. Me enjabona, recorre mis labios jugosos, debido a la excitación que siento en este momento. Hace círculos en torno a mi clítoris y estoy perdida. Me rindo ante él.

Tengo la boca entreabierta y respiro fuertemente. Estoy muy excitada. Me pone muchísimo. Sabe dónde y cómo tocarme para volverme loca. Me doy cuenta de que tengo los ojos cerrados. Los abro y los poso sobre los suyos. Brillan intensamente de pura lujuria.

Con su mano entre mis piernas decido recomponerme y jugar yo también. Vuelco jabón en mis manos y comienzo mi recorrido. Su torso es perfecto y suave. Utilizo ambas manos para enjabonarlo y acariciarlo. Llego a su abdomen y continúo bajando en dirección a su erección, que se muestra imponente. Es grande. Muy grande. Perfecta y sonrosada, suave. Veo cómo brilla; imagino que a él le embriagan las mismas sensaciones que a mí y que le cuesta tanto controlar el momento como me cuesta hacerlo a mí. La agarro entre mis manos y comienzo a enjabonarla. La recorro suavemente y la empuño fuertemente mientras mi otra mano se dirige un poco más al sur, para enjabonar sus testículos. Ahora es él quien gime fuertemente, rendido entre mis manos. Continúo mis movimientos y decido dar un paso para poder acercar nuestros labios y fundirnos nuevamente en un beso rompedor. Mi lengua entra en contacto con la suya y gemimos ambos, entregados a nuestras íntimas caricias.

Aparta sus manos de mis pliegues, hinchados y mojados, empapados por mis fluidos y me agarra por la cintura, me gira y me coloca de espaldas a él. El agua, que hasta ahora no nos empapaba, comienza a mojarme el pelo y la cara. Se acerca a mí como una fiera hambrienta, vuelve a separar mis piernas con una suya y se coloca al inicio de mi entrada.

—Eres caliente, Alma, eres puro fuego y a mí me encanta quemarme —me dice en el oído y su aliento me hace estremecer de placer.

Me penetra de una estocada. Perdidos por las sensaciones, gritamos de placer y yo echo mi cabeza hacia atrás. El agua nos empapa a ambos, pero no nos importa; estamos entregados el uno al otro y no sentimos nada que no sean nuestras pieles. Comienza a moverse, suave y seguro, penetrándome y llegando hasta mi centro. Mis manos están apoyadas en los blancos azulejos de la ducha y mi cabeza en su hombro. Me besa el cuello y lo muerde suavemente mientras

no cesa en sus embestidas. Noto cómo se hincha cada vez más en mi interior y sus movimientos comienzan a ser más fuertes. Lleva una de sus manos a mi clítoris mientras la otra sigue aferrada a mi cintura. Yo no puedo sino gemir, dejándome llevar por el calor que me extasía. Lo masajea en círculos y yo no aguanto más. Me corro sin poder evitarlo. Se mueve más fuerte, prolongando mi orgasmo, llegando tan adentro como mi cavidad le permite. No cesa en sus movimientos y voy notando cómo, mientras sus penetraciones cada vez son más certeras y sus dedos, que no dejan de moverse en torno a mi centro, comienzo a sentir nuevamente unas cosquillas que me invaden y me envuelven. Jadea en mi oído y su cálido aliento me excita aún más, si cabe y, en un alarido que me estremece y me perturba, vuelvo a dejarme llevar junto a él, llegando juntos al clímax.

Se apoya en mí. Vuelvo a ser consciente del agua cayendo sobre nosotros.

—Si por mí fuera, estaría toda la vida dentro de ti, princesa. Es el mejor lugar del mundo.

Sale de mí y me da un beso en el hombro.

—Creo que tendremos que volver a ducharnos. —Y sonrío diciéndoselo.

—Eso parece, pero vale la pena. —Me guiña un ojo y muestra su mejor sonrisa canalla.

Es un momento muy íntimo y especial. Nos duchamos y enjabonamos riéndonos. Él es el primero en salir y yo me quedo dentro terminando de enjuagar mi pelo. Cierro el grifo y agarro mi rubia melena para escurrirla lo máximo posible. Hago un nudo con ella en un lateral y giro mi cabeza hacia la derecha, hacia la mampara. Me quedo muda y completamente quieta. Me acerco y mis dedos recorren el contorno de las letras para comprobar que es real y no es una imaginación propia de la dicha que siento.

«Te amo».

Se pueden leer perfectamente las cinco letras que conforman esas dos palabras. Me tengo que apoyar en la pared de azulejos y respirar profundamente.

No quiero llorar ni dejarme llevar por los sentimientos. Alzo la cabeza y respiro. Me recompongo y me envuelvo en una toalla para secarme. Enrollo mi pelo y salgo desnuda del baño. Veo a Jaime sentado en la cama, esperándome.

No digo nada de lo que acabo de leer; aún no estoy preparada para ello, no puedo afrontar esta conversación, necesito reflexionar sobre todo esto y más teniendo en cuenta que está casado.

Por el rabillo del ojo veo cómo Jaime me mira moverme por la habitación, desnuda, y me doy cuenta de que su vida cotidiana es muy distinta a lo que yo creo que debe ser una vida en pareja, llena de momentos de intimidad y cercanía.

—Voy a vestirme a mi habitación y vamos a desayunar, ¿te parece, Flores?

—Claro. No me moveré de aquí sin ti.

Desayunamos juntos y nos dirigimos al Palacio de Congresos de Madrid para la presentación. Nos colocamos en la mitad de la sala, rodeados de otros compañeros de la región sur. Saludamos con amabilidad y ocupamos nuestros asientos. Saco mi libreta Tous de color rosa, que tiene una cinta negra en la mitad y acabada en un cascabel —monísima—, decidida a tomar notas si se diera el caso. Quiero seguir siendo tan profesional como siempre he sido.

—¿Y si nos vamos?

—Lo miro con los ojos abiertos como platos.

—Jaime, acabamos de llegar y ¿ya te quieres ir?

—Me gusta más cuando estamos solo nosotros dos.

—Tenemos que mantener las formas, hay mucha gente aquí —le respondo.

—Por eso es mejor que nos marchemos, yo sigo queriendo hacerte muchas cosas perversas.

—¿No has tenido suficiente?

—De ti nunca tengo suficiente, Flores.

Le hago un gesto con la cabeza indicándole que no nos podemos ir y él me lo devuelve haciéndome un mohín con la cabeza y un gesto que indica que nos vayamos por favor. Sonrío, es un descarado.

Comienzo a tomar notas en mi libreta y él toma notas en ella también, notas para mí; me parece que no está atendiendo a nada de lo que se está presentando.

—Espero que no te hagan preguntas acerca de lo que están exponiendo porque saldrás mal parado.

—No dudes de mi capacidad de invención, Flores. Soy un hombre de recursos.

Me derrito. Es increíble.

Veo que coge su bolígrafo y escribe al final de una de las hojas: «Me gustas». Decidida a seguirle el juego, escribo: «¿Cuánto?». Vuelve a coger la libreta y contesta: «Muchísimo».

Lo miro y alzo una ceja, gesto que le parece muy divertido porque me

responde levantando otra ceja y mirándome intensamente.

—¿Nos vamos ya?

—¿Otra vez? —respondo.

—Me aburro, te garantizo que hay cosas mucho más divertidas que hacer que escuchar lo que sea que esté diciendo ese hombre.

—Eres de lo que no hay, Jaime.

Busca mi contacto como si estuviéramos solos. Parece no darse cuenta de que realmente no es así. Yo mantengo la compostura y sigo mirando hacia el señor que presenta la colección.

—Venga, vámonos ya, Jaime —le digo cuando me doy cuenta de que ya lo más importante está dicho.

—Joder, Flores, pensé que nunca ibas a pronunciar esas palabras tan maravillosas.

Nos levantamos y salimos. Nada más pisar la calle, me acerca a él y me envuelve entre sus brazos.

—Jaime, ¡pueden vernos!

—Me da igual, yo no tengo nada que perder —exclama con una sonrisa amplia que le llega a los ojos.

Pues si él no tiene nada que perder, yo mucho menos. Continuamos caminando abrazados y nos dirigimos hacia Las Rozas. Llegamos hasta un mirador de la zona y paramos en él para observar las vistas.

—¿Ahora qué hacemos, Jaime? Esto ha sido perfecto. Veníamos aquí a ver qué pasaba y, como mucho, a solucionar una tensión sexual no resuelta. Pero esto ha sido más, mucho más que sexo.

Sigue con la mirada fija en las vistas y el rictus serio. Parece que vuelvo a plantear preguntas para las que él no tiene respuestas.

—¿Ves esas casas de ahí? —Asiento—. Nos vamos a comprar una de esas y vendremos a vivir a Madrid.

No nos hemos desprendido del abrazo en ningún momento; hay mucha piel, mucho contacto, mucho sentimiento en cada una de las conversaciones que mantenemos y en las cosas que no decimos, también.

—¿Cómo vamos a vivir aquí? —pregunto sorprendida.

—Ya verás... Esas casas tienen nuestros nombres escritos.

Yo vuelvo a fijar la vista en el paisaje y me dejo llevar por la fantasía de que fuera cierto y de que, en realidad, habrá un futuro, juntos, aquí o donde sea.

—Mi vuelo sale a las siete de la tarde —pronuncio, rompiendo el silencio al cabo del rato.

—Yo te llevo, no te preocupes.

Almorzamos entre caricias y arrumacos. Somos como adolescentes.

Cumple su palabra y me lleva al aeropuerto.

—¿Y si no subo a ese avión? ¿Y si hago caso a Érika y Mar y me quedo un día más?

Saca su teléfono y comienza a hacer una búsqueda que no entiendo.

—Hay un vuelo mañana a las diez para Tenerife por 60€.

—Quédate —suplico.

Miro fijamente sus ojos verdes. Siento los nervios encogiendo mi estómago.

—Quédate, Jaime.

Vuelve a coger su teléfono y marca. Oigo la voz de una mujer al otro lado y entiendo que está hablando con Nancy. Por su cara creo que no le gusta lo que escucha y asiente. Termina diciendo: «Vale, no te preocupes. Ya veré cómo lo hago, pero vuelvo hoy, ya descansaré otro día».

—No te quedas, ¿verdad?

—No, no puedo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que ya me vale. Supongo que es normal, la semana pasada en Venecia y ahora Madrid...

Agacha la cabeza y respira profundamente.

—No te preocupes, es hora de despedirnos. Tengo que coger el avión.

—Nos veremos pronto, Flores. Cuídate mucho.

—Igualmente, Jaime. Ha sido increíble.

Asiente y me envuelve entre sus brazos.

—Lláname cuando aterrices para saber que has llegado bien.

—Vale, no te preocupes.

Le doy un beso tierno en los labios. Agarro mi maleta y me giro. Comienzo a caminar cabizbaja. Estoy triste. Me falta algo.

—¡Alma! ¡Alma!

Oigo mi nombre y me vuelvo.

—Dime, Jaime.

—Te quiero, princesa.

Me quedo clavada como una estatua. Ya no es un «te amo» escrito en la

mampara de la ducha. Ahora es real, es un sentimiento real.

Yo sonrío, natural y feliz, asiento.

—Yo también te quiero, príncipe.

Le lanzo un beso y continúo mi camino.

Vuelvo a casa, mi hogar se queda aquí.

## Capítulo 20

*Jaime*

Veo que se aleja hacia el control y yo siento como si me faltara el aire. Tiene tanta razón... Esto se nos ha ido de las manos, no ha sido solo sexo. Venía con idea de dejarme llevar, de ser yo mismo, de ser lo que ella necesita y yo dárselo.

«Quédate».

Princesa, si tú supieras que yo no solo quería quedarme un día... Yo, en realidad, quiero quedarme toda la vida. Contigo no sería suficiente una vida, necesitaría más que eso, necesitaría el cielo y el infierno para tener suficiente de ti.

Giro sobre mis pasos y voy en dirección a mi coche. Me subo y enciendo la radio y suena «Tiemblo», de Funambulista. Apoyo la cabeza en el volante y cierro los ojos; contengo la respiración debido a la letra de la canción. ¿Señales? Más putas señales, ¡joder!

*Y si al dormir, sueño,  
ven hasta aquí, dentro,  
cerca de ti, tiemblo.  
Ven hasta aquí,  
sálvame tú,  
ponte a reír,  
prende la luz.  
Cerca de ti, tiemblo,  
tiemblo.*

Algo sí tengo claro de todo esto: ya no puedo ser el mismo. Ella hace que se suelten mis nudos y quiera echar a volar. Una parte de mí se ha subido a ese avión con ella y va de camino a Tenerife; la otra parte se encuentra conduciendo de camino al lugar donde debe pero no quiere estar. Me preguntaba qué pasaría si yo muriera mañana y, si hiciera ese *supuesto* balance, cuáles serían mis respuestas. Es muy fácil, Alma, y estoy convencido de que tú, con solo mirarme a los ojos, encontraste las respuestas que no fueron capaces de salir de mi boca.

No estoy satisfecho con lo que he hecho en mi vida. No soy feliz de estar donde estoy. No soy dichoso con ser quien soy.

Si me muriera mañana, estoy convencido de que sería feliz porque Madrid



me ha devuelto la vida, me ha hecho respirar. Princesa, gracias a ti he tocado el cielo y ahora estoy nuevamente en el suelo. Es imposible pensar que lo que ha pasado en Madrid se queda en Madrid, porque lo que ha pasado allí me perseguirá en sueños toda la vida.

Ahora se instala en mi cuerpo una sensación desconocida para mí. Miedo. Tengo miedo de no volver a sentir lo que he sentido estas últimas veinticuatro horas y no hablo de lo carnal, hablo de lo espiritual. Hablo de las sensaciones, del pelo de punta, de la expectación, de la intimidad, de la confianza, de sentirse deseado, de la pasión y las emociones, de las mariposas en el estómago, de los nervios y la completa unión del cuerpo y del alma que hemos tenido.

Paro en una cafetería de camino a casa y pido café y un bocadillo. Al fondo, observo a una pareja comiéndose a besos. ¡Cómo me gustaría que fuéramos nosotros, princesa, volver a comerte a besos! Unir nuestros labios y nuestros cuerpos. Maldita seas, mujer, que me haces desearte hasta no ser capaz de respirar. Maldita sean sus piernas de infarto, su culo duro, sus pechos firmes y turgentes, su pelo rubio y sedoso, sus dedos recorriéndome y erizándome, su sonrisa perfecta y llena de sentimiento, sus ojos castaños y brillantes, llenos de vida para ella y para mí; sus gemidos, la mejor música para mis oídos; su centro, hecho para mí, para no salir de ella jamás. Con ella me he sentido en casa, no sé si me recuperaré.

Quiero que vuelvas y me ayudes a derribar las puertas que me tienen aprisionado. Sobran razones para que lo hagas y a mí me faltan motivos para no hacerlo.

Mi teléfono suena y sé que es un mensaje de ella.

Alma:

Llegué.

Jaime:

¿Todo bien, princesa?

Alma:

No sabes lo que me gusta que me llames princesa.

Jaime:

Y a mí decírtelo. Me has vuelto loco siempre,  
princesa. Escucha...

«No sé soñar si no es contigo».

Alma:

¿Quiénes son?

Jaime:  
Efecto Mariposa. «No me crees».

Alma:  
Me encanta.

Jaime:  
Princesa, ¿sabes una cosa?  
¿Te he dicho alguna vez que me gustas?

Alma:  
No las suficientes.

Jaime:  
Pues ya no me gustas. Ahora me encantas.

Alma:  
Tú sí que me encantas a mí, príncipe.

Jaime:  
Tengo que dejarte. Un beso, princesa.

Alma:  
Un beso, príncipe.

Llego a casa unas horas más tarde; todo en silencio, como siempre. La casa perfecta para las personas más imperfectas del mundo. Maldita forma de vivir.

Me meto en la cama y cierro los ojos. Está aquí, conmigo. La siento en mi pecho. Tiene mi alma.

Se ha quedado con mi alma.

La quiero.

## Capítulo 21

Llego a Tenerife y solo pienso en él. He venido todo el trayecto durmiendo porque no hemos podido descansar nada la noche anterior, pero me da igual, ha valido la pena. Todo ha valido la pena. Es inevitable sentirme rara. A estas alturas ya no hay mucho que decir.

Era perfectamente consciente de que, si surgía algo entre nosotros, quedaría en eso, en sexo, en carne y contacto. Lo que no sabía era que realmente esto podía llegar a alcanzar mucho más que la piel, que esto podía llegar a clavarse tan dentro de mí que lo necesitase igual que el aire que respiro. Y así es como me siento ahora mismo. Como si me faltara el aire.

He hablado con él cuando he aterrizado, pero no ha sido suficiente para calmar mi necesidad. Sé exactamente cuál es mi posición y también sé lo que puedo esperar de todo esto, pero no quiero. La mujer que era antes probablemente se habría conformado; agacharía la cabeza y dejaría que corriera el tiempo, que es el que mejor ayuda en estos casos. Pero yo no voy a dejar de intentarlo, porque creo en los milagros y estoy firmemente convencida de que él ha sentido y siente lo mismo que yo.

Cojo un taxi que me lleve a casa. Me pongo los cascos del iPhone y activo mi lista de reproducción de Spotify. Comienzan a sonar los acordes de «Mi Princesa», de David Bisbal. Esta canción la descubrí por casualidad, tal y como suceden muchas cosas en la vida, y desde entonces no he parado de escucharla. Desde que comenzó a llamarme princesa —y yo a derretirme cada vez que lo hacía—, esta canción se ha tornado más especial, si cabe, para mí. Salgo de la aplicación y entro en YouTube para buscarla y enviársela. La adjunto en un correo electrónico porque prefiero no molestarlo por WhatsApp; no quisiera ocasionarle ningún tipo de problema y más teniendo en cuenta lo que dice la letra de esta canción. No sé qué tipo de mujer es Nancy, pero, sienta o no sienta nada por él, no deja de ser su mujer y el sentimiento de propiedad está presente, eso no lo puedo discutir.

Llego a casa, me quito los zapatos y suelto la maleta. Entro en la ducha, me pongo un cómodo pijama y me meto en la cama. Mañana será otro día. Mientras tanto, en mis sueños, Jaime estará acunándome y llamándome princesa.

Suena el despertador. Tal y como le dije al señor Alcázar, hoy estaré en la oficina. Me sitúo delante del vestidor. Decido ponerme una falda de tubo

negra, una camisa blanca de botones con un lazo negro en el cuello, una chaqueta a juego con la falda y unos zapatos altos del mismo color. Parezco la señorita Rottenmeier<sup>10</sup>, pero me encanta verme vestida así.

Saco mi teléfono del bolso y envío un mensaje al comando.

Alma:

No es jueves, pero os necesito. ¿Au Revoir al salir?

No tarda mucho en sonar el teléfono.

Érika:

Perfecto. ¿Estás bien?

Mar:

Vale, ¿todo OK, nena?

No les he contado mucho de lo que ha pasado. Saben que ha habido sexo, pero no saben qué clase de sexo y mucho menos los sentimientos que lo han acompañado.

Llego a la oficina y me recibe Aitana con un café con leche y dos de azúcar; siempre tan atenta, esta niña.

—Jefa, ¿todo bien?

—Sí, muy bien. ¿Y por aquí?

—Todo cerrado. Hemos dejado los asuntos pendientes al día y cuadrados.

—Sabía que podía confiar en ti.

—Hablamos luego, ahora tengo trabajo y supongo que luego tendré que reunirme con el señor Alcázar para ponerlo al día de la presentación.

—Susana está que se sube por las paredes. No te extrañe que te escupa si te encuentra en el *office*.

—Que vaya a pedirle cuentas al jefe. No es cosa mía —le espeto.

Me dirijo a mi despacho y enciendo el ordenador. Veo que tengo varios correos y uno de esta mañana de Jaime. El resto me dan igual; este me interesa mucho más.

Para: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

De: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

Asunto: A veces...

Buenos días, Flores:

¿Qué tal se presenta el día?

Me ha encantado la canción que me has enviado. Está muy cargada de sentimiento. Es cierto que, como dice la canción, me gustaría poder escaparme

de este eterno anochecer y valdría la pena todo lo que suponga la lucha si, al final de esta aventura, yo lograra conquistarte. Lamentablemente, no puedo ofrecerte mucho: puedo ofrecerte mi amor en silencio y mi corazón más puro y verdadero. No podemos ser novios, ni pareja, ni siquiera *follamigos* (cosa que nunca haría contigo porque yo por ti iría a por todas), pero quiero seguir siendo tu príncipe, tu amigo y tu confidente. Seguir siendo alguien en quien confías.

Ahora me toca a mí enviarte una canción: «Cuando nadie me ve», de Alejandro Sanz. Escúchala.

Un beso, princesa.

Jaime Alcántara.

Director contable de Valencia y auditor externo.

Vintex SA.

Decido escucharla. Siempre he pensado que hay canciones que expresan muy bien cómo nos sentimos; que cada una de ellas es importante y nos marca en algún momento de nuestra vida. La busco y le doy al *play*. Bajito, no estoy en casa.

*[...] A veces soy tuyo y a veces del viento*

*[...] A veces, mi vida, te juro que pienso*

*¿Por qué es tan difícil sentir como siento? [...]*

*[...] A veces soy tuyo y a veces de nadie*

*A veces te juro, de veras, que siento*

*No darte la vida entera,*

*Darte solo esos momentos [...]*

*Cuando nadie me ve*

*Puedo ser o no ser,*

*Cuando nadie me ve pongo el mundo al revés,*

*Cuando nadie me ve no me limita la piel [...]*

Para: [jaimealcantara@vintex.com](mailto:jaimealcantara@vintex.com)

De: [almaflores@vintex.com](mailto:almaflores@vintex.com)

Asunto: Cuando nadie nos ve...

Jaime, cuando nadie nos ve podemos ser lo que queramos ser; no estás aquí físicamente, pero todo tu ser está aquí, conmigo, no lo dudes jamás. Un pedacito de ti me acompañó en ese avión y otro pedacito se quedó en Madrid para volver a Valencia. Nos hemos quedado el uno con el otro y el problema está ahí, y es que no contábamos con ello, con que nuestros corazones se

tocaran y se quedaran entrelazados.

Lo que pasa es, hasta cierto punto, normal. Está todo muy reciente. Pase lo que pase estaremos siempre unidos y conectados de alguna forma (siempre que nosotros queramos). Serás mi príncipe y yo tu princesa. Y seremos amigos y confidentes y... siempre nos quedará Madrid.

Un beso, príncipe.

Alma Flores

Directora de contabilidad de Vintex SA Tenerife.

Suena mi teléfono. Un WhatsApp.

Jaime:

Princesa, ¿te he dicho que me encantas?

La sonrisa de estúpida que debo tener puede ser del tamaño del puente de Brooklyn.

Alma:

Hoy no...

Veo que está en línea.

Jaime:

Me encantas.

Alma:

Y tú a mí, príncipe.

Salgo del trabajo en dirección al Au Revoir para encontrarme con mis locas. Y llegamos las tres casi a la par.

—Dichosos los ojos, perra sata —me saluda Érika—, veo que traes cara de haberte quitado un peso de encima, guarra.

—Vaya, vaya, vaya, pero si aquí tenemos a la señorita Flores, más conocida como *Yo no voy a romper promesas* —me espeta Mar, con falsa indignación.

—Yo no he roto ninguna promesa, loca. Encima que he venido de buena fe para contaros detenidamente lo que pasó en Madrid...

—¡Pero si te vas a dignar a hablar y todo...! Te fuiste y desapareciste. Nunca, y lo sabes, se puede abandonar a una amiga por un pene, Alma. Nunca. Y tú, desde que subiste a ese avión, desconectaste de nosotras —sigue Mar con su repertorio.

—Dijimos —y hago referencia al artículo sexto de la Constitución femenina— que hay amnistía siempre y cuando el hombre valga la pena y tenga un argumento de peso. —Y sonrío maliciosamente porque sé lo que me espera

después de esto.

—¡Ajá! ¡Así que estás confesando que tenías una buena razón de peso para habernos abandonado de esa manera! —exclama Érika.

—¡Yo no he dicho eso! —suelto.

—Hemos sabido leer entre líneas, cariño. Ahora no hay marcha atrás. Comienza a escupir la información que tienes y que desconocemos —replica Mar.

—Vale. —Suspiro porque sé que tiene más razón que un santo—. Tenéis que entenderme, teníamos tensión sexual no resuelta desde hacía casi seis años y claro, se presentó esta oportunidad y ¿la desaprovechaba? No podía.

—Sabemos que ha habido sexo por tus escuetos mensajes —argumenta Mar.

—Muy escuetos —recalca Érika, que sigue haciéndose la ofendida.

—Ha sido... —Agacho la cabeza como cada vez que tengo que decir algo que me cuesta horrores o como cuando les tengo que dar la razón y, en este caso, ambas opciones están presentes en esta explicación—. Ha sido más que sexo. Fue maravilloso.

Las miro a ambas y las veo sopesando mis palabras, analizando mis expresiones; supongo que intentando averiguar el alcance de ellas.

—Te has enamorado —afirma Mar.

Vuelvo a agachar la cabeza en señal de asentimiento.

—Joder, Alma, te dije desde el principio que no te enamoraras, desde aquel día en tu casa cuando te llamó porque había salido con la bici y ¡me hiciste una maldita promesa! —escupe, enfadada.

—No seas así, Mar —interviene Érika y me mira entornando los ojos—. Yo lo sabía. Hace días que lo sabía. ¿Días? Quizá me aventuro a decir semanas. Hace tiempo que hablas del señor Paella de manera distinta. Ya no era solo esa tensión sexual no resuelta, como tú la llamas; era más que eso, se notaba que te gustaba de verdad. No entiendo la capacidad que tienes para hacer las elecciones, joder, tía... Primero Juan, el Chupasangre; después Edu, el capitán Chóped y ahora Jaime, alias señor Paella y casado... Vas mejorando, cariño. Tres de tres, ¿por qué no juegas a la Primitiva? Quizá te toque.

—Pues la Primitiva no la he jugado, pero la semana pasada compré una papeleta para un coche en un centro comercial —respondo obviando lo importante.

—Muy maduro, sí señor, evitando lo que te digo, ¿no? —pregunta Érika.

—Es muy difícil para mí hablar de todo esto. Yo fui con idea de resolver lo que había entre nosotros, pero no con vistas a más. Sin embargo, luego, allí, nos envolvió una magia que hizo que fuéramos piel y sentimientos y dejamos de ser solo dos cuerpos, no sé si me explico. —Las miro y veo cómo asienten ante lo que les revelo—. Es mucho más que sexo. ¿Y sabéis qué?

—¿Qué? —preguntan al unísono.

—Que creo que nos pilló desprevenidos a ambos. Que ninguno de los dos estábamos preparados para esto.

Veo cómo Alberto se acerca a nosotras y nos interrumpe:

—Disculpad, soletes, pero está la cafetería hoy llena a rebosar y no he podido acercarme antes a tomaros la comanda.

—No te preocupes —responde Mar; yo me limito a agachar la cabeza dándole vueltas a lo que acabo de contarles.

—¿Qué vais a tomar? —nos pregunta.

—¿Necesitamos algo fuerte o nos limitamos a café como siempre? —Érika toma el mando.

—Algo fuerte —propongo.

—Tráenos tres combinados de esos tan ricos que haces —pide Érika.

—¿Tienes alguno con parchita? —pregunto.

—Sí —responde Alberto.

Mar y Érika me miran sorprendidas.

—Pues haznos tres. —Y mi voz suena casi como un ruego.

—Y algo de picar, lo que quieras, a ver si se nos va a subir a la cabeza y terminamos en una acera mientras nos mean los perros. —Veo cómo Érika se ríe imaginándose la escena.

—Oye, Alberto, no te he preguntado: ¿qué pasó al final con el nuevo jefe? —pregunta Mar y noto nervios en su voz al pronunciar las palabras. ¿Qué estás escondiendo, pequeña?

—¡Ay, es verdad! No os conté... Pues resulta que ha cumplido su palabra. Nos ha mantenido a todos los trabajadores en plantilla y, además, nos ha revisado la nómina y nos ha incrementado el salario. Estamos bastante contentos, todos. Es un tío que impone, lo ves y te acojona, pero con nosotros, por ahora, genial. Nos ha puesto nuevas normas y nos ha explicado que es bastante estricto en cuanto a este tema, pero nos dijo: «Siempre que vosotros cumpláis, yo también cumpliré» —suelta, agravando la voz para intentar



ponerse en el papel del personaje—. Suele venir bastante por aquí; algún día lo veréis y os diré quién es.

—Pues nos alegramos mucho de que sea un tipo serio; bastante mierda hay ya en la calle con esto de la crisis. Ahora todos se intentan aprovechar de la situación para explotar a los empleados, ¡hijos de perra! —exclama malhumorada Érika—. Si necesitas un abogado, para cualquier cosa, ya sabes, cuenta conmigo, me ofrezco para agarrarlo por las pelotas y joderle la vida.

—Te veo capaz... —Asiente Alberto—. Gracias por el ofrecimiento. Lo tendré en cuenta. ¿Te lo puedo pagar en carne, si eso? —Y veo que lo dice medio en broma, medio en serio.

—No sueñes, pastelito. A mí no me van los hombres como tú. Lo siento.

—No sé si tomármelo como un halago o como un insulto —le responde.

Mar y yo parece que estamos en un partido de tenis, mirando a uno y a otro.

—Como un halago. Yo soy medio *femme fatale*. No te gustaría —explica Érika.

—Me romperías el corazón —prosigue.

—Probablemente no me durarías un asalto, cielo; déjalo, no lo intentes.

Vemos cómo Alberto se da la vuelta con una sonrisa en la cara. Es un sol porque no se toma nunca nada a mal.

—Está loquito por ti —larga Mar mientras sigue el recorrido de Alberto hacia la barra.

—Conmigo no tiene nada que hacer. Te lo regalo. —Y le guiña un ojo a un tipo de una mesa de al lado que está para mojar pan—. Demasiado buen niño para mí. ¿Parchita? —Me mira directamente a los ojos.

—Es una larga historia —comento, volviendo a agachar la cabeza.

—Tenemos la tarde entera, nena —concluye Mar.

Y con esas palabras suelto todo lo que llevo guardando desde hace mucho. Abro completamente mi corazón y les confieso que estoy absolutamente enamorada de Jaime.

Llego a casa un poco achispada, ¿para qué negarlo? Me voy directa a la ducha, a ver si soy capaz de espabilarme un poco. Y me meto en la cama, directamente. Caigo en un dulce sueño donde los brazos de Jaime me rodean y me aman como quiero que lo hagan.

<sup>10</sup> La Señorita Rottenmeier es un personaje de ficción de la novela infantil Heidi

## Capítulo 22

Las semanas pasan lentas y cargadas de trabajo. Tenemos varias cosas que cerrar, antes de que finalice el mes y se nos junte con los pagos y las facturas. Estamos al borde del colapso. Las ventas se han incrementado un veinte por ciento este mes y el personal sigue siendo el mismo, por lo que trabajamos a piñón para que salga perfecto y no haya errores. En este trabajo, los descuidos pueden suponer pérdidas económicas y tener repercusiones en el resto de departamentos. No quiero alardear, porque yo no soy así, pero es cierto que considero que nuestro departamento es uno de los más importantes de la empresa. Por nuestras manos pasan todas las facturas de proveedores, pagos y conciliaciones bancarias. Si no realizamos nuestro trabajo con la efectividad adecuada acarrea consecuencias desastrosas y los beneficios se podrían transformar en detrimentos financieros, que, en ocasiones, pueden ser destructivos. Yo, en ese sentido, soy bastante minuciosa. Ojo, desde siempre.

No puedo decir en qué momento de mi vida decidí estudiar Administración y Dirección de Empresas. Sí que puedo decir que, desde siempre, me ha gustado todo el tema administrativo: papeles, informes, estadísticas, números y más números... Me encantaban y creo que me dejé llevar. Las habilidades y aptitudes ya son cosa de genética.

Mis padres siempre me han animado a que yo sea lo que quiera ser, mientras sea feliz y me desarrolle profesional y personalmente. Mi padre es un verdadero crack en el tema de las finanzas y toda su vida ha tenido una visión de futuro para los negocios que deslumbra. Mi madre es más artística. No se ha dedicado a nada en particular, se ha encargado de criarnos y educarnos a mi hermana y a mí. Puedo decir abiertamente que tengo una gran familia, aunque tenga mis más y mis menos con ellos, sobre todo con mi hermana. A ver, que sé que si pasara algo ella estaría ahí, al igual que yo para ella, pero somos muy distintas.

Yo soy cercana, Nuria es distante. Yo soy de impulsos, ella es de analizar hasta el último detalle. Yo soy cariñosa, Nuria es despegada. Yo hablo hasta con las piedras, ella solo se relaciona con la gente que le transmite confianza y a la que conoce.

Es cierto que luego tenemos muchas cosas en común; algo tendremos que tener ambas para ser hermanas. Somos controladoras, puntillosas, trabajadoras, trotamundos...

Creo que, a Nuria, nunca me sentiría capaz de contarle mi historia con Jaime. Quizá si tuviéramos un futuro juntos lo haría, pero sin contarle más de lo necesario, es decir, lo que vivimos previamente a ese final de cuento. Estoy segura de que me juzgaría y lo que menos necesito es un juez en esta historia; bastante me cuestiono yo como para que ella me eche a los perros. De algo sí estoy segura y es que lo haría. Así es Nuria.

Dos semanas después de lo de Madrid, yo tengo cada vez más en sangre a Jaime, como cuando te vuelves adicta al chocolate y los dulces y no puedes dejarlos por más que veas que cuesta quemarlos en el gimnasio y prefieres seguir comiéndolos. Pues Jaime es mi *chuche* y yo soy adicta a su *azúcar*; y en estos pensamientos estoy metida, intentando autoconvencerme de que debo desintoxicarme, cuando recibo un WhatsApp.

Jaime:

¿Qué haces mañana martes a las 11:00?

Alma:

¿Me estás haciendo una proposición?

Si es así, espero que sea indecente...

Jaime:

¡Mucho Romeo Santos huelo desde aquí!

Alma:

Ja, ja, ja... ¿Mañana a las 11:00?

¿Tú crees que trabajo solo los días pares o algo así?

Jaime:

Te espero en Tenerife Norte mañana a las 11:00

Alma:

¿Cómo?

No me responde, el desgraciado.

Alma:

Jaime, contéstame, porfa.

No me gustan estas bromas.

Sigue sin contestarme, el petardo. ¿Pero qué se cree?

Alma:

¡Contéstameeee o te vas a enterar!

Veo que sigue desconectado. Espero que sea una broma de mal gusto y que me conteste. *Seráperrosarnoso...* ¡Me voy a cagar en todo! Yo, que soy muy

correcta, maldita Érika, me estás corrompiendo. Pero, en mi defensa, debo decir que llevo todo el día esperando como una loca a que me conteste y no hay manera de que lo haga. No quiero llamarlo porque puede que esté en casa, no sé con exactitud sus pasos y sus horarios.

Me meto en la cama y sigo sin tener noticias de él. He actuado como una desquiciada porque he mirado si se conectaba o no y sí que lo hacía, por lo que sé que ha leído mis mensajes y ha pasado completamente de contestarme. Eso me pone aún de peor humor. Se va a acordar de esto porque me pienso vengar. Espero que no se me olvide porque odio que se me pase y no poder llevar a cabo mis planes de venganza.

Suena el despertador y yo sigo con ese nudo en el estómago. No tardo nada en moverme y coger el teléfono para ver si se ha dignado a contestarme y veo que no ha sido así.

Me ducho y me sitúo delante del vestidor. Aún sigue haciendo frío, así que decido ponerme un pitillo negro, una camisa de manga larga de rayas verticales blancas y negras, unos tacones rojos y una chaquetilla negra de cuero. El bolso, también rojo, de PG<sup>11</sup>. Me pinto los labios rojos y me hago una cola de caballo. Cuando termino, unas gotas de Chance, de Chanel y lista para irme.

Me dirijo a la oficina y, más directamente, al *office* en busca de mi deseado café con leche y dos de azúcar. Allí me encuentro a Aitana, como todas las mañanas, esperando para pasarme revista.

—¡Coño, jefa! Te estaba esperando. Tengo chisme nuevo y del bueno —me suelta nada más entrar.

—Buenos días para ti también, Aitana —replico socarrona.

—Esto es más importante que los «buenos días», te lo garantizo.

—Sorpréndeme —contesto mientras cojo mi taza y la llevo hasta mi boca.

—Jaime Alcántara llega hoy a Tenerife —suelta sin más.

Comienzo a toser sin parar; acabo de atragantarme con el café con leche.

—Joder, Alma, veo que te ha sorprendido. ¿No te dije que esto era más truculento que el puñetero «buenos días»?

Sigo tosiendo sin parar. Se me ha ido por el camino viejo<sup>12</sup>. Aitana comienza a darme palmadas en la espalda y a abanicarme con una libreta que tiene en las manos.

—Gracias, gracias. Ya está —logro decir.

—Te han salido hasta lágrimas, espero que de la tos, y no porque estés acojonadita perdida. —Y comienza a reírse sin parar.

¡Bruja!

Se marcha cantarina a su mesa y yo me quedo terminando de recuperar la cordura y el aliento.

Salgo tras ella cuando me recupero y voy directa a su mesa.

—¿Cómo te has enterado?

—Yo tengo oídos y ojos en todos lados —me responde.

—Espero que en el baño no...

—No lo dudes...

—Suelta por esa boquita —ordeno.

—Pues resulta que esta mañana, cuando llegué, coincidí en el ascensor con el señor Alcázar y se lo estaba contando a Susana.

—¿A la de producción? —pregunto estupefacta.

—La mismita... No sé muy bien a cuenta de qué, pero sí sé que se lo estaba diciendo.

Yo me callo la boca y no digo ni prenda de que ayer me escribió. Lo que menos quiero es que se entere nadie de nada de mi vida privada y mucho menos de esto.

Me dirijo a mi despacho y enciendo el ordenador. Al poco, me suena el teléfono interno.

—Vintex, buenos días, le atiende Alma Flores. ¿En qué puedo ayudarle?

—Alma, soy Javier, quería saber si puedes subir un momento a mi despacho.

—Sí, por supuesto. En unos minutos estoy ahí.

—Perfecto.

Cuelgo el teléfono y me dirijo hacia el despacho, no sin antes echarle el último vistazo a mi teléfono por si cierto bicho sin nombre se ha dignado a responder. Nada.

Llamo a la puerta cuando llego y una voz me indica que pase.

—Buenos días, Javier. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, Alma. Siéntate, por favor.

Tomo asiento frente a él sin saber qué me va a decir, aunque debo admitir que creo saber por dónde van a ir los tiros.

—Jaime Alcántara, nuestro auditor, viene hoy. Llega a las 11:00 al aeropuerto del norte y viene con intención de quedarse un mes. Como sabes,

sus auditorías funcionan así y más o menos es el tiempo que él suele estar en cada delegación. No te voy a preguntar cómo están las cosas porque sé cómo trabajas y conozco tu manera de ser. Espero no equivocarme.

Yo asiento porque él me conoce profesionalmente y espero no decepcionarle nunca.

—Te he llamado —prosigue— para saber si te importaría ir a recogerlo. Esta mañana hablé con él y me dijo que esperaba que pudieras ir tú porque eres con quien más trabajará y, a su vez, a la que más conoce de esta delegación; así sería más cómodo para él. Yo le dije que no habría ningún problema, pero evidentemente quería contar contigo. Esta mañana se lo he comentado a Susana por si acaso tú no podías, pero preferiría que fueras tú al aeropuerto.

—Puede contar conmigo. Iré yo.

—Tutéame, Alma, o empezaré a llamarte Flores yo a ti.

Me recorre un estremecimiento cuando pronuncia mi apellido y me viene a la mente una boca jugosa y unos labios carnosos. Espero que no lo note. Me recompongo y me levanto.

—Perdón, es la costumbre. Javier.

—Mejor.

—Hablabamos estos días. Por lo pronto, este viernes estaré presente en la reunión semanal, ya que el señor Alcántara estará allí.

—Sin problema.

—Gracias por todo, Alma.

Me giro y bajo a mi planta. Son las 10:30, así que decido coger mi bolso y dirigirme hasta mi coche para ir a recogerlo. Estoy nerviosa. Nerviosísima, para ser exactos. Es la primera vez que nos vamos a ver después de Madrid. Hemos hablado muy a menudo, pero no es lo mismo que tenernos frente a frente. No sé ni cómo reaccionaremos cuando nos veamos. Además, viene un mes entero. Un mes aquí. ¡Basta, Alma!, baja a la tierra. Viene por trabajo. Respira.

Llego con tiempo, pero aun así me dirijo a las salidas. El aeropuerto es bastante pequeño, así que no tiene pérdida. De camino, observo en las pantallas que el vuelo procedente de Valencia ha aterrizado en hora, por lo que tardará poco en salir cuando recoja su maleta.

Conforme se acerca el momento me encuentro peor. Intento respirar, pero es que estoy... No sé ni cómo estoy, tengo una mezcla de nervios y emoción.

Mariposas flotan en mi estómago y a mí solo me falta levitar.

Comienzan a abrirse las puertas y a salir los primeros pasajeros. Yo sigo apoyada en la barandilla, esperando a ver su cara.

Y ahí está. Camina seguro, se acerca mirando hacia los lados y hacia el frente, barajando la opción de que no haya ido a buscarlo. No me voy a portar mal y no voy a quedarme aquí. Por un momento he dudado si esconderme y fastidiarlo, pero no puedo; me vencen las ganas de acercarme, aspirar su olor y perderme entre sus brazos. Y en ese momento me ve. Clava sus verdes ojos en mí y me recorre con la mirada, sonriendo como un canalla.

Recorre la distancia que nos separa y se planta delante de mí. Suelta la maleta y baja las manos, que pone en mi cintura. Fija sus ojos en mis labios y pasa la lengua alrededor de los suyos, recorriéndolos deliciosamente e imagino que es mi lengua la que pasea por ellos. Se acerca sigiloso y voraz y yo, no sé cómo lo consigo, pero despierto del letargo en el que me ha envuelto justo a tiempo para girar la cara y que sus labios se posen sobre mi mejilla. Me mira y alza una ceja a modo de interrogación y yo sonrío, tan canalla como él. ¡Chúpate esa!

—Eres una bandida —me suelta.

—¿Te ha molestado algo, señor Alcántara? —pregunto con mi mejor cara de no haber roto un plato.

—¿Lo dudas? ¿Dónde está mi beso de bienvenida? —pregunta con mal disimulada cara de enfado, porque veo cómo asoma una sonrisa.

—Ese será tu castigo por no haberme contestado ayer cuando te preguntaba si lo de ir a Tenerife Norte a las 11:00 era una broma. Donde las dan, las toman, Jaime —suelto triunfal.

—¿Ahora soy Jaime? —Y vuelve a alzar la ceja. Se acerca sigilosamente hasta mi cara y pasa fugazmente por mis labios para continuar su camino hasta mi oído—. Hasta ayer era tu príncipe, si no me equivoco —susurra, erizando la piel de todo mi cuerpo.

Estoy segura de que sabía perfectamente que, si hubiera querido besarme esta vez, lo habría conseguido, pero lo ha hecho para ponerme nerviosa y para que tomara un poco de mi propia medicina.

Maldito sinvergüenza.

—Flores, vamos a tomar un café y luego me acercas a mi hotel para dejar la maleta antes de irnos a la oficina.

Nos dirigimos a una cafetería cerca de su hotel porque en el aeropuerto es

mucho más caro y de peor calidad.

—Qué calladita te tenías la visita —le dejo caer.

Él me mira y sonrío.

—Sabes que no podía decirte nada, pero en Madrid sí que te dije que nos veríamos pronto —me contesta.

—Eso lo puedo entender y justificar, pero ¿por qué ayer no me contestaste?

—Porque quería hacerte sufrir, Flores.

—¿Ahora soy Flores yo también?

—¡Donde las dan las toman! Además, tendré que acostumbrarme: vamos a trabajar juntos bastante tiempo.

—Eso es verdad.

—Estás espectacular —me suelta—. Te comería enterita.

Me quedo boqueando de nuevo... Sabe tocar la tecla, el muy jodido. Resoplo.

—Tú tampoco estás mal, pero como yo soy Flores y tú Alcántara, me parece, señor, que te estás tomando demasiadas licencias.

Vuelve a acercar su cara hasta mí y, cuando casi roza mis labios, que están entreabiertos de nuevo, me susurra:

—Si no estuviera esta mesa entre nosotros y esta gente alrededor, te garantizo, señorita Flores, que no te iba a salvar nadie de mí. —Su mirada lobuna y sus ojos cada vez más brillantes y oscuros me indican que dice la verdad.

Vuelvo a estremecerme por completo y lo peor es que él lo nota, porque sonrío mientras se da la vuelta y se dirige a la salida, dejándome con la boca abierta y el vello de punta.

<sup>11</sup> Abreviatura de Purificación García.

<sup>12</sup> Expresión canaria que quiere decir que la comida se ha ido por otro lado.



## Capítulo 23

Nos dirigimos al centro de Santa Cruz. Se alojará en el Hotel Contemporáneo durante el mes que esté en Tenerife. Se encuentra en una buena ubicación y es céntrico. Igualmente, la empresa le pondrá un vehículo para que pueda moverse, si él así lo desea.

Lo dejo en la puerta y yo estaciono mal, para esperar a que haga el *check-in* y deje sus cosas en la habitación. Tenemos que ir a la empresa para empezar a trabajar. Hoy será una mera toma de contacto.

—¿Sabes que al final no encontré mi DNI? No sé dónde lo perdí, pero no estaba en mi maleta, tal y como yo creía.

—Vaya faena, ¿tuviste que ir a sacarte uno nuevo?

—Sí, presenté una denuncia por robo, ya sabes, por si acaso, y saqué uno nuevo. De todas maneras, he traído el pasaporte.

—¿Vas a llevarme a Cuba?

—Te llevaría al fin del mundo si así pudiera estar solo contigo —me contesta.

Me mira intensamente, posa sus verdes ojos sobre los míos y vuelve a pasar su lengua por esos labios que me hacen perder la razón. Creo que —y seguro que no os engaño— voy a morir por combustión espontánea.

Llegamos a Vintex SA, y subimos a mi planta.

—Tengo que reunirme con Javier Alcázar. Necesito que me explique dónde estará mi despacho y un par de temas internos que me dijo que quería hablar conmigo.

—Vale. Su despacho está en la última planta. Al llegar encontrarás fuera a su secretaria; dile quién eres. Imagino que estará esperándote.

Asiente levemente y volvemos a quedarnos quietos, mirándonos fijamente, envueltos en nuestro campo magnético personal. Rompemos el contacto visual, me guiña un ojo y se va por donde hemos venido. Yo sigo clavada en el sitio, admirando las vistas, ¡que son espectaculares, todo hay que decirlo!

Cuando se sube al ascensor suena mi teléfono y lo saco del bolso; veo que es él y sonrío de pura satisfacción.

Jaime:

¿Te ha gustado lo que has visto?

Mi sonrisa se convierte en una carcajada. ¡Es un verdadero canalla! ¿No lo he dicho ya?

Alma:

No pienso responderte a eso.  
Me acojo a la quinta enmienda.

Y puedo imaginarme que él estará riéndose también.

Me dirijo a mi despacho y, al instante, llaman a mi puerta y entra Aitana, alterada como ella sola.

—Jefa, ¿ha llegado ya el hombretón?

—¿Hombretón? —pregunto alzando las cejas.

—La última vez que vino, tú estabas de vacaciones. Me encantó ese hombre. Es un pedazo de macho del carajo.

—¡Esa boca, niña! —exclamo, riéndome por las ocurrencias de Aitana.

—Es un espécimen digno de ser adorado. ¿Te gusta más así, jefa?

Me muero de risa, es que no puedo evitarlo. Es para desternillarse.

—Lo he dejado en la entrada. Iba a ir a reunirse con Javier, para saber cuál sería su despacho y tratar algunos temas más.

—Supongo que le darán el despacho contiguo al tuyo. Ayer lo estuvieron preparando. Lo ubicaron en ese cuando tú estabas de vacaciones. Yo, por suerte, tendré buenas vistas desde mi puesto. Espero que le dé por dejar la puerta abierta y me pueda pasear descaradamente por allí delante. ¿Estaría muy feo si me pusiera un abrigo y nada debajo y fuera a llevarle unos papeles y casualmente se me abriera la chaqueta?

—¿Me estás hablando en serio? —Me quedo muerta con la loca esta; es que, vamos, se le parece mucho a alguien.

—¿Pero tú lo has visto bien? —me pregunta.

—Sí, lo he visto bien y sí, está para comérselo.

—Amén.

Reímos a carcajadas y en ese momento llaman a la puerta.

—Pase.

Es él.

—Perdón, Flores, no sabía que estabas ocupada.

—No, no, si yo ya me iba —le dice Aitana mientras pasa por su lado mirándolo como si fuera un helado. Os juro que puedo verla babear y todo.

Se gira y camina de espaldas a él hasta llegar a la puerta, levanta las manos y me enseña los pulgares mientras afirma como una loca con la cabeza. ¡Qué fuerte, esta mujer! ¡Necesita un novio pero ya!

—¿Qué tal con Javier? —pregunto cuando Aitana ya ha salido.

—Muy bien, vecina; me han ubicado en el despacho de al lado.

—Espero que no montes ninguna juerga mientras trabajo. Ya sabes que yo soy muy seria y responsable, en cuanto a desarrollar mis labores se refiere.

—Puedes confiar en mí, Flores; la única juerga que tengo en mente está fuera de estas cuatro paredes —dice poniendo sus manos en mi mesa e inclinándose hasta mí. Noto el olor a su perfume, intenso, como es él. Cierro los ojos y aspiro su aroma y él sonrío, lo oigo. Ups, cazada, Alma—. ¿Almorzamos juntos? —prosigue.

—Vale.

—Llévame a un sitio chulo. Ahora estoy en tu terreno —me contesta.

—En otra ocasión; aquí tendremos que conformarnos con una cafetería. No podemos estar fuera de la empresa tanto tiempo, hay mucho trabajo que hacer.

—No sé qué me pasa contigo, Flores, pero me llevas por mal camino. Hasta del trabajo me olvido.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como todo lo contrario.

—Como un cumplido, siempre como un cumplido.

—Te dejo. Me voy. Tengo que comenzar.

—Nos vemos luego.

Me guiña un ojo mientras sale y yo le lanzo un beso volado.

¿Qué? ¿Qué? ¿Qué acabas de hacer, Alma? ¿Le has lanzado un beso? Muevo la cabeza hacia los lados, negando; me quito ese embrujo de encima y continúo con mis cosas. Le doy al *play* en mi lista de reproducción de Spotify y comienza a sonar «Cuando me siento bien», de Efecto Pasillo; ahora se han convertido en uno de mis grupos favoritos. Me encantan las letras de sus canciones. Giro mi silla y me quedo mirando la ventana que tengo tras de mí. No son unas grandes vistas, porque dan a la ciudad, pero para mí son preciosas igualmente. Al fondo se ve el mar y ahí es donde poso mis ojos. Tarareo la canción y me dejo llevar por lo que me transmite. Soy de las que piensa que las canciones y sus letras marcan épocas de nuestra vida y luego, al escucharlas tiempo después, te transportan a ese momento, no siempre bueno y no siempre malo; pero, al final, la vida es eso, ¿no? Conjunciones formadas por un poco de todo; como en la película *Inside Out*. Y, nos guste o no, eso nos define como personas. Todos esos sentimientos.

—Qué suerte, tenerte...

Me giro y lo veo plantado frente a mí. De nuevo, en esa posición de cazador. Con sus manos apoyadas en mi mesa y su cuerpo inclinado hacia el

mío.

—Cuando amanece y me dices te quiero... —prosigue.

—¿Llevas mucho escuchándome?

—Lo suficiente. —Y lo veo acercándose cada vez más a mí, peligroso.

—Me gusta mucho esta canción —respondo conteniendo la respiración.

—Quererte, tan fuerte...

De nuevo, ese campo magnético. Bordea la mesa y se coloca a mi lado. Gira mi silla y me deja frente a él. Oigo su respiración, fuerte y profunda y comienza a acercarse a mí, decidido. Cierro los ojos, porque sé lo que viene ahora y todo mi cuerpo lo desea desesperadamente. Posa sus labios en los míos, cálidos y dulces, y pasea su lengua por ellos, pidiéndome permiso para entrar y yo, por supuesto, se lo concedo. Entreabro los míos y, como si de un pistoletazo de salida se tratase, entra en mi boca. Recorre mi cavidad con esa lengua descarada que me excita hasta límites insospechables. Me tiene justamente donde quiere. Rompe el beso y se aparta. Me mira. Lo miro. Tiene los ojos oscurecidos por la excitación: no soy la única que está donde quiere estar. Veo su pecho que sube y baja y no quiero seguir bajando la vista por miedo a encontrarme mucho más y no poder contenerme. Empiezo a ser consciente de nuevo de dónde estamos.

—Que tiemble de emoción el universo...

Coloca bien la chaqueta de su traje, gira sobre sus pasos y se va. Y yo me quedo en la misma posición, con la silla girada hacia donde él se encontraba. Toco mis labios y cierro los ojos. Sigo sintiendo su boca sobre la mía y sigo notando la excitación en todo mi cuerpo. Cojo mi bolso y me voy directa al baño. Necesito refrescarme y coger aire.

Saco mi teléfono y envío un WhatsApp al comando.

Alma:

Lleva unas horas en Tenerife y ya estoy perdida.

Mar es la primera en contestar.

Mar:

No olvides dónde estás.

Érika:

No hagas nada que yo no haría.

Mar:

No le hagas caso a Érika. No hagas nada.

Alma:

Me ha besado. En mi despacho.

Mar:  
Huuuyeeeeee.

Érika:  
Llévatelo al cuarto de los archivos.

Alma:  
Me tiene comiendo en su mano...

Érika:  
Perfecto. Pero que nunca lo note y menos  
que lo sepa. Cierra la boca.

Alma:  
Porfa, os necesito.

Mar:  
Au Revoir. Al salir.

Alma:  
OK.

Érika:  
OK.

Vuelvo a mi despacho y me meto de lleno en el trabajo que tengo. Me concentro milagrosamente y empiezo a desarrollar varias cosas que tenía a medio hacer. Sobre las dos llaman a mi puerta, pero estoy tan absorta que no percibo el sonido.

—Me encanta verte trabajar, ensimismada y con ese bolígrafo entre tus dientes.

Alzo la cabeza y me lo encuentro apoyado en la puerta de mi despacho.

—Es la hora de almorzar. Recuerda que para mí, encima, es una hora más y ya tengo tanta hambre que me comería mi propio brazo.

Me río con sus ocurrencias.

—¡Estás loco! —exclamo sin dejar de reírme.

—Loco sí, por...

No termina la frase, pero mi mente la termina por él. Loco por ti.

Nos dirigimos caminando a una cafetería que hay cerca de aquí y pedimos unos bocadillos y unas botellas de agua para almorzar.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo decirte, pero no he tenido mucho valor —comento mirando por la ventana.

—Dime. Sabes que conmigo puedes hablar de cualquier cosa y no tener

vergüenza. Antes que nada, hemos sido confidentes —me contesta.

—El día de la ducha. —Suspiro—. El día de la ducha, ¿escribiste algo en la mampara? —titubeo.

—¿En la mampara? ¿Algo cómo qué? —Me mira sonriente.

—Algo... No sé si fuiste tú u otra pareja que estuvo allí antes que nosotros.

—¿Qué decía? —Formula la pregunta uniendo ambas manos y colocándolas bajo su barbilla.

—Si no fuiste tú no te lo pienso contar. Les debo el secreto a esa pareja que tanto se quería —suelto socarrona.

—Venga, no seas mala, cuéntamelo. No me dejes con esta incertidumbre.

—Mis labios están sellados. Algún día, si te lo ganas, te lo cuento.

Se acerca a mí, sigiloso, y coloca sus labios en mi oído y nuevamente me estremezco.

—Por favor—susurra cerca, muy cerca, tan cerca que noto su aliento en mi oreja y creo que percibe mi palpitar, porque se retira con una sonrisa en la cara.

Gracias a Dios que llega el camarero con la comanda porque, de no ser así, no sabría decirnos qué habría sido de mí.

Volvemos caminando a la oficina; por suerte no llueve, aunque el cielo está gris.

—¿Qué vas a hacer esta tarde, princesa?

—Esta tarde he quedado con las chicas para tomar algo en nuestro santuario.

—¡Ah! Pensaba invitarte a merendar —me dice con un hilo de voz y noto decepción en él.

—Si quieres, puedes venirte... —¿Qué? Mi boca ha decidido hablar sin razonar.

—No, no te preocupes. Déjalo. En otra ocasión. Tendréis mucho de lo que hablar —continúa.

—Solemos quedar, mínimo, una vez a la semana y esta mañana les propuse vernos.

—Pásatelo bien, Flores. Yo iré a correr un poco y aprovecharé para hacer algo de turismo.

—Correr es de cobardes, Jaime.

Y cada uno entra en su despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Vuelvo a

centrarme en mi trabajo y a olvidarme de todo lo demás.

—Nos vemos mañana, Jaime —le digo cuando salgo. He decidido ser yo la que pase por su despacho esta vez.

—Pásatelo bien, Flores.

—Siempre.

Nos quedamos unos segundos con nuestras miradas conectadas y decido girarme y marcharme. Noto su mirada clavada en mí, así que, conforme me subo al ascensor, decido enviarle un mensaje.

Alma:

¿Te ha gustado lo que has visto?

Utilizo sus mismas palabras. Veo que está en línea y aparece escribiendo.

Jaime:

No sabes cuánto...

Guardo el teléfono y me voy directa al Au Revoir. Soy la primera en llegar y saludo a Alberto.

—Hoy no es jueves... ¿Gabinete de crisis?

—¡Joder, Alberto, cómo nos conoces!

Me dirijo a una mesa libre a esperar a que lleguen las chicas.

—¿Qué pasa, amiga? —me dice Érika mientras me envuelve entre sus brazos y me da un beso.

—Pues mira... Tocada.

—Pero no hundida, que es lo importante.

Vemos a Mar acercándose rápido porque comienza a lloviznar.

—Jopetas, ¡casi me pilla la lluvia! —exclama besándonos y tomando asiento—. ¿Habéis pedido?

—No, aún no —respondo.

—¡Alberto! —llama Érika.

El susodicho se planta en nuestra mesa y nos sonrío a todas.

—Tres chocolates calentitos y unos dulces de esos que tanto nos gustan.

—¿Los de milhojas y crema? —nos pregunta.

—Los mismos —contesta Mar.

Se marcha y casi no nos ha dado tiempo a hablar cuando llega con nuestros dulces y el chocolate.

—El día está para esto. —Suspiro metiéndome un trozo de milhojas en la boca y saboreando la crema.

No he terminado de tragar cuando se abre la puerta de la cafetería y noto

cómo se eriza el vello de mi nuca; enfoco la vista y mis ojos se abren como platos. Igual que si él hubiera sentido mi presencia, me mira también y sonrío. Me levanto bajo la atenta mirada de las chicas y me acerco a él para saludarlo. Me observa atentamente mientras me aproximo y me planto delante de él.

—Cualquiera diría que me estás siguiendo —apunto burlona.

—Ha sido casualidad, lo juro —me contesta levantando una mano y colocándola como si estuviera en un juicio y necesitara garantizar que dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Lleva una de sus manos a mi labio y me quita un trozo de dulce y veo cómo lleva su dedo a su boca para saborearlo. ¡Qué sensación más placentera me recorre cuando hace ese gesto!

—Estoy allí con las chicas —le explico cuando vuelvo a mis cabales.

—No quiero molestar —me dice dulcemente.

—Tú nunca molestas. De todas formas, piénsalo, nos están mirando y estaría mal, muy mal, que no te las presentara después de decirles quién eres.

—Bueno, venga. Me has convencido.

Nos acercamos a la mesa, ahora bajo el escrutinio de ambas fieras. Veo caras de asombro, supongo que se huelen quién es.

—Chicas, os presento a Jaime.

Ambas agrandan los ojos por la sorpresa, porque, aunque se lo imaginaran, hasta que se lo confirmo no terminan de creérselo.

—Vaya, vaya. El señor Paella en persona —le espeta Érika.

Veo cómo Jaime se sonroja; no sabe quién está aquí, me parece a mí. Por mucho que le haya contado, no es lo mismo conocerla y que tú seas su centro de atención.

—Encantada de conocerte. —Se levanta Mar y le da dos besos a los que él responde educadamente.

—Siéntate con nosotras —le pide Érika.

Jaime asiente, coge una silla y se coloca a mi lado.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Jaime? —pregunta Érika.

—Por favor, Érika, pórtate bien, no lo asustes, intenta ser... menos tú —le ruego.

—Yo no sé ser menos yo. Yo soy yo y me tiene que conocer así.

La miro fijamente y nota súplica en mi mirada, porque cabecea y continúa:

—Suelo ser, cómo decirlo... muy directa.



—Demasiado bruta —añade Mar.

—¡Lo secundo! —añado yo.

—Intentaré portarme bien contigo. Pero no sin antes advertirte que, como te pases con mi amiga, te buscaré y te rajaré. ¿Te ha quedado suficientemente claro o te hago un dibujo? —le espeta.

Para sorpresa nuestra —y sobre todo, mía—, Jaime se ríe y hacen un gesto de chocarse los nudillos como el típico saludo del Bronx.

## Capítulo 24

—Cuéntanos, Jaime, ¿qué tal todo? —pregunta Mar, que es mucho más pacífica que Érika.

Veo cómo centra su mirada en ella y respira.

—Bien, todo bien. Ya ves, dándole la lata a tu amiga. Le esperan unos días un tanto duros conmigo aquí —le cuenta sin apartar la mirada de ella. Luego, cuando termina, me mira y sonrío.

—Duro es lo que vas a estar tú mientras estés cerca de ella, pillín —le suelta Érika sin vergüenza ninguna.

Se ríe a carcajadas por su comentario, muy lejos de enfadarse, tal y como había pensado yo.

Creo que, si yo no conociera a Érika, probablemente le tendría miedo porque ella es así siempre. No tiene filtro y muchas veces dan ganas de darle un sopapo y callarla de golpe. Luego se me pasa porque sé que, verdaderamente, debajo de esa máscara, se encuentra una persona dulce que sufre como los demás, por ella y por los que quiere. En el fondo sé que hace todo esto porque está analizando a Jaime y sus reacciones. Sin duda, puedo afirmar que no se lo quiere poner fácil para saber si puede fiarse de él o no. Lo hace por mi bien y yo lo haría por ella también, aunque de otra manera, ¡está claro!

—Prometiste ser más suave —vuelvo a suplicarle.

—No lo puedo evitar. Es su culpa, ¡me las pone a huevo, coño! —replica.

—Hagamos un trato —le pide Jaime—, yo intentaré no ponértelo fácil a ti y tú intenta ponérmelo fácil a mí.

—Ni de coña. ¿Dónde está la diversión si acepto ese trato?

—Sabía que me iban a caer bien —me suelta Jaime mirándome fijamente.

—No has visto nada —contesto arrugando mi cara.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Jaime? —pregunta Mar.

—Pues, mínimo, un mes. Es lo que suelo estar en las oficinas que hay repartidas por todo el territorio peninsular.

—¿Y tú mujer te deja? —prosigue.

—¡Ay, la leche! —suelto mientras me tapo la cara con las manos.

—No te preocupes —contesta Jaime mientras me agarra las manos y me da un apretón para que me tranquilice—. Nancy entiende que es mi ocupación. Ella trabaja a media jornada y necesitamos mi sueldo para subsistir, además

de que para mí es una oportunidad, este trabajo.

—Nancy... Por favor, podrías haberte buscado una con un nombre más bonito. Alma, Alma es un nombre perfecto para una pareja, ¿no crees? —larga Érika.

Sinceramente, no sé quién lo está pasando peor, si él o yo.

Él parece notarlo porque me mira con ternura y hace que inmediatamente me relaje.

—Ojalá fuera tan fácil, Érika. ¿Crees que no me gustaría que las cosas sucedieran de otra manera? —le contesta él.

Al carajo... ¡La has cagado, chaval!

—Si se quiere, se puede. ¿Acaso eres un cobarde? —pregunta Mar.

Parece que las dos se han aliado contra él. Noto cómo tensa sus hombros y se cuadra en la silla.

—No, no soy un cobarde, pero soy un hombre con responsabilidades y deberes, y no siempre puedes elegir con el corazón.

Creo que no solo les está contestando a ellas, sino que me está aclarando a mí lo que puedo esperar de todo esto. Él conoce mis sentimientos y yo sé o quiero pensar que sé, lo que siente por mí y sí, muchas veces digo: «Me voy a dejar llevar y ya veré qué sucede», pero sigo manteniendo esperanzas de que se dé cuenta de cuál es el camino que quiere coger, sin embargo, en otras ocasiones, debo tener claro que esto es lo que es: un amor prohibido y, aunque la gente no me entienda, la vida es así. Llega el amor cuando menos te lo esperas, te golpea en la cara y tú dejas de ser tú, paras de respirar, comienzas a dejar que tu corazón mande y guíe el camino y, ahora mismo, mi camino me lleva directa a él y con eso, por ahora, me basta.

—Jaime, no te conozco, pero ¿sabes qué? —pregunta Érika mirándolo fijamente y sé que en este momento le habla con el corazón.

—¿Qué?

—Que en esta vida o se vive o se sobrevive —responde.

Se levanta de la silla, nos da un abrazo a Mar y a mí, saluda con un cabeceo a Jaime y se va. No es porque esté enfadada con él o conmigo; Mar y yo sabemos que es porque, en el fondo, ella sobrevivía y ahora ha decidido que no dejará que sus fantasmas la persigan y le hagan decidir.

No nos damos cuenta pero, muchas veces, somos nosotros mismos los que nos ponemos barreras y muros infranqueables y quizá cueste esfuerzo, pero de todo se aprende y de todo se sale.

—No se lo tengas en cuenta, Jaime —le aclara Mar—. Es una fiera, pero en el fondo tiene sentimientos y lo único que quiere es que Alma no lo pase mal.

—No tienes por qué darme explicaciones, yo sé perfectamente que vosotras sois más que amigas y que todo lo decís con cariño. Ojalá yo pudiera tener una amistad como la que tenéis vosotras. Debo irme yo también, ahora que ha dejado de llover —prosigue—. Ha sido un placer, Mar. —Se levanta y le da un beso—. Nos vemos mañana, Alma.

Me da un abrazo y se da la vuelta. Camina cabizbajo y sé que está pensando en lo que acaba de pasar y en las palabras que ha pronunciado Érika.

—Mar, creo que Jaime se ha quedado hecho polvo con esto. Yo sé que es por mi bien, pero a veces las cosas duelen.

—No te preocupes. Ya verás cómo Érika se relaja y se disculpa.

—En realidad, tampoco creo que deba disculparse, yo creo que ella ha dicho abiertamente lo que pensamos.

Mar asiente, porque sabe que lo que le digo es cierto.

—Yo solo te voy a decir una cosa, Alma, y espero, por tu bien, que esta vez sí me hagas caso. —Se hace el silencio y sé que se acerca una frase que me va a dejar KO—. Cuando él se vaya, Alma, cuando esto acabe, espero que sepas pedir ayuda y te dejes ayudar, porque estoy convencida de que después no serás la misma. Hazte a la idea de que esto es la crónica de una muerte anunciada.

Y ahora es ella la que se levanta, me da un beso en la sien y se va.

Y sí, me ha dejado KO.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que cojo mi bolso, pago la cuenta y salgo del Au Revoir. Me dejo llevar hasta el coche y me voy directa a casa. Allí me meto en la ducha, a ver si es capaz de limpiarme y de llevarse toda la angustia que siento ahora mismo. Por una parte, me siento triste por las palabras que ha pronunciado Mar, pero sé que tiene muchísima razón. Por otra parte, me siento inquieta por cómo se ha ido Jaime y lo que puede estar pensando y, por último, entiendo a Érika y comprendo lo que la ha llevado a decirle todo eso a Jaime: lo hace por mí.

Saco el teléfono y les envío un WhatsApp.

Alma:

Os quiero.

Salgo a otra pantalla porque veo que me ha entrado un mensaje a mí y es

de Jaime.

Jaime:  
Escucha esto.

Y me pasa el enlace de la canción «Catch&Release», de Matt Simons.

Jaime:

Me recuerda a ti, princesa.

Vuelvo al grupo porque han contestado las niñas de mis ojos y quiero leerlas antes de escuchar la canción.

Mar:

Y nosotras a ti, nena.

Érika:  
No me odies. Te quiero.

Alma:

Nunca podría odiarte.

Me desconecto del WhatsApp, me meto en la cama, pincho en el link que me ha adjuntado y le doy al *play*. Cierro los ojos para poder concentrarme en los sonidos que me envuelven.

*Fluiré a través de tu sangre.*

*Podemos decirnos nuestros secretos  
y recordar cómo amar.*

Me incorporo en la cama y abro la conversación.

Alma:

Ahora escucha tú esta.

Le adjunto el *link* de «Mi Marciana», de Alejandro Sanz y me acuesto a escucharla yo también para poder transmitirle desde la distancia lo que yo siento al oírla. Como si fuera posible que seamos uno.

Suenan los primeros acordes y se me pone el vello de punta.

*Te juro que es verte la cara y mi alma se enciende.*

*Me sacas al sol las pestañas y el mundo florece.*

*Y dejas caer caminando un pañuelo y mi mano sin mí lo recoge.*

*Tienes la risa más fresca de todas las fuentes.*

(...)

*Y dices que vienes de Marte y vas a regresar.*

*Vamos, que te irás.*

*Pero es que a veces, tan solo a veces*

*Lo que está siendo es lo que parece.*

*A veces parece que te hayas marchado ya*

(...)

Suena mi teléfono y sé que es él sin haber mirado siquiera la pantalla.

Jaime:

¡Me encanta!

Ahora serás mi princesa marciana.

Alma:

Y tú, mi príncipe.

Siempre.

Jaime:

Siempre.

Nos desconectamos ambos. No hay nada más que añadir.

## Capítulo 25

### Jaime

No puedo culparlas. Son hermanas; no de sangre, pero sí de corazón y es inevitable que actúen como leonas y se defiendan, que saquen las garras como gatas. La verdad es que poco me han dicho, más me merecía. Ellas no saben que lo que yo siento es sincero y que la quiero de verdad. Hace cinco años dije que quizá Alma nunca supiera que era mi princesa; la suerte, el destino, los astros o los dioses —pongámosle el nombre que queramos cada uno—, me han dado la oportunidad de poder decírselo y demostrarle parte del amor que hay en mi corazón. Porque hay mucho y estaba esperándola a ella para poder abrirme y dárselo, pero no puedo hacerlo como quisiera.

Reconozco que a veces soy un poco ambiguo y que le doy una de cal y otra de arena, pero es que mi mente me dice que actúe de una manera y mi corazón, ese que tiene tanto amor, me dice que actúe de otra muy distinta.

Y como siempre, desde hace cinco putos años, me encuentro en mi dilema interno entre vivir y sobrevivir, como me ha dicho Érika esta tarde y que, reitero, no la culpo.

No creáis que me siento bien haciendo lo que hago, no, ni mucho menos. Por una parte están mis sentimientos, que son más puros de lo que se podría pensar, y por otra parte está mi matrimonio, que es casi como una condena y estoy seguro de que, además, para Nancy también lo es.

Cojo el teléfono y la llamo. No es que hablemos mucho, pero llegué y solo le he escrito un triste WhatsApp para decirle que todo estaba en orden. Marco su número y, al tercer tono, descuelga.

—¿Qué? —suelta.

—Nada. ¿Cómo estás?

—Pues te mentiría si te dijera que estoy mal.

Muy en su línea, sí señor.

—Pues entonces estamos igual —le espeto.

—Hoy he tenido que hacer un par de horas extras en la boutique y no he podido ir a mi clase de Pilates —me cuenta.

—Bueno, habrá más días, mujer, no te preocupes.

—Claro, sí, eso lo dices tú porque, pase lo que pase y comas lo que comas, tu figura no se estropea.

—Nancy, el cuerpo siempre terminará por estropearse, ¡es ley de vida!

—Pues yo me cago en la puñetera ley de vida. ¿Ya sabes cuando vuelves?

—Llegué hoy. Aún estaré aquí mínimo tres semanas. Como siempre.

—Tú avisa cuando vuelvas —la oigo dubitativa—, para tener todo organizado en casa y eso. Ya sabes.

—Despreocúpate por eso.

—Genial. Hablamos, te dejo que tengo cosas que hacer.

—Buenas noches —le digo, pero ella ya ha colgado.

La verdad es que no sé qué esperaba con esta llamada. Supongo que necesitaba algo que me hiciera pensar que esto vale la pena, que me dé argumentos para luchar por lo que me espera en Valencia, en mi casa. Lamentablemente no ha sido así y lo que ha logrado es que me sienta más lejos de allí y más cerca de aquí.

Una vez leí en un libro: «Existe un hilo rojo invisible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper».

Yo estoy convencido de que Alma estaba en mi camino, que ella era el inicio o el final de ese hilo rojo que, definitivamente, era mi destino. Creo que lo supe desde el instante en que la vi por primera vez y me cautivaron sus ojos color miel, su mirada que transmitía paz y calma. Esa paz y esa calma que mi corazón necesitaba.

Yo sé que he estado toda la vida siguiendo ese hilo rojo.

Yo sé que mi princesa es mi alma gemela.



## Capítulo 26

Un nuevo día. Suena el despertador, pero yo salgo de la cama sin ningún tipo de problema. Me levanto positiva y feliz y todos sabemos cuál es el motivo, ¿verdad? Me ducho en un plis plas y me planto delante de mi vestidor para elegir la ropa que me voy a poner hoy. Me decanto por unos vaqueros Guess de cintura baja, una camisa de manga larga azul marino con unos bordados negros en la zona de las hombreras, una chaqueta azul marino con un fino cinturón y unas botas marrones de tacón estrecho. Donde esté el tacón fino que se quite lo demás. Me dejo el pelo suelto y me maquillo suavemente. Cojo un bolso, también Guess, del mismo tono que las botas y me voy directa al parking para ir a la oficina.

Justo cuando entro en el *office* a buscar mi café con leche, recibo un audio de Jaime y le doy al *play* directamente, ya que estoy sola.

Buenos días amor, amor, amor.

Nueve de la mañana.

(...)

Son las ocho en Canarias.

Me sale una sonrisa abierta, de las que te llegan a los ojos, porque esta canción en concreto la suelo escuchar en la oficina o de camino a ella, dependiendo de cómo me pille el día. Es la típica canción de uno de los *morning shows* más conocidos de la radio. Cada día cambia la letra, dependiendo de las noticias que ocupen la actualidad en ese momento. Lo que nunca cambia es la cabecera.

Definitivamente, es único y especial. Tiene muchos detalles bajo esa fachada de hombre duro con sonrisa canalla.

Por el audio intuyo que aún no ha llegado, así que decido irme a mi despacho para arrancar la jornada; ya lo veré luego.

Me meto de lleno en los informes y asientos contables pendientes y desconecto del resto. Bajo a almorzar sin saber nada de Jaime; no ha pasado por mi despacho en todo el día y yo tampoco he tenido tiempo de ir al suyo. Una vez subo vuelvo a perderme en el trabajo. No sé por qué (o sí lo sé, porque esta reacción siempre aparece por la presencia de alguien en particular), pero comienzo a sentir cómo el vello de mi nuca se eriza y alzo la cabeza lo suficiente como para verlo apoyado en el quicio de la puerta. Tiene una postura dominante, con su hombro pegado a la madera, sus brazos

cruzados marcando perfectamente sus músculos y sus piernas entrelazadas, logrando que parezcan mucho más torneadas y fuertes, si cabe.

—Me encanta cuando estás concentrada y tienes el bolígrafo sujeto entre tus labios —susurra consiguiendo que se erice el resto de mi piel y no solo el vello de mi nuca.

Yo no atino a contestar porque la visión que tengo de él me enmudece. Comienza a caminar sigilosamente hacia mí, como un felino que quiere abalanzarse sobre su presa. Me quita el bolígrafo y lo deja caer en la mesa.

—¿Qué... qué hora es? —tartamudeo.

—Las seis de la tarde —me responde casi en un susurro.

—Vaya... Se me ha hecho bastante tarde hoy.

—Ya no queda nadie en la oficina. —Y continúa acercándose, bordeando la mesa y situándose a mi lado.

Gira mi silla y la coloca de tal manera que quedamos frente a frente. Alzo la cabeza, porque yo sigo sentada y él aún de pie. Me observa intensamente y yo doy gracias por estar sentada, porque ahora mismo estoy convencida de que mis piernas no serían capaces de sujetarme. Veo cómo comienza a agacharse, coloca ambas manos en los reposabrazos y se inclina hasta quedar a mi altura.

—Perdóname, Flores.

—¿Por... Por qué? —logro balbucear presa del estado de expectación y excitación en el que me encuentro, sin que me haya tocado siquiera.

—Por lo que voy a hacer.

Se acerca decididamente y sitúa su mano en mi nuca haciendo que me recorra un escalofrío que comienza en mi pelo y va directo a mi centro, que debe estar caliente y húmedo debido a este juego tan seductor. Mi sexo palpita y mi corazón lo acompaña con rápidos movimientos. Tira de mí y une nuestros labios, que se funden en uno solo y se acoplan de tal manera que parece que nunca se hayan separado, que estuvieran hechos el uno para el otro, listos para pecar y pecar.

Su lengua descarada, que me excita hasta límites insospechables, emprende un delicioso recorrido y se abre paso dentro de mí, se enreda con mi lengua y ambas comienzan una pelea interminable de lengüetazos que nos encienden cada vez más. Oigo nuestros gemidos uniéndose, él ronco y duro, y yo muerta de deseo; logra que me derrita más y más en este baile de lenguas. Estoy encendida, completamente y no me ha dado nada más que un beso.

Coloca una de sus manos en mi brazo y comienza a recorrerlo suavemente

con uno de sus dedos, desde el hombro hasta el final; entrelaza sus dedos con los míos y presiona fuertemente. Es un hombre de contacto, lo he dicho en miles de ocasiones. Hace el mismo recorrido con la otra mano y, una vez me tiene las dos manos sujetas, separa sus labios de los míos y me mira fijamente, instándome a que me levante. Hago caso y me pongo de pie. Sus manos abandonan las mías para situarse al final de la espalda y continuar bajando hasta llegar a mi culo; me agarra las nalgas y las aprieta. Me levanta de un rápido movimiento y me apremia a que le rodee la cintura con las piernas mientras vuelve a unir nuestras bocas y nuestras lenguas vuelven a danzar juntas. Gimo de puro gozo y ya no sé ni dónde estoy. Me lleva en volandas y me coloca en el borde de la mesa, sin despegar nuestros labios y, acto seguido, se sitúa en medio, presionando mi sexo con su dura erección, arrancándome un ahogado gemido que me hace separar los labios de los suyos y arquearme completamente, por el contacto tan íntimo que estamos teniendo.

Sus labios bajan hasta mi cuello, besando y mordisqueando todo a su paso. Se acerca a mi oído y me besa justo debajo del lóbulo, haciéndome estremecer por el deleite que me proporciona ese contacto. Sus manos abandonan mis caderas y buscan el borde de mi camisa, sacándola por mi cabeza con decisión y tirándola al suelo. Observa mi ropa interior de satén negro y desliza uno de sus dedos por el contorno de mi pecho, que se mueve agitadamente debido al momento tan ardiente que estamos compartiendo. Yo despierto de mi letargo y coloco mis manos al final de su camisa, tirando de ella con la misma decisión con que lo ha hecho él momentos antes. Una vez tiene su torso escultural frente a mí, lo recorro desde la nuez de Adán hasta donde se encuentra la cintura de su pantalón y, acto seguido, coloco ambas manos en su trasero y lo empujo hasta mí con un fuerte empujón, haciendo que nuestros sexos calientes se encuentren y gimamos de gozo.

—Espero que no seas muy maniática del orden —me suelta antes de tirar las carpetas que están en mi mesa y tumbarme en ella sin dejarme reaccionar.

Coloca su mano en el botón de mi pantalón y lo desabrocha con una destreza pasmosa; tira de él sacando cada pernera de su sitio y dejándome con el tanga negro, igual que el sujetador, para volver a recorrer el contorno del mismo, tal y como ha hecho antes con mi pecho, y coloca la palma de su mano encima de mi entrepierna.

—¡Qué caliente estás, princesa!

Yo no puedo contestar; estoy convencida de que puede ver la lujuria en mis

ojos de la misma manera que yo la veo en los suyos, que han dejado de ser verdes para pasar a ser negros.

No se molesta en quitarme el sujetador, sino que saca mis pechos de él y los masajea suavemente mientras acerca sus labios a uno de mis pezones y se lo introduce en la boca, para posteriormente chuparlo, comenzando a torturarlo de manera deliciosa mientras juega con el otro entre sus dedos, apretándolo para luego acariciarlo, como si quisiera consolarlo por la dulce tortura a la que lo está sometiendo.

Empieza a bajar delicadamente por mi barriga repartiendo besos a su paso, dejando sus manos en mis pechos, que están ávidos de sus caricias. Llega hasta mi centro y se sitúa entre mis piernas, recorriendo mi sexo con su nariz y aspirando el olor a la excitación que sé que tengo.

—Mmmm...

Yo sigo sin poder hablar, perdida entre las sensaciones que me recorren. Baja mi tanga y me lo saca exquisitamente por las piernas, quemándome con sus dedos mientras avanza por mis piernas. Lo deja caer al suelo y vuelve a colocarse entre mis piernas, acomodando ambas al borde de la mesa y dejándome completamente expuesta ante él.

—No sabes cómo me pone verte así, completamente depilada y abierta para mí.

Pronuncia estas palabras a la vez que pasea sus dedos por mis pliegues, empapándose de mis fluidos. Mira sus dedos mientras me recorre e introduce el índice dentro de mí, haciendo que me arquee al notar tal invasión y que gima descontroladamente. Saca su dedo y lo lleva a su boca, lamiéndolo como deseo que haga conmigo.

—Eres deliciosa, princesa. —Su mirada sigue tornándose cada vez más oscura, si cabe.

No miento cuando digo que ha sido uno de los momentos más eróticos de mi vida y que he estado al borde de correrme sin siquiera haberme tocado. Lleva su boca a mi sexo y comienza a besarme el monte de Venus mientras sus dedos continúan con su particular exploración. Grito cuando su lengua me acaricia el clítoris y a su vez me penetra, añadiendo otro dedo. Me besa y me chupa sin descanso, sin sacar los dedos de dentro de mí, moviéndolos hábilmente.

—Jaime, me voy a correr. —Casi no reconozco mi voz cuando pronuncio esta frase.

—Eso es princesa, déjate llevar. Córrete para mí, Flores.

Y estas sensuales palabras hacen que estalle en mil pedazos. Me convulsiono mientras él sigue besándome en mi zona más ardiente que, lejos de enfriarme, acrecienta mi calor.

Oigo el sonido de una cremallera bajándose e inmediatamente sé que es la de su pantalón. Me incorporo a tiempo para ver cómo libera su erección; está muy duro, es imposible que pueda estarlo más de lo que lo está ahora mismo. Veo que brilla y soy consciente de que es por sus propios fluidos y su excitación. Se acerca a mí rápidamente y vuelve a situarse entre mis piernas; coloca su miembro en la entrada de mi sexo y empuja suavemente con él mientras me mira fijamente a los ojos, creando esa conexión que siempre tenemos.

Una vez está dentro de mí, oigo cómo gruñe y echa la cabeza hacia atrás: está tan perdido como yo. Vuelve a fijar sus ojos en los míos y empieza a moverse suavemente, delicado, disfrutando de mi sexo que lo aprieta y lo absorbe. Gimo, gime y nos dejamos llevar por la pasión. Me agarra los pechos al tiempo que sigue embistiéndome y no deja de mirarme, ni yo a él; quiero empaparme de cada uno de los gestos con los que ambos nos acercamos a la locura más absoluta.

Nos arrastra la pasión y empieza a embestirme mucho más frenético, más excitado, más ardoroso y nos vemos envueltos en una vorágine de placer que me asusta porque arrasa con todo lo que somos en este momento.

Noto cómo comienza a formarse nuevamente en mí ese cosquilleo característico que me hace levitar de placer y, en un arrebato, enredo mis piernas en sus caderas y presiono de tal manera que la intrusión se hace más fuerte y más profunda. Le gusta, porque un ronco gemido sale de su boca y me pellizca los pezones, que están muy erectos y duros por el placer tan grande que estoy sintiendo. Se nubla mi visión y me dejo ir en un mar de sensaciones y fuegos artificiales que me envuelven. Oigo cómo gime, gruñe y grita mientras se vacía en mi interior. Estamos entregados a la pasión. No sale de mí una vez se ha corrido, sino que se recuesta encima y me besa.

—Eres mi princesa marciana. Eres mi todo, Alma. Sin ti seré un hombre vacío y desolado.

Y vuelve a besarme y yo respondo a su beso, por supuesto, porque en este momento mi corazón y el suyo laten acompasados en un baile en el que solo estamos nosotros y el resto del mundo nos sobra.

Nos dirigimos a los baños para asearnos un poco después de este arrebato de pasión. Joder, no había hecho algo así nunca. ¿Y si hubiera quedado alguien en la oficina? Me tapo la cara con las manos, un poco avergonzada. Ahora que he recuperado la lucidez y soy más consciente de dónde me encuentro, la mujer sensata vuelve a salir y me dice que he sido una loca al dejarme llevar por un arrebato de pasión, pero mi malvada interna le contesta que ¡vaya arrebato de pasión este! Por lo que la cosa se queda así: conciencia 0 - malvada interna 1. Muajajaja.

Regreso a mi despacho, aún recuperándome de lo que acaba de suceder. Tengo claro que, a partir de ahora, no miraré esa mesa de la misma manera.

Me quedo muda al abrir la puerta; allí se encuentra Jaime esperándome, imponente. No parece mostrar ningún signo que evidencie lo que acaba de pasar; en cambio yo... Supongo que soy como un libro abierto.

Oigo cómo suena «Solamente tú», de Pablo Alborán y vuelvo a tener esa sensación tan familiar con él; vuelvo a erizarme por completo y debe notarlo, porque me sonrío tierno. Me atrae hacia él, coloca una de sus manos en mi cintura y me da la otra. Me pide silenciosamente que le siga y sitúo mi mano en su espalda; me estrecha en un abrazo silencioso mientras la voz de Pablo Alborán sigue sonando y llevándonos más allá.

—Baila conmigo, princesa —me pide cálidamente.

Yo me dejo llevar por este momento tan romántico y por esta bruma de amor que nos envuelve y comienzo a mecarme entre sus brazos.

—Tú y tú y tú y solamente tú, haces que mi alma se despierte con tu luz, tú y tú y tú —susurra con su boca pegada a mi oído.

Creo que podría quedarme para siempre entre sus brazos, porque en ellos y solo en ellos me siento en casa.

—¿Te he dicho que me encantas? —me pregunta.

—No, hoy no —le contesto.

Sonreímos mirándonos a los ojos y nos damos un beso, tierno, dulce y cariñoso, sin dejar de movernos.

—No sé si habrás visto este videoclip, pero me gustaría que lo hicieras porque termina en nuestra esquina. Donde nuestros cuerpos se hicieron dueños uno del otro.

—¿En la esquina de Primark?

—Sí —me contesta—. Nuestros corazones se pertenecen desde mucho antes, princesa.

Y así seguimos bailando mientras me estrecha contra él y entierra su cara en mi cuello y aspira fuertemente mi olor. Estoy convencida de que quiere grabarme a fuego en su piel.

## Capítulo 27

Después de esa tarde no hemos vuelto a ser los mismos. No era la primera vez que compartíamos momentos de intimidad, pero sí la primera que nos sentíamos tan libres como para poder ser nosotros. Después de ese baile llegó una cena en mi casa y después de esa cena, hubo piel y más piel. Dormimos juntos esa noche y varias noches más de esa semana; parecíamos una pareja normal, y digo «parecíamos» porque, en el fondo, ambos sabíamos que esa burbuja que nos envolvía tarde o temprano explotaría y no sabíamos qué perderíamos por el camino. Yo tenía claro que perdería mi corazón porque, después de esto, era imposible ser la misma. Llegó a mi vida para revolucionarla y pensar en tener que renunciar a lo que me hacía sentir se me antojaba más que impensable.

Venía para quedarse cuatro semanas, pensaba aprovecharlas al máximo y así hice. Los primeros diez días fueron de pasión extrema y de conocernos, de compartir momentos y de guardarlos dentro de nosotros.

—Deberías invitarlo el viernes al karaoke —me dice Mar mientras nos tomamos un cortado leche y leche <sup>13</sup> en el Au Revoir, esperando a que llegue Érika.

—Se lo diré para que nos acompañe la próxima semana; mañana sería muy precipitado y no sé si a Érika le parecería buena idea teniendo en cuenta lo que pasó cuando nos lo encontramos por casualidad —le respondo.

Era jueves y, como marca nuestra *Constitución femenina*, los jueves quedamos sí o sí.

—Mira, por ahí viene la susodicha —anuncia Mar señalando la acera de enfrente.

Ambas miramos hacia donde ha señalado Mar y vemos que viene estresada.

—Me da que, viendo la cara que trae, no le voy a preguntar nada, por si acaso me muerde —le suelto a Mar, que se ríe en respuesta a mi afirmación—. No te rías, que no es broma —y basta que lo diga para que se ría con más fuerza.

—Siento el retraso, pero es que me he liado preparando una vista que tengo el lunes y este finde no quiero trabajar más de lo necesario. Con la suerte que tengo seguro que me toca el pánfilo de la última vez.

—Lo que tienes con ese juez es amor-odio, cariño —le explica Mar.



—¿Amor-odio, dices? Tú no sabes lo bicho que es, creo que es verme entrar y ¡zas! Endurece la mirada y a darme por culo sea dicho —suelta.

—Relájate, tú sabes que puedes con eso y con más, nena —le dice cariñosamente Mar mientras la acoge entre sus brazos y le da un apretón de consuelo—. Y ya que estamos hablando de pánfilos y esas cosas, Alma dice que si puede llevar a Jaime el próximo viernes al karaoke con nosotras.

—¿Que yo he dicho qué? ¿Serás perra sata? ¡Pero si fuiste tú quien lo propuso! —escupo, enfadada.

—¿Yo? Ya te vale, tía, no sabía que podías cargarme el muerto a mí —contesta y juro que veo cómo le sale la aureola que tienen todos los santos en su cabeza.

—Por mí, bien —suelta Érika, que rompe en ese momento la discusión.

Ambas nos quedamos calladas porque no esperábamos esa respuesta.

—¿Lo dices en serio? ¿No tenemos que suplicarte ni hacerte la pelota ni nada de nada? —suelto estupefacta.

—No, mi niña, no hace falta. Creo que el otro día me pasé un poco con el señor Paella y es momento de redimirme. En el fondo me cae bien. Ahora, te digo, como te haga daño...

—Lo rajas —respondemos al unísono Mar y yo.

—Exacto. Cómo me conocéis, *japutas*. —Y rompemos a reír a carcajadas.

Salimos tarde de la cafetería y me dirijo a casa. Estando allí he empezado a sentirme un poco mal, me duele la cabeza y siento como si tuviera el cuerpo algo lastimado.

Me meto en la cama y me tapo hasta arriba, porque tengo un frío horrible. Me da que he pillado algún virus, porque es cierto que aún hace frío, pero no tanto como para encontrarme así.

Suena mi despertador y la sensación que tenía anoche se ha incrementado; ha pasado de ser un leve dolor de cabeza y malestar a encontrarme completamente griposa y a tener fiebre. No puedo ni moverme de la cama, estoy hecha polvo. Estiro la mano y cojo el teléfono para enviarle un WhatsApp a Aitana.

Alma:

Me encuentro mal. No creo que vaya a trabajar hoy. Hazte cargo de todo.

Aitana:

No te preocupes, jefa. Mejórate.

Como puedo me arrastro hasta el baño con la intención de meterme en la ducha para ver si el agua baja un poco la fiebre. Saco un ibuprofeno de un cajón y me lo tomo, seguido de un vaso de agua; me desnudo y me meto bajo el chorro. Me siento y dejo que me empape y caiga sobre mí y me quedo ahí un rato porque no tengo fuerzas para más. Cuando ya noto que mi cuerpo está más templado y que el agua sale mucho más fresca salgo, porque no creo que el agua fría me haga bien en estas circunstancias.

Me pongo una camisa corta y unas braguitas de algodón, me deslizo entre las sábanas y caigo de nuevo en un profundo sueño.

Abro los ojos y oigo varias voces en casa; me pongo en alerta porque pienso que pueden haber entrado ladrones, pero no tengo fuerzas para moverme, así que dejo que el destino decida lo que quiere para mí.

—¡Aquí está! —Oigo, pero sigo sin distinguir bien porque me encuentro en un profundo estado de duermevela.

—¡Joder! Tiene mucha fiebre —gritan—, tenemos que llevarla a urgencias.

Y entonces unos cálidos brazos me rodean y me elevan. Abro los ojos y le veo, tan guapo como siempre, tan imponente, tan sensual.

—No te duermas, princesa, aguanta, vamos al médico.

Pero yo no puedo y vuelvo a cerrar los ojos y a dejarme arrastrar por el sueño. Es lo único que me pide el cuerpo.

Abro los ojos, algo desorientada y me encuentro acostada en una camilla; llevo puesto un camisón blanco y feo como él solo y es en ese momento en el que me doy cuenta de que estoy en el hospital. Me han cogido una vía y tengo varios sueros puestos. Miro a un lado y al otro y veo allí sentadas a Mar y a Érika.

—¿Qué ha pasado? —logro balbucear.

—Nena, te has despertado. Voy a llamar a un médico —exclama Mar mientras la veo levantarse rápidamente y salir de la habitación.

—Tía, que afán el tuyo de llamar la atención, ¡coño! Si querías ser la estrella por un día podías haberlo dicho sin necesidad de montar la que has montado. —Érika sonrío, pero noto que está muerta de miedo, a pesar de que lo intenta disimular con su sarcasmo.

Le aprieto la mano en señal de afecto y vuelvo a cerrar los ojos unos segundos. Los abro cuando noto que me tocan la frente.

—Señorita Flores, menos mal que la han traído a tiempo porque estaba inconsciente por la fiebre tan alta que tenía. Soy el doctor Andrés Gutiérrez.

—Gracias. Esta mañana tomé un ibuprofeno, pero se ve que no logré que hiciera mucho.

—Creo que usted quiere decir que lo tomó ayer por la mañana porque lleva veinticuatro horas inconsciente.

Abro los ojos muchísimo, asombrada por lo que me está contando.

—Muchas gracias por haberme ayudado, doctor.

—Las gracias debe dárselas a su novio y a estas chicas, que han actuado rápidamente.

¿Novio? ¿Ha dicho novio?

—Tiene usted una bronquitis. No es grave, pero al tener una fiebre tan alta y no haberla bajado a tiempo se complicó un poco. Ya lleva más de ocho horas sin fiebre, así que, si todo va bien, podrá irse a casa esta tarde.

Asiento porque poco más puedo hacer.

—Nos has jodido el karaoke de ayer, perra —bromea Mar.

—Ni que fueras una gran cantante. Mírala a ella: cuidado, Beyoncé, que llega Mar Villareal —responde, socarrona, Érika.

—Tú sí que cantas como un culo, lo que me faltaba por oír —le contesta Mar.

No puedo evitar reírme con sus comentarios, ¡si es que son tal para cual!

—Entonces, ¿es cierto que me trajo Jaime? —pregunto ansiosa.

—Sí —contesta Érika—. Me llamó Aitana porque Jaime la estaba amenazando, diciendo que si no me llamaba a mí o a Mar para que lo acompañáramos a tu casa hablaría con tu jefe para que la despidieran. Mar no contestó el teléfono porque estaba en directo y yo estaba en mi despacho. Como ambas tenemos llave lo acompañé, aunque no estaba segura de que estuvieras tan mal porque la tarde anterior habíamos estado tomando café juntas, pero se ve que te pilló fuerte. Llegó y estaba desquiciado, nervioso y cuando te encontró en la cama, ardiendo de fiebre, nos asustamos mucho y te trajimos aquí.

—¿Y ahora dónde está?

—Lo mandamos a casa un rato porque anoche se quedó contigo aquí y no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión.

—Vendrá en un rato —asegura Mar.

—¿En serio se ha quedado aquí toda la noche, conmigo?

—Ajá —contesta Érika.

Veo cómo Mar cabecea asintiendo y sé que ambas están sorprendidas por su actitud con respecto a mí.

—Se ha portado como un campeón. Creo que lo que él siente por ti es verdadero —afirma Mar.

Juntamos las manos y nos las apretamos en silencio las tres. Somos sensatas al tener en cuenta lo que significa todo esto, pero, por otra parte, no podemos dejar de pensar en que quizá y solo quizá, elija vivir.

—Tus padres están fuera, a ver cómo te las apañas con ellos —dice Érika—. Voy a buscarlos. Nosotras nos vamos ya. Avísanos cuando te den el alta, que pasamos a verte.

—Gracias por todo, chicas —les digo emocionada.

—Eh, nena, somos tu comando... Somos hermanas —me contesta Mar, abrazándome.

Mar y Érika se van y al momento entran mis padres, con caras de espanto.

—Cariño —comienza mi madre—, nos has dado un susto de muerte. ¿Por qué no nos llamaste?

—Alma Flores, somos tus padres, tenías que habernos avisado antes que a nadie de que te encontrabas mal —prosigue mi padre—. No me parece bien que nos hayamos tenido que enterar porque nos hayan llamado tus amigas —sentencia.

—Yo no avisé a nadie —me defiendo—. Le envié un WhatsApp a Aitana para decirle que me encontraba mal y que no iba a ir a trabajar. Parece que se preocuparon, fueron a buscarme y me encontraron inconsciente por la fiebre.

—Esa es otra. ¿Cómo es que te ha traído un desconocido? ¿Cómo entró en tu casa? —pregunta mi madre.

—Yo qué sé... Las chicas me dijeron que Jaime se preocupó y las obligó a ir por casa a ver si estaba bien —explico.

—¿Y por qué un desconocido se tiene que preocupar por cómo está mi hija? —prosigue mi padre.

¿Qué les digo? ¿Hasta dónde puedo leer?

—Nos conocemos hace tiempo y somos buenos amigos. —Decido ir por la vía fácil—. Supongo que si Érika o Mar se hubieran enterado antes que Aitana habrían hecho lo mismo que Jaime.

—Sí, pero casualmente fue ese tal Jaime... —continúa mi madre.

—Me encuentro bastante cansada; tampoco creo que haya que darle

muchas más vueltas al tema.

—Lo dejamos... por ahora —sentencia mi padre.

Sobre las cinco de la tarde regresa el doctor a mi habitación junto con una enfermera y proceden a quitarme las vías.

—Le vamos a dar el alta. Sus constantes siguen siendo estables y no tiene fiebre. Deberá seguir con los inhaladores una semana y con los antibióticos cinco días más, para curar bien la infección pulmonar —me explica.

—No se preocupe, nos encargaremos de que cumpla con el tratamiento —le contesta Mar.

Han vuelto, las he avisado porque, después del interrogatorio al que me han sometido mis padres, necesito abrir un gabinete de crisis y ellas, como buenas amigas, han acudido en mi auxilio.

Veo cómo el doctor fija su mirada en Mar y la recorre entera.

—Con una enfermera como usted cualquiera no mejoraría pronto —le contesta y le guiña un ojo—. Descanse y recupérese bien, señorita Flores.

—Gracias —vuelvo a decirle.

El doctor se apresura a salir de la habitación pasando muy cerca de Mar y provocando que sus brazos se rocen. No puedo ver la cara que le pone, pero estoy convencida de que le está sonriendo o algo parecido. Érika pone su gesto de «me muero del asco y me dan arcadas» lo cual me indica que no voy desencaminada.

—¿Qué ha sido eso, fierecilla? —le pregunta Érika.

—¿El qué? —le pregunta Mar a su vez, haciéndose la inocente.

—Ya veo, ya... Al igual que para un hombre «cualquier hueco es trinchera», para una mujer «cualquier pirata te puede comer lo que tienes entre las patas».

—¿Artículo ocho o nueve de la *Constitución femenina*? —pregunto riéndome.

—Nueve —contestan Mar y Érika a la vez.

Y nos fundimos en un tierno abrazo las tres.

—¡Veo que estás mejor! —Y esa voz hace que levante la cabeza del hombro de Mar y lo mire y sonría con una enorme gratitud por lo que ha hecho por mí.

—Probablemente, si no fuera por ti... —Y no puedo continuar la frase porque me invaden unas tremendas ganas de llorar.

—Os dejamos solos —afirma Mar mientras coge a Érika de la mano y

salen de la habitación.

Las vemos salir y, de inmediato, él recorre la distancia que nos separa y me abraza fuerte. Hunde su nariz en el hueco de mi cuello e inspira profundamente.

—Siempre hueles tan bien...

—No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por mí. —Y noto cómo una lágrima recorre tímidamente mi mejilla para terminar en su camisa.

Me coge de la barbilla y alza mi cabeza para que lo mire, cuando se da cuenta de que me ha podido la emoción.

—Escucha, princesa: lo que he hecho no tiene importancia. Lo haría una y mil veces por ti, ¿me has oído?

No soy capaz ni de asentir, sino que me acurruco en su pecho, en mi hogar.

—Llévame a casa, Jaime.

—Música para mis oídos, Flores.

Termino de vestirme y salimos de la habitación. Ahí están Mar, Érika y mis padres, esperándome.

—Supongo que Jaime te lleva a casa, ¿verdad? —pregunta Mar.

—Supones bien —le contesta él.

—Hola, soy Mara, la madre de Alma.

—Encantado, señora.

—Yo soy Bernabé, el padre de la señorita. Encantado.

—Igualmente —responde Jaime educadamente.

—Muchas gracias por lo que has hecho por nuestra hija; espero que podamos hablar algún día y puedas aclararme toda esta situación —le dice mi padre.

—Papá, ya te lo he explicado, no hay nada más que añadir.

No parecen muy convencidos, pero deciden guardar silencio.

—Nos vamos ya, cielo; si él te lleva no hacemos nada más aquí. Te llamaré esta noche para saber cómo te encuentras —añade mi madre.

—Yo sigo pensando que quizá lo mejor sería que te vinieras a casa con nosotros y te quedases allí, así por lo menos no estarás sola —insiste mi padre.

—No, me voy a casa. A mi casa, para ser más específica.

No quiero ir con ellos, más que nada porque podría pasarme semanas allí y no me dejarían salir. Lo hacen con buena intención, probablemente con la mejor intención del mundo, pero ahora quiero aprovechar el tiempo que esté

Jaime conmigo y que él sea mi enfermero particular. Además, ya me encuentro algo mejor, nada que no se cure con reposo y siguiendo las indicaciones del médico.

—Oye, señor Paella, te debo una disculpa por lo del otro día. Te has portado, Jaime. Pero cuídala porque, si no lo haces, hay unos rumanos que me deben un favor, ¡no te digo más! —comenta Érika una vez que mis padres ya se han despedido de nosotros.

—¿Te han dicho alguna vez que estás loca? —le responde Jaime.

—Sí, pero creo que no las suficientes.

Érika le da un abrazo y un beso, seguida de Mar, que lo mira y cabecea en señal de agradecimiento.

—Y así, señores, es como se firma la paz —añado.

Llegamos a casa y me meto directamente en la cama; estoy agotada y eso que no he hecho más que dormir.

—Quédate a mi lado, Jaime.

—Descansa, princesa. Velaré por tus sueños. No me iré a ningún sitio.

Y es suficiente para que Morfeo me envuelva entre sus brazos y me deje llevar por un sueño en el que, como siempre que aparece Jaime, estamos juntos y habrá un «por siempre jamás».

Abro los ojos porque la luz incide directamente en ellos. Estoy acostumbrada a dormir con la persiana bajada, pero ayer no me acordé y creo que Jaime no cayó en la cuenta de eso.

Muevo la cabeza hacia el otro lado y lo veo allí, junto a mí, durmiendo profundamente. Imagino que estará muy cansado porque el viernes por la noche durmió en una silla en la habitación, conmigo, y eso pasa factura.

Como si percibiera que lo estoy mirando, abre sus ojos, clava su pupila en la mía y sonríe.

—¿Cómo se encuentra mi princesa marciana hoy?

Yo dibujo una sonrisa en mis labios por culpa de la expresión que ha utilizado para llamarme.

—Pues para su información, doctor Alcántara, estoy como nueva. Dormir me ha sentado de maravilla. Parece que no hubiera estado enferma. Mañana lunes volveré a la oficina como si nada hubiera pasado.

Veo cómo frunce el ceño por lo que le acabo de decir e imagino cuál va a ser su respuesta.

—De eso nada, Flores. Debes descansar, el médico lo ha puesto en el

informe y, como tu superior, me encargaré de que Javier lo sepa. Si no soy yo, será él quien te obligue. —Y hace un gesto con el brazo de manera triunfal al que yo respondo con mi mejor mohín infantil, sacándole la lengua y todo.

Me acerco a besarle y me responde de manera muy dulce a mi beso, uniendo nuestros labios que se echaban de menos. Intento profundizar en el beso. Ya no me encuentro mal, ahora necesito que me reavive a base de bien (mi malvada interna da palmas hasta con las orejas), pero Jaime se separa y me pone el dedo índice en los labios.

—No podemos. Estás enferma y ya sabes que si empiezo no podré parar.

—Pues no pares, es que justamente lo que quiero es eso.

Sus pupilas están dilatadas y sus preciosos ojos verdes brillan, tornándose cada vez más negros. Está dejando paso al lobo feroz que lleva dentro y que me encanta.

—Me encuentro bien. Perfectamente, para ser más exactos.

Y le empujo para que se coloque boca arriba mientras me subo a horcajadas sobre él y reanudo el beso. Hay mucha pasión y necesidad en él. Le devoro la boca. Lo beso ávidamente y veo que cede a mis caricias y gime en mi boca en respuesta a nuestros húmedos besos.

Le quito la camisa y acto seguido me quito la mía. Solo tengo unas braguitas debajo y él unos calzoncillos, así que nos ahorraremos mucho trabajo.

—Seré rápida. Tengo ganas acumuladas —le digo mientras le guiño un ojo, provocándolo.

Pone sus manos en mis caderas y me aprieta contra su erección.

—Vaya, vaya, pero si veo que estás más que preparado y me querías rechazar —le suelto con cara de enfado, cruzando mis brazos sobre mis pechos.

—¡Qué sexi eres, joder!

Bajo mis brazos y los apoyo en su pecho mientras lo recorro con mis uñas; ahora mismo soy como una gata en celo. Llego al elástico de sus slips y lo recorro con mi dedo, viendo cómo echa la cabeza hacia atrás. Esta imagen me provoca una excitación brutal y siento necesidad de saborearlo por completo, de volverlo loco con mi boca, así que decido bajar suavemente. Se da cuenta de la dirección que toma mi cuerpo y me mira fijamente; él está completamente entregado a mis caricias y yo a su piel. Llego al borde de su slip e introduzco los dedos en ambos lados y comienzo a bajarlo pausadamente sin dejar de



mirarlo ni un instante. Veo cómo su miembro sonrosado se yergue sobre su pubis depilado mientras continúo bajando el calzoncillo. Lo tiro al suelo y me acerco, cual loba con un hambre voraz; deslizo mi lengua desde la base hasta el glande y hago el mismo recorrido en sentido inverso. Jaime echa la cabeza hacia atrás y levanta su cadera, acercándola a mí con desesperación. Yo estoy igual de excitada que él, en este momento es todo mío y el poder lo tengo yo.

—¡¡Joderrrrrr!! —grita dejándose llevar por la pasión y el placer que le proporcione y yo sonrío satisfecha por lo que estoy consiguiendo.

Vuelvo a subir por su pene y esta vez lo introduzco en mi boca mientras mantengo mi mirada fija en la suya. Ha vuelto a posar sus ojos sobre los míos y se muerde el labio, movido por el deseo. Chupo, lamo y beso todo su miembro y él no deja de gemir mi nombre, de soltar exabruptos y maldecir. Agarro la base y, a la vez que chupo su glande, acompaso los movimientos de mis manos, que cada vez se hacen más firmes y más certeros; me lo dice su sabor, cada vez más salado. Lo tengo a punto de caramelo.

—Alma, para, me voy a correr y lo quiero hacer dentro de ti —logra decirme entrecortadamente.

Yo lo miro y continúo chupándolo de manera ansiosa, haciendo caso omiso a sus súplicas. Vuelve a alzar las caderas y se debate entre dejarme terminar o parar, pero se decide porque, en un movimiento certero, me gira, me coloca boca arriba y pasa sus mágicos dedos por mis pliegues.

—¡Estás empapada! Siempre dispuesta para mí, princesa.

—Siempre —le contesto, presa de la excitación.

Y de un certero movimiento se introduce dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás y él apoya su cabeza en mi pecho, donde mis pezones le saludan erguidos y él les responde besándolos y mordidiéndolos mientras comienza a mecerse, haciendo que flote y que me encuentre en una nube de placer. Llega muy profundo en sus embestidas, provocando que me retuerza de puro deleite.

—Jaime, no creo que pueda aguantar mucho más.

—Lo sé, princesa, lo noto.

Mi sexo lo absorbe igual de entregado que está él. Intensifica sus embestidas intercalándolas con rotaciones de su pelvis, volviéndome loca. Movida por el frenesí del momento, le arañó la espalda y le muerdo el labio inferior y él gime en respuesta a mis actos más primitivos. Y explota. Mi cuerpo permanece en la cama, pero yo vuelo envuelta en un mar de olas que hacen que me eleve y que Jaime vuele conmigo, porque lo oigo gritar mi

nombre mientras eyacula fuertemente dentro de mí. Deja caer su cuerpo sobre el mío y yo coloco mis brazos en su espalda y lo aprieto para fundirnos en uno, más aún si cabe. Levanta su mirada y veo el brillo intenso en sus ojos.

—Te quiero, Alma. Te quiero tanto...

Y le beso queriendo que mis labios sean capaces de demostrarle con hechos lo que mi boca no es capaz de decirle.

<sup>13</sup> Palabra canaria que describe un cortado al que se le añade leche condensada para endulzarlo.

## Capítulo 28

Finalmente hago caso a lo que Jaime me dice y no acudo a la oficina. Debo aclarar que el lunes, cuando me levanté, me sonó el teléfono y era Javier quien llamaba para decirme que nada de volver al trabajo. Yo estaba muy decidida a ir, pero tuve que cambiar de idea; visto lo visto, decidí no tentar a la suerte.

Aitana me llamó los dos días que falté y me dijo que no me preocupara, que estaba todo controlado. ¡Qué suerte la mía de tenerla a mi lado!

El miércoles, por fin, me incorporé y como cada mañana, recibí mi audio con mis «Buenos días amor, amor, amor». Ahora nos lo enviamos todas las mañanas para darnos los buenos días, es nuestra manera de hacerlo y me encanta. Evidentemente luego nos vemos en la oficina, pero nos da igual. Nuestro audio es nuestro y punto.

Después de mi café con leche y dos de azúcar matutino recibo un correo con copia a Jaime en el que Javier nos indica que tendremos una reunión a las 11:00 en la sala de juntas que se encuentra en su planta. Y hasta allí me dirijo; pulso el botón del ascensor y, mientras espero, oigo unos pasos que se acercan, me giro y veo a Jaime, que me sonrío fugazmente. Guarda las distancias, pero el hilo que nos une sigue ahí y estoy segura de que él lo nota tanto como yo.

Nos metemos en el ascensor y nos arrinconamos al fondo, contra la pared, porque hay varias personas subidas en él. Nos miramos levemente, intentando no mostrar la atracción que sentimos y representando un papel en el que él es mi auditor y yo su subordinada. Varios compañeros se bajan en la octava planta mientras nosotros debemos subir tres más para llegar a la planta del director general, donde se celebrará la reunión. Justo cuando se cierran las puertas del ascensor, Jaime me mira intensamente y yo me muerdo el labio en respuesta a su inspección. Acto seguido recorre la distancia que nos separa, me empotra contra una de las paredes laterales del ascensor y me besa frenéticamente. Su lengua se une a la mía y comienzan una lucha descarnada, donde cada una quiere ganar. No puedo evitar gemir en respuesta a su invasión y acercar mi pelvis a la suya en busca de ese contacto que tanto anhelo y que me provoca su simple presencia. Parece ser que Jaime es más consciente que yo, porque se separa antes de que se abran las puertas y se adelanta. No entiendo cómo es capaz de comportarse como si nada de esto hubiera pasado; a mí aún me tiemblan las piernas y el corazón me late acelerado en el pecho.

Sale del ascensor y da unos ligeros pasos, pero se detiene y retrocede, acercándose nuevamente a mí.

—Llevo todo el día con ganas de hacer eso, desde el mismo instante en que te vi llegar con esos pantalones pitillo, Flores.

«¡Será capullo el tío!», maldigo para mí. ¿Cómo me hace esto? Debería estar penado ser tan condenadamente sexi y presuntuoso. Teníamos razón cuando decidimos poner en nuestra *Constitución femenina* esta afirmación en el artículo diez: «Cuanto más sexi y más presuntuoso sea el tío, más nos pone», y ante esto no hay barrera posible. La vida es así, nos van los malos malotes. Pero sí puedo añadir: nos gustan los malotes con gran corazón. A Érika y Mar mejor no preguntarles qué otra cosa grande quisieran ellas.

Como buenamente puedo, me recompongo y me voy a la sala de juntas, donde están sentados ya Javier y Jaime y algunos otros responsables de departamento. Me disculpo con la cabeza y Javier me sonrío en respuesta a mi gesto. Jaime, en cambio, me mira sonriendo canalla. ¡Imbécil! «Me vengaré, no lo dudes», y sonrío mala, mala, ante mi pensamiento.

—Buenos días, equipo —comienza el señor Alcázar—. He convocado esta reunión porque me han comunicado esta mañana que han programado un nuevo congreso, en Madrid dentro de dos semanas. Jaime, aún no sé si estarás por aquí, pero de estar, deberás asistir y Alma, tú también. Sabes que para los viajes siempre recurro a ti y nunca me fallas.

—Por mí no hay problema —responde Jaime.

—Por mí, tampoco —añado yo.

—Perfecto —continúa el señor Alcázar—. Aprovechemos el resto de la reunión para saber qué tal va la auditoria. Yo saldré de viaje la próxima semana y estaré fuera dos días. Quiero iniciar unas negociaciones para ampliar nuestras fronteras.

Y tras esto seguimos con la reunión, repasando punto por punto. Terminamos a la hora del almuerzo y bajo sola, ya que Jaime se queda con Javier.

—¿Almorzamos juntas? —le pregunto a Aitana cuando llego a su mesa.

Levanta la cabeza de los papeles con los que está y me mira con cara de súplica.

—¡Sácame de aquí, por favor! —me ruega.

—Vamos donde siempre, invito yo.

Y nos dirigimos a la cafetería, muertas de hambre y con ganas de

chismorrear. No vuelvo a ver a Jaime en todo el día.

Llego a casa y me tiro en el sofá, muerta de cansancio. Volver al trabajo después de unos días de relax es agotador, a lo bueno nos acostumbramos pronto. Anochece y yo sigo tirada en el sillón; me he hinchado a comer, comida basura, para ser más exactos. Suena mi teléfono mientras estoy metida en un capítulo de *Velvet* que están repitiendo. Descuelgo casi sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Sí?

—¿Princesa?

—Jaime, ¿qué tal? —le pregunto mientras me incorporo en el sillón y le quito el volumen al televisor.

—Bien, llamaba para saber cómo te encontrabas. Ya sabes, primer día de trabajo después del descanso.

—Sí, estoy bien, aunque enfadada contigo.

—¿Enfadada? ¿Y eso? ¿Cómo te puedes enfadar con un niño bueno como yo?

—¡A mí no me la cueles, listillo, que te conozco!

Oigo su risa al otro lado del teléfono y no puedo evitar contagiarme de ella.

—Tú, riéte. ¿A ti no te enseñó tu madre que quien ríe el último, ríe mejor? Pues prepárate porque la venganza se sirve fría.

—Esperaré ansioso esa venganza —me responde con tono burlón—. ¿Alma?

—¿Sí?

—Asómate a la ventana.

Me levanto y hago lo que me dice.

—¿La ves?

—Jaime, ¿has estado bebiendo? ¿Qué quieres que vea?

—La luna. ¿La ves?

Miro a través del cristal. La noche es cálida, el cielo está completamente despejado y se ve perfectamente la luna, la reina de la noche alzada en el cielo y protegida por sus estrellas, fieles amigas y guardianas.

—Sí, la veo —logro balbucear, emocionada por el momento.

—La luna será siempre testigo de nuestro amor, princesa. Cada vez que la veas alzándose imponente en el cielo, recuerda lo que hemos vivido y cuando no la veas porque esté cubierta, recuerda que sigue ahí, pero oculta. No lo

olvides nunca.

Suspiro fuertemente y asiento, porque sé leer entre líneas y entiendo lo que quiere decirme.

—Yo también te querré siempre; pase lo que pase, Jaime, siempre serás mi príncipe.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, príncipe.

Cuelgo y me doy cuenta de que las lágrimas han comenzado a rodar solas por mis mejillas, sin control. Me voy directa a la cama, ya me ducharé mañana. Ahora no tengo fuerzas para eso.

Hoy, como cada jueves, quedamos en Au Revoir al salir del trabajo. Llego la primera, hoy he salido por patas una vez ha acabado la jornada. Alberto viene a dar conmigo cuando entro y pido mi barraquito con canela, que eso no falte.

—¿Cómo sigue todo aquí? —pregunto curiosa.

—Pues bien, mi jefe acaba de irse. Estamos muy contentos, no podemos quejarnos. Es un tipo formidable. Suele venir varios días a la semana. A ver si coincidimos una tarde y os lo presento; vosotras sois VIP aquí y eso debe saberlo.

—Pues sí, debería hacernos un bono mensual o algo así.

—Se lo diré de tu parte. —Me guiña el ojo y se va deprisa a otra mesa.

Veo cómo Mar y Érika llegan juntas. Nos fundimos en un abrazo y le piden a Alberto lo mismo que he pedido yo.

—Mucha canela le han puesto a este barraquito, ¿no crees? Con lo afrodisiaco que es y yo que no tengo quién me pase la manita, a ver cómo lo resuelvo —explica Érika.

—Deberías comprarte un nivel tres, aquí, como la señora folladora —le contesta Mar.

—¡Oye! ¿Qué pasa? Yo no soy ninguna señora folladora —protesto.

—No, claro, a papá gorila, plátanos verdes, nena —escupe Mar.

—Bueno, venga, va, que la que más sexo tiene de las tres ahora soy yo, es cierto —admito—, pero es que tengo que guardar para las vacas flacas —me justifico.

—Yo tengo vacas flacas todo el año —continúa Érika.

—Y yo. —Se une Mar—. Es más, no sabéis lo profesional que me he hecho con mis manos.

—Gracias, no queremos detalles. Me gustaría dormir esta noche —le contesta Érika.

—Ja, ja, si te pones la nariz roja podrías trabajar de payasa —le contesta Mar.

—Siempre igual, ¿eh? —Suspiro.

—Cállate tú, folladora —me contesta Mar.

Y me mira con cara de enfado, pero veo asomar la risa y terminamos a carcajada limpia.

—¿Karaoke mañana? —pregunto.

—Por supuesto, que la semana pasada me quedé a dos velas y no quiero señalar por culpa de quién. —Y Érika me señala con un dedo—. Ups, pues sí quería señalar, fíjate por dónde...

—Invita a Jaime —dice Mar—. Se merece un mejor recuerdo de nosotras, antes de que se vaya, que el de la última vez.

—¿Estás de acuerdo, Érika?

—Sabes que ya lo he perdonado; por mí, sí, que se apunte. Al final es cosa tuya y yo no voy a cuestionar más lo que haces o dejas de hacer. Ya sabes lo que pienso, yo estaré aquí si te caes —me contesta y me aprieta la mano, mostrándome su cariño—. Aunque, ¿sabes qué? Yo creo que el señor Paella te quiere de verdad y le voy a dar un voto de confianza, creo que merece la pena luchar, ¿quién sabe?

—Gracias... No me hagas llorar, ¿vale? —respondo emocionada.

—No, no, mariconadas las justas, ya tú *sabeeeehhh*.

—Bueno —interviene Mar—, ¿reservo en la Cueva del Tártaro?

—¿Ese es el sitio nuevo que acaban de abrir en la Rambla? —pregunta, curiosa, Érika.

—Exacto. Me han dicho que está genial. Voy a llamar ahora mismo. —Y vemos cómo hace una búsqueda rápida y llama—. Listo. Mesa para cuatro, mañana a las 21:30. Érika y yo bajamos en taxi mejor, por si bebemos.

Asentimos y continuamos la tarde entre risas y confesiones.

Viernes, que te quiero viernes; este día promete mucho, sobre todo por la cita de karaoke que tenemos organizada para hoy. Aún no le he dicho nada a Jaime porque anoche, cuando llegué, estaba rendida y no tenía ganas de nada.

De camino al trabajo grabo el audio con mi «buenos días amor, amor, amor», y se lo envío. Hoy me he adelantado yo. Llego a la oficina y ya está él allí, con Aitana, sentados en una mesa desayunando algo. Me acerco y me uno

a ellos tras prepararme mi café con leche.

—¿Qué planes tenéis para este finde? —pregunta Aitana.

—Pues yo tengo esta noche sesión de karaoke —respondo y miro a Jaime, que no se huele nada.

—Yo, para variar, ver tele y acostarme temprano —añade él.

Sonrío porque no estoy dispuesta a desvelarle nada delante de Aitana; no es que no confíe en ella, pero es que prefiero no decir nada porque boba, lo que se dice boba, no es, y seguro que suma uno más uno y ¡da en el clavo, la tía!

Nos dirigimos cada uno a su puesto de trabajo, a comenzar la jornada. A media mañana toco en su puerta.

—Pase —oigo que dice suavemente.

Entro, posa sus ojos en mí y entorna la mirada, saliendo mi pequeño pícaro.

—¿En qué te puedo ayudar...? —susurra poniéndome la piel de gallina.

—Quería proponerte algo...

Se recuesta en su silla y entrelaza sus manos.

—Soy todo oídos, Flores.

—¿Qué haces esta noche?

—Va mejorando el día, por lo que veo. No tengo plan, lo que he dicho antes es cierto.

—Pues no lo hagas, esta noche tienes una cita con tres bomboncitos espectaculares que harán de ti un hombre de provecho y te enseñarán una nueva profesión, por si eso de ser contable no termina de convencerte.

—¡A buenas horas! Explicáte un poco mejor porque me estoy imaginando cosas raras.

—Pues resulta que mis niñas quieren que te unas a nuestro karaoke esta noche. Creo que quieren fumar la pipa de la paz contigo y ponerte a prueba con un micrófono. ¡Anímate! Nos lo pasaremos bien. Eso sí, no puedo prometerte que no nos riamos de ti.

—Sois malas, Flores, unos bichos.

Le saco la lengua ante tal comentario.

—A las 21:00 te recojo en el hotel, tenemos reserva a las 21:30 en un sitio muy chulo.

—¿Flores?

—¿Sí, Alcántara?



—Me encantas.

Me doy la vuelta y lo dejo allí, con su media sonrisa en los labios.

Puntual, tal y como le dije, le mando un WhatsApp para que baje a la entrada del hotel. Lo veo aparecer con un vaquero oscuro, una camisa de cuadros verde y azul y unos zapatos de vestir.

—Todo tuyo, princesa.

—Esta noche todo nuestro, príncipe.

Nos dirigimos al local. He tenido que aparcar bastante lejos porque en esa zona es complicado estacionar. Me bajo del coche y es cuando Jaime se centra en mi atuendo. Llevo un vestido negro ajustado que se divide en dos partes: la falda es negra y el corpiño también, de lunares y transparente en la parte superior de mi busto, resaltando mi pecho y mostrando lo justo y necesario para volverlo loco. Me lo he puesto a posta, por supuesto. Lo he combinado con unos zapatos Guess negros altísimos y me he pintado los labios de rojo pasión. Como la que siento por él.

—He muerto, acabo de subir al cielo y me ha recibido un ángel.

Sonrío por sus ocurrencias. Cojo mi bolso y me contoneo, provocándolo un poco más.

—¿Bolso nuevo? Eres la chica de los bolsos chulos.

—Son mi perdición; si algún día me quedo sin trabajo podré vivir de lo que saque si los vendo todos.

Una sonora carcajada sale de su boca y me uno a ella.

—Ya pensábamos que os habíais entretenido por el camino. —Nos recibe Mar.

—Que conste que esta vez no he sido yo la que ha pensado mal —añade Érika levantando las manos en señal de rendición.

Nos damos un beso y un abrazo mientras Jaime se queda rezagado detrás, esperando su turno.

—Jaime, me alegro mucho de que te hayas aventurado a venir —le dice Mar con una sonrisa sincera en los labios.

—Sí, sobre todo con unas fieras como nosotras —se burla Érika.

—Vine porque me prometieron sexo como recompensa por aguantaros —contesta Jaime.

—¿Serás...? —replica Mar.

—Buah, ¡no me jodas, este es de los míos! Minipunto para el equipo Paella —festeja Érika.

—¿Se puede saber desde cuando eres tú, loca playa, del equipo Paella? Hasta donde yo sé, tú siempre has pertenecido al equipo de Las Locas del Moño, es decir, nuestro equipo —protesta indignada Mar.

—Ya sabes lo que se dice, a mí es que me tira mucho un rabo. —Se carcajea la otra en respuesta.

—Ya vale, ¿eh?, que yo lo vi primero —respondo ofendida.

—Princesa, tú sabes que yo solo tengo ojitos para ti.

—¿Princesa? Me están dando arcadas, basta, quiero cenar sin pasteles —zanja Érika.

Después de cenar nos vamos al karaoke de cabeza; qué buenos ratos pasamos en ese lugar. Mar, como siempre, coge el libro de canciones, papel y boli, y nos colocamos en una mesa cerca del escenario y de la barra.

—¿Qué vais a tomar? —pregunta Jaime—. Voy a ir a pedir.

—Cava Llopard —pide Érika.

—Arehucas cola —añade Mar sin siquiera levantar la cabeza del libro.

—*Gin-tonic* Bombay Sapphire —añado yo.

—¿Bombay Sapphire? ¿En serio?

—Sí, claro, ¿qué problema tienes?

—Contra el Bombay Sapphire, nada, pero hay algo mejor. Si es que tenía que llegar yo a tu vida.

Se da la vuelta y veo cómo se dirige a la barra. La camarera no le quita el ojo de encima y se acerca más de lo debido. ¡Si le pone un dedo encima, me la como!

—¿Estás viendo lo mismo que yo, monina? —pregunta Mar.

—Como lo toque, juro que la reviento.

Asentimos las tres sin perder detalle de lo que sucede.

—¿Sabéis lo que me dijo la semana pasada?

—¡Escupe! —exclama Érika

—Me dijo: «Joder, Alma, ¿por qué pasa esto ahora que estás sola? Deberías estar casada, sería más fácil porque, estando tú libre, me lo complicas todo». —Y agacho la cabeza.

—Tú ya contabas con esto cuando te metiste en este lío —me contesta Érika.

—Alma, cariño, mírame —ruega Mar—. Sabes que esto tiene fecha de caducidad, ¿verdad?

—Yo le quiero. Para mí ya es tarde.

En ese momento llega Jaime y las chicas comienzan a darle conversación, dándome tiempo para que me recomponga.

—Prueba esto —me pide.

Le doy un sorbo al *gin-tonic* que me acaba de traer.

—Mmmm..., está delicioso, ¿qué es?

—Martin Miller's. Para mí, la mejor ginebra del mundo.

—Me la apunto —le digo mientras continúo sorbiendo por la cañita negra que trae la copa.

—¡Esta, esta! —Señala Mar el libro y todos estiramos el cuello para ver la canción que ha elegido y que no es otra que «Todo», de Pereza.

—Me apunto —respondo.

Me gusta mucho esta canción, así que tengo ganas de subir a cantarla.

—A mí también me gusta —responde Jaime—. ¿Subimos los cuatro? —pregunta.

—No, no, esta es la que he elegido para vosotros —responde resuelta Mar.

Le entrega el papel al DJ y vuelve a la mesa.

—Érika, tú y yo luego cantaremos esta, y señala con el bolígrafo «A puro dolor», de Son by Four.

—Hecho —le responde, pizpireta.

Comienza a sonar «Picky», de Joey Montana.

—¡¡Nuestra canción!! —gritamos las tres mientras nos ponemos de pie.

—Por favor, ¡decidme que es una broma! —exclama Jaime—, odio esta canción.

Las tres le miramos como si le hubiera crecido una cabeza nueva.

—¿Estás loco o qué? Es la mejor canción del mundo mundial —afirma Mar haciéndose la ofendida.

—Vamos, Jaime, déjate llevar —le digo.

—Venga, señor Paella, demuestra que eres uno de los nuestros —le pide Érika.

Y se deja llevar al son de la canción, bailando con las tres como si para él fuera también la mejor canción del mundo mundial.

Pasamos una noche increíble entre risas, canciones, letras y gallos. Lástima que lo bueno acabe pronto.

Durante el fin de semana veo a Jaime únicamente por las noches, porque el sábado estábamos todos muertos. La garganta hecha polvo de cantar tanto y la

cabeza dolorida, por la resaca de beber; aun así, Jaime vino a dormir conmigo. Y el domingo me fui pronto de casa porque suelo salir a comer con mis padres y después de haber estado en el hospital, tenía que cumplir y no podía faltar.

—Ahora que ya estás mejor podrías contarnos qué pasa con ese tal Jaime.

—Comienza mi madre con su interrogatorio.

No es que no viniera preparada, sabía que aquella conversación no había terminado.

—¿Qué quieres saber, mamá?

—Mmmm..., déjame pensar... ¿Todo?

Mi padre permanece en un segundo plano, pero atento a la conversación. Nuria no ha venido, así que decido explicar un poco el tema.

—Lo conocí hace casi seis años en una convención y desde entonces nos llevamos bastante bien. Hablamos mucho y somos buenos amigos.

—¿Solo amigos? —interviene ahora mi padre.

—Amigos.

—No sé por qué, pero no termino de creerte —resuelve mi madre.

—El tiempo dirá —añade mi padre.

—El tiempo dirá —afirmo yo.

Terminamos de comer habiendo zanjado el tema. El resto del domingo lo paso vagueando en casa. Así que en un visto y no visto, ya está el lunes encima.

La semana parece que se plantea tranquila; tengo varias cosas que cerrar con Jaime por lo que me paso varios días en su despacho. En breve se irá porque ya están todas las cuentas cuadradas. Nos queda la redacción de varios informes que nos llevarán unos días, a él como auditor y a mí como directora del departamento de contabilidad. Y ambos informes tendremos que presentárselos al director para que les dé su visto bueno, los firme y poder enviar una copia al director general que se encuentra en Madrid.

El miércoles, mientras nos encontramos redactando uno de los informes con todo el desarrollo de su mes aquí, le suena el teléfono. Noto cómo le cambia la cara y tuerce el gesto.

—Es Nancy —me explica.

Asiento y me levanto.

Ahí no pinto nada.

## Capítulo 29

### Jaime

—Dime —contesto arisco. Ella no suele llamarme en horario de trabajo, es más, ella casi no suele llamarme.

—Jaime, ¿qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho, Nancy?

—Me acaban de llamar del hotel donde estuviste en la última reunión y me han dicho que han encontrado tu DNI allí. ¿Lo habías perdido?

—Sí, pero saqué uno nuevo porque tenía que viajar.

—Pues resulta que la chica, muy amablemente, ha preguntado por Alma Flores, su esposa, la señora con la que compartiste habitación, me ha especificado. ¡Eres un pedazo de cabrón! ¿Cómo has podido hacerme esto, desgraciado?

Me quedo mudo. La sangre ha dejado de correr por mis venas. Sabía que esto tenía que pasar, tarde o temprano. No sabía si sería porque ella se enterara o porque yo se lo contara, pero sí imaginaba que todo explotaría de alguna manera.

—Volveré a casa hoy mismo y hablaremos de esto.

—Sí, más vale que vuelvas, porque parece que tenemos mucho de lo que hablar, cabrón.

Y me cuelga el teléfono.

Salgo de mi despacho y voy directo al de Alma.

—Alma, tengo que irme.

—¿Adónde? ¿Quieres que te lleve?

—No, no me has entendido. Tengo que irme a Valencia. Me acaba de llamar Nancy: la han llamado del hotel de Madrid porque han encontrado mi DNI y han preguntado por ti, creyendo que eras mi esposa y afirmando que pasamos la noche juntos en tu habitación.

Veo cómo le cambia la cara: se le queda blanca como un papel.

—Jaime, yo... yo no quería que pasara nada de esto.

Se lleva las manos a la cara, descompuesta y superada por el momento.

—Alma, tú no tienes la culpa de nada. Yo soy el responsable de mis actos y me toca asumirlos. Debo volver y dar la cara. ¿Podrías llevarme al hotel a recoger mis cosas?

—Sí, claro, por supuesto.

—Voy a subir a hablar con Javier y comunicarle mi partida inmediata. Nos vemos ahora.

Y salgo desencajado. Busco mi teléfono y hago una búsqueda rápida para poder comprar el primer billete que me lleve de vuelta a Valencia.

Después de hablar con Javier y que me dijera que no había ningún tipo de impedimento —y más teniendo en cuenta que ya la mayor parte del trabajo está resuelto—, vuelvo a bajar al despacho de Alma.

—¿Nos vamos?

—Sí.

No decimos nada más, ni siquiera me despido de la gente, salgo rápido de allí. En realidad, tengo que volver, pero, aunque parezca mentira, nada me apetece más que quedarme aquí con ella.

—Te espero aquí —logra pronunciar.

Está tan perdida como yo en este momento.

Subo a mi habitación y recojo mis cosas, las meto en la maleta y me voy en dirección a la recepción para hacer el *check out*. La empresa corre con los cargos, así que poca cosa debo hacer.

—Alma —le digo cuando me subo al coche—, he dejado el coche que me ha facilitado la empresa en el *parking*, ¿podrías hacerte cargo de él para que lo devuelvan, que no pasen más días y que no suponga un gasto innecesario?

—Claro, cuenta con ello. Cuando vuelva me haré cargo de todo.

Nos dirigimos en silencio al aeropuerto. No sé qué decirle. Puedo notar su malestar y su incomodidad, pero es que ahora mismo yo me encuentro tan perdido como ella. Es una sensación difícil de explicar. No sé qué hacer: volver, ser sincero y poner punto y final a algo que no debió comenzar nunca o continuar con lo que tengo y asumir que quizá Nancy es lo que me ha tocado y debo conformarme con no ser feliz.

Tengo claro que seré sincero con Nancy, no tengo por qué ocultarlo más. Para ser francos, tenía que habérselo dicho hace mucho, tenía que haberle confesado mis sentimientos por otra persona, decirle que por ella lo que siento es el cariño propio de los años juntos, pero que el amor y la pasión han desaparecido. Quizá tenía que haberle hecho caso a Arturo el día que me dijo que esa chica no era para mí.

Una vez en el aeropuerto, facturo rápidamente porque mi vuelo sale en cuarenta y cinco minutos.

—Alma, tranquila, ¿vale? Te escribiré cuando aterrice para que sepas que

he llegado bien y, en cuanto pueda, hablaremos. No me escribas, por favor. Espero poder ir a Madrid la próxima semana y vernos allí.

Veo cómo comienzan a rodar lágrimas por sus mejillas y me parte el corazón en dos. Esto me destroza mucho más que la llamada de Nancy y el hecho de que se haya enterado.

—¿Alma?

Levanta la cabeza y me mira intensamente.

—Perdóname, princesa.

Se limpia las lágrimas con el dorso de las manos y se recompone.

—No me pidas perdón, Jaime. Vete, soluciona lo que tengas que solucionar y ya hablamos.

—Princesa. —Suspiro—. Te quiero. No lo olvides nunca.

Me acerco a ella y le doy un tierno beso en los labios.

—Adiós, princesa —pronuncio cuando logro separar mis labios de los suyos.

—No, Jaime, adiós no; hasta luego.

Y se abalanza sobre mí y me estrecha entre sus brazos. Mi pequeña guerrera, debería ser yo el que la acogiera en los míos y es ella la que intenta reconfortarme.

—Alma, cuando me necesites a tu lado, mira la luna; yo estaré viéndola desde otro lugar y pensando en ti. Ella nos unirá desde el firmamento.

Llego a Valencia y cojo un taxi para volver a casa. Saco el teléfono y le envío un WhatsApp a Alma para decirle que he llegado bien. Veo que lo lee, pero no me contesta, tal y como le he pedido.

Meto la llave en la cerradura y abro la puerta; me encuentro a Nancy sentada en el sofá con la tele puesta. Se levanta de un salto y se planta frente a mí.

—¿Cómo has podido, hijo de la gran puta?

—Es el momento de hablar. Sentémonos, mejor.

—Yo estoy bien de pie.

—Como quieras —le contesto.

Decido ir a la cocina a por algo de beber y meditar un poco todo lo que le tengo que decir; regreso con un vaso de agua y tomo asiento bajo su escrutinio y su ceño fruncido.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio, imbécil —escupe con rabia.

—La conocí hace años y, desde ese momento, me sentí atraído por ella. No pasó nada, pero para mí era como algo divino, me encantaba, me atraía como el polen a las abejas. Pasó el tiempo y el destino volvió a cruzarla en mi camino. Comenzamos con un leve tonto, dejándonos llevar por la atracción que sentíamos y jugábamos mucho con las palabras; ella me picaba, yo la picaba, ese tipo de cosas. —Tomo aire y doy un sorbo antes de continuar—. Hemos coincidido en un par de congresos porque, como podrás suponer, trabajamos juntos. Una cosa ha llevado a la otra y hemos tenido varios encuentros.

—¿Estabas con ella ahora?

Yo me limito a asentir.

—Cerdo.

—Basta, Nancy. Lo he hecho mal y me puedo merecer todos los adjetivos ofensivos que quieras, pero lo que verdaderamente importa es que yo ya no te quiero.

Veo cómo le cambia la cara. Creo que ella esperaba que me arrastrara a sus pies y le pidiera disculpas, pero no ha sido así y está desconcertada.

—Yo la quiero, Nancy. Estoy completamente loco por ella. Creo que es el momento de que pongamos punto y final a esta farsa; tú sabes tan bien como yo que no hay nada entre nosotros, que tú tampoco me quieres.

Toma asiento a mi lado.

—Jaime, ¿cómo puedes decirme eso? ¿Cómo puedes decir que no te quiero?

—Porque lo sé y tú también lo sabes, estoy seguro.

—Jaime, tengo una cosa que contarte.

Yo sigo sentado en el sillón, ella se levanta, se dirige a la habitación y vuelve.

—Esto es para ti —me dice.

Lo miro y me quedo helado. Se me cae el vaso al suelo y me derrumbo. Se acabó.

No puede ser cierto, esto no puede ser real, no me puede estar pasando a mí, joder.



## Capítulo 30

No he vuelto a saber nada de Jaime desde el miércoles pasado, desde que me dijo que había llegado bien. Es como si se lo hubiera tragado la tierra y es desesperante sentirse así, no saber qué sucede.

Cuando me dijo que tenía que irse se me cayó el mundo al suelo. Una parte de mí, la egoísta, por supuesto, pensó que todo esto era bueno, que podría ser que ya que estaba en esa situación y que los planetas se habían alineado para que todo sucediera de esta manera, quizá Jaime decidiera seguir a su corazón. Porque sí, llámame estúpida, pero estaba convencida de que él realmente me quería y, una vez llegados a este punto, le confesaría a Nancy sus verdaderos sentimientos y, una vez todo concluyera, regresaría a buscarme.

En mi mente era perfecto. Yo, en mi despacho, trabajando, con un bolígrafo entre mis labios, como a él tanto le gustaba; llamaban a la puerta y, cuando se abría, era él quien entraba, quien se materializaba delante de mí y caminaba seguro, como siempre, con su sonrisa más canalla solo para mí y me decía: «He venido para quedarme, para quedarme contigo para siempre», y yo le decía: «Jaime, quédate». Y nos fundíamos en un beso de película que hacía temblar hasta las paredes. Qué bonito es soñar, ¿verdad?

Me pongo los cascos cuando me encuentro sentada en el Airbus que me llevará a Madrid, de nuevo sin saber si irá o no, y comienza a sonar «Perdona si te llamo amor», de Maldita Nerea y me dejo llevar por la música que, en ocasiones, logra sanar un poco el corazón y, si no sanar, por lo menos hace que duela menos unos minutos.

Aterrizamos en hora y cojo un taxi que me lleva al hotel. Es el mismo de la última vez. Hago el check-in y me dirijo a mi habitación. He quedado con varios compañeros de trabajo para ir a cenar. Sigo sin saber si viene o no y, aunque me muero de ganas de escribirle, debo respetar su petición.

Nos hospedamos todos en el mismo hotel, por lo menos los que hemos venido antes. Tenemos dos noches de reserva, porque son dos días de congreso. Yo vuelvo el viernes por la noche.

Vamos a cenar a un sitio cercano al hotel, por lo que vamos todos caminando y charlando, compartiendo anécdotas del trabajo y de la vida en general. Después de la cena decidimos ir a tomar una copa. A mí no me apetece mucho, pero me uno a ellos, por distraerme, más que nada. Sobre las cuatro de la mañana regresamos al hotel y, nada más meterme en la cama, me

suena el teléfono. Mis ojos se abren completamente. Es Jaime.

Jaime:

Voy de camino.

No lo abro, lo veo en la pantalla desplegable de fuera y decido hacerme la loca y no contestar. Me acurruco y me duermo; ahora que sé que viene, descansaré de otra manera.

A las ocho de la mañana vuelve a sonar mi teléfono y sé que es él sin siquiera haberlo cogido.

Jaime:

Dime el número de habitación.

«315», respondo escueta. Me levanto y me dirijo a la ducha y saco una cosilla que he traído. Me he vuelto bastante coqueta, últimamente. Me enjabono rápidamente y *me visto*. Llaman a la puerta justamente cuando estoy terminando de peinarme y voy descalza a abrir.

Ahí está.

Fijamos nuestras miradas uno en el otro. La suya comienza a desviarse hacia abajo y me recorre, logrando que mi piel se erice bajo el escrutinio de sus pupilas, tan verdes como el más reconfortante de los bosques.

—¿Por qué siempre me sorprendes? ¿Por qué por mucho que imagine, la realidad siempre supera a la ficción? —susurra.

Entra en la habitación y suelta su pequeña maleta, que golpea la puerta al caer, y me abraza. Me eleva, me aprieta contra él y entierra una vez más su cara en mi cuello.

—¡Joder! Cómo echaba de menos tu olor, tu tacto, toda tú.

Es un abrazo intenso, fuerte, de contacto, de necesidad, de anhelo. Así, en volandas, me lleva hasta la cama y me deposita en ella con delicadeza.

—Te necesito, princesa.

—Y yo a ti.

—Te he echado tanto de menos... —me susurra.

No creo que más que yo a él.

Me quita las braguitas y me deja con mi camisón rosa. Es precioso, sencillo a la par que elegante. Transparente del busto hacia abajo y con vuelo. El pecho no se ve, pero se intuye, tiene bastante escote y está cubierto por piedras colocadas estratégicamente. Me observa detenidamente y se desnuda él también; estamos ambos impacientes, nos devoramos con apetito, con apremio, con apuro. Estamos sedientos uno del otro. En este momento

volvemos a ser solo uno.

—Me encantan estos momentos de intimidad contigo. En realidad, cualquier cosa contigo me encanta. Tú entera, para ser más exactos —me dice agarrándome de la mano para dirigirnos a la ducha.

Yo me dejo guiar sin oponer resistencia.

—Por casualidad no habrás visto al famoso *escritor* que deja mensajes en las mamparas, ¿verdad? —pregunto juguetona.

—No, fíjate, no lo he visto, pero si lo veo le preguntaré qué suele escribir, ya que tú no me lo quieres contar.

—Me mantengo firme: si algún día te portas bien puede que te lo cuente. —Y cojo el jabón para ayudarlo «y de paso disfrutar un poco», apunta mi malvada interna.

Recorremos las calles de Madrid, después de nuestra ración de piel, en dirección a una conocida franquicia que hay en la Gran Vía donde hemos decidido ir a desayunar.

—Para, para, para —me pide Jaime mientras agarra mis manos y me frena en seco.

—¿Qué pasa? —respondo, me he quedado un poco turbada debido al tono que ha utilizado al decirlo. Me temo lo peor.

—Esta es nuestra esquina —me contesta.

Me giro, miro a mi alrededor y enseguida me doy cuenta de dónde estamos.

La esquina de Primark.

Asiente mientras tira de mis manos que no se habían separado de las suyas, haciendo que me choque contra su torso, ese que he estado besando y adorando horas antes. Posa sus labios sobre los míos y cierro los ojos por el contacto. Nos fundimos en un beso, muy dulce, muy tierno, romántico, delicado y delicioso.

—Teníamos que besarnos en nuestra esquina, como la primera vez, princesa, pero esta vez con el sol de testigo.

Le abrazo fuertemente en respuesta a su comentario. No entiendo cómo lo consigue, pero siempre dice las palabras justas que me hacen estremecer. Las personas que creen que el amor no puede hacerse cada vez más intenso, más fuerte y más penetrante, es porque no aman de verdad, porque no sienten lo que yo siento.

El amor verdadero, como el que yo le profeso a Jaime y quiero pensar que

como el que él me profesa a mí, es un acto de puro coraje, porque, al fin y al cabo, el amor es eso: echarle coraje y dejar que el corazón vaya por delante de la razón. Con valentía, juntos en la misma dirección y con la misma banda sonora.

Pedimos unos bocadillos y un par de cafés con leche. «Eso, eso, recupera fuerzas que te las has dejado todas en esa habitación», anota mi malvada interna.

—¿Y si no vamos a la presentación? ¿Estaría muy mal? —pregunto tímidamente fijando mis pupilas en las suyas.

—¿Perdona? ¿Dónde está Alma Flores y qué has hecho con ella? —Se carcajea.

—¡Sinvergüencilla! —Y le saco la lengua en respuesta a su broma.

—Espera, voy a hacer una llamada —me contesta.

Se levanta y sale de la cafetería, veo cómo marca un teléfono y habla unos minutos. Yo, mientras tanto, le observo detenidamente y suspiro. Cuelga y regresa a mi lado.

—Como somos príncipes, nos merecemos un castillo. —Acto seguido me coge de la mano, nos dirigimos a buscar su coche y tomamos la A-42 que, según leo, es la carretera que nos llevará directamente a Toledo.

—¿Vamos a Toledo?

Me mira y me sonrío, pero no me contesta. Yo, llamémoslo acto reflejo, coloco mi mano entre sus piernas, justo debajo de su miembro. En realidad, no lo hago por provocarlo, lo hago porque me gusta el calor de la zona, me reconforta. ¿Sabéis esa sensación, cuando tienes frías las manos mientras conduces y colocas una bajo los muslos o entre las piernas para calentarlas? Pues digamos que tengo frío y, entre sus muslos, mis manos encuentran el fuego necesario para entrar en calor; «digamos», he dicho, porque en realidad, frío no tengo. Pero me gusta y punto.

Durante el trayecto hablamos sin parar; le pongo al día de la oficina después de su partida, de los informes que he presentado, pero no tocamos en ningún momento el tema de su marcha precipitada. Yo no me atrevo y él no se siente capaz. Y me debato entre querer saberlo o no porque, de saberlo, habría que hablar de lo que nos trae aquí y por triste que parezca, no quiero ponerle nombre y darle significado a este viaje.

Una hora después llegamos a nuestro destino. Toledo, la Ciudad Imperial, la Ciudad de las Tres Culturas, la ciudad que será testigo de nuestro amor más

dulce y de nuestra despedida más amarga y sí, he empezado a ponerle nombre y significado y jode, ¡no sabéis cómo jode! Y cómo escuece esa puñetera palabra. No lo sabéis, ¿no? ¿O sí? Ojalá que no.

—Creo que vas por el camino que no es, Jaime.

—Ya está la marisabidilla. Es por aquí.

Continuamos el camino un rato más, por supuesto, por donde él decía. Yo activo la radio del coche y busco algo que me guste.

—Me rindo —dice al rato—, nos hemos equivocado de carretera.

—¿Hemos? Me parece que no, la marisabidilla no se ha equivocado, yo te he dicho que era por el otro sitio. ¿Ves cómo tenía razón?

—Ya veo, ya; incluso aquí sigues ejerciendo el papel de jefa.

—Eso se lleva en la sangre —le respondo, resuelta.

Cuando por fin cogemos el camino que yo había dicho y llegamos a la ciudad, decidimos aparcar el coche e irnos a recorrerla. Quien nos vea pensará, sin duda, que somos una pareja más, que estamos locos el uno por el otro y que todo son flores y corazones.

Nos besamos, nos abrazamos, nos cogemos de la mano, jugamos y nos tentamos como una pareja más. Disfrutando de Toledo y Toledo disfrutando de unos invitados como nosotros. En realidad, en este momento, tanto para él como para mí, somos una pareja más. Una con fecha de caducidad muy cercana. Sé que muchas veces he dicho que esta relación la tenía, pero en mi fuero interno quería que ese momento no llegara nunca y que el *por siempre jamás* con el que me arropaba cada noche antes de dormir se materializara y se hiciera real, para poder ser esa pareja de la que la ciudad es testigo.

Decidimos ir a almorzar después de dejar nuestras maletas en el parador, al que, debo decir, por cierto, que también nos perdimos para llegar.

Vamos a uno de los restaurantes de Pepe, de *MasterChef*, El Bohío. Se acerca uno de los camareros y, muy amablemente, nos ofrece dos opciones de menús: un menú degustación largo y uno corto.

—El menú degustación largo consiste en once platos y el degustación corto, en seis —nos explica.

—¿Cuál es la duración de ambos? —pregunta Jaime.

—El largo son aproximadamente dos horas y media y el corto, la mitad —puntualiza.

—A ver qué dice mi señora.

—Corto —zanjo.

—Pues corto sea dicho —añade Jaime.

El camarero toma nota, nos sonríe y se retira.

—Quiero pasar el mayor tiempo posible contigo y solo contigo.

Jaime toma mi mano entre las suyas y entrelaza los dedos; se queda ensimismado mirándolas, en silencio, y yo hago lo mismo.

—No pienses más. Mírame.

Alza su cabeza y posa su mirada en la m a. Intenta sonre rme, pero no le llega a los ojos.

—Estamos juntos, ahora somos t  y yo.

Me aprieta la mano, esa que no ha soltado y apartamos todo lo malo para dejarnos hechizar por todo lo bueno.

Nos alojamos en el parador; decidimos pasar la tarde en una terraza con unas vistas espectaculares de la ciudad y ver desde allí el atardecer. Nos sentamos en una mesa, cerca de la barandilla que limita el espacio. Frente a ella hay un maravilloso césped que huele a recién cortado y, al fondo, se encuentra la ciudad mágica. Alz ndose sobre ella vemos el Alcázar y la catedral de Santa María de Toledo.

—Imagina que nosotros hubiéramos vivido en la época de Carlos I, cuando Toledo era una de las sedes de la Corte del Imperio. Yo vivir a en aquella casita —me señala una al azar— y ser a un caballero, con una armadura brillante y un fiel corcel al que silbar a y vendr a a mi encuentro —puntualiza—. T  ser as una campesina, que vivir a en aquella casita. —indica una cercana a la que ha señalado como suya.

—No, no, yo ser a una princesa y vivir a en aquella torre de all  —comienzo yo con mi narración—. Mi padre no me permitir a casarme con un caballero porque no tendr a sangre azul. Yo me escapar a todas las noches de casa e ir a al bosque a esperarte, seríamos amantes. Mi padre, el rey, se enterar a y decidir a cortarte la cabeza y yo saldr a en tu defensa, pero no atender a a razones por lo que terminaríamos muriendo ambos, queriéndonos y prometiendo amarnos eternamente.

—No, no, t  ser as una campesina. Vestir as con uno de esos corpiños que acentúan tu figura y realzan tus pechos y con una de esas faldas pomposas, de esas que tienen mil capas debajo y que me volver a loco y desesperar a a partes iguales por levantarla para lograr meter mi cabeza bajo ella. Pedir a tu mano a tu padre, como marca la tradición y entregar a dos vacas y un burro como regalo por la boda.

—¿Dos vacas y un burro? ¿Nada más? —protesto haciéndome la ofendida.

—Shhh, Flores, no me interrumpas —me pide dulcemente—. Nos casaríamos y tú te harías cargo de un pequeño huerto y de nuestra granja mientras yo saldría a cazar para traer la cena a casa. Te haría el amor todas las noches, bajo la luz de la luna o en el granero, donde guardaríamos la hojarasca para los caballos, y llenaría la casa de niños y niñas. Una niña como tú, rubia, alegre, con una mirada tierna y un corazón enorme —me explica sin apartar la mirada de la ciudad.

—Rubia con tus ojos verdes —añado yo, con la mirada fija también en la ciudad—. Y la llamaríamos Candela.

—Candela —y desvía la mirada de la ciudad para posar sus ojos en mí—, me gusta Candela.

Jaime se levanta y se dirige a la barra a pedir.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

Regresa con un refresco que coloca en la mesa, ocupa el mismo sitio en el que estaba antes y vuelve a fijar su mirada en la ciudad. Yo aprovecho que está absorto en el paisaje y le doy un trago a su bebida; al final resulta que ha sido verla y darme ganas de beber. Coloco el vaso en su sitio y seguimos en silencio, viendo cómo el sol cae y comienza a ponerse tímidamente.

—Flores, te he preguntado que si querías algo y me has dicho que no —me dice enseñándome el vaso vacío.

Yo me encojo de hombros y vuelvo a fijar mi vista en Toledo.

—Imagino que ahora sí que no querrás nada.

Niego con la cabeza y veo cómo se marcha nuevamente en dirección a la barra.

—Esta vez no me arriesgo —dice poniendo delante de mí otro refresco igual al que me he bebido—. ¿Sabes que nunca he estado así antes?

—¿Así cómo?

—Pues así, tan a gusto. Yo siempre he sido un hombre inquieto; normalmente no aguanto mucho sentado en un mismo sitio, a estas alturas me habría recorrido todo el parador, ojeado las instalaciones y probablemente habría salido a pasear. Pero contigo... todo es diferente, contigo no soy yo.

—Yo creo que conmigo eres más tú que nunca, Jaime.

—Contigo soy quien quiero ser.

Me muero de ganas por decirle que le quiero, pero no me salen las

palabras.

Subimos a la habitación porque ya el sol se ha ocultado. Tiene dos camas separadas que unimos nada más verlas.

—No pienso dormir separado de ti, ni de coña —me dice.

—No pensaba dejarte, tampoco.

—Si llego a darme cuenta de las vistas que teníamos desde aquí no hubiéramos pasado la tarde en la terraza —dice asomándose al balcón.

Recorre el resto de la habitación y entra en el baño.

—¡Mira lo que he encontrado!

Voy directa al baño, muerta de la curiosidad.

—Hay un *jacuzzi*. —Aplaudo como una niña con zapatos nuevos—. Vamos a meternos, ¡venga!

Comienzo a llenarlo y a quitarme la ropa, sin ningún tipo de pudor, bajo su atenta mirada. No pierde detalle y me recorre con la mirada sin disimulo alguno.

—¿A qué esperas? —le apremio.

—Estaba disfrutando de las vistas.

Nos metemos dentro. Jaime se sienta y me coloca entre sus piernas, de espaldas a él. Me apoya contra su pecho y siento cómo sube y baja. Soltamos un suspiro cuando ya estamos colocados. No hablamos: solo respiramos, acompasados. Sus manos me envuelven y se posan en mi barriga mientras su mandíbula está apoyada en mi cabeza y me va dando besos de vez en cuando. Juguetea con sus dedos en mi ombligo, trazando círculos a su alrededor y yo cierro los ojos, relajada.

Abro los ojos cuando comienzo a sentir algo duro en mi espalda; no me giro, pero sonrío y diría que él también lo hace. Sus manos cambian de posición y se sitúan más al norte, ahí donde se encuentra uno de mis puntos más sensibles. Os voy a dar un consejo, chicos del mundo: la garantía del éxito en el sexo está en encontrar las zonas erógenas del cuerpo femenino (y masculino en nuestro caso, chicas) y os adelanto que los pechos de una mujer y sus pezones son una de esas zonas que reclaman atención. De nada.

Como podréis comprender, no he podido evitar sucumbir a su asalto, por lo que me uno a él y terminamos en una combinación perfecta de piernas, brazos, saliva, suspiros, gemidos y agua, mucha agua.

Salgo yo primero después de ducharnos de nuevo, porque claro, por mucha agua que hubiera allí dentro, al final, tanto fluido y tanto orgasmo hace que



necesites una ducha calmada. Me envuelvo en una toalla mientras me seco. Aprovecho para eliminar el exceso de humedad de mi cabello y poder secarlo mejor antes de irnos. Jaime sale poco después de mí y me rodea con sus brazos mientras yo sigo con mi pelo.

—Ups, se te ha caído la toalla —susurra en mi oído.

Yo me giro y me quedo frente a él, con la otra toalla en las manos y parte del pelo envuelto. Sinceramente, nunca me he considerado una mujer especialmente ardiente; no me malinterpretéis, me gusta mucho el sexo, como a cualquier persona que disfrute de manera sana de él, pero es que con Jaime podría estar todo el día dándole al tema. Como conejos, vamos, es que me pone muy muy *burraca*. Influye también que es un puñetero adonis y que sabe perfectamente lo que hace y cómo volverme loca. Dicho esto...

Me quita la otra toalla, me agarra por el culo y me alza, me levanta en volandas, me sube en la encimera y se coloca entre mis piernas. No decimos nada; entre nosotros sobran las palabras porque nuestros cuerpos hablan por sí solos, nuestras miradas, nuestras manos, nuestra piel, nuestras almas.

Me coge el pelo y lo enreda entre sus dedos, me da un suave tirón que, lejos de ofenderme o enfadarme, me excita hasta límites insospechables y respondo a su acción gimiendo. Alza mi cabeza y sonrío, más canalla que nunca, complacido por mi respuesta ante su atrevimiento. Se acerca como un depredador a mi boca y pasea su lengua por mis labios, delicado. Pone sus manos en mis muslos y comienza a subir despacio, acrecentando las ganas que tengo de él y la excitación que despierta en mí, esa que es primitiva y que hace que pierda el raciocinio. Entreabro mis labios, invitándolo a entrar y a devorarme y vuelve a sonreír sobre ellos mientras agarra mi labio inferior entre sus dientes y tira de él con la intensidad justa para que el gemido que sale de mi boca sea más fuerte que el anterior y la necesidad de su contacto en mi zona más íntima sea aún más apremiante, si cabe.

Me deja allí, sentada y encendida, se dirige a la habitación y trae consigo su móvil; veo cómo trastea con él y comienza a sonar una deliciosa melodía que nos envuelve y acrecienta nuestra excitación, por lo menos la mía; la de él se mantiene, firme, la veo clarita, y taaaann clarita que la veo. «Light It Up», de Major Lazer y Nyla & Fuse ODG nos cautiva y nos provoca, nos encierra y nos empuja a unirnos. Esta vez no se hace de rogar y se coloca entre mis piernas mientras asalta mi boca sin contemplaciones, llevándome al límite. Os juro que estoy al borde del orgasmo y lo único que ha hecho ha sido seducirme

y besarme lo suficiente como para enloquecerme de placer. Sus manos se colocan peligrosamente en el interior de mis muslos y ascienden, en un vaivén lento y sinuoso; su boca y la mía se separan porque decide comenzar a besar mi cuello, a mordisquear el lóbulo de mi oreja. Sus manos siguen subiendo, con un movimiento descendente que hace que me moje aún más.

Lo he dicho mil veces: creo que moriré por combustión espontánea. Debería haberles dicho a las chicas que, si no daba señales de vida en veinticuatro horas, mandarían a un equipo de rescate.

Echo mi cabeza hacia atrás por culpa de sus besos, de su aliento, de sus mordiscos y de sus lametones. Su mano se coloca justo en el lugar adecuado y su cabeza baja más hacia el sur para colocarse en ese lugar donde mis pezones se alzan, erguidos, y reclaman su atención, de la misma manera que la ha tenido mi cuello. Su dedo comienza a trazar círculos en torno a mi clítoris y yo a gemir más alto, presa del placer y del erotismo del momento. Su boca se coloca alrededor de mis pezones, los introduce dentro de su cavidad y succiona, lame, besa, chupa como si no hubiera un mañana y a mí me vuelve loca su manera de devorarme. Le aliento a que no pare, a que siga. Muevo mis caderas sin contemplaciones. Dicen que durante el sexo dejamos de ser personas cabales y sacamos a flor de piel nuestros instintos más primarios y, ahora mismo, mi instinto más primario solo piensa en que me folle o follármelo, da igual; al fin y al cabo, en este caso, el orden de los factores no altera el producto, sino que lo acrecienta. Es un activo seguro, dirían en mi lenguaje.

Uno de sus dedos entra dentro de mí y el pulgar se desliza con facilidad encima de mi botón mágico y mis caderas ya se han vuelto completamente locas y mis gritos también; espero que los vecinos tengan tapones y... ¡Yo qué sé! Que se vayan por ahí, que dirían mis instintos primarios, sí, sí, eso.

Su boca, sus dedos, mi excitación y la música hacen que no pueda más: mi sexo se contrae y lo absorbe.

—Eso es, princesa, córrete para mí, quiero sentirlo en mis dedos, ¡vamos, córrete!

Y, como si fueran palabras mágicas o música para mis oídos, me dejo ir en uno de los orgasmos más intensos de mi vida. Me besa bebiéndose mis gemidos y yo respondo a esa nueva unión que, lejos de estar aletargada, lejos de estar saciada, le reclama como mío, pidiéndole más. Coloco mis manos en su pene y lo envuelvo entre mis dedos; es grande, rosa y está brillante. Paso el

pulgar por su cabeza y extendiendo las lágrimas de semen que han brotado de ella, por la excitación que le proporciona lo que me hace, y pensar en eso me pone más cachonda.

—Para, para... Quiero correrme dentro de ti. —Me suelta preso del momento y de mi ferocidad, que se ha despertado después de flotar.

Coloca su pene en mi entrada y me vuelve a agarrar del pelo y a echar mi cabeza hacia atrás, tirando de él con fuerza y fiereza, y a mí me excita más y más. Recorre sus labios con su lengua y veo en sus pupilas la necesidad feroz de embestirme y de llevarme al éxtasis absoluto. Me penetra, enloqueciéndome. Mi sexo se cierra sobre él y lo traga goloso, porque quiere mucho más.

—¡Más rápido, Jaime!, ¡quiero más!!

Y un sonido gutural y ronco sale de su boca. No sé si me dice algo porque, de ser así, me daría igual; lo que quiero es más de todo, más de él.

Sus acometidas se vuelven certeras y profundas, llegando a lugares que no pensé que pudieran llegar y que me provocan el placer más erótico y pasional que podría haber imaginado. Y no puedo más; mientras tira de mi pelo y me embiste me dejo ir, me dejo llevar por otro orgasmo y me contraigo nuevamente, noto cómo se acrecienta dentro de mí y a la vez que yo gimo y grito su nombre, él lo hace con el mío y nos dejamos arrastrar por un clímax asombroso y abrumador.

El sexo con Jaime es duro, sucio y morboso, pero no solo eso; el sexo con él, es mucho más... Y estoy segura porque Jaime, en sí mismo, es muchísimo más...

## Capítulo 31

Nos acostamos en la cama para relajarnos un rato y recuperarnos después del maratón de sexo que hemos tenido. Jaime boca arriba y yo de lado, con mi cabeza apoyada en su pecho, escuchando su corazón cada vez más relajado y acompasado.

No nos hemos duchado esta vez, creo que no teníamos fuerzas para intentarlo; lo mejor era hacer que nuestras extremidades volvieran a poder mantenerse por sí mismas y luego ya se verá.

—Ven, voy a hacer que te relajés.

Su mirada me pregunta a qué me refiero exactamente y sus cejas enarcadas de manera tan sexi me hacen reír.

—No es lo que crees, vicioso —le aclaro.

Me levanto, me dirijo al armario y traigo mi pañuelo, el famoso pañuelo que llevé a Madrid nuestra primera vez. Cubro sus ojos con él y me coloco a horcajadas encima. Recorro sus brazos con mis dedos, aplicando la presión justa para jugar con sensualidad. Rozo sus dedos, paseo por su muñeca, subo hasta su clavícula y su cuello, jugueteo con su oreja y me inclino para sustituir mi dedo por mi lengua.

—Veo que te gusta, príncipe...

—Contigo me gusta todo, Alma.

Bajo por su pecho y jugueteo con sus pezones, los recorro y envuelvo, los muerdo y tiro de ellos suavemente mientras Jaime gime.

—Privarte del sentido de la vista hace que el resto de sentidos se multipliquen y desarrollen —le explico recorriendo su perfecta uve, esa que me lleva al abismo.

Mi boca sigue explorando su cuerpo; su pene, erecto, me recibe gustoso, pero no le voy a dar lo que quiere. Es un juego sensual, lascivo y libidinoso para ambos. No hay parte de su cuerpo que no cubra de caricias y de besos. Es el momento más erótico que hemos compartido nunca.

—Ahora me toca a mí —me pide.

Me coloca boca abajo y se pone a horcajadas él también y comienza un recorrido descendente; me masajea todo el cuerpo.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantas?

—Hoy no —le contesto juguetona.

Posa sus manos en mi culo y lo masajea con más intensidad, lo aprieta con

ganas. Se inclina para besarme en el cuello y aspirar mi olor y noto su pene erecto. Arqueo la ceja y sabe cuál es el motivo.

—No puedo evitarlo: es tenerte entre mis manos y dejar de pensar con la cabeza... de arriba, pero tranquila, que mantendré mis manos alejadas de esta zona —me dice paseando un dedo por mi humedad—. Parece, Flores, que no soy el único.

Terminamos acostados de nuevo en la cama, después de memorizarnos.

—¿Qué hacemos lo que queda de día? —me pregunta dulcemente.

—Pues yo tengo un vestido monísimo y un camisón mejor aún, así que tú decides lo que quieres hacer.

—Nos quedamos. En realidad, yo no quiero salir de aquí para nada —me contesta, canalla—. Hace mucho frío para salir.

—Ya, claro, frío. No es que haga calor, pero el frío no es impedimento para salir.

—No quiero que termines por convertirte en Olaf, con una vez ya tuvimos bastante —añade.

Llamamos al servicio de habitaciones y pedimos algo de comer.

—Es hora de que hablemos de algo que no queremos hablar —se aventura a decir.

Me pongo tensa y me incorporo hasta quedarme sentada en la cama. Seguimos desnudos, pero parece ser que no es lo único que vamos a desnudar.

—Jaime, no hace...

—Sí hace falta, Alma —me interrumpe—. A mí me hace falta... Cuando decidí venir a este viaje —comienza y le tiembla la voz al pronunciar estas primeras palabras— no fue, ni mucho menos, por obligación laboral; fue porque quería verte y porque creía que te merecías una despedida, que nuestros corazones se la merecían, porque esto es más que sexo, Alma, eso quiero que lo tengas muy claro. Para mí no eres un polvo o quince, para mí eres especial. Yo estoy enamorado de ti, Alma, y pase lo que pase siempre lo estaré, eso no habrá quien nos lo quite.

»Llegué a casa, la semana pasada, con la firme intención de poner punto y final a mi mentira; hacer caso a Arturo de una vez y seguir su consejo, que es el mejor que me haya podido dar nadie nunca. Como sabes, me fui porque Nancy se enteró. Me recibió altanera, enfadada e irritada. Me insultó y no dejo de merecérmelo, porque soy muy consciente de que, aunque no la quiero, esto que hemos hecho no es moralmente aceptable, pero sobre el corazón no manda

nadie y, en cuestión de sentimientos, no hay nada escrito. Yo no pude evitar esto que ha pasado contigo, sencillamente.

»Lo que ella no se esperaba es que yo pusiera mis cartas sobre la mesa y le confesara mis sentimientos o la inexistencia de ellos, ahí creo que se derrumbó —baja la cabeza y mira sus manos—, pero más me derrumbé yo cuando dijo que tenía algo para mí y puso en mis manos una especie de bolígrafo...

—Un test de embarazo —pronuncio con voz entrecortada y temblorosa.

—Sí. Está embarazada, Alma. No he tenido sexo con ella desde antes de Madrid, pero anteriormente a eso sí, y vamos a ser padres, Alma, voy a tener un bebé con Nancy. Se me cayó el mundo al suelo, porque no la quiero, pero ese bebé que está en camino no tiene culpa de nada y mi sentido de la responsabilidad no me permite alejarme de él. Debo cuidarlo y criarlo, debo darle un hogar y una familia, se lo debo, ¿me entiendes?

Asiento, no puedo hablar. ¡Maldita sea! Claro que te entiendo, no quiero, pero te entiendo y más conociendo cómo eres, Jaime. Eres tan leal...

—Pues en este punto estamos. Seguimos manteniendo nuestro matrimonio. Ella sigue ofendida y yo sigo distante. Sigo pensando que tú eres la luz de mi vida, la única que ha sido capaz de derribar mis muros y enseñarme lo que es el amor —termina posando sus ojos en los míos.

Se calla y, tras ese breve contacto de nuestras pupilas, vuelve a agachar la cabeza. Imagino que espera a que yo hable.

—Jaime... No sé bien por dónde empezar.

—Supongo que por el principio, aunque suene a tópico —puntualiza mientras intenta esbozar una sonrisa que convierte en mueca.

—Por el principio, sí. —Suspiro—. Creo que esta ha sido la mejor historia de mi vida. Tú dices que yo he derribado tus muros, pero tú, Jaime, me has hecho sentir viva. Contigo he aprendido lo que es amar incondicionalmente y valorar los pequeños detalles. He vuelto a reír, a sentir, a respirar, a tener ilusión, a vivir, Jaime. Y sí, te entiendo, entiendo que debes velar por tu familia, por ese bebé que viene en camino y que te necesita. Yo no soy madre y ni siquiera sé si algún día lo seré —digo, y la que intenta sonreír ahora soy yo—, pero creo que ese debe ser el amor más puro que exista. Nunca nos hemos prometido nada, solo nos hemos dado lo que queríamos y nos hemos dejado llevar y, aunque duela —porque duele, ¡joder!, ¡cómo duele! —, has sido lo mejor que me ha pasado nunca y te recordaré con cariño toda

la vida. Te agradeceré por siempre jamás haberme enseñado lo que es amar. Amar de verdad y con mayúsculas.

No hay nada más que decir. Se han cumplido todas las previsiones, esas que me perseguían y de las cuales yo intentaba correr y huir. Esas que yo no quería creer.

—Voy a salir a hacer una llamada —me dice mientras se viste y sale de la habitación.

Alma, hay que ser fría en este momento, todo lo fría que se puede ser. Tengo dos opciones: amargarme el resto del viaje y recordar que fue bonito hasta esta confesión, o bien, cambiar el chip, disfrutar lo que nos queda y lamerme las heridas en cuanto suba a ese avión que me llevará de vuelta a casa.

Decidido: segunda opción.

Salto de la cama como alma que lleva el diablo y me voy directa al baño, a ponerme ese camisón monísimo de encaje que me he traído. Nunca me había dado por comprarme ropa interior sexi, hasta que lo conocí. Se despertaron muchas emociones en mí, muchas sensaciones que creí muertas o inexistentes y una de ellas es esta, la de intentar sorprenderle y llevarle al límite de la sensualidad y de la pasión.

Oigo desde el baño cómo llaman a la puerta y me dirijo hasta ella para abrirla y ¡sorpresa! No, no es Jaime, es el camarero del servicio de habitaciones. Un señor mayor al que le he alegrado la mañana, ¡olé!, toma que toma pastillas de goma. Muy profesional, sí, porque he abierto cual gata salvaje y él no se ha inmutado; me ha escaneado, pero con un leve carraspeo y muy educadamente me ha indicado que trae nuestra comida, y yo me abro paso dejándolo entrar. Y pienso: «¡A saber la de cosas que habrá visto este hombre trabajando en este hotel!». Le despido educadamente y le agradezco su servicio. Jaime llega al poco y llama también, pero esta vez sí sé que es él; ¡hasta feo estaría que volviera a ser el camarero!

—¿A qué no sabes qué me acaba de pasar? —le cuento nada más entrar.

—Sorpréndeme.

—He abierto la puerta pensando que eras tú y resulta que era el camarero...

—Eso que se ha llevado, el señor. —Se carcajea—. Y ahora ven aquí, que me has puesto malo con esa cosita —me dice mientras me empotra contra la pared y no es lo único que empotra esa noche.

Me despierto con la luz del día. Me giro en busca de mi príncipe y lo veo, al filo de la cama, sentado mirándome.

—¿Llevas mucho despierto? —Mi voz suena pastosa y adormilada.

—Tengo el sueño ligero y no quería molestarte, me he despertado hace rato.

—Yo no te he dado permiso para marcharte de mi lado, ¿te queda claro?

—Jefa hasta la muerte —bromea.

—La próxima vez me despiertas, ¿vale?

—La próxima vez —afirma y dicho esto se abalanza sobre mí y yo me dejo capturar.

Terminamos en la ducha, enjabonándonos y marcando nuestras pieles a fuego, dejando huellas y grabando lunares.

Salgo de la ducha, esta vez yo he sido la última. Me he quedado un rato más porque Jaime debía salir a hablar por teléfono. Me pongo la ropa interior y una chaqueta encima y salgo al balcón, a respirar, a que Toledo me dé los buenos días y yo dárselos a ella. Entro un momento a poner la radio; quiero cubrir el silencio y evitar pensar. Son casi las nueve y comienza a sonar «Buenos días amor, amor, amor...» Oigo que llaman a la puerta y corro como nunca para abrirla: es Jaime. Lo arrastro literalmente de la mano hacia donde está la radio sonando.

—¿La oyes? —pregunto.

—Sí.

Todas las mañanas, uno de los dos le enviaba esta canción al otro, todas, hasta... bueno, la semana pasada. Y ahora es la primera vez que la escuchamos juntos.

Me estrecha entre sus brazos y coloca su nariz en mi cuello.

Ed Sheeran y su «Thinking out loud» prosigue a la banda sonora del *morning show*. Jaime desliza mi abrigo por mis brazos hasta que cae al suelo.

—¿Bailamos?

Me agarra por la cintura y coloca mi mano en su hombro y la otra en su espalda y nos mecemos al son de la música. Bailamos descalzos, yo medio desnuda y él medio vestido.

—Hagamos un trato. Cada vez que oigamos esta canción nos haremos esa pregunta, ¿vale?

—¿Bailamos? —me pregunta.

—Exacto. Y la bailaremos, siempre, donde sea y como sea, pero juntos.



—Juntos, princesa.

Qué extraña sensación me provocan sus besos. Saben a él, saben a mí, a amor, a alegría, a risas, a felicidad, a tristeza, a despedida.

El resto del día es bastante tranquilo; desayunamos en una cafetería coqueta de Toledo, paseamos por el Alcázar y nos comportamos como una pareja más. Yo sigo siendo su señora, su mujer o su pareja de cara a cualquiera que nos pregunta algo. A mí me gusta, me hace sentir más suya. Sí, sí, lo sé, suya soy, pero de cara a la gente no y esto me muestra lo que podría ser... y no será.

Una vez regresamos a Madrid, vamos directos al aeropuerto. Me acompaña a la ventanilla para facturar y recoger la tarjeta de embarque.

—Es la hora —susurro.

—Prométeme que te vas a cuidar, Flores.

—Te lo prometo si tú me lo prometes a mí —le respondo.

—Por supuesto.

Nos miramos, grabándonos a fuego.

—Jaime, gracias por todo, por lo vivido y por lo sentido. Te quiero.

Y por fin lo suelto. Llevo dos días queriendo decírselo y no haciéndolo porque, si nos íbamos a despedir, ¿de qué valía? Pero ¿sabéis qué? Que es mejor decirlo, es mejor pronunciarlo que callarlo.

—Yo también te quiero, princesa. Adiós, Alma.

—Hasta luego, Jaime.

Me giro y comienzo a recorrer el camino que me lleve hasta el control, conteniendo mi respiración y tragando nudos.

—¿Jaime? —Vuelvo sobre mis pasos hasta donde se encuentra parado, no se ha movido ni un solo paso.

—¿Alma?

Coloco su mano sobre mi corazón, que late acelerado, emocionado e inquieto, abrumado y lleno de amor que darle, que regalarle, con ganas y fuerza para luchar.

—Quédate con mi alma, Jaime, porque siempre será tuya.

Pongo mis labios sobre los suyos unos segundos y me giro al separarlos. Esta vez sin mirar atrás.

## Capítulo 32

*Jaime*

¿Por qué no es todo más sencillo? ¿Por qué he tocado y sentido el amor y ahora me lo arrebatan? ¿Por qué he desplegado mis alas en busca de un único destino y me es imposible partir hacia él? ¿Por qué mis alas están ahora rotas? ¿Por qué? ¿Por qué? Maldita sea, ¿por qué?

Hace meses le dije que estaba muerto. Me equivocaba. Allí estaba muerto en vida. Ahora sí estoy muerto. Sin ella lo estoy. Qué difícil es ver que tu felicidad se escapa de entre las manos y entender que tú y ella, y que ella y tú, ya no es posible.

Mi vida no es fácil y la culpa la tengo yo, por supuesto. Mi forma de ser la complica más y esa es la realidad, pero la realidad del universo, la vida es sencilla, nosotros nos la complicamos solitos. Quizá si yo no fuera un hombre con unos principios tan arraigados, con un sentido de la responsabilidad tan profundo, mi situación sería otra y mi vida también. Principalmente, porque no estaría en esta situación, no estaría unido a alguien que no quiero y que creo que no he querido nunca. No me puedo aventurar a decir que habría conocido a Alma en las mismas condiciones en las que lo hice, pero, por ese hilo rojo que nos une a todos, el destino se habría encargado de llevarme hasta ella. No sé, quizá convertida en esa campesina y yo en ese caballero en Toledo, o simplemente nos habríamos encontrado en un supermercado en el momento en que ambos intentábamos comprar fruta y nuestras manos se habrían tocado, atraídas por la más dulce, brillante y sabrosa de las naranjas. O en una cafetería mientras ella leyera un libro que yo ya habría leído y le diría una frase ingeniosa. Pero, de cualquier manera, sé que mi destino estaba enlazado con el suyo. Ahora, recuperarse es difícil.

Cuando llegué a casa, descubrí que en mi maleta estaba su pañuelo. Ese famoso pañuelo con el que tanto me sedujo sin saber que yo estaba más que seducido por ella desde hacía años y que la seducción hacía tiempo que había quedado atrás y había dejado paso a otro sentimiento mucho más profundo. No sé si fue por la rapidez del momento que se mezcló con mis cosas y acabó aquí. Mi yo más sentimental quiere pensar que lo metió Alma para que no me olvide de ella. ¡Ja! Como si eso fuera a ser posible.

Lo guardé en el trastero junto a mis cosas de ciclismo, porque sé que Nancy ahí no lo encontrará; ella no se siente atraída por ese aspecto de mi

vida, así que... Es una garantía. Quisiera conservar esto, algo material que me recuerde lo que es sentirse completo y enamorado.

Cuando tengo la oportunidad, bajo al trastero, a veces hasta con excusas tontas, solo para coger el pañuelo y olerlo. Aún me huele a ella. Cierro los ojos y me transporto a sus brazos y vuelvo a sentirme en casa. Cuando me calmo un poco lo coloco en su sitio e intento que todo siga adelante. Mantener a flote la mentira y respirar por inercia.

Sí, lo debo hacer, lo sé, por ese bebé que viene en camino, pero conformarse con una vida infeliz no es lo que quiero. No entraba en mis planes enamorarme de esta manera, llenar mi corazón de amor puro, pero lo verdaderamente difícil de todo esto es aprender a vivir de nuevo sin ella; eso es algo que no sé hacer, porque una vez tocas el cielo, bajar a la tierra es imposible. Aprender a vivir... Volver a empezar...

Subo a mi coche y conecto la radio. Quizá el sonido de la música haga que el martilleo de mi mente deje de oírse y quede en un recóndito lugar, donde guardaré todo lo que siento, todo lo que pudo ser. «Ya verás», de Funambulista, suena con fuerza al otro lado. Decido cagarme en todos los muertos del destino, de la radio y de la maldita música que suena ahora mismo. ¿Señales de nuevo? No me hacen falta más. Gracias.

«Ya verás cómo me olvidas», dice la canción. Ya verás cómo me olvidas, Alma, por muy difícil que sea para ambos, para mí será imposible. Tú te darás la oportunidad de conocer a alguien, de volver a abrir tu corazón, tocarás de nuevo el amor. Para mí será mucho más complicado, yo te amaré en silencio para siempre. Me mantendré unido a alguien, en un vínculo vacío e insulso, pero por una vida que no tiene culpa de nada y que no ha sido concebida como fruto del amor, porque con el único amor con el que quisiera concebir una, es con el nuestro. Pero como ya he dicho, mi vida no es fácil y yo no hago más que complicarla. Comenzar de cero, reconstruirme y levantar de nuevo esa pared que oculte una vez más lo que quiero ser. Sobrevivir.

Pase lo que pase, estés donde estés, pertenezcas a quien pertenezcas, eres mi princesa, Alma Flores, siempre serás mi princesa.

Y estas palabras me transportan de nuevo hacia casi seis años atrás, cuando apagaba el motor y por fin dormía. Ahora lo arranco y me dirijo a Valencia, dejando atrás el lugar al que pertenezco, el lugar donde estés tú y tu alma.

## Capítulo 33

He pasado una semana en la que solo he podido ir a trabajar y porque mi sentido de la responsabilidad no me ha permitido no hacerlo. Puñetero sentido de la responsabilidad, ¿quién te mandaría entrar en mí?

Los primeros días intenté pasar desapercibida: entrar, coger mi desayuno, sonreír falsamente y meterme de lleno en la pila de trabajo que me esperaba encima de mi mesa; pero la gata que tengo por compañera no es estúpida y se olía que algo pasaba. Yo no me encontraba bien, ¡qué os voy a contar! Había terminado y yo no estaba preparada. Creo que nunca lo estaría, por más que me lo repitiera y me dijera que esto tenía fecha de caducidad.

Aitana se presentó en mi despacho tras unos breves toques en la puerta y, cuando entró, traía consigo una bandeja de dulces, de esos de crema y de frutas que tanto me gustan. Supongo que la mejor terapia cuando te sientes mal consiste en comprar ropa, zapatos y comer dulces y demás comidas prohibidas por su alto contenido calórico. A mí, llegado a este punto, me daba igual ponerme como una ballena o como una bola de coco.

—Jefa, tienes mala cara desde hace días y he esperado a ver si tú misma dabas el paso de buscarme y hablar de ello. En vista de que no ha sido ese el caso, he venido con la artillería pesada y no pienso irme hasta saberlo todo.

—No me apetece mucho hablar del tema, para serte sincera.

—No hay nadie ya en la oficina, somos las últimas. Si no quieres hablar, no hablemos; simplemente comamos y ahogemos las penas en dulces que no quemaremos jamás y que se irán directo a esas zonas que menos lo necesitan, para alimentar nuestros complejos.

—Hija de perra —le solté con sorna.

—Es por Jaime, ¿verdad?

—Tocada y hundida —le respondí.

Y con eso, le solté todo lo que tenía guardado. Le conté todo, omitiendo detalles que no estaba dispuesta a revelar sobre nuestros encuentros pasionales. Aitana y media bandeja de dulces fueron testigos de cómo le contaba que estaba loca e irremediabilmente enamorada de un hombre que no era para mí y del que ya no podía esperar nada, porque su camino iba por otro muy distinto al mío.

A partir de ahí, Aitana me cuidó, me animó y me consoló cuando entraba a mi despacho y me encontraba hecha un mar de lágrimas. Se limitaba a

abrazarme y decirme que todo pasaría.

—Cuando menos piensas sale el sol, Alma. Las nubes se irán y dejarán paso a unos días cada vez más soleados —me decía.

Yo entendía lo que quería decirme y sabía que tenía razón, pero para mí y mi pobre corazón no había consuelo, y ahora menos.

—No sé si dejará de dolerme algún día —me limitaba muchas veces a contestar yo.

—Lo hará —me aseguraba.

Yo no sabía la historia de Aitana; siempre bromeábamos y reíamos, pero sabía que, detrás de sus gafas de pasta negra, había una historia que luchaba por no salir, al verme así.

—¿Qué te pasó a ti, Aitana?

—Algún día estaré preparada para desenterrar mis fantasmas, pero aún no es el momento, cariño.

Y yo me limitaba a asentir y a apretar su mano más fuerte. Creo que no sabré nunca cómo agradecersele porque, sin haberlo esperado, encontré apoyo en ella. La vida es así, las personas aparecen en las situaciones y lugares más inesperados. No es la primera vez que la vida me enseña eso y me aventuro a pensar que quizá no será la última.

Llego al Au Revoir la última. He contestado a los WhatsApp del grupo con frases escuetas y poco profundas, he evitado las llamadas de teléfono de Mar y Érika y he intentado mantenerme alejada de cualquier actividad que conlleve contacto con personas. Sí, mal, pero me resbala.

¿Mi estado de ánimo? Poco puedo explicar. Todas las personas que han sufrido una ruptura por amor saben cómo me encuentro ahora mismo. En mi caso, incrementado porque esta no ha sido una ruptura. ¿La debo considerar ruptura? Esta no ha sido una *separación* por falta de amor, por incompatibilidad, por desconfianza... Esta ha sido una separación impuesta en contra de mi voluntad.

Me he enfadado mucho con Érika, os lo tengo que contar. Uno de sus mensajes en el grupo me ha hundido más aún, si cabe. Las verdades duelen, siempre se ha dicho eso, pero más duele cuando te las dice alguien a quien quieres y que te importa. Y sus palabras exactas fueron: «Te estás autodestruyendo, Alma» y sí, puede que tenga razón, por el círculo en el que he entrado, porque es difícil salir de esto cuando no quieres olvidar, cuando lo que quiero es correr y enterrarme entre sus brazos y que coloque su nariz en mi

cuello y aspire mi perfume y yo el suyo, a limpio, a fresco, a dulce, a Jaime.

Aún hoy, después de que el tiempo haya pasado, sigo intentado plantearme las cosas de otra manera. Tomar otro camino, otras decisiones, otra forma de enfrentarme a este amor y creo que no podría haber actuado de otra manera, no con él, no con Jaime. ¿Por qué?, os preguntaréis. Pues muy fácil: porque es mejor amar y sufrir, que no haber amado.

Hay tantas cosas que le diría, tantas cosas que nos quedan por hacer, por mostrar, por conocer, por regalarnos: nuestras risas, nuestras lágrimas, nuestras voces, nuestros gemidos, nuestros pasos, nuestras vidas. Creo que este será el adiós que nunca sabré decir, creo que nunca podré vivir sin él. Una vez se conoce el amor verdadero, ese que empapa cada poro y que envuelve cada lugar, después de conocer eso, nunca más se vuelve a ser uno mismo. Te quedas por el camino, porque esa parte de ti, más pura, deja de pertenecerte y se va con la otra persona. Yo diría que de ahí viene la expresión media naranja, porque eres un completo incompleto hasta que aparece esa persona que trastabilla tu cosmos y que le da la vuelta, la mejor vuelta del mundo.

Entro arrastrándome como puedo e intentando fingir que soy alguien que no soy; me fundo en un abrazo con Mar y a Érika la miro con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, no me odies, Alma, ya sabes cómo soy.

—¿Y cómo eres? ¿Una perra injusta que no ha sabido entender cómo me siento y que, en vez de poner su hombro para que lllore, ha preferido decirme que me autodestruyo? Y yo debo entenderlo, ¿verdad?

—Alma, quería que te dieras cuenta de cómo te encontrabas y de lo que estabas haciendo de tu vida; no quería hundirte, ni mucho menos, quería que abrieras los ojos.

—Abriré los ojos cuando me sienta preparada para ello, no cuando tú me digas que debo hacerlo.

—Lo siento. —Sé que es sincero lo que me dice, lo leo en sus ojos—. Nunca haría nada que te hiciera daño, que os lo hiciera —afirma mirando también a Mar—. Sabes que una de las cualidades que más me definen es que digo las cosas como me salen, sin filtro. Por eso estoy tan sola —termina por pronunciar.

—No estás sola —interviene Mar—, no digas tonterías.

Alberto hace un amago de acercarse, pero Mar levanta la mano y le pide

en un gesto que espere y él asiente y se da la vuelta.

—Alma —continúa Mar—, ¿qué pasa? Sabías que esto iba a terminar así. Soñar con finales felices es bonito, pero en el fondo sabías que existía la posibilidad de que él volviera a su casa con su familia.

—Está embarazada —la corto—, Nancy está embarazada.

—¿Cómo? —preguntan ambas a la vez cambiando su expresión por una mucho más sorpresiva.

—Hemos puesto punto y final porque Nancy está embarazada.

—¡Ay, Dios mío! —exclama Mar.

—¡La madre del cordero...! —añade Érika—. ¿Pero no decía que ella no quería hijos?

—No lo sé, no le pregunté, supongo que esas cosas pasan, ¡yo qué sé! Esto es mucho para mí, me supera... No sé si sabré salir adelante sin él.

—Claro que sí, nena, claro que podrás —pronuncia Mar mientras me acaricia la mano con ternura—. Tú eres una mujer fuerte y de cosas peores has salido.

—No hay nada peor que esto, Mar, nada, ¿no lo entiendes? Yo le quiero, le quiero de una manera que duele, que quema, que no me deja respirar. —Comienzo a llorar—. Le quiero —susurro.

—Alma, date un tiempo de luto, no sé, una semana, dos, un mes, pero prométeme que un día te levantarás y volverás a ser tú, volverás a ser valiente y fuerte y volverás a creer en ti misma. Constrúyete de nuevo. Te necesitamos —puntualiza Érika.

—No puedo prometer nada —respondo—. Ahora mismo no puedo prometer siquiera que me levante mañana.

—¿Ha valido la pena, Alma? ¿Ha valido la pena vivir esto para sufrir ahora de esta manera? —pregunta Érika.

—Cada segundo —respondo sin pensar—. Cada maldito segundo con Jaime ha valido la pena. Si volviera para atrás viviría lo mismo. Viviría todo con la misma intensidad. Vale la pena sufrir solo por haberle conocido y porque me ha enseñado lo que es amar.

Ambas se levantan y me rodean entre sus brazos mientras suena «Mira dentro», de Maldita Nerea. El resto de personas no saben que, en este momento, esta canción me define y, mientras tanto, Mar y Érika me acunan y me consuelan.

—Hay algo más —pronuncio al tiempo que me recorre un escalofrío—.

Tengo un retraso en el período.

Se separan de mi lado y me observan detenidamente.

—Define retraso —puntualiza Mar.

—Dos semanas.

—*¡Mecagüentodo!* —grita Érika.

¿Cómo lo hago? ¿Cómo se supone que tengo que seguir mi camino y mi vida? ¿Hacer borrón y cuenta nueva? Las teorías me las sé todas. Dicen que es cuestión de tiempo, que el tiempo todo lo cura... ¿Tú crees? ¿Y por qué será que cada día que pasa yo lo sufro más y es más intenso el dolor...? Cada día me cuesta más respirar, me falta el aire y afrontarlo es tan difícil... ¿Sabes? No lo entiendo. No soy capaz de comprender por qué estamos en esta situación. ¿De verdad crees que vas a volver a tu casa y vas a ser feliz allí? Es imposible. El dolor que yo vivo sé que también lo vives tú, incluso ella. Es empeñarse en ser infeliz, esto sí que es autodestrucción. Cuánto daño gratuito por mantener un escaparate, una farsa que solo hace daño... Si yo pudiera pasar página, lo haría, pero mis pensamientos y mis sentimientos no dependen de lo que mi cuerpo quiera, van por libre. Fue perfecto, lo fue.

Yo tenía mi vida hecha, mi libertad, que tanto me costó porque no creas que eso fue fácil. Fue romper con toda una vida, un día a día, una familia a la que no quería fallar. Y hay momentos en los que me sentí culpable y dudé de que estuviera haciendo lo correcto. No lo niego: me sentí egoísta. Hoy no lo veo así, éramos dos extraños y nos hacíamos daño mutuamente. ¡Qué locura! ¿Cómo puedes querer hacer feliz a alguien si tú no lo eres antes? Y es cuando empiezo a hacer mi camino y estoy pletórica, feliz y tranquila, cuando apareces tú y la liamos... y bien liada. La vida nos cruza los caminos y nos enreda. Y ahora, la pregunta es: ¿cómo vuelvo a mi tranquilidad?, ¿a mi libertad? ¿Ves lo que te digo de las cosas que pasan y la vida? Si hago memoria y me centro en aquella pregunta: ¿qué pasaría si me muero mañana? ¿Me quedo tranquila? Aunque todo este dolor me esté consumiendo por dentro, diría que sí, una y otra vez, porque en un año he pasado de vivir en la penumbra donde todo era plano, a vivir, con mayúsculas. Hemos volado. Ella no nos ha permitido continuar con el vuelo, pero fue increíble.

Estoy segura de que hay personas que pasan por la vida pidiéndole y deseando a diario que les pase algo así y se mueren sin saberlo, sin sentirlo, sin vivirlo...

Esto nos ha arrasado y, en el fondo, somos unos privilegiados. Yo nunca



pude imaginar que fuera tan real y es que siempre es mejor lo que se vive que lo que se imagina, por lo menos en nuestro mundo fue así. Pese a que las circunstancias se empeñen en matarlo.

Sé que volveré a sentir, volveré a vivir cosas bonitas, pero nunca será algo como lo que he vivido a tu lado. Porque sentíamos paz estando el uno con el otro, nuestro sitio en el mundo y eso no se encuentra a diario. He sido muy privilegiada, pero también consciente de que no puede existir otra historia como esta, la vida no me debe tanto a mí, se estará ocupando de que algo así ahora lo vivan otras personas. Es bonito pensar eso, ¿verdad? Que lo que no hemos sabido aprovechar nosotros el destino se lo ofrezca a alguien que sí quiera y sepa sacarle todo el jugo. Es como si perteneciéramos al club de los amores en mayúscula, el de los selectos. Bonito y triste a la vez.

Aunque no me hubiera gustado despedirme nunca de ti, porque lo que quiero es caminar y construir un universo, juntos, y más ahora que hay alguien que un día preguntará por ti y querrá saber, me hubiera gustado que esto tuviera otro final por ti, por mí y por este bebé... Por ahora, seguiré mi duelo; solo espero que algún día deje de doler, para dejar de ser los tontos más tontos del cementerio. Falta decirlo y sobra sentirlo: te quiero.

No sé si todo en esta vida pasa por algún motivo o para que aprendamos algo. Algunas cosas simplemente pasan y, cuando lo hacen, duelen. El dolor enseña, es verdad, se dice que a base de errores se aprende y yo apostillo que, además, a base de dolor, también se aprende.

Lo lógico es que, cuando una persona está mal, ya solo queda pensar en que lo siguiente es recuperarse y levantarse, aunque no sepamos especificar la fecha. Claro que todo pasa, y que aprenderás cosas durante ese nuevo trayecto de reconstrucción, pero no le pidas nunca a nadie que se anime y que se dé prisa en hacerlo. La empatía, en estos casos, no entiende de añadir frases hechas, sino de hacer que sobren las palabras.

He pasado una semana en la que solo he podido ir a trabajar y porque mi sentido de la responsabilidad no me ha permitido no hacerlo. Puñetero sentido de la responsabilidad, ¿quién te mandaría entrar en mí?

Los primeros días intenté pasar desapercibida: entrar, coger mi desayuno, sonreír falsamente y meterme de lleno en la pila de trabajo que me esperaba encima de mi mesa; pero la gata que tengo por compañera no es estúpida y se olía que algo pasaba. Yo no me encontraba bien, ¡qué os voy a contar! Había terminado y yo no estaba preparada. Creo que nunca lo estaría, por más que

me lo repitiera y me dijera que esto tenía fecha de caducidad.

Aitana se presentó en mi despacho tras unos breves toques en la puerta y, cuando entró, traía consigo una bandeja de dulces, de esos de crema y de frutas que tanto me gustan. Supongo que la mejor terapia cuando te sientes mal consiste en comprar ropa, zapatos y comer dulces y demás comidas prohibidas por su alto contenido calórico. A mí, llegado a este punto, me daba igual ponerme como una ballena o como una bola de coco.

—Jefa, tienes mala cara desde hace días y he esperado a ver si tú misma dabas el paso de buscarme y hablar de ello. En vista de que no ha sido ese el caso, he venido con la artillería pesada y no pienso irme hasta saberlo todo.

—No me apetece mucho hablar del tema, para serte sincera.

—No hay nadie ya en la oficina, somos las últimas. Si no quieres hablar, no hablemos; simplemente comamos y ahogemos las penas en dulces que no quemaremos jamás y que se irán directo a esas zonas que menos lo necesitan, para alimentar nuestros complejos.

—Hija de perra —le solté con sorna.

—Es por Jaime, ¿verdad?

—Tocada y hundida —le respondí.

Y con eso, le solté todo lo que tenía guardado. Le conté todo, omitiendo detalles que no estaba dispuesta a revelar sobre nuestros encuentros pasionales. Aitana y media bandeja de dulces fueron testigos de cómo le contaba que estaba loca e irremediabilmente enamorada de un hombre que no era para mí y del que ya no podía esperar nada, porque su camino iba por otro muy distinto al mío.

A partir de ahí, Aitana me cuidó, me animó y me consoló cuando entraba a mi despacho y me encontraba hecha un mar de lágrimas. Se limitaba a abrazarme y decirme que todo pasaría.

—Cuando menos piensas sale el sol, Alma. Las nubes se irán y dejarán paso a unos días cada vez más soleados —me decía.

Yo entendía lo que quería decirme y sabía que tenía razón, pero para mí y mi pobre corazón no había consuelo, y ahora menos.

—No sé si dejará de dolerme algún día —me limitaba muchas veces a contestar yo.

—Lo hará —me aseguraba.

Yo no sabía la historia de Aitana; siempre bromeábamos y reíamos, pero sabía que, detrás de sus gafas de pasta negra, había una historia que luchaba

por no salir, al verme así.

—¿Qué te pasó a ti, Aitana?

—Algún día estaré preparada para desenterrar mis fantasmas, pero aún no es el momento, cariño.

Y yo me limitaba a asentir y a apretar su mano más fuerte. Creo que no sabré nunca cómo agradecersele porque, sin haberlo esperado, encontré apoyo en ella. La vida es así, las personas aparecen en las situaciones y lugares más inesperados. No es la primera vez que la vida me enseña eso y me aventuro a pensar que quizá no será la última.

Llego al Au Revoir la última. He contestado a los WhatsApp del grupo con frases escuetas y poco profundas, he evitado las llamadas de teléfono de Mar y Érika y he intentado mantenerme alejada de cualquier actividad que conlleve contacto con personas. Sí, mal, pero me resbala.

¿Mi estado de ánimo? Poco puedo explicar. Todas las personas que han sufrido una ruptura por amor saben cómo me encuentro ahora mismo. En mi caso, incrementado porque esta no ha sido una ruptura. ¿La debo considerar ruptura? Esta no ha sido una separación por falta de amor, por incompatibilidad, por desconfianza... Esta ha sido una separación impuesta en contra de mi voluntad.

Me he enfadado mucho con Érika, os lo tengo que contar. Uno de sus mensajes en el grupo me ha hundido más aún, si cabe. Las verdades duelen, siempre se ha dicho eso, pero más duele cuando te las dice alguien a quien quieres y que te importa. Y sus palabras exactas fueron: «Te estás autodestruyendo, Alma» y sí, puede que tenga razón, por el círculo en el que he entrado, porque es difícil salir de esto cuando no quieres olvidar, cuando lo que quiero es correr y enterrarme entre sus brazos y que coloque su nariz en mi cuello y aspire mi perfume y yo el suyo, a limpio, a fresco, a dulce, a Jaime.

Aún hoy, después de que el tiempo haya pasado, sigo intentado plantearme las cosas de otra manera. Tomar otro camino, otras decisiones, otra forma de enfrentarme a este amor y creo que no podría haber actuado de otra manera, no con él, no con Jaime. ¿Por qué?, os preguntaréis. Pues muy fácil: porque es mejor amar y sufrir, que no haber amado.

Hay tantas cosas que le diría, tantas cosas que nos quedan por hacer, por mostrar, por conocer, por regalarnos: nuestras risas, nuestras lágrimas, nuestras voces, nuestros gemidos, nuestros pasos, nuestras vidas. Creo que este será el adiós que nunca sabré decir, creo que nunca podré vivir sin él.

Una vez se conoce el amor verdadero, ese que empapa cada poro y que envuelve cada lugar, después de conocer eso, nunca más se vuelve a ser uno mismo. Te quedas por el camino, porque esa parte de ti, más pura, deja de pertenecerte y se va con la otra persona. Yo diría que de ahí viene la expresión media naranja, porque eres un completo incompleto hasta que aparece esa persona que trastabilla tu cosmos y que le da la vuelta, la mejor vuelta del mundo.

Entro arrastrándome como puedo e intentando fingir que soy alguien que no soy; me fundo en un abrazo con Mar y a Érika la miro con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, no me odies, Alma, ya sabes cómo soy.

—¿Y cómo eres? ¿Una perra injusta que no ha sabido entender cómo me siento y que, en vez de poner su hombro para que lllore, ha preferido decirme que me autodestruyo? Y yo debo entenderlo, ¿verdad?

—Alma, quería que te dieras cuenta de cómo te encontrabas y de lo que estabas haciendo de tu vida; no quería hundirte, ni mucho menos, quería que abrieras los ojos.

—Abriré los ojos cuando me sienta preparada para ello, no cuando tú me digas que debo hacerlo.

—Lo siento. —Sé que es sincero lo que me dice, lo leo en sus ojos—. Nunca haría nada que te hiciera daño, que os lo hiciera —afirma mirando también a Mar—. Sabes que una de las cualidades que más me definen es que digo las cosas como me salen, sin filtro. Por eso estoy tan sola —termina por pronunciar.

—No estás sola —interviene Mar—, no digas tonterías.

Alberto hace un amago de acercarse, pero Mar levanta la mano y le pide en un gesto que espere y él asiente y se da la vuelta.

—Alma —continúa Mar—, ¿qué pasa? Sabías que esto iba a terminar así. Soñar con finales felices es bonito, pero en el fondo sabías que existía la posibilidad de que él volviera a su casa con su familia.

—Está embarazada —la corto—, Nancy está embarazada.

—¿Cómo? —preguntan ambas a la vez cambiando su expresión por una mucho más sorpresiva.

—Hemos puesto punto y final porque Nancy está embarazada.

—¡Ay, Dios mío! —exclama Mar.

—¡La madre del cordero...! —añade Érika—. ¿Pero no decía que ella no

quería hijos?

—No lo sé, no le pregunté, supongo que esas cosas pasan, ¡yo qué sé! Esto es mucho para mí, me supera... No sé si sabré salir adelante sin él.

—Claro que sí, nena, claro que podrás —pronuncia Mar mientras me acaricia la mano con ternura—. Tú eres una mujer fuerte y de cosas peores has salido.

—No hay nada peor que esto, Mar, nada, ¿no lo entiendes? Yo le quiero, le quiero de una manera que duele, que quema, que no me deja respirar. —Comienzo a llorar—. Le quiero —susurro.

—Alma, date un tiempo de luto, no sé, una semana, dos, un mes, pero prométeme que un día te levantarás y volverás a ser tú, volverás a ser valiente y fuerte y volverás a creer en ti misma. Constrúyete de nuevo. Te necesitamos —puntualiza Érika.

—No puedo prometer nada —respondo—. Ahora mismo no puedo prometer siquiera que me levante mañana.

—¿Ha valido la pena, Alma? ¿Ha valido la pena vivir esto para sufrir ahora de esta manera? —pregunta Érika.

—Cada segundo —respondo sin pensar—. Cada maldito segundo con Jaime ha valido la pena. Si volviera para atrás viviría lo mismo. Viviría todo con la misma intensidad. Vale la pena sufrir solo por haberle conocido y porque me ha enseñado lo que es amar.

Ambas se levantan y me rodean entre sus brazos mientras suena «Mira dentro», de Maldita Nerea. El resto de personas no saben que, en este momento, esta canción me define y, mientras tanto, Mar y Érika me acunan y me consuelan.

—Hay algo más —pronuncio al tiempo que me recorre un escalofrío—. Tengo un retraso en el período.

Se separan de mi lado y me observan detenidamente.

—Define retraso —puntualiza Mar.

—Dos semanas.

—¡Mecagüentodo! —grita Érika.

¿Cómo lo hago? ¿Cómo se supone que tengo que seguir mi camino y mi vida? ¿Hacer borrón y cuenta nueva? Las teorías me las sé todas. Dicen que es cuestión de tiempo, que el tiempo todo lo cura... ¿Tú crees? ¿Y por qué será que cada día que pasa yo lo sufro más y es más intenso el dolor...? Cada día me cuesta más respirar, me falta el aire y afrontarlo es tan difícil... ¿Sabes?

No lo entiendo. No soy capaz de comprender por qué estamos en esta situación. ¿De verdad crees que vas a volver a tu casa y vas a ser feliz allí? Es imposible. El dolor que yo vivo sé que también lo vives tú, incluso ella. Es empeñarse en ser infeliz, esto sí que es autodestrucción. Cuánto daño gratuito por mantener un escaparate, una farsa que solo hace daño... Si yo pudiera pasar página, lo haría, pero mis pensamientos y mis sentimientos no dependen de lo que mi cuerpo quiera, van por libre. Fue perfecto, lo fue.

Yo tenía mi vida hecha, mi libertad, que tanto me costó porque no creas que eso fue fácil. Fue romper con toda una vida, un día a día, una familia a la que no quería fallar. Y hay momentos en los que me sentí culpable y dudé de que estuviera haciendo lo correcto. No lo niego: me sentí egoísta. Hoy no lo veo así, éramos dos extraños y nos hacíamos daño mutuamente. ¡Qué locura! ¿Cómo puedes querer hacer feliz a alguien si tú no lo eres antes? Y es cuando empiezo a hacer mi camino y estoy pletórica, feliz y tranquila, cuando apareces tú y la liamos... y bien liada. La vida nos cruza los caminos y nos enreda. Y ahora, la pregunta es: ¿cómo vuelvo a mi tranquilidad?, ¿a mi libertad? ¿Ves lo que te digo de las cosas que pasan y la vida? Si hago memoria y me centro en aquella pregunta: ¿qué pasaría si me muero mañana? ¿Me quedo tranquila? Aunque todo este dolor me esté consumiendo por dentro, diría que sí, una y otra vez, porque en un año he pasado de vivir en la penumbra donde todo era plano, a vivir, con mayúsculas. Hemos volado. Ella no nos ha permitido continuar con el vuelo, pero fue increíble.

Estoy segura de que hay personas que pasan por la vida pidiéndole y deseando a diario que les pase algo así y se mueren sin saberlo, sin sentirlo, sin vivirlo...

Esto nos ha arrasado y, en el fondo, somos unos privilegiados. Yo nunca pude imaginar que fuera tan real y es que siempre es mejor lo que se vive que lo que se imagina, por lo menos en nuestro mundo fue así. Pese a que las circunstancias se empeñen en matarlo.

Sé que volveré a sentir, volveré a vivir cosas bonitas, pero nunca será algo como lo que he vivido a tu lado. Porque sentíamos paz estando el uno con el otro, nuestro sitio en el mundo y eso no se encuentra a diario. He sido muy privilegiada, pero también consciente de que no puede existir otra historia como esta, la vida no me debe tanto a mí, se estará ocupando de que algo así ahora lo vivan otras personas. Es bonito pensar eso, ¿verdad? Que lo que no hemos sabido aprovechar nosotros el destino se lo ofrezca a alguien que sí

quiera y sepa sacarle todo el jugo. Es como si perteneciéramos al club de los amores en mayúscula, el de los selectos. Bonito y triste a la vez.

Aunque no me hubiera gustado despedirme nunca de ti, porque lo que quiero es caminar y construir un universo, juntos, y más ahora que hay alguien que un día preguntará por ti y querrá saber, me hubiera gustado que esto tuviera otro final por ti, por mí y por este bebé... Por ahora, seguiré mi duelo; solo espero que algún día deje de doler, para dejar de ser los tontos más tontos del cementerio. Falta decirlo y sobra sentirlo: te quiero.

No sé si todo en esta vida pasa por algún motivo o para que aprendamos algo. Algunas cosas simplemente pasan y, cuando lo hacen, duelen. El dolor enseña, es verdad, se dice que a base de errores se aprende y yo apostillo que, además, a base de dolor, también se aprende.

Lo lógico es que, cuando una persona está mal, ya solo queda pensar en que lo siguiente es recuperarse y levantarse, aunque no sepamos especificar la fecha. Claro que todo pasa, y que aprenderás cosas durante ese nuevo trayecto de reconstrucción, pero no le pidas nunca a nadie que se anime y que se dé prisa en hacerlo. La empatía, en estos casos, no entiende de añadir frases hechas, sino de hacer que sobren las palabras.

## Capítulo 34

### Nancy

Poco conocéis de mí, pero, por poco que sea, así es como he sido siempre. Y remarco el «he sido». Estoy embarazada, de tres meses para ser exactos y nunca he tenido instinto maternal, hasta ahora. Siempre he pensado primero en mí, segundo en mí y tercero en mí y, si se tercia, las sobras para los demás. Algo así como mí, me, conmigo.

Conocí a Jaime en una época en la que me importaba bastante poco con quien me acostaba o con quien terminaría la noche. Me cautivó su mirada verde y su cuerpo fibroso y definido. Me dejé llevar por sus encantos y por mis deseos, poco más que añadir.

Él empezó a mostrar interés en mí y yo me dejé arrastrar por la marea y quise ver hasta dónde llegaría. No estaba enamorada, ni mucho menos. ¿Yo? ¿Pensar en otra persona? No, gracias. Pero claro, no hace falta ser demasiado inteligente para darse cuenta de que Jaime es el hombre que toda mujer desea tener a su lado y que toda madre desea para su hija y yo sabía que a mi madre le encantaría.

Creo que lo de dejarnos llevar nos afectó a ambos. Yo quise pensar que estaba enamorada de él, y él quiso pensar que lo estaba de mí; por supuesto, nada más lejos de la verdad. ¿Queréis saber cuál es la realidad? Pues allá va. No, no le quiero y él a mí tampoco, pero eso sí lo sabéis, ¿no?

Cuando me llamaron de aquel hotel, yo ya sabía que estaba embarazada; cuando se fue a Tenerife, yo ya sabía que estaba embarazada; cuando follé sin condón dejándome llevar por la pasión, ya supe que me quedaría embarazada. No me preguntéis si es por instinto o por mala suerte, pero yo lo sabía. ¿Podía haber puesto remedio? Pues sí, pero no lo hice. Quizá mi reloj biológico me hablaba o era ese instinto maternal inexistente hasta ese momento, que despertó en un acto de rebeldía por haberme opuesto a él toda la vida. Y ahora, vida es lo que he creado.

He sido una zorra mala todo este tiempo y he jugado sucio, ahora me entenderéis.

Me casé con Jaime porque era lo que debía hacer y lo que creía que todo el mundo quería que hiciera, pero no era realmente lo que yo quería, ni mucho menos.

Pasaron años en los que intenté fingir que lo amaba y respetaba, pero no



era feliz y necesitaba..., digamos que necesitaba más. Empecé a trabajar en la boutique en la que estoy ahora, hace años, y cuando conocí allí a Rubén me impactó y me atrajo a partes iguales. Chico malo, con visión de futuro, alto, moreno, culo prieto y polla desmesurada. Y no exagero. Y ya podéis haceros una idea de lo que pasó.

Tiempo estuve intentando no sucumbir a sus encantos, pero el muy hijo de perra me lo ponía difícil. Me buscaba constantemente y me perseguía. Cuando era mi turno se plantaba allí y me provocaba con su mirada sexi y sus labios pecaminosos. Quizá no me provocaba, pero ¡qué coño! Tengo que culpar a alguien, que tan buena no soy como para culparme a mí misma. Una cosa llevó a la otra y ¡pummm! Me estalló en la cara. Me dejé llevar una y otra y otra vez... Sí, sí, en un juicio sería juzgada por libertinaje con alevosía, sin duda. A mi favor juega que Jaime confiaba en mí y posteriormente empezó a viajar mucho, con lo cual... Uno más uno, dos. —Frase que ahora me viene al pelo —.

Sigo. Cuando recibí esa llamada del hotel y preguntaron por Alma Flores, como comprenderéis, no soy tan estúpida y supuse que Jaime tenía un lío con esa tía. Y sí, me enfadé mucho, pero no por estar enamorada, sino porque él no lo estuviera de mí y se hubiera dignado a mantener una doble vida como llevaba haciendo yo desde hacía años. ¿Qué pasó después? Eso también lo sabéis. Que llegó a casa y yo, patidifusa me quedé cuando él tuvo los cojones de decirme que ya no me quería y que quería poner punto y final a lo nuestro.

Yo tampoco le quería, pero verlo tan resuelto, habiendo tomado una decisión que yo tenía que haber tomado hace tiempo, hizo que me atreviera a joderle un poco más la vida. ¡Como si no hubiera tenido suficiente con haberme casado con él sin amor, haberle engañado y encima estar embarazada de otro!

Ya está, lo solté.

Mi bebé no es de Jaime, es de Rubén, pero yo, en un momento de enajenación mental provocada por los cojones que le echó, por decirme que estaba enamorado de otra persona y por la envidia que sentí yo, porque él se hubiera armado de valor y yo no haberlo podido hacer antes, le cargué el muerto y le destrocé la vida.

Soy una hija de puta. Pero con mayúsculas. De las buenas, además.

No podría explicaros lo que fue verle la cara cuando se lo dije. Tendría que haber sido un momento bonito y romántico, un momento de felicidad, un

bebé concebido por el amor entre dos (y lo fue, pero no por el amor de Jaime y el mío).

Se quedó blanco, destruido, le cambió la cara, los ojos se le pusieron vidriosos e incluso diría que dejó de respirar. Vi cómo pasaba por sus pupilas el nombre de Alma y cómo se le rompía el corazón. Y así es como me convertí en una mujer más perra de lo que era ya de por sí.

Ahora, lo que pasa es sencillo y resumen: no me quiere, no le quiero, estoy embarazada, no es suyo, pero se lo he cargado y le he quitado la posibilidad de ser feliz con ella. ¿Qué opináis de mí? Pues eso, no me lo digáis, que estoy sensible. Ya sabéis, las hormonas, dicen...

Pero claro... Y aquí es donde viene lo bueno. Ya se me empieza a notar y sé que Rubén me hará preguntas y, si no es muy bobo y recuerda lo que pasó hace unos meses, sabrá que es suyo y yo, en el fondo, me muero por contárselo y correr a sus brazos, pero por gilipollas, no sé cómo enfrentarme a esto y con *esto* quiero decir a Jaime. Sé que debo decirle la verdad, pero... ¿Cómo lo haríais vosotras?

Poco pude planear porque una noche empecé a encontrarme mal. Al mirar mis braguitas tenían sangre y le desperté. La cara de horror que puso fue todo un poema; me agarró, me metió en el coche y me llevó a urgencias. Yo, muerta de miedo, ni hablaba, solo deseaba que todo estuviera bien y que me dieran la oportunidad de aclarar la situación y de decirle a Rubén que iba a ser padre y a Jaime que podía correr tras Alma. Porque yo sabía que la quería con locura. Había pasado un mes y medio desde que volvió y no había sido capaz de tocarme ni besarme. Yo tampoco quería, ya buscaba a Rubén para eso, tal y como había pasado hoy mismo.

Ya en urgencias me pusieron una bata horrorosa y me acostaron en una camilla. Una enfermera me pasó a una salita donde me esperaba un médico con un ecógrafo. Jaime entró conmigo, muerto de miedo.

El doctor me hizo varias preguntas sobre mis hábitos: las semanas que tenía, trabajo... Cosas rutinarias, vamos. Colocó el ecógrafo encima de mi vientre, tras poner un líquido frío y pegajoso y una imagen comenzó a tomar forma. Allí estaba.

—Está todo bien, Nancy. Podéis estar tranquilos. ¿Sabéis lo que es? —me preguntó.

—No —contesté yo metida en mi mundo que ahora mismo era esa pequeña pantalla.

—¿Queréis saberlo?

—Sí —contesté llena de amor.

—Es un niño, Nancy, vais a tener un niño.

No podéis haceros una idea de la felicidad que me envolvió en ese momento.

—Un niño... —susurré yo.

Jaime no hablaba. Se limitaba a mirar la pantalla y a asentir con la cabeza, imagino que feliz también. Si él supiera...

El doctor me pidió que guardara reposo unos días, nada de sexo y que cogiera una cita con mi obstetra para seguir con mis controles. Por supuesto, si empeoraba, me dijo que acudiera de nuevo.

Con todas estas recomendaciones nos fuimos a casa, ya casi era de día. Llamé a Rubén en cuanto subí a la habitación y le pedí que viniera. Creo que era hora de hacer las cosas bien. Por una vez, Jaime lo merecía y nos lo merecíamos nosotros: Rubén, mi niño y yo.

Una hora después llegó Rubén y Jaime abrió la puerta cuando llamó. Yo me encontraba en la cocina, haciendo infusiones; tremenda estupidez creer que con las infusiones se arreglan todos los problemas. No se arreglan, pero por lo menos tienes algo que beber cuando la boca se te seca y eso, estaba segura, hoy pasaría.

—¿Qué haces tú aquí? —escupió Jaime nada más verlo.

—Lo he llamado yo —dije, haciendo acto de presencia—. Pasa, Rubén. Será mejor que nos sentemos los tres.

Nos dirigimos al salón y tomamos asiento, cada uno lo más alejado posible del otro. Jaime tenía el ceño fruncido y Rubén me miraba la barriga, que ya empezaba a notarse, obnubilado. Creo que estaba haciendo cálculos mentales.

—Es el momento de hablar de esto —dije mientras me señalaba la barriga.

Y se lo conté todo. Le conté que estaba enamorada de Rubén, que llevábamos una relación en secreto (y sí, dije «relación» y no solo que follábamos como conejos), les conté que el bebé era de Rubén, que en un acto de celos había dicho que era de Jaime por joder y nada más que por joder... Fui, lo que se dice, sincera.

Jaime estaba en shock. «Menos mal que he hecho el té», decía para mí.

Rubén alternaba su mirada entre mis ojos y mi barriga y notaba que estaba contento por lo que acababa de hacer, que era lo que quería que hiciera desde

hacía bastante.

—Voy a recoger mis cosas y me voy a ir, Jaime. No quiero nada que no sea mío y no pienso aprovecharme de ti. Bastante lo he hecho ya. Espero que sepas perdonarme.

—Te esperaré en el coche —me dijo Rubén poniendo sus manos en mi vientre.

Jaime seguía sin decir nada. Silencio puro y duro.

Yo subí a la habitación, recogí unas cuantas cosas y volví a bajar.

—Te llamaré en unos días y quedaremos para recoger más cosas y para hablar. Creo que ahora no es el mejor momento.

Seguía en su mutismo particular.

—¿Jaime?

Alzó la vista y me miró.

—Gracias por cuidarme, por portarte tan bien y espero que puedas recuperarla. Ojalá no sea tarde.

Fue lo último que pronuncié antes de salir de esa casa en busca de mi futuro. Por fin pude volver a respirar.

## Capítulo 35

Jaime

*Dos meses después...*

¿Por qué han pasado dos meses?, os preguntaréis. Bien, os explico.

Después del último episodio en el que Nancy me confesaba tantas cosas me quedé en *shock*. El bebé no era mío y yo me había sacrificado por él sin saberlo. No es que no me alegre, pero es que no estaba preparado para tanta información y tan de golpe. Mi vida con ella no había mejorado, había empeorado. Éramos compañeros de piso que iban a tener un hijo, pero los sentimientos eran los mismos, es decir, ninguno. Cariño, por lo compartido, como mucho.

Fue un día bastante completo: no me quiere, me ha engañado todos estos años y va a tener un hijo con otro. Patético.

Lo primero que quise hacer cuando se fue era coger el teléfono y marcar el número de Alma, pero había pasado un mes y medio desde que volví de Tenerife y tenía miedo. Sí, miedo.

Miedo a que ella me hubiera olvidado, miedo a que hubiera rehecho su vida, miedo a que me diera con la puerta en las narices si me plantaba en su casa, miedo a que me dijera que lo había superado, miedo a que me confesara que no era suficiente para ella, miedo a que se hubiera dado cuenta de que yo no era lo que ella necesitaba y que buscara a alguien distinto, miedo, miedo, miedo. Cinco letras que, unidas, encierran tantos secretos...

Creo que primero tenía que poner en orden mis ideas y, por consiguiente, ocuparme de mí mismo y luego comenzar de cero.

Estuve unas semanas intentando asimilar lo que había pasado en mi vida y tomando conciencia de que había perdido muchos años ligado a alguien que estaba igual de maniatada que yo.

Después de que Nancy se fuera pasaron unos días hasta que volví a saber de ella. Éramos conscientes de que teníamos una conversación pendiente y que debíamos tenerla, porque somos adultos y los adultos dan la cara y cierran capítulos.

Una tarde me llamó y le permití venir a casa. Tenía que poner punto y final a esta historia, era un tema pendiente.

—¿Por qué, Nancy?

—Exactamente, ¿por qué, qué?

En su línea, hay cosas que se ve que no cambian.

—Necesito muchas explicaciones porque tengo muchos porqués...

Así fue como comenzó nuestra conversación; nos llevó horas poder explicar todo lo que nos había llevado hasta ese punto y lograr poner en calma nuestros corazones. Demasiado rencor, demasiada humillación y demasiado juego sucio teníamos encima.

—¿Por qué me separaste de ella? ¿Por qué lo hiciste, si sabías que no me querías y que esperabas un hijo de otro?

La pregunta clave, se llama a esto.

—Tú sabes cómo soy.

—No, Nancy —la interrumpí—, yo ya no sé cómo eres. Creo que nunca lo supe con certeza.

—Me vi acorralada. Estaba asustada, embarazada de otro hombre y tú enamorado de otra; pensé que me quedaría sola y lo único que se me ocurrió fue decirte que era tuyo.

—¿Realmente hubieras sido capaz de mantener esta farsa toda la vida? —me aventuré a preguntarle.

—No lo creo. Las personas cambian, Jaime. Ya no soy la misma. Rubén y mi niño me han hecho darme cuenta de que en la vida hay que luchar por lo que uno quiere, aprender a correr tras los sueños. Debía ser honesta contigo. Tarde o temprano te hubiera dicho la verdad, aunque no hubiera pasado tal y como pasó.

—No pienso agradecerte nada.

—No quiero que me agradezcas que te lo haya contado, Jaime. Quiero que me perdones por lo mal que lo he hecho contigo. Yo te he perdonado, porque en cuestión de amor no hay nada escrito y tú te enamoraste y te dejaste llevar por los sentimientos.

Me levanto y me dirijo a la ventana. Ya ha anochecido y veo la luna en lo alto del cielo. Recuerdo cuando le dije a Alma que, cada vez que mirara a la luna, allí estaría yo, que nos uniría por siempre. Desde el cielo sería la única testigo de nuestro inmenso amor. Ahora, cada noche, la busco; creo que hace que me sienta un poco más cerca de ella.

—Te perdono, Nancy. Y de corazón, te deseo lo mejor.

Se levanta, recorre la distancia que nos separa y, para mi sorpresa, me abraza. Yo me mantengo inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo; no es la primera vez que lo hace, pero parece que es la más sincera de las veces. Alzo

los brazos y la envuelvo. Su barriga, más que prominente, se pega a mi cuerpo y me da una sensación de ternura inmensa.

—Gracias, Jaime. Es hora de irme.

—Cuídate mucho —le digo de corazón.

—Lucha por tu amor —me contesta ella.

Coge su bolso y sale de casa.

Creo que es el comienzo de mi búsqueda. Ya he empezado a poner las cosas en su lugar. Voy a por ti, princesa.

## Capítulo 36

Nos encontramos sentadas en la terraza de casa. Tengo mi cabeza apoyada en los muslos de Mar y mis piernas encima de las de Érika. Mar acaricia mi pelo y Érika me hace cosquillas en las piernas.

Hace una noche preciosa, estamos a mitad de mayo y ya no hace ese frío invernal. Se acerca el verano y ya apetece salir fuera. Desde hace dos meses es mi pasatiempo favorito. Siempre y cuando el tiempo me lo permite, cojo un zumo, algo de picar y me tumbo en uno de los sillones, a ver cómo anochece. Noches me acompaña la luna y noches la espero, pero sé que, pase lo que pase, ella está ahí y es la única que me hace sentir conectada con Jaime.

Esta noche, la luna se alza misteriosa en el cielo; está en cuarto creciente y se ve más espléndida que nunca.

Hace poco que llegamos de una revisión ginecológica. Estoy embarazada de quince semanas, para ser exactos y me han dicho que tendré una niña.

Después del *shock* inicial, cogí fuerzas e impulso y decidí que tenía que ser valiente y reconstruirme de las cenizas, como el ave fénix.

No entendía muy bien cómo me podía haber quedado embarazada si tomaba la píldora, pero todo fue a causa de lo enferma que me puse. Estuve inconsciente veinticuatro horas por la fiebre y, evidentemente, no me tomé la píldora; y si a eso le sumamos que estuve tomando antibióticos varios días... Pues eso: blanco y en botella, leche.

Me asusté mucho por si el bebé podía haber tenido algún problema a causa del tratamiento o del resto de píldoras que tomé, pero no, está perfecta y ahora cuidaré de ella. Ahora y siempre.

Érika se levanta y se va en busca de algo.

—¿Estás bien, nena? —me pregunta Mar, que se ha quedado conmigo.

—Perfectamente.

—Así me gusta.

—He traído música. Dicen que escuchar música es bueno para el desarrollo del feto —nos cuenta Érika.

—¿Has estado leyendo? —pregunto incorporándome en el sitio.

—Por supuesto, ahora que voy a ser tía tengo que ponerme al día.

Hace una búsqueda en su móvil y comienza a sonar «Imagina», de Efecto Pasillo.

—Me encanta este grupo —les digo.

—Vienen este verano al Sauzal, creo que podríamos ir —añade Mar.

—Por lo pronto, mañana al salir del trabajo iremos al Au Revoir a merendar, que es jueves —comenta Érika.

Vámonos, vámonos al país de las maravillas

Vámonos, vámonos a robarle un besito a Alicia

Imagina el mundo en tus manos y el sol que te mira

Adivina, si tú lo deseas la luna camina

Tú, respira el aire, levanta los sueños pa'riba

Vitaminas, candela pa todos, candela a la vida.

—Candela —susurro.

—Es la leche la canción, ¿verdad? —pregunta Érika.

—Se llamará Candela.

—¿Candela? —dicen ambas a la vez.

—Ajá.

—Bienvenida, Candela. Somos tus tías, Érika y Mar. Yo soy más chachi que esta, lo bien que nos lo vamos a pasar de fiesta tú y yo —le cuenta Érika mientras me toca la barriga.

—Me parece que no has calculado la diferencia de edad —se burla Mar.

—¿Ves, Candela? Esa que oyes es tu tía la aburrída, la santurróna —se burla.

Mar le hace una peineta y le saca la lengua. Yo me levanto y extiendo mis brazos en busca de un abrazo conjunto.

—Os quiero. —Y no puedo evitar que algunas lágrimas desciendan por mis mejillas.

—Yo también os quiero, monas peludas —susurra Mar.

—Y yo —añade Érika.

Y así es como sellamos nuestro pacto de amor.

La tarde siguiente soy la primera en llegar al Au Revoir; he salido pronto



del trabajo y he venido dando un paseo. Ahora que estoy esperando una niña parece que todo lo que veo son mujeres embarazadas, madres con bebés, carritos y tiendas de niños. No puedo evitar pararme frente a una y comprar unos calcetines rosas. Los cojo con ternura entre mis manos y los aprieto.

Entro en la cafetería y me siento en una de las mesas que están cerca de la barra. Alberto, cuando me ve, se acerca.

—¿Qué tal, preciosa? ¿Cómo estás?

Y lo dice mirándome directamente a la barriga. No, no sabe nada, pero ya se empieza a notar y tampoco tengo intención de esconderlo.

—¿Tú que crees? —añado señalando mi barriga.

—No quise decirte nada por si fuera de haberte hinchado a comer — bromea—. Felicidades. No sabía nada.

—Yo tampoco, hasta hace poco.

—¿Pero todo bien?

—Sí, Candela y yo estamos bien.

—¿Candela?

—Sí, precioso, ¿verdad?

—Mucho, su padre debe de estar orgulloso, ahora tiene dos luces que iluminarán su camino.

Contraigo el gesto y hago una mueca de decepción.

—Espero no haber dicho nada malo.

—No, Alberto, tranquilo.

—Barraquito descafeinado para la futura mamá —interviene Érika que acaba de llegar— y para mí normal y tráenos unos dulces, de esos ricos.

—¡Tú sí que estás rica!

—Capullo.

Alberto se aleja riéndose.

—¿Cómo estás, amiga?

—Gorda.

—Buah, gorda dice, petarda. Estás más guapa que nunca. Ya se te nota.

Alberto vuelve y nos trae tres dulces y nuestras bebidas.

—Ponme a mí otro como el de Érika —le pide Mar entrando en tromba—. Siento haber llegado tarde, pero es que se me complicó un poco la cosa cuando quería salir.

—Oye, mi jefe está a punto de venir. No os vayáis, que os lo presento.

—Vale —le contesto antes de que se aleje.

—¿Cómo estás? —pregunta Mar.

—No sé la de veces al día que me preguntan cómo estoy —me quejo—. Estoy perfectamente.

—Pues entonces es el momento de que hablemos de algo.

Me giro expectante, a ver qué piensa decir Mar esta vez.

—¿No vas a decirle nada a Jaime?

Sabía que esta conversación tendría que llegar en algún momento. No es que yo no lo haya pensado, creo que lo pienso todos los días, pero siempre la respuesta es la misma.

—No, no le voy a decir nada.

—¿Y eso por qué? —pregunta Érika—. Creo que estamos de acuerdo —y lo dice mirando directamente a Mar a los ojos—, en que tiene derecho a saberlo: es su padre, Alma. No le niegues ese privilegio.

—Está casado y va a tener un hijo con otra. ¿No te parece suficiente? Como para ahora llegar y decirle: «Hola, soy yo, hace poco más de dos meses que no hablamos, pero es que resulta que voy a tener una hija tuya».

—Fuerte es, pero no por eso deja de tener derecho a saberlo.

—No le voy a decir nada, no insistáis más. Candela no estará sola, me tendrá a mí.

—Nos tendrá a nosotras —añade Mar.

—Ni tú ni ella estaréis nunca solas, estaremos contigo siempre —afirma rotundamente Érika.

Alberto nos trae la cuenta un rato más tarde; ya estoy cansada y tengo ganas de llegar a casa y meterme en la cama.

—¿Os vais ya? Tenía ganas de presentaros a mi jefe.

—Estoy agotada, en otro momento será, ¿vale? Pero que no se olvide de nuestro pase VIP —comento burlona.

En ese momento se abre la puerta y entra un moreno impresionante; me quedo embobada mirándolo hasta que caigo en la cuenta de que es el mismo hombre que vi hace meses en el local al que fui con Edu.

—¡Ostras! —grito, casi histérica—. Ese es el mismo hombre del que os hablé una vez, cuando fui al Soul&Sunset con Edu.

Nuestros seis ojos, ocho si contamos a Alberto, se giran y nos quedamos observando la figura del hombre que está de espaldas. Alto, traje negro, zapatos caros, impresionante reloj que me aventuraría a decir que es un Rolex (quizá lo sueña), peinado perfectamente... Todo un jamelgo, vamos.

—Ese es mi jefe —dice Alberto—. Esperad, que voy a buscarlo.

Se va en su dirección y las tres nos quedamos paradas. Alberto va hacia él y le comenta algo, vemos cómo se gira y nos observa con sus penetrantes ojos negros. Mar está tensa, lo noto en su mandíbula, pero antes de que pueda formular una pregunta se acerca a nosotros el maromo y es inevitable que gire la cabeza para disfrutar de las vistas. Sí, es un Rolex.

—Chicas, este es Gerard, mi jefe, del que tanto os he hablado.

Mar está más blanca que un papel, a Érika le llega la boca al suelo y yo he perdido las bragas. Esto de tener las hormonas revolucionadas es horrible, me tiene más salida que el pico de una plancha.

—Hola, soy Gerard Gaboardi —pronuncia con los ojos fijos en Mar.

Estoy como en un partido de tenis: lo miro a él y la miro a ella alternativamente. ¿Se conocen? Érika sigue intentando recomponer su mandíbula desencajada.

—Encantada —intervengo yo para romper el momento.

—Igualmente, señora —me contesta.

—Señorita, esto que ve aquí es de comer aceitunas —bromeo.

—*Le mie scuse, signorina.*

—¿Italiano? —pregunta Érika, que parece haber despertado de un largo sueño.

—Así es —contesta él mirando fugazmente a Érika para volver a poner sus ojos sobre Mar, que sigue muda—. ¿Usted no piensa decir nada? —le dice directamente a ella.

—No tengo intención.

Ahora la mandíbula se me ha desencajado a mí también. Me pinchan y no sangro.

—¿No le han dicho que es de mala educación no responder a un saludo, *bambina*?

—No es de mala educación siempre y cuando a la persona que tenga que saludar sea merecedora de ese saludo, y como no es el caso...

Lo dicho, me pinchan y no sangro.

—Chicas, me voy a casa, creo que se me han indigestado los dulces o quizá las presentaciones —dice Mar.

Se levanta, nos planta dos besos a cada una y otro a Alberto y se va. No me pasa desapercibida cómo la mira el jefe de Alberto. Se la come con los ojos y esto ya no es por las hormonas, es instinto femenino.

—Discúlpela —intercede Érika—, a veces le falla la medicación.

—Nosotras también debemos irnos —digo cogiendo a Érika de la mano—. Encantada.

—Encantadísima —reitera Érika a la vez que tiro de ella para intentar sacarla de la cafetería.

Os juro que si ahora mismo la suelto, se da un lomazo, porque yo tiro hacia afuera y ella se está desnucando mientras tira hacia adentro.

—¿Qué ha sido eso? —formulo cuando ya estamos lejos y deja de ser un peso muerto, la loca del moño esta.

—No lo sé, pero algo huele raro. Ya nos enteraremos. Algo me dice que ese jamelgo estará a partir de ahora en esa cafetería más que nunca.

Y le tengo que dar la razón porque lo que acabamos de ver ahí dentro ha sido pura tensión sexual.

Yo regreso a casa y me voy directamente a la cama, me encuentro muy cansada últimamente. Mi ginecóloga me ha dicho que es muy normal los primeros meses, tener muchas ganas de dormir y hambre, y yo cumplo todas las características, según parece.

Muchas noches, mientras estoy en la cama acostada con la cortina abierta, para que entre la luz de la luna, le cuento a Candela —que ahora tiene nombre propio— cómo conocí a su padre. Cómo nos vimos por primera vez y todas esas sensaciones inexplicables se arremolinaron en mi estómago, cómo en un viaje a Málaga empezamos a ser más que confidentes o cómo me besó en la esquina de Primark en Madrid y miles de mariposas en mi estómago me hacían volar. Últimamente, Candela me entiende porque cuando le hablo de Jaime se mueve, y yo interpreto que es su respuesta a mi historia y que ella siente que le sigo queriendo, lo nota en mi voz y en el cariño con el que hablo de él. Pase lo que pase, siempre le desearé lo mejor. Solo quiero que sea feliz.

—Yo seré tú madre y tú padre, Candela. Algún día, cuando seas mayor, te contaré la historia de amor más bonita que haya existido y, aunque no esté aquí con nosotras, te diré que ha valido la pena, que siempre valdrá la pena porque he sido la mujer más afortunada del mundo por haber podido pasar un solo minuto a su lado. Y agradeceré al universo que me haya dado la oportunidad de poder vivir lo que vivo teniéndote a ti en mi vientre. Candela, el amor siempre vale la pena.

Me duermo soñando que, esta vez, Jaime no solo me rodea a mí entre sus brazos, sino a su hija también.

Me dirijo a la oficina como un viernes cualquiera, con ganas de que pase el día lo más rápido posible; este finde tengo la firme intención de irme a la playa, a desconectar, leer y respirar. Los días están veraniegos. Las chicas se han apuntado, así que será un plan increíble y una oportunidad única para que Mar nos cuente qué es lo que ha pasado con Gerard.

Desde que me he separado de Jaime no he podido evitar sentirme mal cada vez que suena el «Buenos días, amor». Os mentiría si os dijera que no he estado muchas veces tentada de coger el teléfono y llamarlo. Supongo que tendré que volver a verlo, porque vendrá a Tenerife a trabajar alguna vez, pero yo intentaré cuadrar mis vacaciones, sobre todo si me pilla con mi barriga en su pleno apogeo.

Llego a la oficina y noto alboroto; me dirijo al office en busca de Aitana y su chisme, ella sabrá ponerme al día con lo que está pasando.

Ya todos saben que estoy embarazada. Nadie me ha preguntado quién es el padre; imagino que la gente se olerá algo y yo no estoy en disposición de afirmar ni de desmentir nada, allá cada cual. Si quieren saber, que me pregunten directamente, como hizo Aitana, aunque a ella no tuve que desmentirle nada, para ser exactos y, conociendo la historia, no hubo ni que aclararle; solo me preguntó cómo sucedió y le recordé mi famoso episodio en el hospital. El resto ya supo interpretarlo.

Cojo mi leche con café, ahora descafeinado, y dos de azúcar y me dirijo a mi despacho. Aitana parece haber soltado una bomba de humo porque no la veo por ninguna parte.

Cuando entro me sorprende ver mi ordenador encendido y los altavoces conectados. Suena «Quédate», de Funambulista y Maldita Nerea. Siempre me ha gustado esta canción, porque es la conjunción perfecta entre dos de mis grupos favoritos. Es especial para mí, me recuerda las veces que le decía a Jaime «quédate», con la esperanza de que fuera así.

Dejo mi bolso colgado y me dirijo a la mesa, apoyo mis manos en los extremos y agacho mi cabeza.

*Quédate, hagamos todo como la primera vez  
Descúbreme las líneas de las manos, ven  
Y bésame en los labios sin saber por qué, te sale bien.  
Quédate, será segunda parte que ha salido bien  
Vendrán veranos largos y otro amanecer  
Eterno de contar estrellas.*

*Para ir creciendo y eres tú...*

—Que me ha salido fuego de nombrarte, que bailas a mi lado sin rozarme tú...

Esa voz. Esa voz...

Sigo con la cabeza apoyada en mi pecho. Ahora mismo creo que estoy sufriendo alucinaciones porque he sentido la voz de Jaime susurrando la letra de la canción.

—Alma...

Me incorporo, pero no me doy la vuelta.

—Princesa...

Me giro y me quedo frente a él, volvemos a conectar nuestras miradas.

—Jaime...

—Aquí estoy, princesa.

Avanza eliminando la distancia que nos separa y se coloca frente a mí. Las lágrimas recorren mis mejillas y no sé en qué momento ha sucedido.

—Princesa, te he echado tanto de menos —susurra mientras me envuelve entre sus brazos y coloca su cara en mi cuello, volviendo a aspirar mi olor.

—Jaime... ¿Has venido por trabajo?

—Pide un deseo, Alma.

—¿Un deseo?

—Pide un deseo, sí.

—Quédate, Jaime. Quédate —le digo tal y como dice la canción.

—He venido para cumplir tu deseo, princesa.

Se separa de mí y me besa tiernamente mientras coloca ambas manos en mi barriga que ya empieza a notarse.

—Te presento a Candela —le digo colocando mis manos sobre las suyas.

—Candela...

Las lágrimas comienzan a surcar su cara, tal y como hacen las mías.

—¿Te he dicho que me encantas?

—Hoy no —pronuncio sonriendo.

—Te quiero, pequeña.

—Te quiero, príncipe.

Tenemos muchas cosas que contarnos, pero eso lo haremos cuando logremos separarnos; ahora solo quiero que me abrace, quiero volver a sentirme en casa.

## *Epilogo*

—Así que el señor Paella viene para quedarse —dice Érika.

—Eso parece —contesto yo.

—Cuéntanos todo —me pide Mar.

Nos encontramos en el Au Revoir, tomando algo mientras espero a que Jaime venga con nosotras. Esta tarde tenía una reunión con el señor Javier Alcázar para cerrar unos cuantos aspectos de su nuevo puesto de trabajo. Ha venido para quedarse, tal y como me dijo, cumpliendo mi deseo.

—Pues ha sido todo muy raro, es increíble —les explico—. Estoy feliz y no pensé que esto pudiera suceder nunca.

Después de nuestro reencuentro pasamos todo el fin de semana en mi casa, poniéndonos al día y queriéndonos, volviendo a encontrarnos. Me contó con detalle todo lo que había pasado en estos meses y me dijo cómo había perdonado a Nancy.

—Después de contarme toda la historia —prosigo mientras las pongo al día—, he de confesar que hasta yo sentí pena por ella. Creo que en el fondo estaba muy perdida y no sabía lo que quería de la vida.

—Creo que tú eres demasiado buena, Alma —puntualiza Mar.

—¿Y Candela? —me pregunta Érika—. Cuéntanos cómo se lo tomó Jaime.

—Está muy contento. Siempre quiso tener hijos, lo que pasa es que cuando pasó lo de Nancy... No era así como él quería. Lloramos ambos. Fue todo muy emotivo. Se quedó un poco perplejo cuando le conté el porqué de mi embarazo. Supongo que como todos.

—Es el mejor regalo que me ha hecho la vida —añade Jaime acercándose a nosotras.

Las tres ponemos cara de bobas cuando lo oímos pronunciar esa frase.

—Creo que estaría bien que habláramos —comenta mirando a Mar y Érika—. Os quería pedir disculpas y agradeceros también que las hayáis cuidado todo este tiempo. Siento haberos decepcionado...

—No nos has decepcionado —interviene Érika.

—Déjame terminar —le pide—. Siento haberos decepcionado, sé que esperabais que no renunciara a ella pasara lo que pasara, pero yo no podía salir huyendo, dejando atrás a un bebé que creía mío; ella era mi esposa y, aunque intenté cerrar ese asunto cuando volví de Tenerife, me era imposible hacerlo, dejándola sola esperando un hijo mío. Prefería sacrificarme y darle a

ese niño una familia. En ese momento no sabía que Alma sí estaba embarazada de mí, que esperaba un hijo mío.

—Hija —matizo yo, interrumpiéndolo.

—Hija —me dice sonriendo y apretando mi mano—. De haberlo sabido, no sé qué hubiera hecho, pero las cosas habrían sido de otra manera y habiéramos evitado tanto sufrimiento.

—Te perdonamos, señor Paella, pero como te pases un pelo te mando a los rumanos —bromea Érika.

—Tuvimos que convencerla muy mucho para que no te los enviara —apunta Mar sumándose a las risas generales.

—Gracias por todo, chicas, en serio, gracias por ser parte de nuestra familia —les dice mientras se le desgarran las voces.

—Ahora tú también eres de nuestra familia, Jaime —le contesta Mar.

Y se levanta y le da un abrazo, seguido de Érika. Yo, que tengo los sentimientos a flor de piel, termino abrazada a ellas y a él, que me hacen un hueco y me protegen entre todos. Como sé que será siempre.

—Creo que es hora de volver a casa, princesa.

—Por favor, tanto pastel; al final me van a dar arcadas —se burla Érika.

Nos abrazamos a modo de despedida y, justo cuando cojo el bolso, noto una presencia detrás de mí.

—Deja de huir de mí, *piccola*.

—¿Y tú eres? —pregunta Jaime.

—Un imbécil, eso es lo que es —contesta Mar.

He vuelto a estar como en un partido de tenis.

—Soy Gerard Gaboardi —le dice extendiéndole la mano para estrechársela.

—Jaime Alcántara —responde al gesto.

—Es hora de que hablemos, Mar...

—¿Pero vosotros os conocéis? —pregunta Érika asombrada.

—Una larga historia —le responde la aludida—. No tengo nada que hablar contigo —escupe mientras recoge su bolso y se dirige a la salida.

—*Parleremo*, no voy a dejar que salgas corriendo esta vez, fiera —le dice Gerard mientras la sujeta por el brazo.

Nosotros decidimos irnos, no sin antes preguntarle a Mar si está bien.

—Si nos necesitas, llámanos. Como le hagas algo vendré a buscarte y te abriré en canal, ¿? —le espeta Érika.



—Tranquila, *ragazza*.

Llegamos a casa después de una tarde muy intensa y yo me siento agotada.

—Candela se queda con todas mis energías.

Jaime me sonrío y coloca sus manos en mi vientre.

—Va a ser igual que la madre, que se queda con las mías —me dice pícaro.

—Como si no te gustara... —le respondo igual de juguetona.

No os lo he dicho, pero, entre otras cosas, el embarazo me está provocando un deseo sexual enorme y Jaime lo lleva sufriendo todo el fin de semana.

—Me encanta. Yo siento la misma necesidad de ti, princesa —me dice arrastrándome a la ducha.

Me desnuda con dulzura y yo cierro los ojos, siento cómo me besa los brazos, las manos, el cuello, la oreja, la nariz, los ojos y la barriga.

—No volveré a hacerte llorar —susurra—. Sois todo lo que necesito.

Me abrazo a él y me dejo llevar bajo el agua. Como aquella vez en Málaga, me enjabona suavemente, acariciándome y repasando mis curvas, provocándome escalofríos.

—¿Has vuelto a ver al famoso escritor de las mamparas? —me pregunta.

—No, no volvió a visitarme, se ve que solo escribía en los hoteles.

—¿Me vas a contar qué ponía?

—¿Me vas a contar tú quién lo escribió? —respondo.

Sonrío y cabecea mientras sale de la ducha y me deja a mí quitándome el jabón del pelo. Salgo y me envuelvo en una toalla mientras quito el exceso de agua de mi cabello y, justo cuando voy a salir, veo algo en el espejo del baño. Vuelvo sobre mis pasos y me planto delante.

«Te amo, princesa, ayer, hoy y siempre.

Fdo.: el escritor de la mampara».

Sonrío y voy en su busca. Es hora de que mi famoso escritor me firme un autógrafo.

## *Constitución femenina*

1. Vernos una vez a la semana, como mínimo.
2. Dejar el tema si nos damos cuenta de que no es el momento de hablar.
3. De aquí no se mueve nadie hasta que nosotras nos corramos.
4. Ya te llamo yo, si eso...
5. Siempre nos quedará el bloqueo (del WhatsApp).
6. Nunca se debe cancelar una cita con una amiga por un hombre, salvo que el tío sea un monumento y tenga una *muy buena razón*; entonces hay amnistía.
7. Cuando varias almas se encuentran y se complementan no deben separarse, sean del sexo que sean.
8. Cualquier conversación femenina debe derivar en conversaciones sexuales donde aparezcan palabras como *polla*, *empotrar*, *trabajo lingüístico*...
9. Al igual que para un hombre «cualquier hueco es trinchera», para una mujer «cualquier pirata le puede comer lo que tiene entre las patas».
10. Cuanto más sexi y más presuntuoso sea el tío, más nos pone.

## *Nota de la autora*

Cuando descubrí que este año 2016 se conmemoraba el IV centenario de la muerte de Cervantes, no tuve duda de que sería también mi año y que quizá el destino me quería decir algo. He escrito un libro y ya, con eso, soy feliz. Feliz por haber cumplido mi sueño, feliz por haber podido plasmar una historia de amor tan bonita como la de Alma y Jaime, y feliz por haber podido contar con personas que me han apoyado incondicionalmente en este nuevo proyecto; pero de eso hablaré llegado el momento, si me dan la oportunidad.

Yo, que soy fiel lectora, sé lo que es vivir un libro desde fuera. Ahora, sé lo que es sentirlo desde dentro: reír, llorar, emocionarme, tener el vello de punta y sentirse parte de algo, saber lo que es crear y transmitir sentimientos. Y debo decir que no, no es fácil crear una historia y no vivirla como tuya propia.

En estas páginas hay mucho de mí; me he dejado parte de mi corazón por el camino, y con gusto, además. Solo espero que lo disfrutéis tanto como yo lo he hecho escribiéndolo.

Un consejo sí que me gustaría daros: es importante que escuchéis las canciones porque, sinceramente, la historia sin la música no es igual. Son importantes e imprescindibles. He creado una lista de Spotify con todas y cada una de ellas. La lista se titula como el libro, se puede buscar en mi perfil o escanear el código QR al inicio del libro.

Y, para terminar, recordad: en el amor no hay cabida para la cobardía, en el amor solo hay lugar para el coraje y para volar. Porque el amor, siempre, ¡siempre!, vale la pena.

## *Sobre la autora*

Yanira García, natural de La Matanza de Acentejo, un pequeño pueblo chicharrero, donde nació el 20 de septiembre de 1984. Actualmente reside en Santa Cruz de Tenerife, donde vive con su pareja, su hijo y una tortuga llamada Jérôme.

Diplomada en Trabajo Social y apasionada de la lectura desde la infancia. Siempre sumergida entre libros e historias románticas, llevando allá donde va, un libro en el bolso.

Hace un año aproximadamente, decidió aventurarse a escribir una historia, una de las que se marcan a fuego en el corazón, y es ahí, donde nace: *Quédate con mi Alma*, primer libro de la serie: *Las señales existen*, la cual publica hoy bajo el sello Bookit, de Lxl Editorial.

